

REY DE RATAS

Jaime Sánchez Ratia

**La Mota Negra
ediciones**

*“Un honnête homme peut être amoureux
comme un fou, mais non pas comme un sot.”*

(La Rochefouauld, Maximes, 353)

*Desde el siglo XVII se han descubierto cerca
de ochenta reyes, la mayoría de ellos en
Alemania, algunos en Suiza, Holanda, Bélgica,
Francia y, curiosamente, en Java. Un rey de
ratas no puede desplazarse, es alimentado por
las ratas sanas de la familia en la que se
encuentra.”*

*(de Nuestras amigas las ratas, en Robert
Sabatier, L'Etat Principesque)*

1

Han pasado más de cinco meses desde el entierro de Alberto y algo menos desde que recibí —desde la Ultramierda— el paquete que contenía su diario. Y he escrito entierro y, al releer la frase, no puedo evitar una mueca de disgusto: no encuentro, sin embargo, mejor término para dar nombre a aquello que hice con sus cenizas una noche asfixiante del pasado agosto madrileño. No es frecuente que alguien deje escrita, como parte de sus últimas voluntades, su determinación de ser incinerado y de que sus cenizas sean arrojadas a una alcantarilla, a una cloaca de recolección de aguas servidas, tal como él en un sobre dirigido al juez de instrucción, hizo. Pero Alberto no era, desde luego, una persona corriente y entra dentro de una cierta lógica que, transcurrida su breve pero intensa existencia por cauces poco comunes, decidiese encaminar su muerte por otros —esos otros— tanto o más inusitados. Me temo, no obstante, que las razones de semejante decisión hay que buscarlas en otros hechos de naturaleza mucho más inquietante, bastante más turbadora, como se tendrá ocasión de comprobar a su debido tiempo, si la paciencia permite al lector llegar al final de estas páginas.

Aunque resulte algo prolijo y, por qué no decirlo, desagradable, creo que vale la pena que refiera las circunstancias en las que se fraguó el diario que el lector va a tener la ocasión de leer. Espero ser lo bastante hábil para describir cómo una persona sana —con toda la salud que cabe en un cuerpo sensible—, inteligente y, por supuesto, dotada de una delicadeza de espíritu muy poco común en estos tiempos sórdidos que corren, pasó de una aceptable lozanía a las grisáceas cenizas en tan sólo dos años, y ello a través de un proceso de degeneración tan extraño y misterioso que creo firmemente que nadie ha sido testigo de nada igual ni lo será jamás. No creas, sin embargo, lector, que te aguarda un diario de aventuras o el relato épico de alguna experiencia mística o religiosa. Nada más lejos de la realidad. La aventura de Alberto, si se le puede llamar así, no fue nada más —ni nada menos— que una aventura urbana, un descenso a los infiernos subterráneos de Madrid, una pirueta ciudadana que le condujo a una investigación exhaustiva de los

entresijos y laberintos de — con perdón— la Mierda.

2

Alberto, cuyo nombre completo era Alberto Albaizar Jiménez, era hijo de un notario que tenía despacho y domicilio en el barrio madrileño de El Viso. Tenía un hermano menor, Pedro, que falleció en 1986 a resultas de una sobredosis. El padre, don Alberto, respondía al paradigma clásico de notario castellano: hombre conservador, con modales de burgalés de buena cuna, entre hidalgo rural y funcionario de Hacienda, provisto de un bigotillo fino de prohombre del régimen, que afeitaba al ras dejándolo crecer a media distancia entre la nariz y el labio superior, siempre embutido en sus trajes de sastre color marengo, con los puños de la camisa rematados por sendos gemelos y un alfiler de brillantes sujetando, atravesando y uniendo ambas cintas de la corbata. Era un hombre de mediana estatura, algo calvo, de cejas anchas y nariz recta. Llamaba en él la atención el rojo carmesí de las mejillas, indicio de algunas perturbaciones circulatorias, que se empeñaba en corregir con ayuda de un *güisquito* después de las cenas, operación casi litúrgica que tenía la virtud de plancharle el ceño un poco antes de dormir, ceño que don Alberto solía mantener fruncido la mayor parte del día, sin que le faltaran, según se verá, motivos para ello. Don Alberto tenía ese aire contrito y malhumorado que acostumbra a exhibir las personas que se han transformado, para la gente con la que viven, en poco más que una fuente de ingresos, que hay que cuidar y conservar con esmero. No en vano daba trabajo a más de una docena de personas, sin contar con su familia, a la que mantenía, pues ninguno de cuyos miembros llegó a trabajar nunca o, al menos, a ganar un sueldo más de dos meses seguidos.

Don Alberto no estaba exento de algunas contradicciones. A pesar de no ser un hombre de gran cultura, más dado a los códigos y a la jurisprudencia que a la literatura y al cine, era un notable melómano. En su juventud había querido ser pianista, si bien la Guerra Civil puso mortaja a sus ilusiones, obligándolo a conformarse con tomar algunas lecciones nocturnas en el domicilio de uno de los profesores de la ya desaparecida Filarmónica de Madrid. Su padre —el abuelo de Alberto— había sido un hombre de izquierdas, quizás sólo un simple republicano. Durante la República tuvo un buen cargo, creo que era Director General de últimas Voluntades (cargo en el que sucedió a Manuel Azaña, nada menos), pero la contienda, que tantos y tantos destinos torció o malogró irremediadamente, se encargó de apearlo de aquella canonjía y de mandarlo —de puro milagro, gracias a una influencia que todavía fueron efectivas y que le

valieron la ansiada calificación de indiferente al régimen— a la estación de Coslada-San Fernando, entonces un modesto apeadero a las afueras de la capital, en donde ofició de jefe de estación. Allí dio fin a sus días, amargado y humillado, como tantos republicanos esperando el día cercano de la caída inminente de un régimen aislado y compacto, que tenía bastante más cuerda de la que todos le atribuían. Fue uno más de los miles de vencidos que el general Franco mandó fusilar de aburrimiento.

Don Alberto, que al estallar la Guerra Civil no era más que un chaval, estaba empeñado en seguir sus estudios de piano, pero tuvo que rendirse a la evidencia y se decidió al fin estudiar la carrera de Derecho, más que nada por hacerse con una plaza en la administración desde la que labrarse un futuro algo más halagüeño que el que se le venía encima en aquella estación destartada, que temblaba hasta los cimientos cada vez que pasaban, sin detenerse siquiera, los correos y los expresos. El Derecho le tenía sin cuidado, pero decidió sentar la cabeza en la administración del Estado, donde fuera, y atrincherarse allí hasta que la fortuna le deparase tiempos mejores. Esto es lo que decía. Sin embargo, nunca explicaba por qué había picado tan alto. Querer ser notario en el año 53, sin un mal tío falangista, un hermano combatiente en la División Azul o un primo requeté mártir de la horda roja no era asunto baladí. Querer hacerlo con un padre represaliado era síntoma de desatino. Pero don Alberto era un hombre práctico. Se dio de alta en el SEU y en Falange y adoptó las señas de identidad propias del franquismo. Y además no tenía empacho en confesarlo, lo cual era inaudito. Años más tarde, ya entrada la bonanza de los sesenta, ironizaba: “¡Qué tiempos aquellos! ¡Estaba blanco de tanta comunión! ¡Y el esternón lo tenía crujido de tanto *mea culpa!*” Y se reía. A mí aquello me dejaba atónito. No es frecuente que los notarios den fe de sí mismos. Luego se quedaba callado y se miraba los zapatos, si estaba sentado. Para mí que pensaba en aquella vida que había dejado en vía muerta, como los trenes de mercancías que su padre apartaba para permitir el paso de los rápidos y talgos. A pesar de su empeño en parecer franquista, yo creo que no lo era, pero las ideas políticas de don Alberto siempre fueron un misterio para mí. Alguien podría haber afirmado que carecía de ellas, es decir, que era de derechas y punto, pero yo no estaría tan seguro. Le faltaba el sentimiento de pertenencia a una clase, esa confianza que da saberse hijo de una casta privilegiada. Tenía, por contra, el resabio de quien ha visto cómo la fortuna, con sus caprichos, muda las actitudes y acicatea el interés y la doblez en las personas. Solía prodigar las puyas en una y otra dirección con igual liberalidad, y eso en una época en la que había que ser un desalmado o un visionario para zurrar a una izquierda lejana, ergo divina. Por un lado, la influencia del abuelo — que ya no volvió a

hablarle ni a tratarle cuando le vio cojear de semejante pie, un hijo suyo— le impelía, creo yo, a albergar cierto resquemor culpable por su pequeña traición. Además, su propia estimación, que había conservado intacta a pesar de los trescientos temas que se metió entre pecho y espalda, le obligaba a mostrarse crítico con bastantes cosas del régimen; pero, a la vez, su sentido corporativo le hacía pensar como era de esperar en un notario en aquella época, a fin de no resultar escindido por una dualidad, peligrosa tanto para su carrera como para su salud. Don Alberto era dueño de un carácter variable e imprevisible. La seguridad económica y la rutina que la acompaña, unida a la amargura por la ruptura con su padre y la trayectoria inquietante de sus propios hijos, acabaron por dotar a su carácter de una vena melancólica y silenciosa —no desprovista de un punto de amargura— de la que solo resucitaba para bromear ácidamente sobre cualquier idea o acontecimiento que estuviera dando vueltas en ese momento por su cabeza.

3

Sea como fuera, la opresión del ambiente familiar y las ganas de poner tierra entre él y su casa, tanto por la amargura de las privaciones —después de años de holguras muelles y travesuras infantiles en un inmenso piso de Alfonso XII—, como por la tristeza sobrevenida en el ya de por sí fúnebre hogar a raíz de la muerte de su hermano mayor, abatido por los alemanes en la toma de París, acabaron por obligarle a zambullirse en los estudios con tal ahínco que el tribunal no encontró excusa ni manera de quitárselo de encima, sobre todo cuando comprobaron que tenía al día sus cuotas en Falange y en el SEU. Además, había tenido la sabia precaución de comenzar todos sus ejercicios con un YDN (Yn Dei Nomine), polvorienta fórmula notarial cuyo empleo, tan a propósito, sorprendió agradablemente a los vocales del tribunal. Así que don Alberto pasó a ser, con 29 años, notario del Ilustre Colegio de Burgos. Esto sucedía por el año 1953. En esa ciudad residió durante ocho años, y allí fue donde se casó. A principios del 61 pidió traslado a Madrid, que le fue concedido. Como quiera que los años en tierras burgalesas fueron más que provechosos para su economía —Burgos era entonces una ciudad de campanillas, que no había despertado bruscamente del sueño de su reciente y efímera capitalidad durante la guerra— don Alberto se hizo, invirtiendo los ahorros de todos esos años, con un chalecito en el barrio de El Viso, por entonces una zona de la capital en la que residía lo mejor de la aristocracia castellana. Allí se instalaron don Alberto, su mujer y el hijo de ambos, Alberto, el protagonista de esta historia, que contaba entonces cuatro años. Pedro no había nacido todavía.

Lo hizo cuatro años después.

4

Don Alberto se había traído de Burgos, amén de sus ahorros para la compra de su entonces fastuosa vivienda, a doña Josefina, hija de un comandante de artillería fusilado por los anarquistas en el Bajo Aragón. Don Josefina era una mujer frágil y con aires de marquesa, sesentona, a la que la orfandad le había inoculado —cosas del instinto de supervivencia— un aire apesadumbrado y deprimido, que con los años acabó por pegársele al hígado. Cuando yo la conocí ya tenía definitivamente asentado un color de piel algo amarillento, unos aires mortificados, una manera tan especial de decir constantemente y por lo bajo “¡Ay, Señor, Señor!”, que parecía que la expresión había sido exclusivamente inventada para ella, una tos, por fin, seca y nerviosa que acusaba su presencia imprevisible en un vagar algo neurasténico, sin rumbo aparente, por todo el caserón. Era una mujer dotada de una belleza rancia, afilada y pálida, un algo castellana, a la que los aderezos de joyería y los trajes chaqueta de terciopelo negro eran capaces de convertir, en un santiamén, de mozas resultonas y descaradas de pueblo en señoronas estiradas del barrio de Salamanca. Cuando don Alberto y ella salían para cenar o a algún compromiso — y lo puedo afirmar de primera mano, porque no era raro que me los cruzara cuando abandonaban la casa y los amigos íbamos a tomarla por asalto— parecían un par de marqueses dirigiéndose al Palacio Real para una recepción. Doña Josefina, sin embargo, no me pareció jamás una mujer feliz. Así como don Alberto era un hombre con un punto de sorna, capaz de hacer bromas chuscas incluso sobre sí mismo, a doña Josefina, sin embargo, nunca, en los años en que frecuenté la casa viviendo ellos aún en ella, la vi reír a carcajada limpia. Tan sólo a veces, y como concediendo, su rostro dejaba escapar una mueca que aspiraba a ser una sonrisa pero que se truncaba a mitad de camino, convirtiéndola en un mohín. Entonces las mejillas se le llenaban de hoyuelos y su rostro seco adquiría una expresión vagamente ratonil. Siempre pensé que era tan seria por coquetería, porque trataba de evitar esa mueca que sabía que no le favorecía lo más mínimo.

Doña Josefina no había ido a la universidad ni tenía estudios ni entretenimientos, como no fuera hacer punto y meterse contentamente en la vida de los demás. No sabía hacer otra cosa que regañar y preguntar. En esto último tenía un doctorado Summa cum Laude. Como toda su vida se la pasaba en casa y don Alberto le había puesto, para acabar de desocuparla del todo, dos chachas de servicio, una cocinera y una doncella, pues le sobraba día por todos los lados, y lo único que le quedaba era indizar, tramar, hablar por teléfono y

vigilar a las dos mozas, que estaban de ella hasta más arriba. Tanto que, cuando las dos chicas ya no pudieron más, se despidieron. Pero don Alberto, que no por melancólico dejaba de ser un hombre práctico, solventó el asunto empleando a dos filipinas, a las que se les daba una higa que la señora renegara o no, porque el castellano que hablaban, justo les venía para hacer lo que se les mandaba y no otra cosa. Yo alguna vez las observaba cuando parloteaban en tagalo por la cocina y doña Josefina las rondaba refunfuñando, tratando de encontrar resquicio para entremeter la cuña de su discordia.

Ambos cónyuges tenían una relación buena, aunque algo distante. Nunca los vi haciéndose arrumacos y teniéndose el menor gesto de cariño. Claro que los castellanos viejos —don Alberto había nacido en Burgos y doña Josefina era de Valladolid— para eso son tremendos. Los matrimonios, por Castilla, cuando salen por el espolón después de la misa de doce, de no ser por la vestimenta, se les podría confundir con una pareja de la Guardia Civil. Era el caso de los Albaizar. Doña Josefina lo cuidaba y le daba conversación durante las comidas. Don Alberto le escuchaba con paciencia, distraído, y hacía comentarios serenos sobre las cosas de la casa. A veces callaba y callaba. Otras, iban juntos a la ópera, al Real, o al cine. Poco más.

Don Alberto, que era hombre, como ya he dicho, tradicional y cumplidor del deber, tenía para con sus hijos unas debilidades que a mí —e incluso al propio Alberto— me costaba mucho entender. Parecía casi indiferente a sus obligaciones paternas. En los casos en que la situación exigía algo de autoridad por su parte, su intervención consistía en un comentario cargado de amargura y un enarcar de cejas algo más pronunciado de lo habitual.

5

Pedro no sacó nada en claro de sus estudios, a pesar de que llegó hasta la universidad. A trancas y barrancas pudo matricularse en varias carreras, que abandonaba sucesivamente para matricularse en otra, siempre antes, claro está, de los exámenes finales, por lo que consiguió vivir del cuento hasta los 25 años. Bueno, para ser fieles a la verdad, sus ingresos provinieron siempre de la explotación del relato breve. Alberto me dijo una vez que Pedro, de haber sido de pueblo, en la universidad se habría hecho tuno, observación que encontré muy acertada. A pesar de ser, como Alberto, un tipo frío, tenía un arrojo y una presencia de las que su hermano carecía. Era más bien alto, delgado pero fuerte, fibroso, de manos finas y algo velludas, con ojos azules muy brillantes, tirando a verdosos, melancólicos y acuosos. Y estaba algo loco. Era de esas personas que tienen por norma de educación decir las verdades a la cara en cuanto

tienen la menor ocasión, sobre todo esas cosas que todos llamamos por piedad, amistad o interés. Recuerdo que, una vez, estando los tres en casa, apareció una amiga solterona de doña Josefina y nos quedamos atrapados en el salón mientras la buena señora nos hacía algunas preguntas, esperando que bajase la anfitriona. Al cabo de un rato, sin que pudiéramos despejar el campo por lo violento que resultaba dejarla sola, la señora empezó a quejarse de ciertos achaques y molestias nerviosas, así como de falta de sueño. Siempre recordaré cómo Pedro, con esa expresión extraña que recreaba cada vez que ponía en práctica su máxima conductista, la miró fijamente y soltó: “Usted, señora, lo que tiene es un problema sexual”.

Tenía algún cable suelto, sin duda. Así como Alberto era de los que piensan y dan vueltas a las cosas innumerables veces antes de actuar, su hermano, por el contrario, no podía meditar más de medio segundo sin hacer algo, aunque fuese una burrada. Anduvo metido, después de dejar arquitectura, en los guerrilleros de Cristo Rey. No es que tuviese ideas ultras, ni quisiese cambiar nada. En absoluto. Pedro no tenía ideas. No había en él ni una sola cosa que se quedase en su cabeza sin pasar a ser un hecho, la mayor parte de las veces contundente. Era un hombre de acción en el más pleno sentido de la palabra. A él, de Cristo Rey lo que le gustaba era repartir leña. Anduvo detenido varias veces, pero su padre siempre lo sacaba, no sin algunos quebrantos de tipo económico, pues a medida que las fianzas crecían de manera aritmética, la paciencia de don Alberto decrecía en progresión geométrica. Cuando se convenció de que no quedaba gente interesante por fostiar, se metió en algunos negocios tan oscuros como inverosímiles. Abrió un bar sin música, al que, por descontado, no acudió nadie. Luego intentó amaestrar monos para circos, pero tuvo que desistir, pues un buen día uno de sus titis, monos que tienen una mala leche considerable, se masturbó —colgado de la barra de la cortina del salón— ante los ojos atónitos del presidente del Colegio de Notarios de Cantabria y señora, lo que puso un lúbrico final a sus pretensiones circenses. Posteriormente, tras convencer a don Alberto —quien, por ser tan morigerado, siempre tenía excedentes de numerario— para que capitalizara un negocio de cría de caracoles, perdió más de cinco o seis millones de pesetas. Al parecer, sus cálculos sobre la capacidad reproductiva de estos gasterópodos fueron totalmente mojigatos. Hubo un momento en que disponía, grosso modo, de más cinco millones de caracoles que, por supuesto, no supo cómo comercializar. Después, a medida que sus ideas iban perdiendo más y más crédito entre los inversores más inmediatos, fue cayendo en una honda depresión, de la que sólo lo sacó la heroína. La transfiguración que experimentó en esos dos o tres años en que su adicción tardó en llevárselo es algo que no puede ser descrito con

palabras. Sólo diré —pues no tengo intención de hurgar en un asunto tan triste, ni tiempo para hacerlo— que cuando fui al velatorio para echar un padrenuestro por su alma, tuve que preguntar en el tanatorio si me encontraba en la capilla correcta, para asegurarme de que realmente era Pedro aquel que yacía, con medio féretro abierto, delante de una de las vitrinas.

6

Alberto era muy diferente de Pedro. Como todos los hermanos mayores —tenía, según creo, cinco años más que aquél— era recto y acompasado, cumplidor y dubitativo. Esta diferencia de carácter se manifestaba esencialmente en un asunto: su trato con las mujeres. Mientras que Alberto sentía por ellas la extraña devoción de los misóginos, Pedro las tenía aparcadas en el amistoso desdén de los mujeriegos. De ahí las sacaba esporádicamente con zalemas y atenciones, hasta que satisfacía sus necesidades de alcoba, momento en que volvía a su desapego de siempre. Todo lo que en Alberto eran dudas, reprensiones y tragedias clásicas —muy a menudo platónicas— que le duraban semanas e incluso meses, en su hermano no pasaban de pequeños y molestos asuntos que le entretenían de sus quimeras crematísticas y comerciales por un par de noches, trayéndole de cabeza por otro par de días, en los que la necesidad de trabar excusas y de dar esquinazos bien urdidos le arrugaba el ceño por un par de horas. Por supuesto, en casa de los Albaizar el teléfono no cesaba de sonar, y siempre eran chicas preguntando por Pedro.

Alberto se parecía a su hermano, pero no en delgado sino entrando ya en la categoría de flaco, de pelo largo y rizado y dotado de ciertos rasgos que recordaban el rostro afilado de su madre. La barba, algo cerrada, y los ojos azules, hundidos en el fondo de los arcos superciliares, de una tonalidad decididamente más clara que los de su hermano, triste. La cabeza la tenía grande y ancha, de tal manera que asemejaba muy distinto de frente que de perfil. Era alto también y de manos grandes y blancas, algo velludas, de caderas estrechas y ancho de espaldas. Todos estos rasgos, en principio sumamente agradables en una persona, aparecían afeados por ciertos detalles, consecuencia de una psique algo vacilante, que se inmiscuía en su aspecto externo y hacía asomar a la superficie de su rostro pequeñas incongruencias. La más notoria de ellas era un rictus duro, algo malhumorado, que no se correspondía con su extraordinario sentido del humor. Antes de nada, debo decir que Alberto era dueño de una inteligencia de rango superior, como no he vuelto a ver en nadie ni probablemente veré jamás. Pero no esa inteligencia que sueñas los maestros en sus discípulos, esa inteligencia práctica que sirve para medrar en la vida, en

la universidad, en la empresa, ni mucho menos esa otra que aúpa a la gente en la Administración. Nada de eso. Alberto no tenía ni un pelo de listo. Su mente era una combinación altamente explosiva de inteligencia, imaginación y ética. Tenía una penetración para ver la íntima relación entre las cosas que producía asombro y repulsión a partes iguales. Asombro por la sagacidad con la que ponía en evidencia la mentira de cualquier cosa, institución o personaje. Repulsión por la crudeza con la que ponía en práctica su tremenda capacidad de análisis. Esta inteligencia y este desapego despectivo —era maestro en emplear los tonos más despreciativos y burlones que nadie pueda imaginar— habían producido en él, a manera de mecanismo de defensa, una actitud ante la gente que desconcertaba. Tan pronto era tierno y amable en el trato como se mostraba gélido y distante, respondiendo a las preguntas y comentarios con frases cargadas de veneno, desprecio e inquina. Además, era dueño de un orgullo satánico, diabólico a más no poder. Por ello, cuando alguien malinterpretaba su cordialidad solía, súbitamente, dejar escapar comentarios groseros e hirientes que desconcertaban a su interlocutor.

Además, era cabezón en grado sumo. Recuerdo en una ocasión que su padre lo castigó sin comer hasta que no pidiese perdón a su madre por algo que le había dicho. Pues bien, estuvo más de una semana sin comer, por lo que tuvieron que ingresarlo en una clínica y ponerle una sonda, porque cuando don Alberto, asustado, le levantó el castigo, afirmó que no tenía hambre y que, de momento, no pensaba comer. Entonces tenía catorce años. En otra ocasión, llamaron de la televisión a la casa de los Albaizar. Se trataba de un concurso televisivo en directo y querían que contestase a unas preguntas a cambio de medio millón de pesetas. La mala fortuna quiso que fuese Alberto quien se pusiese al teléfono. En tono sibilante preguntó que “¿quién se ha creído usted, señorita, que es, para tutearme sin permiso?” y “¿qué le hace pensar que yo necesito medio millón de pesetas? ¡Eh! ¡Responda!”. Don Alberto comentaba que, antes de que el realizador mandase cortar y poner anuncios, la presentadora quedó blanca como el papel.

Era también muy indeciso. Nunca sabía si era mejor esto o aquello, si era más conveniente ir al cine o asistir a un concierto. Calibraba meticulosamente los efectos de cada cosa y los introducía en la trituradora de su cerebro hasta obtener una respuesta afirmativa o negativa. En ambos casos, la mayoría de las veces, la ocasión de actuar, cuando su decisión se canteaba por una de las opciones, había pasado ya. Eso hacía que su conducta habitual fuese la inhibición. Por ello tenía también algo de esquivo, de huidizo. Su mirada buscaba siempre los espacios abiertos, un punto más allá del horizonte. Era, además, silencioso, y se volvió más con el paso del tiempo. No hablaba

más que cuando estaba seguro de una cosa y, si lo hacía sin pensar —lo que no era infrecuente, en contradicción con todo lo dicho— podía sostener sin pestañear los argumentos más estrambóticos y disparatados imaginables. Una vez que había dicho algo descabellado, casi siempre por mero afán de experimentar con su interlocutor, le sometía a una procesión asombrosa de argumentos de apariencia falsamente lógica que, indefectiblemente, acababan por hacerle dudar, bien de la pertinencia de sus propias afirmaciones, bien de su salud mental. Con el paso de los años fue adquiriendo algunos tics extraños, que denotaban que la trituradora de su cerebro, no teniendo que ocuparse de asuntos mundanos, que son a menudo los que entretienen la vida cotidiana e impiden dar vueltas a ciertas cosas, seguía trabajando en la penosa tarea de desmenuzar lo ínfimo, lo inasible, a pesar de su edad: ciertos movimientos de los brazos, que gustaba de levantar por encima de su cabeza, especialmente cuando los argumentos o la lucha con sus pensamientos lo ponían algo nervioso y excitable; un achaparramiento de la espalda, consecuencia de las horas que pasaba tanto al clave como frente a la televisión, sus dos aficiones preferidas, y, sobre todo, una ausencia cada vez más palpable, más escandalosa. También le cambió la manera de andar, que se fue haciendo más y más vacilante, como si sus piernas estuviesen perdiendo algo de fuerza o él no encontrase los puntos de apoyo suficientes como para mantener el equilibrio. No lo sé. Algo inasible, difícil de determinar o diagnosticar con exactitud. Quizás el sentido de la orientación. Parecía cada vez más desorientado, más confuso.

Otro de los puntos en que cambió mucho fue en la locuacidad. Cuando íbamos al conservatorio juntos no cesaba de hablar. Tenía ideas y teorías para cualquier cosa o acontecimiento. Al final de su vida, apenas si había manera de arrancarle dos o tres palabras seguidas, si bien he de decir en su descargo que esas palabras, mal juntadas y peor dichas, formasen frases de tal profundidad que valían por peroratas enteras, sumiéndome su contenido en reflexiones de las que la mayor parte de las veces no acababa por sacar nada en claro. Con el paso de los años, Alberto se fue cerrando, como una flor tropical, sobre la corola de su silencio. Esto último fue la causa de que perdiera a muchos amigos, porque el silencio, casi siempre, rompe más amistades que las palabras. Su inteligencia —a menudo absolutamente inútil— le llevaba a veces a sumirse en silencios de tal espesor que costaba gran esfuerzo soportar su compañía. Aparte de ello, y por si fuera poco, era tremendamente obsesivo. Bueno, quizás reconcentrado, más bien. Rumiaba las cosas con tal intensidad y persistencia que más de una vez me sorprendía hablando de repente de cosas o problemas que habían constituido nuestro tema de conversación semanas atrás. Fue cuando empezó a hablar solo, como para sí.

Alberto había nacido bajo la influencia de la Luna. Siempre decía que la demostración más palpable de la inutilidad de la ciencia estribaba en el hecho de que los científicos habían pisado la Luna pero seguían sin enterarse de la verdadera influencia de este satélite sobre el cerebro humano. Esto no quiere decir que fuese un lunático en el sentido más peyorativo del término, ni mucho menos. La Luna acentuaba en él rasgos que parecían adormecidos normalmente, pero nunca sacaba de su interior cosas que no fueran observables a simple vista. Los días de plenilunio, Alberto se mostraba más comunicativo y activo que nunca, de una vitalidad y una gracia que a veces confundían a los que lo conocían por el cambio que experimentaba su carácter. Todo su ingenio, toda su locuacidad y su gracia, toda su chispeante conversación y sus comentarios más malévolos le venían a la lengua cuando la Luna estaba en la más plena de sus fases. Por el contrario, cuando el satélite caminaba hacia la oscuridad y el eclipse, él se volvía progresivamente mohíno y atristado, y parecía que cada día que transcurría en la fase menguante, su lengua se fuese quedando progresivamente seca hasta que, durante un par de días, callaba por completo y su rostro se sumía en una quietud distante y lejana, como si el cielo, al llevarse la pequeña bola blanca suspendida en el firmamento, hubiese soplado al tiempo sobre la chispa brillante de su ingenio. Su temperamento cíclico se veía también afectado por las estaciones del año. En verano era alto y de gestos enérgicos, llenos de determinación. En invierno, en cambio, parecía algo más bajo, más achaparrado, más cansino, apagado, casi hosco. En las estaciones intermedias su temperamento era más variable. En primavera, por ejemplo, tenía tendencia a hacer tonterías. La más acusada de estas inclinaciones era la pulsión montaraz. Le daba por izarse a las señales de tráfico y a las marquesinas de las paradas del autobús, o por pegar saltos para comprobar si podía arrancar las hojas de los árboles en los bulevares. En otoño, la tendencia era inversa. Se arrimaba a las paredes y trataba de ir lo más bajo posible, como si el enorme peso del invierno que se avecinaba fuera demasiado grande para mantener los hombros erguidos. En esta estación, además, era terriblemente dormilón. La legaña era su personal seña de identidad, pues no se levantaba antes de las doce del mediodía. Una vez me dijo que, de existir la reencarnación, a él le gustaría ser, en la próxima vida, oso pardo. La lluvia la encontraba muy molesta y sirva como prueba de su enorme falta de sentido práctico el hecho de que nunca había comprado un paraguas. Cuando empezaba a chispear, solía maldecir en voz alta hacia el cielo y, si no encontraba un taxi a mano, lo cual es bien frecuente en Madrid cuando caen cuatro gotas, andaba hasta casa

blasfemando. Un día le dije que por qué no se compraba un paraguas. “¡Un paraguas, un paraguas!”, replicó con desprecio. Le regalé uno. Al cabo de unos días me confesó que había quedado increíblemente impresionado por la utilidad de este instrumento. Habían pasado el día paseándose por Madrid, bajo un aguacero bíblico. La ingenuidad con la que expuso su tardío y personal descubrimiento del paraguas me hizo una gracia tremenda.

Era muy amigo de pasar los días en blanco, tumbado en la cama. “Los techos y los plafones tienen también muchas cosas que decirnos. Son paisajes de infinita hondura”, acostumbraba a afirmar. Creía que el buen Dios había hecho algunos días expresamente para ser dormidos, teoría que apoyaba en el tradicional relato bíblico de la Creación. “Pensar que todos los días son iguales es tan tonto como creer que todas las personas son iguales. Hay días inaptos para la producción.” Huelga decir que esos días constituían, en su calendario laboral, una aplastante mayoría.

Cuando lo llamaron para tallar, no se molestó en ir hasta la caja de reclutas, por lo que fue declarado prófugo. En esa condición estuvo más de tres años, hasta que se declaró objetor de conciencia. Sorprendentemente, nadie se personó en su domicilio para requerir su presencia en el cuartel. Yo le dije que no estaría mal que fuese a la mili y se pasase un año por ahí viendo gente y viviendo fuera de casa, pero no me hizo el menor caso. Me respondió agriamente que el único mundo que se podía ver en la mili era un mundo decadente y zafio que se imaginaba a la perfección. “Al fin y al cabo, para lo único para lo que sirve el servicio militar es para atestar los expresos de palurdos. Yo, que viajo mucho en tren, la mili no la he hecho, pero me la he oído toda.” Así que tampoco fue a la mili, lo que no ayudó a que se abriera un poco al exterior y comenzase a aceptar a la gente como es. “La gente es la sociedad y la sociedad no es; desgraciadamente, solo existe.” En aquella ocasión se enfureció de verdad. “¿Cómo voy a aceptar a la gente como es? ¡Gente y ser son palabras que no casan en ninguna frase, que no concuerdan en ninguna gramática!” “Te quedarás solo” —repliqué—. “¡Magnífico,” —respondió— “la soledad es el castigo de los excedentes, tal como la compañía obligatoria lo es de los deficientes!”

8

Tenía unas ideas que resultaban indignantes para cualquiera con un mínimo sentido de la igualdad y la democracia. Era, en materia política, antidemócrata hasta la médula. Tan virulento era su sentimiento antidemócrata que cada vez que había elecciones se veía

aquejado de enormes dolores de cabeza. Y eso que me consta que votó, la primera vez que tuvo ocasión, a los socialistas, pero dejó de hacerlo en cuanto formaron gobierno, y ello por la razón más peregrina que imaginarse pueda: “Se les ha puesto a todos sonrisa de conejo”, afirmó, dejándome estupefacto.

Tan radical se volvió en este punto que llegó a sostener que la democracia es la más desesperada baza del capitalismo liberal y que estaba todavía por desenmascarar. En el caso de España, consideraba la transición a la monarquía parlamentaria un tremendo error histórico. “España, siempre la última y tarde”, me dijo en una ocasión. Yo me indigné. “Vamos, Alberto, ¿serás capaz de negar el mérito de la transición española?” Se exasperó. “¡Naturalmente que lo niego! No ha existido mérito alguno. No ha sido más que una claudicación. Una rebatiña de la izquierda, un juego de las sillas musicales. La dictadura es la madre de la democracia, lo mismo que la democracia es la madre de la dictadura. Eso ya lo sabían los griegos.” Así que no volvió a poner los pies en un colegio electoral. No contento con ello, hacía proselitismo a la menor ocasión, lo que le valió que se le colgase el sambenito de reaccionario, algo totalmente ajeno a su carácter. En una ocasión afirmó que había un nuevo régimen político en la sombra y que nadie sabía ni por asomo cómo sería. Yo le pregunté que quién era el que estaba fraguando ese régimen nuevo, y me contestó que la abstención. “La forma más totalitaria y maligna de privación de la libertad consiste en dar a elegir entre cosas que no se desean.”

En una temporada en que sus fracasos musicales, a los que me referiré más adelante, le arrastraron hasta la filosofía, acudía regularmente a una tertulia de filósofos, que tenía lugar en un café del centro. Dejó de ir al poco tiempo. Como al principio estaba tan entusiasmado, quise saber las razones de su abandono. Me dijo que sus contertulios se habían indisputado con él a causa de algunas cosas que había defendido. Al parecer, afirmó rotundamente que dentro de cien años se procesaría a los filósofos por haber sido demócratas en su juventud. Luego les reconvinó —todos eran penenes y profesores de instituto— diciendo que un filósofo que cobra un sueldo del Estado es algo tan gracioso como un pirómano asalariado del cuerpo de bomberos. Remató esa serie de perlas haciendo comentarios jocosos sobre algunas separatas que le habían pasado con el ánimo de cultivarle un poco, lo que ya fue excesivo. Fue condenado al ostracismo, y no precisamente platónico. Yo le regañé acremente.

Encontraba incluso divertido, para asombro y consternación de todos los presentes, defender a las organizaciones terroristas, fueran del signo que fueran. “No hay que ser inmovilista”, decía, “las

fronteras no solo se han de mover a cañonazos. Los estados también necesitan de sus moscas cojoneras, como cualquier institución. Cuando ya no existe en el planeta entero ni un solo centímetro cuadrado de tierra sin propietario, es cosa buena que todavía haya gente que reivindique los espacios abiertos.” Defendía que el Ministerio de Cultura tenía que subvencionar a estas instituciones: “Son embriones de Estado. ¡Algo en inminente proceso de extinción!” solía exclamar. “Al fin y al cabo”, concluía afirmando, con una seguridad que irritaba, “la diferencia entre un estadista y un terrorista es la misma que la existente entre un perseverante y un cabezota.” “El Estado juega al mus con ETA, de igual a igual, y los muertos son solo amarracos. Pero los dos se lo pasan bien. Tienen mucho que sacar de la comedia.” O “el terrorismo es como el cerdo: se aprovecha todo.” Obvio resulta explicar que semejantes ideas, expuesta en presencia de don Alberto, causaban en el notario una indignación que le subía la tensión. A mí me dejaba atónito, no ya el hecho de que un notario hubiera tenido un hijo con ideas, algo de por sí bastante notable —y aún diría que notariable— sino que además esas ideas fueran tan radicales y ajenas a las de su padre, por mucho que yo no supiera exactamente cuáles eran. Sin embargo, me reía mucho con Alberto pues, conociéndolo como lo conocía, sabía seguirle el juego y entre ambos solíamos pasar ratos muy agradables en compañía de amigos bienpensantes —los míos— o tirando a derechistas —los suyos—, escandalizándolos con ideas a cuál más turbadora, peregrina y disolvente.

Yo trataba constantemente encontrar un sector del mundo laboral por el que pudiese mostrar cierto interés. Traté de convencerle de que entrase en algún periódico. Pero había decidido que los periodistas se habían convertido en diseñadores gráficos al servicio de la publicidad que les daba de comer. Yo no cejaba. ¿Por qué no profesor? Por supuesto, la educación no era una de sus debilidades. “¿Qué razón hay para educar a los chavales?”, me contestó. “¿No tienen acaso bastante con haber nacido?” Le parecía aterrador que la vida comenzase de una manera tan deprimente, con el beneplácito e incluso la colaboración de los padres. Él había ido a un colegio de religiosos, cercano a su casa, no recuerdo de qué orden. Fue expulsado varias veces, casi siempre por llevar la contraria a los profesores en las explicaciones, pero siempre lo readmitían, porque don Alberto era el notario de la comunidad y solía hacer precios muy ventajosos en las transacciones mercantiles de la congregación, que no hacía más que expandirse y edificar. Cuando ya no quedó ni un solo centímetro cuadrado de patio de recreo por vender, y los curas se trasladaron a las afueras, Alberto, que estaba en COU, fue expulsado de nuevo, pero con la diferencia de aquella vez fue la definitiva. Rehusó, desde ese día en adelante, ir a ningún sitio más. “Papá, ya he tenido

bastante educación.” Y no hubo nada más que decir. Ese *bastante* incluyó la universidad. Después me dijo, respecto de los religiosos del colegio. “En esta absurda sociedad, quienes no han podido resolver su propia vida son los encargados para enseñar a los demás a hacerlo.”

Los negocios tampoco le interesaban. Por los empresarios profesaba una enorme tirria. Y no digamos por los banqueros. Eran para él una banda de salteadores de caminos sedentarizados. “Como los bandoleros andaluces, que al final se hacían todos de la Santa Hermandad.” Cuando quedó solo al morir sus padres tenía todo el dinero en un calcetín que escondía bajo una baldosa que había conseguido arrancar, sudorosamente, con ayuda de un cortafrío, en su dormitorio. Era un calcetín de montaña, bastante apestoso. Yo me reí de lo lindo cuando me lo enseñó. Se enfureció bastante. “No sé de qué te ríes —replicó agriamente—, el Estado también guarda sus perras en una baldosa. Lo que pasa es que su baldosa se llama Banco de España y está mucho más profunda que la mía. Pero la mía, en proporción a la suma que custodia, está más honda que la del Estado. Además, si lo guardo en este calcetín es porque, aquí, el robo es sólo una posibilidad, mientras que en el banco es una seguridad absoluta.”

9

Con éstas y otras ideas tan peregrinas no es raro que no encontrase trabajo digno de su aprobación. La mayor parte de ellos los tildaba de insalubres, cuando no de inconstitucionales. Yo acabé por pensar que la universidad era el único sitio en el que hubiera podido encontrar un trabajo en el que resistir algunos años —eso suponiendo que hubiera conseguido algún título, que no fue el caso— pero, naturalmente, Alberto no tenía de la universidad española un concepto muy elevado. Para su ácida y descarnada inteligencia, la Universidad era una institución bochornosa. “La de dinero que tiene que gastar el Estado para que toda esa gente se mantenga ocupada en cosas inofensivas”, se lamentó una vez. En otra ocasión me confesó que lo que más le maravillaba de la universidad española era la extraordinaria resistencia al café que producía en los que la frecuentaban. “¿Cómo podéis beber tanto café?”, me preguntaba, con extraña admiración. Para él, la actividad intelectual era básicamente excitante y encontraba más normal, dentro de su inocente lógica, que los que trabajaban con la cabeza consumiesen más tranquilizantes que excitantes. Creía a pies juntillas que la elucubración intelectual formaba parte de la actividad universitaria.

Una de las peculiaridades más chocantes de Alberto y, sin

duda, la que más problemas le ocasionaba con la gente, era el asunto de las máquinas. No conducía ni, por supuesto, sabía emplear ningún tipo de máquina o mecanismo. Y además, lo llevaba a gala, para irritación de los que tenían que hacerle las cosas, no cortándose en manifestarlo ni siquiera en las ocasiones más inoportunas, en las que la prudencia le hubiera ayudado a conseguir los favores que pedía. A este respecto, su máxima era una cita platónica que acostumbraba a repetir con la mayor de las inoportunidades. “Los esclavos utilizan herramientas; los señores utilizan esclavos.” Por consiguiente, era muy aficionado a ser transportado o, en su defecto, a caminar, lo que hacía con un paso desgarbado y absorto que le confería un aspecto vagamente estafalario, de orate. Odiaba los transportes públicos de una manera enfermiza, y tenía por norma no correr nunca ni delante ni detrás de ningún vehículo, sea por la razón que fuese. En 1983 tuvieron que asistirlo en la casa de socorro a causa de algunos empujones que un conductor algo impaciente le propinó al observar con fastidio que, por más que el semáforo se había abierto, el peatón aquel no hacía amago siquiera de apretar el paso, sino que seguía caminando pausadamente. También tuve ocasión de verlo alguna vez andando detrás de un autobús que arrancaba, a la vez que hacía enérgicas señas con la mano. No era extraño que los conductores, por pura curiosidad o para darle un repaso, lo esperasen. Pero como odiaba el autobús y el metro le producía claustrofobia, su modo de transporte pronto quedó reducido a dos únicos medios: andar y tomar taxis. “Soy un pobre *taxicómano*”, se reía. Este último era un deporte que practicaba con una regularidad pasmosa. Aunque tuviese únicamente quinientas pesetas por todo capital en este mundo, era capaz de dejarlas gustosamente en una carrera de taxi. Tampoco era raro que el montante de su fortuna fuese inferior a esa cifra. Entonces se subía al vehículo y afirmaba, con una rotundidad que contrastaba con lo que se disponía a decir: “Ande usted 235 pesetas en dirección a El Viso, haga el favor.” Ocioso es describir con qué alborozo semejante orden era recibida por el taxista madrileño en cuestión. El metro lo tenía —ya en épocas tempranas, en las que los amigos todavía no conducíamos— por una indecencia espiritual, ética y estética (“¡Dios, qué cosas hacen con los obreros!”), y era muy raro que se dignase bajar a él por mucha prisa que llevara o gordo fuera el atasco en la superficie. Prefería andar, aunque fuera durante horas. Más de una vez discutimos sobre este asunto, pero su postura era absolutamente terminante. En una ocasión mantuvo la peregrina teoría de que los automóviles no transportan, sino que son transportados y que la creencia en las ventajas del automóvil no es sino producto de una operación conjunta de las compañías de coches y las aseguradoras, que habían hipnotizado a los hombres y buena parte de las mujeres haciéndoles creer que

fornicarán más y mejor cuanto más caro sea el coche que conducen. Yo me reí de semejante inocencia. “¿Acaso no es verdad, Alberto?” Luego le atacué diciendo que lo que le pasaba con los coches era que no tenía agallas para aprender a manejarlos. Al cabo de un par de meses, cuando ya había olvidado el asunto por completo, sacó la cartera y desplegó un documento rosado. Era el carné de conducir. Luego me pidió el mechero y le prendió fuego allí mismo. El orgullo le llevaba a veces a comportarse como una auténtica criatura.

En sus recorridos largos, lo que más le gustaba era ir en tren. Afirmaba que el tren es un verdadero invento y que era una lástima que no fuese compatible con los intereses del gran capital. “Conociendo al espíritu humano —solía decir— hacerlo andar entre un par de raíles no es ninguna mala idea.” Y no le faltaba algo de razón. Los trenes que más le gustaban eran los expresos nocturnos, especialmente los inundados de marroquís y gente descalza y tatuada, con revisores de aspecto vagamente alcohólico y legionarios de mirada atravesada. En ocasiones, en las épocas que tenía dinero y poco que hacer, desaparecía un par de días. Luego aparecía radiante, con un brillo algo húmedo en los ojos. Me explicaba que había ido a la La Coruña y vuelto, o que había tomado el “transmiseriano” —el expreso Madrid-Algeciras— y que había conocido a mucha gente interesante. Según me decía, le gustaba bajar la ventanilla del pasillo —eran épocas en que todavía se podían subir y bajar las ventanillas a voluntad— y, así acodado, disfrutar del paisaje nocturno, amodorrado por el traqueteo de las vías y el sonido cambiante de las campanillas de los cambios de agujas, entreviendo en una exhalación las cabinas de los guardagujas, las estaciones desiertas semiiluminadas por las luces de la factoría, los paisajes campestres sumidos en la oscuridad, las paradas nocturnas e inexplicables de los expresos, en las que se escucha el grito de la lechuza y el clamor de las cigarras, y qué sé yo más de cosas, que me explicaba con un entusiasmo que me llenaba de envidia. Para mí, los viajes en tren han sido siempre sinónimo de impaciencia, asco y mal humor, y no digamos en expreso. Pero él justificaba esta afición diciendo que lo único que resta del mundo romántico del siglo XIX son los trenes, a pesar de los esfuerzos de las compañías por acabar con la imagen aventurera del tren y convertirlo en una sala de espera del dentista con ruedas. “Los que creemos que el tren es el medio perfecto de locomoción no necesitamos que lo hagan más rápido, porque no acortan el disfrute.” No sé qué hubiera dicho de haber conocido los AVE, ahora que los trenes quieren ser aviones, y los aviones autobuses. En el fondo, lo que le gustaba de esos viajes era la gente. Cuando era niño —me contó— se escapaba de casa y se pasaba las horas muertas en un banco de la estación de Delicias, o la del Norte, mirando los trenes con arrobó. Alberto se traía a veces a su

casa a gente que había conocido en el tren, pero sus amistades, fuera del medio de locomoción en que habían fraguado, no solían cuajar. Esta afición por los seres más degradados, más sucios, más patibularios del arco social la tuvo siempre y, en las últimas épocas de su vida, trataba exclusivamente con mendigos y vagabundos, al parecer la única compañía que frecuentaba por entonces. Una vez me dijo que la gente le parecía tanto más interesante cuanto menos tiene que perder y que el hombre químicamente puro era el mendigo, y si era alcohólico, mejor que mejor. A mí estas ideas sobre la gente me sacaban de mis casillas, pero prefería no llevarle la contraria porque su lógica, una vez que había sido espoleada, no tenía fin ni desmayo.

10

Lo que nos unía más que cualquier cosa, no teniendo en común ni la clase social, ni el barrio, ni los estudios, era la música. Fue precisamente en el Conservatorio donde trabé amistad con él. Como ya quedó dicho, su padre alimentó largamente la ilusión de ser concertista de piano. Bien, como se le fue habitual en los padres, cuando aquella ilusión se fue marchitando en su fuero interno, decidió que su hijo la cumpliría por él y lo matriculó, nada más cumplir los doce años, en el Conservatorio de Madrid. Yo no lo conocí hasta pasados algunos más, cuando ambos habíamos terminado solfeo y nos matriculamos en un curso de dirección de orquesta que dio un director austriaco de paso por Madrid. Luego pasaron dos o tres años más y, hacia finales de 1979, ambos habíamos acabado los primeros seis años de piano y optamos por seguir con el clave, en vez de acabar la carrera de piano. Fue entonces cuando nos hicimos verdaderamente amigos.

Él no tardó en comprarse un clave —uno de esos instrumentos sobrios y baratos que se fabrican en la RDA, de un solo teclado—. Como yo tenía sus posibles, acudía muchas tardes a su casa y allí practicábamos juntos. Más tarde, en el 82 y 83, creo, convenció a su padre para que invirtiera buena parte de sus ahorros en un clavicémbalo inglés que se subastaba en una sala de Madrid. Recuerdo que los acompañé a la puja. Don Alberto se lo tomó como una cuestión personal, y tuvo que pelear a brazo partido —nunca mejor dicho— con un par de músicos que se habían encaprichado también con el instrumento. Era un clave precioso, un Jacob Kirckman de dos teclados, con filigranas doradas a lo largo de la tapa y los costados. En el interior de la tapa, en tonos pastel, estaba pintado un paisaje bucólico que el tiempo y la suciedad habían sumido en una oscuridad borrosa. Sobre la dentadura marfileña una inscripción en latín rezaba: JACOBUS KIRCKMAN ME FECIT LONDINI 1755. Aquel instrumento tenía —y debe seguir teniendo— una sonoridad

extraordinaria y las teclas, de hueso nacarado, era de una suavidad asombrosa a la presión, sobre todo teniendo en cuenta los doscientos años que llevaban funcionando. Claro que, habiendo sido los claves durante muchos años —al menos en España— únicamente muebles muy decorativos en según qué casas de la alta burguesía, no era raro que muchos de ellos se encontrasen, como aquél que compró don Alberto, en inmejorables condiciones de conservación, sobre todo por falta de uso, si se exceptuaban algunas huellas de vasos y marcas de tapetes de ganchillo sobre la superficie de la tapa. ¡Tantos pianos sirven sólo para poner fotos enmarcadas, en determinadas casas de postín! Recuerdo que los ánimos se llegaron a calentar de tal manera en aquella subasta que don Alberto pagó por aquel instrumento más del doble de su valor real, no sabría decir cuánto con exactitud, pero sí recuerdo que se trataba de una cifra lo bastante onerosa como para que doña Josefina no le dirigiese la palabra en un mes y Alberto se apresurase a vender el viejo a fin de colaborar en el pago de aquella antigüedad valiosísima.

Nuestra afición al mismo instrumento se veía reforzada por nuestra admiración hacia un mismo compositor: Juan Sebastián Bach. Salvo algunos escauceos con la música de Couperin, las sonatas de Scarlatti o el fandango del Padre Soler, que nos entusiasmaba, no solíamos tocar otra cosa que la música del compositor alemán. Con el tiempo, yo me fui distanciando de ese gusto exclusivo y excluyente, pero Alberto nunca apostató de la religión bachiana, a pesar de que su digitación siempre fue peor que la mía y que a veces, yo creo que por un exceso de concentración y tensión, tenía problemas de coordinación entre ambas manos y tendía a irse del ritmo con la izquierda, en los contrapuntos. En ocasiones se tiraba tardes enteras practicando con la izquierda mientras miraba el metrónomo fijamente. Pero piezas de cierta dificultad técnica, como la famosa Fantasía Cromática, nunca fue capaz de interpretarlas sin errores, de una sola tirada. En principio, ambos queríamos dar conciertos. Luego, cuando fueron pasando los años y conocimos el mundo de la música por dentro un poco mejor, vimos que la cosa no era tan sencilla como pensáramos. Mientras que yo me fui decantando poco a poco hacia la enseñanza de la música, él quiso abrirse paso en la interpretación como solista, pues la enseñanza le asemejaba en general “una remunerada forma de degeneración de las personas juntamente con sus conocimientos” y en otras “la más honorable de todas las máscaras de la pedofilia”. Pero el problema era la constante vorágine a que tenía sometido su cerebro, en cuanto a elucubración y dilucidación del mundo a su alrededor, que no le permitía disfrutar de una estabilidad nerviosa, fundamental en un concertista. Su debut —en un Colegio Mayor— fue un completo desastre. Se trabucó en unos compases y

los fue repitiendo una y otra vez, sin saber cómo seguir y no queriendo darse por vencido y reconocer el lapsus, lo que hubiera sido muy bien acogido por el público, formado en su mayoría por amigos y compañeros del conservatorio. La gente empezó a reírse y él se fue congestionando más y más hasta que pensé que le iba a dar algo. Al final, mezcló el final de esa pieza, una partita de Bach, cómo no, con la *bourrée* de la siguiente, con lo que, al llegar a ésta, dándose cuenta del error, volvió a trabucarse otra vez y de allí ya no salió de ningún modo.

Aquel fracaso en su debut le afectó de una manera difícil de imaginar. Por supuesto, no volvió a enfrentarse otra vez a un público, por más que tratamos de convencerle de que aquello era normal y que no debía hacer una montaña de un grano de arena. Pero no aceptó ningún atenuante a su despiste y se empeñó en tomarlo a la tremenda, acusándose de haber salido al escenario sin la debida preparación. Algo de eso había, la verdad, pero no era como para tomar la decisión irreversible que tomó después de aquel concierto, y fue que nunca más volvería a tocar el clave delante de nadie. El berrinche que se llevó don Alberto no fue menor que el disgusto con el que nuestro profesor de clave recibió la noticia de su decisión.

11

Después de esta frustrada experiencia musical, y en contra de lo que había prometido, entró a formar parte de un conjunto de cámara que se formó mediante fondos públicos. Allí cubría, claro, la plaza de clave, que no siempre ensayaba, dependiendo del repertorio. No tardó en abandonar la formación. Por un lado, se empezó a llevar a muerte con la mayoría de los músicos, a los que afeaba “la estúpida manía de ensayar a horas intempestivas de la madrugada (se refería a las diez o las once de la mañana), horas en las que él no encontraba admisible estar tan acompañado, ni menos por veinte personas, que debían hacer lo mismo que él, todos al unísono. En segundo lugar, porque se burlaba de la calidad musical de la orquesta y sufría lo indecible en los ensayos. Yo fui a escucharlo un día y pude comprobar que realmente era cierto. Tocaban un *concerto grosso* de Haendel, creo que de los opus 6. Esto lo averigüé, por supuesto, después de haber escuchado toda la *allemande* que abre el concierto, ya entrados en el segundo tiempo. Fue entonces cuando Alberto se desligó de la orquesta y empezó a tocar al clave una versión floreada del himno español, para asombro de sus compañeros, que corroboraron sus sospechas sobre la salud mental de mi amigo, sobre la que ya tenían algunos barruntos. No contento con ello, preguntó al director —un antiguo director de coral parroquial, algo intrigante, artífice administrativo de la orquesta— si su presencia (la del director) era

absolutamente imprescindible, argumentando, con toda razón, que si en las mejores orquestas de cámara, el clave lleva la dirección si suena, no había motivo para que en aquella orquestina de variedades las cosas fueran de distinta manera. Se quedó sin empleo, aunque fuera a tiempo parcial, y perdió además una oportunidad de aprender, aunque fuera cómo no se debe tocar, siendo así que no entrañaba riesgo alguno para la propia carrera, ya que solían hacerlo casi exclusivamente en actos oficiales, en los que, por el tipo de público (consejeros de ente autonómico, asesores culturales, pensionistas sin calefacción y algún que otro despistado), la posibilidad de echar sobre sí algún baldón insuperable de cara al futuro como concertista, de que le reconocieran a uno, vaya, era mínima.

Tras abandonar aquella experiencia cómo músico de orquesta, se enclaustró y escribió dos sonatas para clave. La misma noche del día en que las pasó a limpio —pues sólo tardó una jornada en hacerlo— me llamó para que fuera a su casa. Allí, en su precioso clave, las estrenó para mí, con la partitura delante de sí y la interpretación vacilante, leyendo a veces, dejándose arrastrar por la memoria otras. Mi asombro no puedo describirlo con palabras. Para que el lector se haga una idea aproximada, era una música dotada de toda la gracia de Scarlatti, y a la vez de la profunda y paralizante melancolía de los tiempos lentos de Bach. La primera de ellas tenía un adagio lento, lleno de congoja, que me dejó boquiabierto. Las tocó varias veces, y debo reconocer que fue aquella noche cuando caí verdaderamente en la cuenta de que Alberto tenía un auténtico talento, de que no eran sólo su incomprensión y desamparo lo que le llevaba a comportarse como lo hacía. Había en aquella música una frescura y una originalidad tan sorprendentes que no tuve la menor duda de que mi amigo había encontrado su auténtico medio de expresión, el verdadero escape de su ingenio.

Le animé inmediatamente a tocarlas ante alguien que pudiera aconsejarle, sacar una oportunidad autorizada de sus composiciones y darles alguna difusión. Hizo una audición para un famoso clavecinista y organista, cuyo nombre omito. Si bien he de reconocer que en aquella destartada aula, ambas composiciones sonaron algo desangeladas —y los adagios especialmente fríos—, nunca entenderé la reacción de aquel profesor. Se limitó a afirmar con despego que no carecían de cierta gracia, pero que le sonaban totalmente arcaizantes y ajenas a la estética musical española del momento. Alberto palideció. Luego se puso hecho un basilisco. En un tono rechinante de rabia y ácido, contestó que estaba dispuesto a ponerles un acompañamiento de castañuelas a condición de que fuera él quien las tañese, lo que dejó helado al profesor y concertista. Luego, recogiendo sus partituras,

le espetó en la cara: “¡Organillero!” El aludido calló, pero supe que Alberto lo tendría difícil para abrirse camino en el mundo de la música, al menos en España.

12

Después de estas fallidas experiencias laborales y artísticas se desinteresó bastante por el mundo de la música y dejó de practicar asiduamente, con lo que fue perdiendo digitación a marchas forzadas. Entonces fue cuando le dio por la filosofía. Un día, pocos meses después de aquel frustrado primer concierto, me comentó que estaba leyendo un texto de filosofía y que lo encontraba sumamente interesante. Me preguntó —viendo que no hacía ningún comentario— si había leído a Wittgenstein. Hice alguna vaga alusión para salir del paso. Me sacó un libro y me lo enseñó como si fuera un incunable. Era el *Tractatus Logico-Philosophicus*, en la traducción de Tierno. Un texto inextricable. Las frases que leía, con el entusiasmo más prístino reflejado en sus ojos azules, no tenían por dónde cogerse. Alberto me asombró especialmente aquel día. Parecía comprender todas aquellas pamemas de aristócrata y esteta británico muy *posh*, bien forrado, y sacar de ellas extrañas y poderosas conclusiones, que me exponía a lo largo de horas de incansable perorata. A mí la filosofía siempre me ha parecido una manera como otra cualquiera de marear la perdiz, pero Alberto no parecía compartir esa opinión. Muy al contrario, su afición a la filosofía fue creciendo de año en año. Después de un largo acné *wittgensteniano*, pasó un violento sarampión heideggeriano, seguido de un sarpullido sartriano, con varias tercianas —terminales— orteguianas. Aún siendo yo un novato en lides filosóficas, creo que su periplo filosófico fue bastante estrafalario, habida cuenta de que al final resultó ser más platónico, si no descaradamente tomista.

Después de unos sesudos meses, en los que leyó todo lo que un ser humano es capaz de leer de metafísica, ontología y lógica sin perder la chaveta, escribió un pequeño tratado, de no más de veinte páginas, que denominó *De imbecillitate*. A lo largo de esos folios exponía, de forma gradual y en proposiciones lógicas que se iban descartando progresivamente, las graduaciones sucesivas de la imbecilidad y de la idiocia profunda. El tono en el que estaban escritos los silogismos era similar al del *Tractatus*, pero la finalidad de la obra, según me explicó más tarde, no era otra que la de averiguar, mediante un sistema piramidal de imbecilidades compartimentadas, cual podría ser el ente más idiota existente sobre la tierra. Lleno de curiosidad, le pregunté a qué conclusiones había llegado. Me respondió que, obviamente, si el descarte proposicional estaba bien estructurado, el ser más imbécil de la tierra sería el profesor de filosofía, soltero, abstemio,

que escribe en los periódicos y es asiduo de coloquios y mesas redondas. Por más que intenté que me aclarara las razones, no lo conseguí, pues se enfangó en una disquisición entre lógica y perifrástica de la que no saqué nada en limpio. Sí recuerdo, por el contrario, la última de las proposiciones de su opúsculo, la cual, según me aclaró, parafraseaba la postrera y definitiva proposición del *Tractatus*: “De los imbéciles que no pueden ser detectados, mejor es no hablar.”

Tan sólo las amenazas de don Alberto de vender el clave le hicieron volver, más bien de mala gana, a la música. Para que se ganase algún dinero le convencí de que diese algunas clases de solfeo o de instrumento. Tenía por entonces ya 27 años y no había trabajado en la vida. De muy mala gana, siguió mi consejo. Puso algunos carteles por el Conservatorio y no tardó en tener una alumna. Se llamaba Yolanda y fue su primer —y último— gran amor.

13

Era la hija menor de un empresario bilbaíno, que se había instalado en Madrid para no pagar el impuesto revolucionario etarra. La suya era una familia muy numerosa, dotada a la vez de esa envidiable cohesión que da un padre con el riñón bien cubierto, y que les otorga a menudo el estatuto indiscutido de clan. El padre tenía un par de fábricas de muebles no sé dónde.

Yolanda era —hablaré de ella en pasado, si se me permite— bastante agraciada, de tipo vasco, fuerte, de pelo moreno y ojos oscuros, pecho turgente y generoso, rasgos algo duros y carácter decidido. Lo que hacía de ella una persona atractiva era principalmente su encanto en el trato con la gente. Entraba bien a todo el mundo. Luego, mucho después de que ambos cortaran, me la encontré por la calle y pude estar un rato hablando con ella de los viejos tiempos. Como es natural que un amigo medianamente solidario haga, la indiqué un poco y le solté algunas pullas, para ver por dónde salía. Entonces me di cuenta de que su encanto no era algo innato, sino más bien fingido, instrumental, y que había que llevarle un poco la contraria para sacar a relucir su verdadero carácter y sus malas pulgas. Lo digo porque se mostró muy poco deportiva. Además, cuando la conocí por primera vez, comenté a Alberto que tenía una sonrisa que era un tic, pero mi amigo lo tomó como un comentario casual, y no como lo que era, una velada advertencia.

Cuando acudió a casa de Alberto para las clases —ella estudiaba piano y aquello del clave, según confesó después, lo encontró muy gracioso— tenía 25 años. Estuvieron juntos tres años, es decir, hasta que Alberto cumplió 30 y ella 28. En un principio se cayeron muy mal.

Alberto me pidió auxilio para una estratagema que había ideado para librarse de ella. Me pareció que le parecía “algo peor que una lerdá total, una lerdá simpática”. Yo me reí. Le hice ver que las personas requieren un cierto tiempo antes de empezar a conocerse, pero él se limitó a murmurar, en un tono de tristeza, digno de lástima, “y encima, feminista”. Conseguí hacerle prometer, esgrimiendo su desastrosa economía, que la aguantaría un par de clases más, hasta ver si congeniaban. Al cabo de unos días, me llamó y me dio las gracias por haberle persuadido para conservarla. Su tono de voz era extraño, especialmente exaltado. Habla a borbotones, con una locuacidad irrestañable.

Cuando le vi al día siguiente, le brillaban los ojos y me dio una vara interminable, glosando las excelencias de la enseñanza, lo que me llenó de pasmo y me hizo preguntarle si se encontraba bien. Tan solo después de un hábil interrogatorio terminó por admitir que había hecho muy buenas migas con su alumna. Ante las insinuaciones y la chirigota de mi parte, se puso colorado y declinó seguir con el tema. Estaba perdidamente enamorado.

14

Durante los años que duró su relación no vi a mi amigo, como es natural, todo lo que hubiera deseado, sobre todo el primer año, en el que más lo eché de menos, pues mi novia estaba estudiando en Norteamérica y yo me las tenía que arreglar para pasar los fines de semana como podía. A pesar de ello, noté en mi amigo un cambio notable. Dejó de ser tan drástico y se cuidó un poco en el aspecto personal. En algunas cosas se convirtió incluso en un hombre práctico. No era preciso, por ejemplo, andar escuchando, al caminar en su compañía por la calle, sus furibundos ataques contra los arquitectos, los vendedores de coches, los quiosqueros, etc. Estaba más centrado en sí mismo. Aquel amor lo había elevado un poco por encima de sí. Empezó, por decirlo de alguna manera, a descansar de sí mismo. Al tiempo, iba muy bien vestido y pareció incluso dispuesto a buscar trabajo, si bien sus intentos fueron, como si dijéramos, escasamente enérgicos. Llevaban ambos un tren de vida asombroso, por encima de mis posibilidades, lo que contribuyó a distanciarnos más todavía, pues ambos frecuentaban sitios a los que poca gente en Madrid puede acudir con cierta asiduidad, pero no sitios de pijos ni de gente engominada. Alberto, en el fondo, tenía algo de *connaisseur*, y no se dejaba embaucar por cuatro idiotas, así como así. Nunca supe que formara parte de esa masa de extras que pagan mil pesetas por una cerveza o cinco mil por una ensalada de habas pintas con suflé de castañas. Yolanda, por su parte, no le andaba a la zaga,

pues por algo era vasca y tenía además el padre que tenía. Gastaba a manos llenas, aunque, he de decirlo, sin la menor ostentación, con la naturalidad de quien siempre algún billete de cinco mil escondido y redoblado por algún repliegue de la ropa. Como era caprichosa en grado sumo, compraba demasiado, incluso para su economía, por lo que se veía obligada a vender gran parte de sus adquisiciones a fin de encontrar fondos para seguir gastando. Este era uno de sus caballos de batalla. Alberto le reprochaba ese afán consumista. Yo nunca averigüé qué hacía mi amigo para conseguir todo aquel dinero que dilapidaba en compañía de la chica, aunque sospecho que lo recibía de ella, más o menos de tapadillo en pago de sus clases, si bien no puedo asegurar que éstas efectivamente se impartieran o que la materia impartida fuera precisamente *clave*. De esa época de Alberto no sé tanto como quisiera, salvo por lo que luego me contó, una vez consumada la ruptura. Las versiones con que cuento son suyas, o sea, no de mucho fiar.

Lo que sí sé, pues era visible para quien tuviera ojos en la cara, que Alberto nunca fue tan feliz en su vida. Se veía que estaba loco por ella. Yolanda estaba muy volcada en él y daba la impresión de que aquel noviazgo iba a desembocar en una convivencia armoniosa. Sin embargo, la de él era una pasión exagerada, que tenía algo de demente. Se preocupaba por cualquier pequeño roce o discusión sin importancia y sufría cuando su enorme sensibilidad le hacía ver que no estaba siendo correspondido como pensaba que debía serlo. Baste como muestra un botón. En más de una ocasión me llamó por la noche, con alguna excusa trivial, dejándome perplejo. Finalmente, confesaba que estaba muy preocupado, pues Yolanda había salido de viaje y conducir de noche es muy peligroso. Yo le calmaba entre sueños con cualquier explicación, a la vez que me hacía cruces ante una pasión tan enfermiza.

Volvió a ensayar con el *clave*, se tornó más activo, pareció incluso dispuesto a hacer algo de deporte —él, que consideraba el deporte el ejercicio de los tontos—, se matriculó en una escuela de idiomas, no mostrándose reacio a aprender inglés, y se llegó a comprar un temario completo, que no llegó a abrir, de oposiciones a profesor de música en secundaria. En definitiva, aquel amor lo alteró bastante.

Más adelante, me pareció que aquello no iba a durar. Yolanda era —y supongo que lo seguirá siendo— una criatura algo veleta. Se veía que se había encaprichado con Alberto y que lo quería, pero en su historial tenía ya una media docena larga de novios y yo no dejaba de preguntarme qué tenía Alberto que no tuvieran los otros. Normalmente, la experiencia dicta que quien, en materia de amores, se equivoca tres o cuatro veces, es que le gusta equivocarse toda la vida.

Además, siendo una mujer atractiva, adinerada y simpática, no le faltaba abundantes tentaciones a las que sucumbir. A nadie se le ocultaba que la fidelidad es una virtud que la pobreza fortalece generosamente. Yo no conseguía desprenderme, las veces que los veía juntos, de una silenciosa sensación de duda sobre su relación. En la personalidad de Yolanda había un componente de desasosiego, de cierta desazón vital. No era capaz, por ejemplo, de estarse quieta un par de horas seguidas, escuchando o reflexionando. Soportaba muy a duras penas la soledad y solía moverse por pura ansiedad, que ella a menudo tomaba por vitalidad. En ambas cosas —en lo de la reflexión y en lo de la soledad— Alberto y ella eran totalmente opuestos, pues mi amigo tenía cierta tendencia a permanecer —como los cuerpos en el espacio— allí donde caía. Era un reflexivo nato, y en cuanto a la soledad, qué voy a decir: miel sobre hojuelas. Se había propuesto meter el mundo en su cabeza y lo estaba consiguiendo a base de formidables sentadas. Por supuesto, atendiendo a esta disparidad de caracteres, algún alma de Dios podría asegurar que se complementaban, pero tengo serias dudas. En materia de amores, es raro que las convexidades de un alma se adapten a las concavidades de otra. Ello sucede como mucho en la mecánica amorosa, y no siempre. Yolanda era una persona que lo había tenido casi todo, incluso la libertad que proporcionan unos padres ausentes y viajeros, una libertad que —como el lujo de ir dejando luces encendidas por la casa al abandonar las habitaciones— los hijos de clase media no tuvimos. Lo digo porque, a efectos prácticos, Alberto compartía muchas de las taras de esta clase media atribulada, pese a su condición de hijo de notario. Así pues, ella, de muchas cuestiones de sexo, estaba más que curada. Buscaba algo más que todo aquel mundo de sentimiento y reflexión que podía ofrecerle Alberto. No sabía qué, como es natural, pero era lo suficientemente decidida como para no cejar en su empeño. Una persona que no sabe lo que quiere, pero sí lo que no quiere, es alguien generalmente dotado de un gran empuje. Alberto fue, a la postre, uno más de los empujados. Pero ya veremos en qué extraño lugar fue a caer.

15

Yolanda empezó a estudiar piano y lo dejó al final, antes de licenciarse. Pintó algunos cuadros e hizo una exposición, pero no tuvo el éxito rotundo que esperaba. Mordió aquí y allá, pero siempre sin la necesaria insistencia. Tenía, creo yo, ambiciones a las que prestaba una sorprendente poca atención, si se consideraba lo descomunales que eran. A medida que fueron pasando los años, fue arrinconando la parte más conceptual de sus aficiones artísticas y centrándose en los aspectos

más formales y rentables. Se dedicó a la marchandía de cuadros y al anticuariado. Este natural tránsito desde el estudio bohemio, el arte sublime y el olor a trementina hasta la sala de subastas y el mercachifle, sin hacer ascos a las comisiones por alquiler de estudios, fue extraordinariamente rápido, pero no tan rentable como suele ser en los artistas de cierto talento. Disponía de poco tiempo para poder llevar a término todos los proyectos que rumiaba y, al igual que muchos hijos de padres adinerados y enfrascados en negocios lejanos —en el tiempo o en el espacio— tenía su interés casi exclusivamente centrado en el fin de las cosas, por lo que la complejidad y laboriosidad de los medios siempre acababan por dar con sus ilusiones por los suelos. En esto, en su extraordinario interés por los objetos, en su constante dar vueltas a negocios quiméricos, en su ansioso perseguir fantasmas, que se desvanecían nada más tomar cuerpo en su imaginación, se parecía bastante a Pedro. Al menos, su actitud respecto al amor, que podía ser tenida fácilmente por frívola pero que no era sino la actitud de quien ha comprobado repetidas veces que lo que anda buscando no está entre él y otra persona, era idéntica a la del hermano de Alberto. Ambos actuaban como si el amor fuese un fastidioso e innecesario epílogo de la seducción.

Pese a lo dicho, al principio Yolanda parecía estar tan enamorada o más que él. Eso, al menos durante los primeros seis meses. Posteriormente, pasó a un estado neutro de cariño distante y de afecto casi maternal —a medida que Alberto se iba durmiéndose en los laureles de su regazo— que duró un año más. Por fin, empezó a distanciarse cada vez más hasta que se mostró más y más hostil a sus pequeñas peculiaridades, más implacable con la compleja personalidad de mi amigo, que era lo que más le había atraído de él en un primer momento. Dicen que dos años es el tiempo asignado a las pasiones. En el caso de Alberto y de Yolanda, este dicho se hizo ley. El último año —de los tres que pasaron juntos— fue un infierno para él. En esa época apenas si los frecuenté. No era muy agradable verlos discutir a todas horas. Cuando no lo hacían, porque mi amigo se tragaba su satánico orgullo, el espectáculo no era mucho más halagüeño. Fue entonces cuando me di cuenta de que Alberto era así porque no tenía otra elección. Me llamó varias veces pidiéndome consejo y yo no supe, por supuesto, qué decirle. A días parecía dispuesto a dejarla, previa venganza tremebunda y espectacular. Otros, en cambio, se dejaba ver sumiso, listo para una nueva humillación, de las que Yolanda no se mostraba avara, por cierto. Juraba entonces que no sabía qué haría si ella le dejaba. Yo, por si fuera poco, me enteré de que Yolanda se veía con otro hombre, a escondidas, y, si bien no podía decírselo —pese a que hubiera sido quizás lo mejor para él— tampoco encontraba por ello razones para darle algún consuelo. Nadie

comprende las tragedias amorosas del prójimo y, si las entiende, le importan un ardite. En esto, lamento decir que yo no fui ninguna excepción. Esta indiferencia mía se veía agravada por el hecho de que, la mayoría de las veces, el silencio de los amigos en estos temas del corazón es interpretado por los protagonistas como una muda reprensión, lo que contribuye a hacer más amargas las dudas.

Para colmo, fue aquel mismo año, el 86, cuando murió Pedro. Lo encontró la mujer de la limpieza en los lavabos de una cafetería, con la jeringuilla todavía hincada en su brazo martirizado. Aquello contribuyó a alargar un poco el proceso de descomposición de su relación, pues Yolanda quedó muy impresionada por la muerte del hermano de Alberto y se mostró cautelosa y reflexiva por una temporada. Ignoro cómo se desarrolló el fin de aquella historia, del mismo modo que desconozco las entretelas de la relación misma, pero recuerdo perfectamente que, a principios de 1987, Alberto me llamó una noche para decirme que él y Yolanda habían dejado de ser novios. Le animé a no deprimirse y le dije todas esas cosas que se deben decir a los amigos en esas circunstancias. Al final, como no respondía, dándome la impresión telefónica de que estaba sumido en la más espantosa desesperación, le invité a salir a dar un paseo y tomar una copa. Aceptó.

16

Estuvimos por Santa Ana, lo recuerdo perfectamente. Alberto me explicó, con un hilo de voz, algunos de los acontecimientos que habían precipitado la ruptura definitiva. Lo escuché en silencio. No me dio la impresión de estar realmente deprimido. Incluso, al cabo de un par de whiskies, bromeó acerca de temas ajenos a su recién terminado noviazgo e hizo algunas alusiones cargadas de cinismo respecto al carácter de las mujeres, lo que ayudó a tranquilizarme, pensando que había tomado aquel asunto con cierta deportividad. Nada más lejos de la verdad. Por el momento estaba solamente sorprendido, anonadado todavía.

Al cabo de una semana, su padre me llamó bastante preocupado. Me contó que su hijo no se había levantado de la cama durante varios días y que no permitía siquiera que lo viese el médico. “Se limita a escuchar el mismo disco una y otra vez, mirando al techo, y no hace caso cuando se le habla. Estamos muy preocupados.” Me pidió que fuese a su casa y tratase de hablar con él y averiguar qué le pasaba. Le dije que iría esa misma tarde.

Encontré a mi amigo muy cambiado. Algo inexpresivo, sucio, desaseado más bien, lleno de caspa, largo cuan era sobre la cama de su cuarto. Me saludó con un gesto y un qué tal, para volver a

zambullirse en un silencio mucho más espeso de lo que acostumbraba anteriormente. Parecía dormido, de no ser porque tenía los ojos abiertos, rodeados de unas ojeras monstruosas. Deduje que no había conciliado el sueño en varios días. La barba le había crecido y estaba vestido con las mismas ropas que llevaba cuando salimos a tomar unas copas la última noche que lo había visto. “Vamos, Alberto, tienes que levantarte y asearte un poco”, acerté a decir. “Lo haré cuando encuentre una razón”, me respondió. “Pero, ¿la buscas al menos?”, pregunté. No contestó. Estaba escuchando los conciertos para clave y orquesta de Bach. Ayudándose del mando a distancia, oía sólo los adagios, por lo que bajaba la vista de un infinito techo que parecía contemplar tan sólo para pulsar las teclas necesarias a fin de que la melancolía de aquella música empapase de nuevo la habitación. Permanecí con él más de una hora, pero no puede sacar nada en claro. Estaba totalmente ausente de la pieza y, desde luego, ausente de mí. Pero, extrañamente, no parecía ni deprimido ni desesperado. Daba la impresión de que alguien hubiese arrojado sobre su figura, de ordinario nerviosa y vital, aun dentro de su habitual sosiego, un cubo de indiferencia y de quietud. Al intentar que volviera en sí y, por supuesto, en mí, salía de las tinieblas de sus pensamientos como un minero sale a la luz del sol tras horas de picar en una galería. Me repasaba la figura, algo encogido por la sorpresa de verme allí, a su vera, y luego volvía, tras alguna observación banal e incluso incoherente, a su contemplación del techo. Comentó al fin que no entendía cómo los conciertos barrocos tienen dos allegros y un solo adagio. “La vida —afirmó— es un enorme adagio comprimiendo un minúsculo allegro”. Y ya no volvió a hablar más. Cuando ya no supe qué hacer y el nerviosismo y la incomodidad me impelieron a hacerle preguntas y consideraciones acerca de su estado cada vez más apremiantes, contestó dirigiendo el mando a distancia hacia el compacto y subiendo el volumen escandalosamente, lo que me obligó a marchar.

Tardó más de un mes en abandonar aquel lecho. Según me contó después, sacó dinero del banco, en donde tenía algunos ahorros producto de la venta de unas acciones, y se dirigió a una casa de masajes, en la que permaneció todo el día, en compañía de una chica de relax. Aquello me llenó de estupor. Le pregunté la razón y me respondió que había decidido que, de entonces en adelante, sólo *fornicaría* (ése fue el verbo que empleó) con prostitutas. Yo me callé y pensé que estaba algo trastornado y necesitaba la ayuda de un psicólogo, pero no me atreví a insinuarlo. Luego, reflexionando sobre su carácter, decidí que era una reacción comprensible en Alberto, y que no había motivo de preocupación. Otra mujer lo arreglará, me dije, para acallar mi conciencia. Quiá. No volvió a sentir —en lo que

le quedaba de vida— interés por ninguna otra chica, a no ser para hacer comentarios soeces que me llenaban de aprensión y preocupación, cuando no de bochorno. También pasó una época en la que estaba empeñado en localizar a Yolanda a toda costa. En mi propia presencia, llamó a su casa una vez. Respondió al teléfono su padre. Cuando Alberto preguntó por ella, el padre afirmó que no estaba en casa. Es de señalar, aunque la acotación huelga, que Alberto no fue nunca el novio que quería para Yolanda, a la que prefería ver entre los brazos de algún chavalote de Neguri. Por eso mismo, al reconocer su voz, se atrevió a preguntarle, de bastante malos modos: “¿Para qué la quieres, pues?” Alberto fue implacable: “No se apure, don Nicolás, no es nada serio. Sólo quería verla por si le apetecía que follásemos un poco.”

Pero aquella frustración psíquica o sexual no se hizo efectiva tan sólo en ese aspecto de su personalidad, sino que exacerbó exageradamente otros muchos componentes de su carácter. La melancolía pasó a ser, definitivamente, su estado de ánimo más habitual. La irritación, su reacción más frecuente. La desesperanza, su perspectiva más halagüeña. Cualquier cosa provocaba en él comentarios cargados de inquina y de desprecio, a los que su formidable inteligencia, que no parecía en absoluto afectada, ponía el veneno necesario para hacerlos muy difíciles de digerir. Sus relaciones familiares se convirtieron en algo imposible. Don Alberto me pidió su ayuda y consejo en varias ocasiones, pues su actitud en casa no era mejor que en la calle y la muerte de Pedro —que había fallecido de sobredosis un año antes— había puesto las cosas muy difíciles en el domicilio de los Albaizar. Se pasaba las horas tumbado, escuchando música y silbando, no deseaba ni hacía amagos de buscar un trabajo, ni tocaba el clave, y salía mucho por la noche. Además, pareció retrotraerse a una etapa puramente infantil, porque volvió a su hábito de andar sisando dinero del monedero de sus padres, con el cual se dedicaba a la segunda de sus actividades preferidas: ir al cine, lo que hacía prácticamente todos los días. Había hecho de ello un extraño ceremonial y quebrarlo le costaba un enorme berrinche. Yo le acompañé alguna vez, pero me harté enseguida, porque tenía una extraordinaria afición a hablar en voz alta durante toda la película. Por si fuera poco, se había vuelto peleón, y andaba buscando la oportunidad de sacudirle algún mamporro al primero que le reconviniere su actitud, lo que hacía su compañía algo violenta y comprometida, máxime considerando que ni él ni yo teníamos media bofetada. Además, perdió cualquier sentido de la responsabilidad económica que —si bien en poca cantidad— había adquirido durante su relación con Yolanda. Se limitaba a dejarse mantener y lo hacía con la mayor de las desenvolturas, como si su sola desgracia fuera suficiente motivo para que los demás

cargasen con las consecuencias económicas de su desinterés por el mundo.

17

Este estado de cosas no hubiera podido seguir por mucho tiempo, pero desgraciadamente don Alberto y doña Josefina murieron en un accidente de circulación al año siguiente, con lo que mi amigo quedó a su aire. Fue un accidente muy estúpido. Volvían de Burgos, después de las vacaciones de verano y, en una curva recién remozada, don Alberto se dejó guiar por las rayas de la carretera antigua, que nadie se había acordado de borrar y que le condujeron indefectiblemente hasta el radiador de un enorme camión articulado, en donde ambos esposos quedaron empotrados. La muerte de sus padres ayudó a prolongar la situación de mi amigo, pues puso en sus manos el montante de la fortuna de don Alberto, que no era pequeña, y que le permitió seguir dedicado, ahora ya sin freno, a la vida por cuya pendiente se había dejado caer desde la separación de Yolanda.

Para acabar de enturbiar su situación económica, las horas muertas le inspiraron un extraño y oneroso vicio: las máquinas tragaperras. Traspasado el estupor que le produjo la desaparición de sus padres y la extraña sensación que le sobrevino al saberse ya sin familia, empezó a matar el rato por medio de esos odiosos artilugios. Metió en ellas la totalidad de los ahorros de su difunto padre y, cuando hubo acabado, hipotecó la casa y, descontado el dinero que se gastaba en las casas de masajes —la segunda de sus aficiones—, hizo lo propio con el importe de la hipoteca. Así vivió durante varios meses, hasta bien entrado el otoño de 1989, dilapidando a manos llenas toda aquella fortuna hasta que no le quedó nada. Fue entonces cuando volví a verlo con más asiduidad.

En los meses que lo vi esporádicamente antes de que la muerte lo apartase definitivamente de mí, es decir, desde septiembre hasta agosto del año pasado, pude ser testigo de los cambios tan asombrosos que se fueron haciendo perceptibles en su personalidad y, sobre todo, en su comportamiento, regido por unas normas incomprensibles para cualquier persona sensata.

Después de la muerte de sus padres y su ruptura con Yolanda, le sobrevino una intensa fiebre mística y religiosa, que reavivó su antigua afición por el canto monacal. Se pasaba horas enteras escuchando a los monjes de Silos o a los de Solesmes, y hasta se acercaba por el Valle de los Caídos para escuchar a los benedictinos de la abadía que hay allí. A la vez, empezó a dejarse llevar por su extraña afición por los tiempos largos, los adagios y las melodías vagamente

mortuorias. Las Lamentaciones del Profeta Jeremías era una de sus predilectas. Escuchar —a todo volumen— el estremecedor comienzo, cuando la voz del monje ataca el *ego vir videns paupertatem meam*, haciendo retumbar los cristales de la casa polvorienta y fantasmagórica era una experiencia que helaba la sangre en las venas. Además, adquirió la manía irritante de oír los discos una y otra vez, obsesivamente, a veces durante horas enteras. Por ejemplo, el concierto para piano y orquesta número dos de Rachmaninov —uno de los pocos autores que soportaba aparte de Bach— era uno de sus preferidos. Lo oyó tantas veces que a las pocas semanas de comprarlo estaba lleno de rayajos y la orquesta era todo un bramar de huevos fritos, especialmente el segundo tiempo, como es de imaginar, un *adagio sostenuto*.

Parejamente a esta debilidad de su alma, que le llevó a pasear sin rumbo por sitios abandonados, a frecuentar iglesias vacías, a visitar asiduamente la tumba de sus padres y de su hermano, a lamentarse de cosas a las que antes no prestaba la menor atención, se extinguió en él el más elemental de los instintos de supervivencia, se le apagó la coquetería, se le incendiaron los ojos en el ardor de una pasión y un sufrimiento interior que no parecía extinguirse, se fue, en definitiva, consumiendo poco a poco en el ahogo de sus recuerdos felices y la miseria que los hacía más dolorosos. Empezó a dejar se llevar por una extraña corriente —imperceptible a mis ojos— que lo arrastraba como si fuera un pelele o un resto de naufragio destrozándose contra los arrecifes de la desesperación. Dejó de comer asiduamente, limitándose a cosas que picaba aquí o allá, a comidas que compraba por sacos, de tal manera que pasaba meses devorando fabada en lata o sardinas en aceite. Dejó de asearse y de cortarse el pelo y las uñas, hasta el punto de que constituía un auténtico calvario para el olfato y la vergüenza andar a su lado. Dejó de cuidar la casa y el polvo pronto empezó a cubrirlo todo, de tal guisa que parecía la mansión fantasma de una película de terror pues, desde la muerte de sus padres, no sólo no pasó la bayeta ni una sola vez, sino que no se había molestado en levantar las sábanas que la señora de Albaizar —en previsión de un largo viaje— había echado sobre algunos de los muebles antes de irse para siempre. En definitiva, dejó de sentir el menor afecto por sí mismo y por su condición de ser humano. Tan sólo un extraño resplandor húmedo en el fondo de sus ojos azules daba a entender que aquel proceso de degradación, de descomposición personal, era el resultado de una sorda batalla interior que se traducía en el hiriente brillar de sus pupilas, el único vestigio apreciable del resplandor de su tierra quemada y de los edificios humeantes de su espíritu. Se volvió muy voluble y caprichoso. Tan pronto salía de casa como entraba; tan pronto iba al cine con paso decidido como estaba de vuelta sin haber echado siquiera una ojeada a los carteles de la película; tan pronto se iba a dormir

cayéndose de sueño como estaba otra vez de pie rondando por la casa como si buscara algo. Fue perdiendo el contacto con los demás y le molestaba sobremanera que le hablasen de improviso o que le apremiasen a hacerlo, y no digamos que le levantasen la voz. Entonces se ponía furioso como una alimaña. A veces, cuando lo visitaba en su casa, tenía que llamar más de cinco o seis veces —largos timbrazos que resonaban lúgubrementemente en la casa amortajada en polvo— antes de que su figura confusa y adormilada se asomase por detrás de la puerta entornada. En esos casos, durante los primeros minutos de nuestra relación, se atragantaba y se ponía nervioso al empezar a hablar. Se levantaba, se volvía a sentar, se trabucaba y tosía, buscaba las palabras agitadamente antes de decir las cosas. También se rascaba con profusión, sin la menor compasión por su piel. No era raro, incluso, que se equivocase entre vocablos muy parecidos o se sumiese en silencios increíblemente largos, de los que me costaba gran apuro sacarle, si es que lo conseguía. Dicen que volverse loco es simplemente volverse solitario. Sólo en ese caso se podría decir que se trastornó, porque, a efectos objetivos, seguía siendo el mismo, si bien estaba fuera del alcance de mí o de cualquier interlocutor. Parecía que se hubiera hundido de tal manera en sí mismo que le resultase arduo asomarse al exterior, que constituyese un esfuerzo titánico para su espíritu simplemente auparse hasta ponerse detrás de sus ojos incendiados.

18

En una de aquellas visitas, en la que recuerdo que me sirvió una copa de Fernet-Branca, sin duda lo último que debía de quedar en el mueble bar de la casa, le animé, viendo que continuaba en el mismo estado de desánimo y profunda reflexión, a dejar de torturarse por cosas que ya no tenían remedio. Le insté a salir y a dejar de pensar, a vivir de una vez y a sacudirse de encima toda aquella melancolía. Tras más de un cuarto de hora de reflexión, se reafirmó en su voluntad de seguir dando vueltas en la cabeza a todas las cosas que le tenían absorto. Me exasperó tanto con aquella determinación que decidí sonsacarle más y, sobre todo, tratar de irritarle, a fin de ver su reacción. “Tengo que pensar para seguir viviendo”, repitió tozudo. “No se puede pensar tanto”, le dije. “¿Qué culpa tengo yo de que mi cuerpo no pueda seguirme? Métete con él, no conmigo.” Luego dijo algo que me hizo comprender por fin cuáles eran los ejércitos que batallaban en su interior, infectando su voluntad de aquella duda que le tenía postrado en el lecho de su inactividad. “El auténtico problema de una existencia fracasada como la mía está en dilucidar, de entre todos los males y sinsabores que me afligen, cuáles son producto de mi propia

siembra y cuáles resultado de la confabulación de las diferentes imbecilidades y mediocridades del prójimo, corporeizadas en la estúpida sociedad que nos rodea”. Le dije que lo que tenía era un simple mal de amores, a lo que me contestó, de bastante malos modos, que si acaso le creía tan inhumano como para haber perdido a su familia de forma tan trágica en el período de un año y seguir pensando en “aquella cabeza de chorlito de Yolanda”, por lo que tuve que callarme, algo avergonzado. Luego añadió que se sentía muy atormentado por no haber podido manifestar ni siquiera una sola vez a sus padres todo el amor y el respeto que sentía por ellos, antes de que perdieran la vida. “Uno siempre piensa que la muerte de los padres y las personas queridas nunca llegará antes de que podamos desleírles todo nuestro cariño en la lenta descomposición física de los ancianos. Esta seguridad me consolaba del deber incumplido de hacerles ver lo mucho que los quería. Pero, —concluyó con los ojos arrasados en lágrimas— no me puedo quejar de falta de tiempo. Tuve treinta años para hacerlo.” Le arropé en un silencio cálido.

Luego, al contemplar los muebles cubiertos de gasas de polvo, los suelos de tarima acuchillados por el barro de sus pisadas, las persianas bajadas para evitar la entrada de una luz excesiva, los cuadros impávidos, con sus paisajes sobre los que las arañas iban tejiendo sus telas pardas y grávidas de polvo, los senderos a lo largo de la casa, que dejaban ver las huellas renegridas de sus idas y venidas espoleadas por la ansiedad de su soledad, comprendí, al ver todo ello, que era la casa la que ejercía sobre su ánimo aquella suerte de maleficio que lo tenía encerrado en la jaula gris de sus pensamientos. Le aconsejé que la vendiera y que se fuera. Fue entonces cuando me contó que estaba ya hipotecada. Le pregunté por el dinero de la hipoteca y me puso al corriente de su sobrevenida pasión por las máquinas tragaperras. Meter dinero por aquellas ranuras se había convertido en una de sus obsesiones, según añadió. Me quedé helado. No sólo porque aquella casa valía una auténtica fortuna —aun contando con los pellizcos que los diferentes intermediarios y demás quebrantahuesos de las finanzas restasen algo a su valor— sino porque, al confesar que había perdido aquel dineral jugando a las tragaperras, lo hizo sin el menor asomo de vergüenza o arrepentimiento. Su expresión fue de una indiferencia absoluta y altanera, como si mediante aquella afición se hubiera quitado de encima un problema engorroso e insoluble. “Y entonces, ¿qué vas a hacer para vivir?” “¿Para vivir?”, repitió perplejo, “para vivir no es preciso hacer nada, que yo sepa.” Se sonrió misteriosamente. “Ya me entiendes, no rehúyas la cuestión.” “Me quedaré aquí esperando”, respondió indiferente y tozudo. Pero yo no desistí. “Esperando ¿a qué?” “Vendrán a buscarme, tarde o temprano.” “Nadie vendrá a buscarte, Alberto. ¿Qué harás cuando se te acabe

el dinero? ¿Qué comerás? ¿Cómo vas a soportar la soledad?” “No lo haré.” “¿Cómo que no lo harás?” “Bueno, pues si lo haré.” Vi con claridad que le daba igual una cosa que otra, actitud muy frecuente en él cuando estaba ensimismado y no quería discutir. Pero seguí insistiendo. “¿Qué comerás? —dije— ¿Mierda?” Al instante, se produjo en él una transformación súbita que me asombró y me llenó de perplejidad. Se volvió con increíble presteza y me echó una mirada con los ojos algo abiertos y atentos. “¿Mierda? ¿Mierda has dicho?” Asentí, algo desconcertado. “¡Mierda! ¡Qué sabrás tú de la mierda!” No supe que decir. Se quedó sentado en su sillón de siempre, malhumorado y con los ojos fijos en la pantalla apagada del televisor. Tenía el ceño increíblemente fruncido. Fue una reacción muy singular, que entonces no comprendí en absoluto. Luego, se levantó de un salto y me cogió de la mano, llevándome hasta el cuarto de baño anexo a su dormitorio. Levantó la tapa del inodoro y señaló al fondo. Después me miró con la fijeza propia de un ser demente. “¿Ves? Ahí debajo, detrás del sifón, ahí está la mierda, esperándome.” Luego, al verme tan desconcertado, se calmó un poco, el color de su rostro adquirió de nuevo el tinte rosáceo natural en él y me pidió perdón por su brusquedad.

Fuimos al salón y puso algo de música para alegrar el ambiente. Había traído el aparato desde su cuarto hasta el salón de la chimenea y lo había colocado al lado de la televisión. Le pregunté cómo podía tener la música y la tele juntas y me dijo que solía ver las películas quitándoles la voz, con música de fondo. “¿Y los diálogos?” inquirí inocentemente. Me sonrió: “Los diálogos los pongo yo — se señaló la cabeza—, tengo diálogos de todas clases.” Me empecé a encontrar algo incómodo. Escuchamos un par de variaciones en silencio. Parecía tranquilizarse un poco al fin, lo que ayudó a relajarme.

Me contó, tras varios profundos suspiros, que había pensado mucho en por qué tipos como él, que en apariencia tanto podrían ofrecer a la sociedad, acaban por no colaborar con ella en absoluto, limitándose a permanecer al margen, autodestruyéndose lentamente. Se le había ocurrido que quizás la sociedad sería peor en caso de que ellos contribuyeran a mejorarla. Le transmití mis dudas sobre semejante opinión, animándole a pensar con algo más de piedad por sí mismo. “A lo mejor, dijo, la cultura y las artes fueron inventadas para que tipejos como yo permanezcamos al margen de la sociedad.” Yo me quedé algo consternado al oír los juicios implacables que emitía sobre sí mismo. No cesaba de preguntarme qué clase de culpa lo estaba matando.

Luego reflexionó y dijo que sí, que probablemente se excedía

en su autocrítica. “Quizás soy una víctima más del proceso imparable de uniformización de las sociedades contemporáneas. Puede ser.” Le pregunté a qué se refería. Me contestó que la sociedad de consumo está estructurada de tal forma que es preciso que las unidades, es decir, las personas, sean lo más parecidas posible, pues de lo contrario es difícil planear un crecimiento viable.” La historia de la humanidad —siguió diciendo— es una masiva huida del ser, y la huida del ser es, a su vez, una carrera cuya meta única es la uniformidad. Todos, en esa sociedad futura hacia la que tiende la tecnocracia, la democracia y el Estado social, seremos iguales porque todos careceremos de lo mismo. Esta es la auténtica dimensión de la única igualdad que puede ofrecer el Estado. En esa carrera por la uniformización, los débiles, aquellos que, como yo, no sólo no nos avergonzamos de tener ideas y sentimientos propios sobre cualquier cosa, sino que, además, las fomentamos, ponemos en práctica y dejamos pasivamente que se apoderen de nuestro fuero interno, en esa carrera, digo, quedaremos en la cuneta del bienestar y nos veremos reducidos a comer mierda.” Intenté hacerle ver que estaba exagerando y que su encierro lo estaba sumiendo progresivamente en una obsesión que no le hacía ver las cosas objetivamente. “El mundo es mucho más complejo y grande de lo que tú puedes imaginar metido en este caserón. Nunca podrás entenderlo antes de actuar”, le dije. Le aconsejé a continuación que hiciese algún viaje, pero no hizo amago siquiera de considerar la idea por un solo segundo. “Hay, desde siempre, una lucha titánica entre el espíritu sensible y el componente mecánico del hombre. El espíritu sensible domina el ser, el componente mecánico es dueño del tener. El componente mecánico tiende a la repetición perpetua de un mismo movimiento, mientras que el espíritu sensible tiende persistentemente a la novedad y rehúye la repetición. De cuál de los dos está venciendo no cabe la menor duda, por desgracia. La manifestación generalizada del componente mecánico es la pulsión automatizadora.” Hablaba con desgana, como si estuviera diciendo cosas que le molestaban, cosas obscenas. “A su vez, esta pulsión por la automatización del movimiento es un síntoma claro de la pulsión de la muerte. El impulso natural del hombre mecánico es hacerse encajar a sí mismo en los rieles de una existencia ideal, por supuesto carente de tiempo vacío, y desde allí observarse atemorizado. Los núcleos sociales urbanos están heridos de muerte y su agonía se llama progresión tecnológica. Es posible que la humanidad llegue a desaparecer, pero que los hombres continúen moviéndose sobre la tierra, contentos y sobrados únicamente con su médula espinal.”

Yo permanecía callado, sin saber qué decir, escuchando su lento desgranar de ideas a cual más pesimista. Presumí que se había estado empapando de filosofía últimamente. Al cabo de un tremendo y

pastoso silencio, me hizo una pregunta que me dejó desconcertado. “¿Cómo nadie se da cuenta de que los sistemas políticos funcionan? ¿Cómo pueden estar tranquilos viendo que funcionan, que la democracia es aclamada como la auténtica solución? ¿Qué puede liberar al hombre, producir euforia que no sea su propia perdición? ¿Cuándo la masa ha sido unánime que no fuese huyendo de algo, corriendo hacia la destrucción y el dolor?” Mientras decía todo esto, miraba hacia las persianas semibajadas y sus ojos parecían dos brasas encendidas en la penumbra de la habitación. Me fijé en que ya no gesticulaba al hablar, sino que se limitaba a hacer gestos con las cejas, a alzarlas y bajarlas progresivamente a medida que su monólogo se iba desarrollando. Había adquirido una fijeza extraña, estática. Parecía poseído, ¿o quizás iluminado? Decidí entonces que para saberlo habría que esperar algún tiempo. “¿Es que no te das cuenta? —añadió, mientras señalaba hacia el exterior de la casa, hacia los vidrios sucios tiznados de la grasilla de su frente y de sus dedos—. Las riendas están sueltas. Los hilos que unen —en nuestro entendimiento y en la realidad— las causas con sus efectos están sueltos. Han sido cortados. La inercia manda. El caballo galopa suelto otra vez, desbocado. Los que gobiernan ¿son los que gobiernan? ¿O son también parte de los gobernados? Los que amasan fortunas inmensas, ¿son objeto o sujeto de su dinero? ¿Poseen o son poseídos? —seguía diciendo, con los ojos brillantes enmarcados en sus tremendas ojeras. Hay algo sin control. Algo que rueda caprichosamente, de aquí para allá. El poder rebota en lo grande y va hasta lo pequeño, y vuelve hasta lo grande otra vez, como un muelle que trata de librarse de la presión impelida por una mano indiferente. El poder se ha hecho pequeño, ha rebotado y se ha hecho grande de nuevo. El poder decide y, aunque nadie hace caso de él, sigue satisfecho siendo poder. Ordena, pero no se le obedece, y sin embargo se contenta con ordenar, al menos por el momento. Cuando rebote otra vez más en lo pequeño y se convenza de que el poder compartimentado no basta. ¿Qué sucederá entonces? ¿Hay formas de desesperación que ignoramos, vacunas que desconocemos, mentiras que todavía aceptamos, sinapsis que siguen produciendo en nuestros cerebros cierto placer, por no estar suficientemente desgastadas, holladas, pisoteadas? ¿Existen diferentes verdades de cambio? ¿Por qué todo el mundo quiere pertenecer a Uno? ¿Si nos internamos en una nueva Edad Media, quién será nuestra Virgen María, quién será nuestra Madre? ¿En quién encontraremos consuelo?”

Luego se quedó callado profundamente y se fue hundiendo en la butaca más y más hasta que el jersey que vestía quedó muy por encima de sí, subido hasta la altura de su pecho. Pero no se molestó en incorporarse para bajárselo, sino que cerró los ojos y pareció dormir.

Cuando me levanté para irme, los volvió a abrir y me preguntó si me aburría en su compañía. Le dije, por supuesto, que no, que pensaba que se había quedado dormido. Añadí que tenía un aspecto muy fatigado y que lo mejor es que se fuera a dormir y que tratara de descansar. Le dije además que si necesitaba algún tipo de barbitúricos yo se los podía proporcionar con mucho gusto. Me dio las gracias y dijo que no acostumbraba a tomar pastillas para dormir, pues le producían —a la mañana siguiente— tremendos dolores de cabeza. Además, añadió, dormir no es necesario. Me sonreí y le dije que sin dormir no podía vivir más de seis o siete días. “Si eso fuera cierto, afirmó, yo debía de estar muerto hace meses.” No le hice mucho caso, pues es sabido que los insomnes suelen creer que no han pegado ojo en toda la noche cuando han dormido al menos un par de horas o tres sin tener conciencia de ello. Pero no me quedé muy tranquilo, he de reconocerlo. Por ello quise saber, ya que no dormía, qué solía hacer por las noches. “El problema no son las noches, sino los días.” Repetí la pregunta. “Paseo por ahí”, respondió. ¿Dónde es por ahí?” insistí. Me dirigió una mirada fatigada y huidiza: “Por ahí, por la ciudad.” Guardé silencio. Le hubiera preguntado dónde con exactitud, pero su gesto me hizo sospechar la respuesta, por lo que me abstuve de preguntar lo que no quería oír. Con la mano derecha había hecho una seña involuntaria que le delataba. Había señalado hacia el suelo, hacia el sótano, y no a la calle, a la superficie.

19

En estas visitas, cuando llevaba ya un buen rato con él, bien porque me hubiera acostumbrado a su presencia, bien porque él se había hecho a la mía, me empezaba a parecer que Alberto estaba bien, algo deprimido y obsesionado, eso sí, pero bien, a fin de cuentas. Encontraba, en definitiva, que mis temores acerca de su estado eran algo infundados y que no merecían especial crédito. Ahora creo que su soledad, siendo su estado casi permanente y absoluto, se le adhería al cuerpo de tal manera que tenía que pasar un buen rato antes de romper esa burbuja de silencio y acostumbrarse a estar en compañía de otro semejante, y no peleando con sus pensamientos a brazo partido, cual era su penosa costumbre. A las dos o tres horas de estar con él, se hacía a mi presencia y creo que mis visitas le servían de desahogo, porque no era extraño que acabásemos bromeando o haciendo chanzas sobre los viejos tiempos. En todo ello yo encontraba el suficiente estímulo y justificación para no hacer nada por él, por ayudarle a salir, aunque fuera en contra de sus deseos, de la enorme sima intelectual y psíquica en la que había caído. Y, efectivamente, a pesar de ser mi mejor amigo, poco hice por ayudarle.

Esta última visita, que he narrado muy por encima —pues fue muy larga y hubo más conversaciones, cuyo intríngulis he olvidado— debió tener lugar pasadas las Navidades, aunque no estoy muy seguro pues, tras haber leído su diario, hay algunas fechas que no me concuerdan. Sea como fuere, la siguiente vez que lo traté fue bien entrado febrero.

20

Hacía mucho frío. Me llamó y me dijo que le habían cortado el gas el mes anterior y que ya no tenía calefacción. Le ofrecí mi casa, pero rehusó inmediatamente, apresurándose a asegurar que tenía algunas estufas y que no pasaba frío. No me atreví a preguntarle si necesitaba dinero, en parte porque sabía que no lo aceptaría. Para esas cosas era extremadamente orgulloso. Me preguntó si conocía algún buen desinfectante para las heridas. Le di algunos nombres que anotó una vez convenientemente deletreados. Cuando quise enterarme de qué heridas se trataba, trató de rehuir la cuestión, pero al final confesó que le había mordido una rata en un tobillo y que la herida supuraba un poco. Aquello, obviamente, me horrorizó. Colgué y fui hasta su casa, a fin de hacerle la cura yo mismo. No quería abrir, pero aporreé el timbre varias veces hasta que salió. Estaba algo pálido y parecía enfermo. Le examiné el pie. Eran dos mordeduras no muy grandes, pero estaban infectadas. Las abrí un poco, las limpié, eché sulfamidas y le vendé el pie. Le dije que sería mejor que se pusiera una antitetánica. Asintió, pero no me quedé muy seguro de que lo haría en efecto. Luego se sirvió un té y trató de rehuir el tema, pero yo me mostré implacable. Acabó por admitir que solía pasear por las cloacas de Madrid al caer la noche. “No todas las noches, por supuesto”, añadió, como quitando hierro a semejante afirmación. Me quedé tan sorprendido que no supe qué decir. “Me encuentro bien allá abajo. Estoy en mi ambiente.” Le dije que estaba muy preocupado por él y que encontraba conveniente que fuera a un médico. (Yo soy licenciado en Medicina, pero carezco de experiencia clínica.) Se sonrió un poco. “No tienes por qué. Estoy algo melancólico y no me apetece ver a nadie, pero ello no es razón para que ningún médico me infle a pastillas.” Me apresuré a decir que no me refería a un psiquiatra, sino a un médico general, que le diese unos reconstituyentes y le pusiese un régimen saludable. “¿Un régimen? ¿De qué tipo?” “Pues un régimen de vida sano. Andar, comer cosas naturales, etc.” Se sonrió de oreja a oreja. “Te puedo asegurar que ando todos los días varios kilómetros. En cuanto a lo de comer cosas sanas, ten por seguro que como cosas sanas y en abundancia.” Vi que hacía esfuerzos por no reírse. Luego se puso repentinamente serio. Sus ojos brillaron cuando se echó

para adelante para hablarme. “Allá abajo he encontrado la auténtica dimensión de la verdad. Desde las cloacas se puede construir. Es edificar sobre roca.” Yo no daba crédito a lo que oía. “¿Estás loco, Alberto?! ¿No crees que es algo extraño andar vagando por los colectores de noche y por añadidura enfermo como tú lo estás?” exclamé. “No estoy enfermo. Nunca he estado tan sano, tan lúcido”, contestó secamente. “Y, además —añadió tras una reflexión— estoy a punto de entender algunas cosas.” “¿Qué cosas?” “No lo sé todavía. Tengo las respuestas, pero no las preguntas. Por eso debo que seguir bajando por allí.” “Preguntas ¿a qué?” insistí. Pero ya no quiso hablar más.

Se acercó al compacto y puso un disco a todo volumen. Por más que quise sonsacarle algo, no lo conseguí. Fue imposible, en aquella ocasión, seguir discutiendo con él de aquel tema, tan escabroso como inquietante. Le animé, en un último y desesperado intento por alejarle de aquellos hábitos obsesivos que estaba adquiriendo y que tan contento lo tenían, a abandonar la casa y a venirse a la mía, en la que podía hacerle un sitio y ayudarle a buscar algún trabajo y a rehacer su vida de la manera que fuese. Me miró con sus ojos profundos y me dijo que me daba las gracias con todo su corazón, pero añadió, con cierta congoja adherida a la garganta, que había emprendido un camino y era tarde para echarse atrás, pues había recorrido más de la mitad del trayecto. “En el punto donde estoy ya no hay retorno, porque el caminante ha tenido que quemar sus naves. Tengo que afrontar las cosas como son.” Intenté que me explicara qué clase de senda era aquella y a qué camino se refería. “¿Por qué no abandonas tu manera de vivir e intentas ser como todo el mundo?”, añadí. Su expresión adquirió una tristeza profunda, al tiempo que se pasaba las dos manos por encima del cabello grasiento. “No puedo, porque yo no soy todo el mundo. Ellos no pueden vivir como yo, porque no son yo. Todos somos diferentes. Ojalá fuera como todo el mundo para lo bueno y como yo también para lo bueno. Pero soy como yo, para bien y para mal.” Ya no supe qué hacer ni qué decir. Me armé de valor. “Morirás si sigues así. Tu cuerpo no lo resistirá, y si lo resiste, será tu mente la que no podrá hacerlo. No se puede vivir al margen de todo, ni mucho menos al margen de los demás.” “Ya lo sé. Moriré pronto. Lo siento aquí dentro” —se tocó la parte lateral del cráneo— “pero es igual. ¿Qué es una vida más o menos? Lo particular no importa y la cantidad de lo particular mucho menos. Esas pequeñas moscas que nacen al amanecer y mueren a la noche han vivido tanto como cualquiera, conocen el mundo con la misma profundidad que nosotros o las tortugas que viven trescientos años, se resisten a morir tanto como cualquiera de esos ancianos loros que navegaron con el capitán Drake. Yo sólo tengo treinta y un años, pero he comprendido cosas

que muchos todavía no entienden con cien.”

En la casa hacía un frío inenarrable, pero él no parecía notarlo. Es más, estaba en mangas de camisa, pues había acabado por quitarse el jersey y arrojarlo sobre el sofá, de tal manera sus pensamientos lo acaloraban, aunque sólo fuera de él para adentro. Le pregunté, para romper el hielo que sus últimas palabras habían dejado caer sobre el aire ya de por sí gélido del salón, si no tenía frío. Respondió que sí, pero que pronto entraría en calor. Supuse a qué se refería. Me levanté y le tendí la mano. “Trata de pensar en lo que te he dicho. Si quieres dejar esta casa, ya sabes que tengo una habitación libre para ti. Un poco de compañía no te vendrá mal.” Me lo agradeció con una sonrisa afectuosa, al tiempo que me daba un apretón en el brazo. “Lo tendré en cuenta”, dijo, a guisa de despedida.

Me fui a mi casa —he de reconocerlo— muy preocupado. Había algo en su aspecto que no me llevaba a tranquilidad, a pesar de que, como ya dije, su trato, una vez superado el hielo que su constante soledad ponía a la conversación, era relativamente normal en las despedidas. ¿Era su manera de mirar alrededor? En efecto, se había vuelto sumamente desconfiado, terriblemente asustadizo. Durante mis visitas, si hacía algún ruido producido por un movimiento brusco, se sobresaltaba y parecía botar en la butaca, dedicándome después una mirada cargada de reproche. Los ruidos habituales de la casa le hacían erizarse extrañamente, como si de repente hubieran cobrado personalidad propia, tras treinta años de rutinaria indiferencia. Entonces, levantaba las orejas y permanecía —tratando a la vez de que no me apercibiera de ello— atento unos segundos, hasta que sus hombros volvían a caer con lentitud y su mirada se relajaba, volviendo a atender a mi conversación. Su mirada, que ya era de por sí esquiva, se volvió algo opaca. Daba la impresión de que miraba siempre a un punto indeterminado por delante o más allá de donde debería —en buena lógica— de hacerlo. ¿Se estaba volviendo miope? me pregunté. Quizás de tanto leer, de tantas horas nocturnas que consumía bajo el flexo de la mesa de su cuarto o tendido en el lecho —devorando libros de los temas más extraños e insólitos, con una aplicación asombrosa tenida en cuenta la poca utilidad que sacaba luego de sus conocimientos— estaba perdiendo la vista. A lo mejor sus idas y venidas por las cloacas le habían producido algún tipo de afección ocular que le acortaba la visual o que le estaba cegando. Al fin y al cabo, bien decían los griegos que los dioses ciegan a quienes quieren perder. Por fin, sus manos, quietas, dotadas de un extraño movimiento simétrico. Nunca las levantaba si no era al unísono. Por ejemplo, si quería rascarse una oreja —un gesto muy frecuente en él desde hacía un tiempo— levantaba las dos manos a la vez y se rascaba en los dos lóbulos simultáneamente. Luego las dejaba de nuevo en su regazo, en

una postura extrañamente estática, casi sedente. Por más que le di vueltas a ese asunto, no conseguí llegar a alguna conclusión que me permitiera actuar en ninguna dirección.

21

Por si esto fuera poco, se había convertido en un ser absolutamente insociable. Por ejemplo, no respondía al teléfono sino una de cada tres o cuatro veces. En no pocas ocasiones, encontrándome yo en su compañía, el aparato comenzaba a repicar con estridencia, acompañándose del eco de los distintos supletorios, repartidos por toda la casa. Pero él, no obstante, no daba la impresión de oírlo, porque dejaba que timbrase durante un buen rato hasta que se oía el clic que ponía fin a mi estupefacción. Alguna vez le pregunté si no pensaba cogerlo. Se alzaba de hombros, en un gesto de indiferencia absoluta. Así pues, ¿qué podía hacer? ¿avisar a algún pariente? Hubiera sido lo mejor, pero Alberto ya no tenía ningún pariente, al menos que yo conociera. El caso, por otro lado, no era tan grave como para llamar a la policía y tratar de someterlo a la fuerza a algún tipo de tratamiento. Además, ¿quién era yo para erigirme en juez de la conducta de nadie? Estas preguntas, claro está, me las hago ahora para tratar de encontrar justificación a mi pasividad, que no tenía excusa, máxime no ignorando que yo era una de las pocas personas a las que él podía recurrir. Pero no supe qué hacer, por lo que los días fueron pasando y la premura de mi conciencia recomida fue suavizándose poco a poco, hasta que se convirtió en un murmullo de alarma casi imperceptible, que se agudizaba ligeramente cuando algo —la música de Bach, las bocas de la alcantarilla húmedas, el aire caliente de las bocas de metro— traía a mi memoria alguna instantánea fugaz de mi amigo Alberto. Alguna vez llegué a levantar el auricular con la intención de hablar con él, pero esta misma certeza de que necesitaba mi ayuda me impelía a no dársela, a retraerme dentro de mí. Y, además, tenía miedo. Una intranquilidad difusa ante la idea de verme otra vez atrapado en aquel caserón solitario anegado en polvo, contemplando su degradación galopante, la multiplicación de sus extraños tics, el progresivo hundimiento de su figura pálida en la ciénaga de sus pensamientos sin esperanza. Simultáneamente, sentía una extraña nostalgia que me impelía a llamarle o a hacer fallidos intentos de ponerme en comunicación con él. Aun reconociendo que estaba perdiendo la razón, había algo en su manera de afrontar la realidad que me atraía y me llenaba a la vez de perplejidad y de rechazo. Algo excitante. Quizás también digno de envidia, habida cuenta que era víctima de un acoso —el de una sociedad hostil a su manera de ser— del que no hubiera podido zafarse con facilidad. Su actitud distante

y despectiva por las cosas comunes, su indiferencia por las míseras ilusiones de la gente corriente, su desprecio enorme por aquellas necesidades de subsistencia que el aburrimiento de la vida ciudadana va convirtiendo poco a poco en lujos y asideros contra la angustia de nuestra existencia vacía, todo ello llamaba mi atención poderosamente y me hacía reflexionar sobre la posibilidad de que hubiera algo de razón en las cosas que sostenía, en la manera con la que había afrontado su soledad y su muerte. Por último, he de confesar que en su transformación había un componente morboso que no se me pasaba por alto, ejerciendo sobre mí una especial fascinación, que me invadía cuando pulsaba el timbre de la cancela y su sonido imperioso se multiplicaba con mil ecos por la atmósfera helada del caserón. El vértigo ante lo desconocido, aquello que está más allá del conocimiento humano, me producía un cosquilleo en la espina dorsal que —habida cuenta de la lamentable situación de mi amigo y el motivo que me llevaba a su case— me llenaba de estupefacción e incredulidad. Pero seguía sin renunciar a verle.

22

Sin embargo, hasta casi un mes después no conseguí que levantara el auricular. Sería el veintitantos de marzo. Apenas si reconocí su voz, por lo que, en un primer momento, pensé que había marcado mal. Tardó más de doce timbrados en responder y, cuando lo hizo, dijo que me había equivocado, por lo que tuve que volver a marcar. La segunda vez que contestó, en vez de emplear alguna expresión habitual —como ¿diga? o ¿sí?— utilizó otra, sumamente singular: “¿Por ejemplo?”. Le dije que era yo. Asintió con un monosílabo: “Ya.”. Le pregunté qué tal se encontraba. “No muy bien. Tengo algo de fiebre, creo.” “¿Te la has tomado?” “No. No tengo termómetro, pero noto la nariz algo caliente.” Tragué saliva. “¿Quieres que vaya a verte y vea qué tienes?” “No es necesario. Oh no, no lo es.” Luego rio quedamente. Comprendí que mis peores temores habían sido ampliamente superados. “Y tú, ¿qué tal andas? ¿Cómo te va con Lucía?” Se refería a mi novia. “Muy bien. ¿Seguro que estás bien?” “Cada vez mejor.” A continuación, se escuchó, a través del auricular, un eructo largo y progresivamente agudo. “Que aproveche”, le deseé. No supe qué otra cosa podía decir. “Es la basura. Cada día lleva más porquería”, se excusó. Me quedé sin habla. No sabía si decir algo o pasar por alto semejante comentario, dándole toda la aprobación de mi silencio. “Estarás bromeando, supongo”, conseguí decir al fin. “¿En qué sentido?” “¿Quieres decir que comes desperdicios?” Guardó un largo silencio. “A veces, cuando no puedo ir a los comedores.” Le pregunté a qué comedores se refería. “A los de caridad.” Mi asombro

iba en aumento. “Alberto, estoy muy preocupado por ti. Tú sabes que siempre hemos sido amigos. Voy ahora mismo y te dejo dinero. “Iba ya a colgar, con la intención de presentarme en su casa, cuando Alberto gritó. “¡No! Ahora no. No puedo.” “¿Por qué?” “No puedo” repitió con tozudez. “Está bien” me rendí. “Mañana por la mañana estoy ahí.” Se apresuró a rechazar mi idea. “Te llamaré yo mejor. No sé a qué hora vendré.” Comprendí que se me quería quitar de encima de cualquier modo. Tuve que asentir y colgar.

Por supuesto, no llamó. Por la noche lo hice yo. Sonaron más de treinta timbrazos antes de que se cortara la comunicación. Insistí varias veces y, hacia las doce de la noche, salí y fui hasta su casa. Llamé durante más de media hora, paseé por delante de la cancela e incluso pregunté a un vecino que andaba para su casa. Nada. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. En la casa no había, además, ninguna luz, al menos en las dos ventanas que se divisaban desde la calle, a través de las rejas de la cancela. Estaba sumida en un silencio sepulcral, turbador. Sentí el impulso de saltar la tapia y entrar por la puerta de la cocina, pero me faltó valor. Decidí esperar. Una vez dentro del coche, puse la calefacción y encendí la radio. Dormité varias veces, pero, por fortuna, me despertaba continuamente a causa del frío, por lo que volvía a poner en marcha el motor y encendía la calefacción otra vez. Cuando ya empezaba a clarear, me desperecé y salí del coche. Estaba entumecido y sentía ligeras náuseas, pues el frío se me había pegado al estómago. Di varias patadas al suelo mientras paseaba calle arriba calle abajo y pensé que tal vez Alberto estuviera dentro de la casa y que mi noche de guardia hubiera sido baldía. Algo, no obstante, me decía que no. En uno de mis paseos para entrar en calor, llegué hasta el final de la calle, a la confluencia con la plazoleta. Cuando iba a girar sobre mis talones para volver a tomar la calle, escuché un ruido cerca de mí. Miré adelante. La plazoleta estaba en penumbra, pues era esa hora en la que resulta difícil distinguir las sombras de las personas. Sonó una alarma de despertador, apremiante, hiriente en algún dormitorio cerca de allí. Luego oí un ruido metálico, como el arrastrar de un hierro por la superficie embaldosada de la acera. Agucé la vista. Era una tapa de alcantarillado que se deslizaba lentamente, dejando un óvalo de sombra —algo más negro— en el suelo de la plaza. De allí surgió una figura delgada, que se arrastró —tras hacer volver la tapa a su sitio con un chasquido sordo—, increíblemente ágil, hasta la pared de la casa más cercana. Luego la sombra se deslizó, muy pegada a la pared, hasta la esquina en la que yo me encontraba. Entonces me vio. Se quedó quieta, extremadamente inmóvil. La llamé. Al oír mi voz, echó a correr —quizás debía decir mejor reptar— en dirección opuesta, siempre pegada a la pared, como un ladrón a una alimaña carroñera. Eché a correr tras él, llamándolo, pero no se detuvo, antes aceleró

la marcha, entrando en una calle, cincuenta metros por delante de mí. Me di cuenta de que se había metido en un callejón sin salida, por lo que aflojé el paso, tratando de ocluir todas las salidas a fin de que no se me escabullera. Cuando entré en la calle, quedé estupefacto. No había el menor rastro de él. Anduve hasta el final de la calle, que terminaba en el portón de un garaje cerrado, y empujé éste para comprobar que no había podido huir por allí. Desanduve la calle y llegué hasta el principio de nuevo. Fue entonces cuando mi mirada tropezó con una sombra oscura en el suelo del callejón. Era una tapa de alcantarilla. Me acerqué de nuevo y me puse en cuclillas. Estaba mal encajada. Entonces ya no supe qué hacer. Me levanté —algo aterrorizado, lo reconozco— y grité: “¡Alberto! ¡Alberto! ¡Sal de ahí, sé que estás allí abajo!” pero no me contestó. Decidí levantar la tapa, pero al volver a arrodillarme para hacerlo, vi que tendría que meter la mano o al menos la punta de los dedos en la ranura de la tapa si quería hacerlo. No lo hice. La idea de dejar que mis dedos entrasen por aquel orificio alargado y quedasen expuestos a la mordedura de cualquier animal inmundos, o a la del propio Alberto, me horrorizó de tal manera que me limité a levantarme de nuevo y a quedarme de pie, mirándola en silencio. Así estuve hasta que la llegada del repartidor del ABC me obligó a echar a andar hacia el coche de nuevo. Antes de abandonar el barrio, llamé varias veces al timbre, pero, tal como era de esperar, nadie abrió ni se oyó ningún movimiento en la casa sombría y polvorienta.

23

Huelga decir lo preocupado que me dejó aquella visión nocturna de Alberto —pues no hay duda de que se trataba de él— arrastrándose como un animal en medio de la noche, por añadidura saliendo de una alcantarilla! Era algo difícil de admitir, incluso en una persona algo excéntrica como él. Además, en mi memoria había quedado grabada su figura ágil, algo simiesca, reptando pegado —¡tan pegado!— a las paredes sombrías de la calle, y no podía deshacerme de ella por más que intentaba pensar en otra cosa. ¿Qué extraña y horrible mutación se estaba llevando a cabo en la mente de mi amigo? ¿Cuál era la causa de su ausencia, de su alejamiento de sí mismo, de la indiferencia por el mundo diurno, cotidiano, rutinario? ¿Qué le llevaba a mostrarse tan esquivo con los amigos o, peor aún, con los seres humanos? Pasé varios días dándole vueltas a estas ideas, tratando de hallar algún método para conciliar, sin excesiva violencia, mi amistad y mi conciencia con el miedo que me producía enfrentarme a él cara a cara y someter mi sentido común a la dura prueba de su conversación disparatada. Movidio por esta inquietud, recorrí los comedores

públicos de beneficencia de todo Madrid, visité los hospitales y las guarderías de ancianos, hice guardia en la proximidad de algunas alcantarillas de su barrio y, finalmente, me acerqué a los manicomios, pero todo fue en vano. Debía seguir en el laberinto polvoriento de su caserón de El Viso, acechando la claridad del día y esperando la hora en la que deslizarse hacia las tinieblas cloacales del alcantarillado. Decidí hacer guardia algunos días delante de su casa y tratar de averiguar si existían circunstancias desconocidas por mí que hiciesen aconsejable poner el caso en manos de un médico o de la misma policía. Así que, al día siguiente, estaba apostado delante del caserón de los Albaizar.

La casa que don Alberto había adquirido a su llegada a Madrid era una construcción de piedra tallada y almohadillada en las esquinas, de una sola planta, si bien dotada de una buhardilla amplia, desde cuyo tejado a dos aguas se cernían sobre el jardín dos buhardillones con postigos de madera. Aunque de piedra, estaba encalada y pintada de sepia claro, tirando a siena, color que le confería un aspecto vagamente extranjero, italiano, al contrastar con la funcional vulgaridad de los edificios colindantes, la mayoría de ellos chalés antiguos remozados con bastante mal gusto, blancos, de jardines cuidados y perros gruñones. Se accedía a ella por la calle del Darro, a través de una cancela de hierro rematada por una espadaña minúscula provista de una campana decorativa. La construcción era rectangular, con un pequeño saliente de planta cuadrada en la zona de la cocina, la más alejada al pórtico de entrada. En la esquina por la que se accedía a la casa, y anexo a la construcción, se alzaba un torreón que en la parte baja contenía el despacho de don Alberto, y en la alta, independiente de la buhardilla, pues se accedía a ella por una escalera exterior, de obra, albergaba el dormitorio de las dos chicas de servicio. Ahora, desde la muerte de los señores de Albaizar, este dormitorio estaba abandonado, habiéndose convertido en palomar. Por sus ventanas rotas entraban y salían palomas, gorriones y golondrinas.

El jardín que rodeaba el caserón por los cuatro costados estaba encerrado en una tapia alta de ladrillería robusta, rematada por hierros puntiagudos en forma de palma. No era un jardín grande. Desde la pared del torreón, a un lado de la puerta principal, hasta la tapia no había más de veinte pasos, pero parecía una distancia mayor a causa de la vegetación salvaje que la cubría. El centro de la parte más despejada —a la derecha de la puerta de entrada— estaba ocupado por un árbol enorme y extraño como un animal prehistórico, que don Alberto había hecho importar de la India. Era, según tengo entendido, un bayán, una especie de higuera originaria de ese país, un árbol robusto que deja caer, desde las ramas, largas raíces que, al unirse al suelo, crecen como nuevos troncos, formando una columnata de madera de impresionantes proporciones. Aquel árbol se había

adaptado muy bien al jardín de los Albaizar. No pudiendo crecer hacia el cielo por la sequedad del clima de Madrid, lo había hecho hacia el césped, anegado a propósito para su conservación. El resultado era una forma inquietante, casi escultórica, un nudo de troncos de más de tres metros de espesor, enganchados y enzarzados en una silenciosa disputa por el espacio estrecho de aquel jardín. El árbol —empujado por su sed tropical— parecía cernirse sobre la fuente, como queriendo asfixiarla con un abrazo de cortezas enmarañadas y viscosas. La humedad extrema del suelo, que si en los buenos tiempos de la casa era intencionada, ahora estaba producida por la rotura de la cañería que alimentaba la fuente sobre cuya agua estancada y verdinosa se reflejaba el bayán —una fuentecilla de cemento a molde, de las que venden en los establecimientos de carretera, coronada por un gnomo, desde cuyo hombro una caracola deja fluir el agua— había provocado el crecimiento exagerado de las plantas y la maleza del jardín, haciéndolo casi impracticable al paso, y más todavía al paseo. Muy cerca de la fuente había un balancín de dos plazas. El sofá, que colgaba de las cadenas oxidadas, parecía arder sobre una hoguera de malas hierbas. Los tiestos, alineados contra la tapia del fondo, estaban cascados a pedradas y de la tierra negra que los llenaba surgía, de aquí y de allá, algún tallo arrugado y marchito, hojas amarillentas, cañas y trozos de liza semipodrida.

Como la vivienda estaba seis o siete peldaños por encima del nivel de la calle, la parte baja de la construcción tenía unos ventanucos, cerrados con tela metálica, que aireaban el sótano. Al lado de la puerta principal, de doble hoja, había una placa de cobre. Los tornillos tenían a su alrededor un cerco minúsculo de óxido verde intenso, lo mismo que los pomos y la mirilla de ambos batientes. La placa rezaba:

ALBERTO ALBAIZAR RAMIRO.

NOTARIO.

La escalera que daba paso a la casa —media docena de peldaños de mármol— estaba provista de una baranda de hierro pintada de minio, por cuyos barrotes trepaban las enredaderas lánguidamente. La vivienda, por dentro, era grande y algo desangelada, con ese exceso de proporciones que tenían las casas en aquellos lejanos tiempos en los que la especulación no había convertido las viviendas de Madrid en ratoneras. Esto no quiere decir que no hubiera conocido tiempos mejores. Cuando entré, unos meses después de la muerte de sus padres, quedé desolado al comprobar el estado de abandono en que estaba sumida. El pequeño recibidor que daba paso tanto al despacho de don Alberto —a la derecha— como al salón y al pasillo por el que se accedía al resto de la casa —a la izquierda— y a la buhardilla, estaba

sucio a más no poder, surcado de pisadas de barro. Las hojas secas del otoño se habían colado a cada bostezo de la puerta principal, amontonándose contra los pies del bargueño que presidía el recibidor. Las ventanas, al menos las de esa planta, estaban cerradas a cal y canto, y el olor a cerrado dentro de la casa era pesado y adherente, dotado de un cierto resabio a cripta. En el despacho, las estanterías, antaño rebosantes y compactas de volúmenes, estaban casi vacías, diezmadas. La mesa de badenes de cuero, en la que don Alberto trabajaba y leía papeles que sacaba de los cajones mientras mataba la impaciencia hasta la hora de la cena, parecía un objeto extraño y abandonado a los siglos, como un exvoto funerario. El polvo que cubría el tablero era tan espeso que el verde del cuero de los badenes apenas se diferenciaba del tostado de los tableros de caoba. A continuación, se abría el salón, en el que una chimenea de mármol negro presidía el tresillo de cuero, frente a la televisión y la cadena musical. El pasillo, forrado de cretona y salpicado de cuadros en los que estaban retratados parientes de Alberto, en fotos de los tiempos de Maricastaña, conducía hasta las habitaciones. La primera de ellas, la de Alberto y Pedro, (pues dormían en la misma habitación) a la izquierda. La siguiente, la de sus padres. A continuación, en ese mismo lado del pasillo, el cuarto de costura y, al fondo, la cocina. En ese mismo orden, pero en el costado derecho del pasillo, se abría, en primer lugar, frente al dormitorio de mi amigo, la puerta por la que se accedía al sótano, luego al cuarto de baño principal, después el de servicio, un cuarto de invitados, que no se empleaba para nada y, doblando el pasillo, al fondo del todo, el lavadero, en donde estaba la lavadora, la secadora y los enseres de limpieza. Desde el mismo recibidor arrancaba una escalera de caracol —una preciosa obra de forja— que subía hasta la buhardilla. Esta —escenario de juegos de mi amigo y su hermano— no albergaba más que algunos trastos, además del clavicémbalo, un Jacob Kirckman del XVIII. Allí era donde solíamos ensayar cuando iba a su casa, y allí también tenían lugar nuestras charlas y meriendas mientras sus padres vivieron.

Don Alberto disponía de un amplio piso en el centro de Madrid —creo que cerca del Senado—, en donde tenía la notaría y recibía. En el despacho de su caserón no hacía prácticamente nada. Lo utilizaba para aislarse cuando no tenía ganas de que le molestasen, lo que, en las últimas épocas de su vida, le ocurría muy frecuentemente. La casa estaba muy bien amueblada, con un gusto infinito. Había muebles de gran valor, bargueños, consolas, espejos, etc. y no faltaban cuadros de firmas de mediana sonoridad. Siempre será un misterio para mí la razón que llevó a mi amigo a no permitirse vender ninguno de aquellos objetos a fin de superar el bache económico en el que se hallaba. Sin embargo, pese a verse reducido a acudir a los comedores

de beneficencia, no supe que vendiese ni una sola bandeja de plata, ni el más insignificante cubierto. En cambio, en su diario relata, sorprendentemente, su intento frustrado de vender el clave, lo que sí que me resultó sorprendente. Por lo demás, a su muerte las cosas estaban tal como las habían dejado sus padres. Es más, como doña Josefina siempre estaba mirando por los muebles más valiosos de la casa, cuando salió para Burgos, en el que había de ser su último viaje, tuvo buen cuidado de echar algunas sábanas sobre algunos de esos muebles, sobre el bargueño del recibidor, sobre el óleo de Delgado, sobre la mesa del comedor. Cuando Alberto murió, las sábanas todavía permanecían en su sitio, pues mi amigo no se molestó, en esos dos años que mediaron antes de reunirse con sus progenitores, en levantarlas, ni siquiera en echarlas a un lado. De todo ello podrá inferir el lector qué aspecto tan fantasmagórico había ido adquiriendo la casa en ese lapso de tiempo, y también la tremenda perplejidad y desasosiego que me embargaban cuando traspasaba el umbral de su casa y me dejaba llevar por las habitaciones sombrías y polvorientas, en la que destacaban, a la mortecina luz de las persianas a medio bajar, las formas caprichosas y blanquecinas de las sábanas, como fantasmas de la familia desaparecida.

24

Mi guardia no se prolongó demasiado. No llevaba más de diez minutos aparcado delante del caserón cuando la cancela se abrió y su figura macilenta trastabilló unos pasos en mi dirección. Estaba más delgado que nunca, pese a que, según puede comprobar al cabo de un rato, mordisqueaba constantemente trozos de pan seco, bolitas de comida para perros y espaguetis, canelones y toda clase de pastas sin cocer, lo que le confería un vago aire de animal doméstico, aparte de resultar irritante pues, por tener la boca siempre llena de porquerías de este tipo, no se le entendía muy bien cuando hablaba. Se adelantó, como decía, hasta el coche, y metió el brazo por la ventanilla bajada, ofreciéndome algunos macarrones para roer. Los rechacé con un gesto, al tiempo que le preguntaba por su estado de salud. Miraba en todas las direcciones nerviosamente, como si temiese la llegada de algún intruso o se sintiera seguido. Luego levantó la cabeza varias veces hacia el cielo y escudriñó las nubes que lo encapotaban. Estaba inquieto a la luz del día, lo pude notar a la perfección. Además, olía espantosamente. Era un hedor pesado, adherente como la pez, agrio hasta la saciedad. Me dijo que entrásemos dentro, en vez de estar en la calle expuestos a cualquier peligro. Volví a interesarme por su estado de salud, pero la respuesta fue la misma que la otra vez, es decir, un husmear hacia los cuatro puntos cardinales, acompañado de una

mirada glauca instándome a acompañarle al interior de la casa. Insistió en recalcar el peligro que corría en la calle, por lo que le hice caso y entramos. Era un día algo frío, bastante húmedo, a pesar de que el año pasado no fue lo que se dice muy lluvioso. Cuando pisamos el recibidor, caí en la cuenta de un detalle al que no había concedido la importancia que tenía, a pesar de haberlo advertido anteriormente. Al andar por el interior de la casa sepultada en el polvo, se arrimaba extrañamente a las paredes, evitando cruzar los espacios abiertos en diagonal, como si buscara constantemente la protección de los muros, y no los trayectos más cortos entre dos puntos. Traté de interponerme en su camino y, ocupando la parte más cercana a la pared, obligarle a andar por el centro de la habitación a fin de contemplar su reacción. Me apartó bruscamente y apoyó la espalda contra la pared, haciendo que un cuadro se balanceara violentamente. Luego me dirigió una mirada hosca que no me dio muy buena espina. Resolví limitarme a observarlo sin más.

24

El salón estaba helado, pero él no parecía tener frío, es más, se quitó los zapatos y con las uñas de los pies —no llevaba calcetines— se rascó los empeines con una fruición tan sumamente desprovista de sonrojo que me llenó de asombro y malestar. De vez en cuando me miraba pero, insisto, no era una mirada muy tranquilizadora, porque parecía enfocar —y no creo que sean imaginaciones mías— por detrás de mí, por lo que, cada vez que me observaba, me sentía impelido a girar la cabeza, lo que me llenaba de desazón e inquietud, pues me resistía a hacerlo a fin de no resultar descortés. Luego, al dejar caer la vista hacia el suelo, mientras él ponía algo de música, me horroricé de la enorme cantidad de polvo que lo cubría: aunque no por toda la superficie del salón; en los márgenes de la habitación, en las partes pegadas al muro asomaba el parqué brillante, lo que confirmó definitivamente mis sospechas acerca de su extraña manía locomotora. Estuvimos sin hablar un buen rato. Le sugerí, para cortar un poco el hielo, y nunca la expresión fue mejor empleada que en aquella noche, que hiciera un poco de fuego. Asintió inmediatamente. Puso algunos papeles, echó un par de pastillas de queroseno, y cuidadosamente, sobre los rebullos de unos ejemplares antediluvianos del ABC, colocó un par de tomos que cogió al azar de las estanterías. Mi sorpresa no tuvo límite. ¡Con qué naturalidad sacó una cerilla y la aplicó debajo de los periódicos y los libros! ¡Sin ninguna explicación, sin el menor sonrojo, sin girar la cabeza hacia mí para dedicarme al menos una sonrisa de complicidad o de sorna! Los libros prendieron rápidamente, levantando llamas de más de tres palmos de

altura. Alberto fue hasta la estantería y se hizo con una torreta de volúmenes que colocó delante de sí. Miré los estantes, que ocupaban los dos espacios a ambos lados de la chimenea: estaban semivacíos. Debo confesar que no salía de mi asombro. Sin embargo, permanecía en silencio. Mi amigo, ayudándose de las tenazas —un par de tenazas de forja, de casi un metro de longitud, renegridas de hollín— iba depositando volúmenes entre los morillos con la mayor naturalidad, sin que, al parecer, cayese en la cuenta de mi asombro. No sólo con naturalidad, sino también con una extraña delicadeza, con el esmero de un boy-scout primerizo. Luego, dejando las tenazas apoyadas contra los ladrillos, se quedaba mirando el fuego a una distancia más que prudencial, entre temeroso e hipnotizado, rascándose de vez en cuando los empeines con las uñas de los pies y también, y esto fue la primera vez que tomé nota de ello, arrugando delicadamente las aletas de la nariz hacia las llamas, en un extraño tic cuyo auténtico significado no comprendí entonces todo lo bien que debiera. Yo, en el gélido ambiente de la sala, iba quedándome extrañamente fascinado, al calibrar la transformación que se estaba llevando a cabo en mi amigo, pero no sabía, al mismo tiempo, qué hacer, pues una extraña parálisis acompañaba a esta fascinación. Levanté la vista hacia el techo y observé que las telas de araña habían tejido su forma parda, uniendo los florones de escayola con los brazos de las otras arañas, las de cristal tallado, que colgaban —una a cada lado de la mesa del comedor— balanceándose imperceptiblemente a causa de alguna corriente de aire.

“¿Qué tal por los... bajos fondos?” pregunté. Se sobresaltó. Para disimular su turbación, tomó las tenazas y depositó un espléndido primer tomo de la *Decadencia de Occidente*, de Spengler, encuadernado en verde claro, sobre la pira funeraria. Cuando hubo conseguido que el volumen prendiera, levantándolo por encima de las llamas hasta que fue una bola ardiente, lo volvió a dejar sobre los morillos y se reclinó en la butaca de papá (era la que ocupaba, casi litúrgicamente, don Alberto). Estaba sonando una coral de Bach, “Christ lag in Todesbanden”, y el efecto que esta misteriosa música —quizás la más misteriosa, la más enigmática y dolorosa que Bach escribiera jamás— ponía sobre el aire pesado del salón, no tenía, ni tendrá, parangón en ninguna otra escena que no hubiera visto nunca. “Quizás estoy equivocado”, dijo al fin. “¿En qué?”. “Bueno, quiero decir que puede ser que los excrementos también tengan sus propios excrementos, que la reproducción de excrementos sea una cadena sin fin, de tal manera que nunca se puedan reducir a un grado cero. De ser así, también las ventajas de las cosas se reproducirían matemáticamente hasta el infinito máximo, es decir, hasta lo infinitamente ventajoso. Pero ¿y si los excrementos y las ventajas son como la pescadilla que se muerde la cola, un círculo sin fin absoluto y determinante? Esto

significaría que las cosas no mueren absolutamente por ventajosas o por desventajosas, sino que participan del movimiento general del universo, es decir, de la ondulación.” Quedó en silencio. Le insté a que me explicara aquello un poco mejor. “La onda —siguió diciendo— es el principio mecánico básico de la vida. Y la ondulación implica un punto de inflexión. Las cosas tienen ventajas que, a partir de un momento determinado, a causa de ese punto de inflexión, se transforman en inconvenientes. Por ejemplo, la televisión educa hasta que idiotiza, los filósofos enseñan hasta que confunden con su cháchara, la euforia colma hasta que deprime, el hombre ama hasta que odia, se deleita hasta que se hastía, el dinero vivifica hasta que pudre, y el ciclo continúa indefinidamente, porque las cosas vuelven a ser ventajosas después de haber sido inconvenientes.”

“A lo mejor” —añadió después de un silencio largo, en el que toqueteó el fuego con ayuda del atizador— “el purgatorio no es sino ese largo tránsito por los estadios inferiores de la vida, y el infierno, su permanencia definitiva en ellos.” Me miró entonces con una sonrisa cargada de sorna y a la vez de dolor. “¡Qué dulce y bien merecido descanso para el alma será ese paso por los estadios vegetales y minerales de la existencia!” Lo miré asombrado. “Si esto fuera cierto, estoy casi seguro de que el mismo infierno podría ser incluso una bendición. ¿Te imaginas? Ser para siempre un trozo de roca, un punto milimétrico de un paisaje, un kilo de abono, pasta de dientes, ¿acaso no sería más cómodo, más amable para el espíritu que el incesante y cíclico paso por esta existencia absurda, condenada a la repetición perpetua propia de la vida material?”

No supe qué decir, pues estaba cada vez más confundido. “Me parece que desvarías, Alberto” musité al fin. Se quedó callado. “Creo sinceramente que no has podido asimilar que Yolanda te abandonara. A mí, particularmente, todas esas teorías sobre los excrementos me parecen muy bien. Está claro que la mierda existe, pero lo que no entiendo es por qué tienes que ir a revolcarte en ella, como tampoco entiendo cuál es la razón de que arruines tu salud intentando elaborar complejas teorías con el fin de demostrar que el resto de los mortales estamos equivocados. Mientras tu hozas por la mierda de todo Madrid, ella estará en este momento divirtiéndose con cualquier gilipollas. No sé cómo tu orgullo, que tantas cosas te impide hacer, te permite, en cambio, caer en semejante autocomplacencia, y no te obliga, en cambio, a plantar cara a ese fracaso con la valentía necesaria. No debes permitirte semejante derrota, y menos a manos de una impresentable como Yolanda.”

Alberto se encogió primero en la butaca, como si hubiera recibido un golpe, y luego se volvió hacia mí lentamente, con un gesto

de inspiración y un silbido estridente que me llenó de pavor. Sus ojos glaucos se hicieron más opacos que nunca al hablar. “No te atrevas a insultar a Yolanda ni a decir una sola palabra sobre mi actitud. ¿Quién te has creído que eres tú? Un mediquillo de mierda que no ha tenido el valor de ser lo que quería ser, un calzonazos que no sabe vivir más que bajo las faldas de una mujer, un pobre músico que no pasará nunca de tocar para entretener a los amigos, ¿cómo un ser de segunda categoría como tú se atreve a opinar sobre el comportamiento de las personas de rango superior? ¿Acaso crees que mi condescendencia contigo es señal de que te considero un igual? Yo estoy bajando a los infiernos, a ese sitio al que sólo uno cada cien mil millones de hombres tiene el valor de bajar. ¿Cómo piensas que voy a renunciar al infierno o a lo que haya allá abajo a cambio de esa vida burguesa mediocre que para ti es sinónimo de normalidad y, por lo tanto, de felicidad? ¿Consideras una señal de valentía el escurrir el bulto y rehuir la misión que a cada uno nos ha traído la vida? ¡Están pasando tantas cosas y las personas como tú seguís metiendo la cabeza bajo la arena y negándoos a admitir la verdad! ¡Entérate de una vez! ¡Estoy tratando de pensar! ¿Sabes lo que es pensar? ¿Has conocido alguna vez ese sufrimiento, hacer que las cosas encajen en la cabeza, reordenarlas una y mil veces, emparejarlas a cientos, afilarlas una por una, elaborar trabajosamente una teoría durante meses para derribarla en un par de segundos? ¡Estoy pensando, y lo hago gratis, es decir, estoy pensando de verdad!” —estaba completamente fuera de sí— “¡Pero tú no sabes por qué, claro!” —se levantó y me asió por las solapas de la americana. Su aliento era agrio y sus ojos parecían los de un loco—. “¡Pues escucha y apréndelo de una vez! ¡Porque cada hombre tiene su infierno y tiene que bajar a él para poder ser feliz y no vale de nada escurrir el bulto ni tratar de aparentar que el infierno no existe, porque nuestro infierno es nuestra amarga verdad y sólo se puede vivir de cara a la verdad!” Le así las muñecas y le obligué a retroceder e ir hasta su sillón en donde lo sujeté sin saber qué hacer con él, pues no había traído ningún tipo de tranquilizante, a pesar de que tal era mi intención al salir de casa. No hizo falta, porque se fue calmando poco a poco y, al cabo de un par de minutos me rogó, en un tono de voz completamente neutro, que le soltase las muñecas. Así lo hice. Me fui al sillón de nuevo, no sin antes echar un par de libros al fuego, con la única excusa de apartar el atizador de su mano. Lo dejé a mi vera, debajo del brazo del sillón. Estaba absolutamente indignado y, a la vez, asustado y sorprendido de aquella explosión de rabia y desprecio. Tal era mi estupefacción por haberme enterado de lo que Alberto pensaba realmente de mí que no conseguía siquiera encontrar los argumentos necesarios para defenderme de sus ataques. Sin embargo, no tuve la ocasión de discurrir mucho,

porque, súbitamente, empezó a sollozar, con tal amargura y desconsuelo que sentí que se me partía el alma. Le miré en silencio, sin que tampoco esa vez encontrase una sola frase apropiada a la circunstancia. Estaba muy encogido sobre la butaca, con los pies hechos un ovillo, descalzo, y las manos, tan extrañamente simétricas, sobre el estómago. Lloró un buen rato antes de secarse las lágrimas y pedirme perdón por sus palabras. Lo repitió tantas veces que tuve que prometerle que le había perdonado. Luego dijo que en realidad no se refería a mí cuando hablaba sino que me había tomado por representante de toda la clase de idiotas y lerdos que conforman la normalidad. Me sentí algo aliviado por sus excusas, si bien creí, al menos en aquel momento, que aquella escena había sido —utilizando su propia terminología— el punto de inflexión de nuestra amistad. Al cabo de un buen rato, durante el cual sonaron las campanadas de las doce del mediodía, Alberto añadió, en voz muy baja que, a pesar de todo lo que pensara yo, cualquier persona que nos ha amado es digna del mayor de los respetos después de haber dejado de hacerlo, pues el respeto es algo que no se lo negamos ni siquiera a los desconocidos. “Además —siguió diciendo—, Yolanda no tiene la culpa de ser como es, lo mismo que yo tampoco la tengo por mi forma de ser.”

“Quizás hemos sido demasiado jóvenes, Alberto —repliqué—. Quizás le hemos exigido demasiado a la vida.” Me miró de nuevo, como sorprendiéndose de encontrarme todavía allí. “¿Por qué lo dices?” Reflexioné un momento. “No tendrías tanta ansia de suciedad y excrementos, de lo más horrendo de la existencia, de lo más vil del hombre si no desearas tan desorbitantemente la felicidad, todo lo bueno que existe sobre la tierra. Quizás por ello estás dispuesto a tragarlo todo antes de poder ser digno de lo más bello y sublime. ¿No comprendes que la gente no ansía tanta dicha como para verse en la obligación de arramblar con tanta suciedad, con tanta degradación?” Permaneció con la vista fija en el fuego. “Quizás tengas razón. En mí había —se restregó las cuencas amoratadas de los ojos— una forma de juventud que muy pocos comprenden. Un inmenso y enciclopédico afán de saberlo todo, de entenderlo todo, de vivir cien vidas, de ser doscientos hombres a la vez, de conocer el planeta de arriba a abajo, de amar a mil mujeres, de sentir la vida con una intensidad irresistible y subyugante, cada día, cada segundo. Quizás abrigaba en mi pecho esa forma de juventud tan turbadora, tan sin descanso, tan insaciable, tan desestabilizadora”. Meditó durante un rato antes de levantar la vista hacia mí. “Quizás esa forma de juventud no es de las que mueren a manos de una ilusión mezquina, a manos del matrimonio, de los administradores de plazos, de los escanciadores de prórrogas, de tiempo vacío, de anestesia. Quizás esa forma de juventud no muera. Quizás tan solo mate.” Los libros de la torreta

habían ardido en su totalidad. Se levantó y trajo una nueva pila. Me animé a seguir discutiendo, pero empleando sus propias armas. “El Todo es una enfermedad que sólo afecta a los que no se conforman con nada”, dije. “Los que se conforman con cualquier cosa nunca serán parte del Todo”, replicó raudo. “Además, pensar que el ser humano se pueda conformar con algo de lo que existe en este mundo absurdo y enloquecido sería tanto como admitir que camina hacia la pérdida de su rebeldía y de su ansia de absoluto.”

No supe qué responder, por lo que se produjo una situación muy embarazosa, que resolví aliviar levantándome para ir al baño. “¿Quieres un té?” me ofreció a la vuelta. “Deja, yo lo haré”, me apresuré a contestar. No encontré té, pero sí manzanilla. Puse agua a hervir en una de las planchas eléctricas, pues traté de encender el gas infructuosamente antes de caer en la cuenta de que estaba cortado, y fisgué en la despensa en busca del azúcar. No había nada, ni azúcar ni ninguna otra cosa comestible, a excepción de varias bolsas grandes de macarrones y espaguetis y algunos frutos secos y un poco de queso enmohecido. Cuando el agua hirvió, puse el vaso en un platillo y volví al salón. Pero Alberto no estaba. Llamé varias veces. La casa estaba muy silenciosa. Reconozco que tuve miedo, mucho miedo. Volví a llamarlo, pero sólo un ligero eco, un minúsculo eco contestaba a mis requerimientos. Dejé la manzanilla encima de la bandeja del bargueño del recibidor y entré a su dormitorio. Luego inspeccioné el baño. En voz alta iba diciendo cosas para tranquilizarme, cosas como “venga Alberto, que no es hora de bromas” y “se te va a enfriar la manzanilla” y, por fin, “¡Alberto, coño!”. Pero no salió. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Todo me fue pareciendo cada vez más extraño. No sólo la conversación que mantenía con él, sino también mi propia presencia en aquel caserón, allí, de pie, al lado de la humeante manzanilla, sintiendo un miedo creciente y excitante que se apoderaba de mí. Miré por la puerta del sótano, pero no me atreví a bajar. Las escaleras estaban empinadas y se oía el ruido de la nevera que hay abajo, al lado de la máquina de cubitos. De pronto, se oyó el clave. Siempre estuvo arriba, en el zaguán, en una esquina aderezada para el instrumento. A doña Josefina le ponía dolor de cabeza e hizo que lo subieran allí, para no oírlo cuando tocábamos. Pero ahora se escuchaba nítidamente. Empecé a subir las escaleras de caracol que suben al zaguán. Cuando estaba para entrar, pues a lo alto de la escalera hay una especie de descansillo con una puerta que cierra el paso a esa zona de la casa, me detuve asombrado. El clave sonaba plano. Estaba tan desafinado que las cuerdas habían cedido y las notas que dejaban escapar al ser pinzadas era prácticamente la misma en todas las teclas, un tintineo gangoso y vago, irregular. Me asomé. Alberto estaba reclinado sobre el teclado y sus manos reptaban furiosamente, como

dos tarántulas blancas, sobre las teclas de marfil. A su alrededor se amontonaban los cachivaches, un caballito de cartón con unas cananas de plastiquete colgando de su lomo, una mesa de pingpong recubierta de una gasa de polvo, sobre la que descansaban un par de palas y una pelota, cabezales de camas desensambladas, cortinajes, jergones orillados, un par de butacas viejas y destripadas de esparto y guata. Y la música. Es difícil de explicar cómo suena un instrumento cuando casi no hay diferencia entre las notas. Por la digitación reconocí la partitura: se trataba de la fantasía cromática y fuga de Bach, esa pieza que Alberto casi nunca lograba interpretar a la perfección. Sus manos recorrían las octavas a una velocidad de pasmo, mucho más rápido de lo que ningún clavecinista pudiera nunca hacerlo. Pero la música. La música era una cascada de sonidos prácticamente planos, gangosos, monocordes, estrangulados. Sin embargo, Alberto no parecía darse cuenta de ello o, si lo hacía, no le daba ninguna importancia. Su rostro, sumido en una palidez tan intensa que parecía de cera, se balanceaba rítmicamente hacia adelante y sus greñas, apelmazadas en coletas de cabellos grasientos, casi rastas, le bailaban por delante de los ojos encendidos. La cascada de sonidos se fue transformando poco a poco en un guirigay de pinzamientos, de estridentes chasquidos de cuerdas que vibraban unas contra otras, al tiempo que algunas de las púas se rompían y saltaban por entre las cuerdas, siendo volteadas una y otra vez por la vibración del resto de los alambres. Estaba destrozando el instrumento, pero no supe qué hacer, porque parecía tan tenazmente concentrado en la música que sonaba dentro de su cabeza que no me atrevía a detenerlo. Permanecí de pie, bajo el umbral de la puerta, compungido, mirando fijamente sus manos correr por las teclas de marfil. Entonces yo también empecé a escuchar la música. Quizás por el hecho de saber solfeo o por conocer la pieza a la perfección, no sé explicarlo. Pero empecé a oírla nítidamente. Era una interpretación sublime y cristalina, hasta tal punto que cuando terminó, me pareció imposible que aquel instrumento estuviera desafinado, que las cuerdas colgasen sin tensión dentro del mueble, que varias de las púas hubiesen saltado de sus martinets. ¿Habría sido una alucinación auditiva propia de la extraña noche que estaba viviendo? Creía que iba a atacar la fuga, pero no fue así. Se quedó quieto delante del teclado y fue dejando caer la cabeza paulatinamente entre sus hombros, hasta que basculó y pareció que iba a caerse. De varias zancadas fui hasta su vera y lo recogí casi al vuelo. Era tan liviano que me asusté. No pesaría más allá de cuarenta y cinco kilos, pese a que medía un metro ochenta.

Lo icé por las corvas y los sobacos y bajé las escaleras hasta su cuarto. No estaba desmayado ni dormido, sino que me miraba con los ojos azules muy abiertos, con la mirada de desamparo y

estupefacción de un niño despertado en lo más oscuro de una pesadilla. Lo puse encima de la cama y lo arropé con las mantas y el edredón sucio. Antes de ayudarlo a ponerse el pijama, pude comprobar que estaba increíblemente delgado: se le marcaban todas las costillas, una por una, sobre la piel tensa del pecho. Las clavículas parecían haber sido repujadas en la carne, pues estaban de tal modo hundidas que se me ocurrió —ideas raras que aparecen en los momentos más inoportunos— que se le podría coger de ellas, como si de asas se tratasen, para alzarlo y ponerlo sobre la cama. Además, ¡qué terriblemente sucio estaba! Caí en la cuenta de que el calentador, siendo a gas ciudad, estaba inutilizado. Era excusable que no se lavase nunca, si bien hay que considerar los sitios por los que acostumbraba a vagar para imaginarse con alguna verosimilitud el hedor que su cuerpo y sus ropas desprendían. Volví a la cocina y calenté agua en la placa eléctrica, con la intención de lavarlo un poco y ayudarlo a afeitarse. Calenté también la manzanilla y se la di a beber, pero se limitó a dar un par de sorbos. Localicé luego una estufa y la conecté. Olía tan fuerte a polvo calcinado que comprendí que tampoco se servía de aquel electrodoméstico para entrar en calor.

Alberto parecía estar dormido por fin. Eché una ojeada por la habitación. Sobre la mesilla de noche tenía un libro muy manoseado. Era el *Libro del desasosiego*, de Fernando Pessoa. Siempre me hablaba de aquella novela. Lo abrí. Le faltaban la mitad de las páginas. Al abrir el cajón de la mesilla vi que estaban allí las hojas arrancadas. Eran fragmentos de ellas, con los bordes groseramente recortados —probablemente a mano— y doblados hacia fuera para formar pequeños rectángulos de letra impresa, trozos del libro que más le habían gustado o que quería conservar y consultar con frecuencia. Cerré el cajón de nuevo y fui hasta el baño, en donde rebusqué en el armario. Sólo había aspirinas. Tomé dos y volví hasta donde estaba. Las machaqué en la cucharilla y las eché en la manzanilla, revolviendo luego el brebaje. No quise despertarlo, no obstante, y me quedé a los pies de la cama, escuchando el paso del reloj, que se veía a través de la puerta entreabierta. Las pesas casi habían llegado al suelo. Una de ellas estaba a punto de tocar el fondo de la caja. Me levanté y fui hasta allí. Tiré de las cadenas doradas y las pesas volvieron a su posición con un ronroneo metálico. Aquella situación me superaba por completo. Si hubiera habido alguien al que llamar para que entre los dos pudiéramos tomar alguna decisión, hubiera sido muy diferente. En estos casos, siempre es lo mejor. A mi casa no podía llevarlo, porque sabía muy bien que se iría en cuanto se pudiera tener en pie, ello sin contar con que me organizara un escándalo al despertar y encontrarse allí. Me fijé en él. Había sacado las manos y las tenía sobre el embozo de la cama, asomando tan sólo los dedos

hasta los nudillos. Estaban en una posición simétrica, paralela, que ya había advertido antes. Los ojos, cerrados. Advertí que las cuencas estaban amoratadas, noqueadas por el insomnio. Justo en ese instante, movió las aletas de la nariz un par de veces. Parecía olfatear algo. Luego abrió los ojos y me pidió que le pasara la manzanilla. “¿Qué tal te encuentras?” “Regular”, respondió en voz muy baja. Le advertí que la infusión llevaba un par de aspirinas. Asintió con un ligero movimiento de cabeza. La habitación era el dormitorio de sus padres, una pieza frente al baño principal, la primera a la izquierda del pasillo. Tiene una galería en la que hay una mesa y un par de mecedoras. Allí se solía sentar doña Josefina cuando el sol bañaba la galería. En invierno, en cambio, solía estar siempre en el cuarto de coser, una habitación que estaba destinada a ser el dormitorio de Pedro, pero que, al ser éste bastante miedica de pequeño y no poder dormir solo, quedó transformada en habitación de labores y plancha.

La cama de los padres era muy amplia, de más de dos metros de ancho. Alberto, ocupándola, no llenaba mucho más espacio en vertical que la almohada en horizontal. Enfrente de la cama había un armario enorme, de tres cuerpos, de estilo modernista catalán. Casi todos los muebles de la habitación estaban amortajados de un sudario de polvo gris, espeso como la borra.

Me fijé que Alberto temblaba. “¿Tienes frío?” Afirmó. “¿Dónde hay más mantas?” “Tráeme mejor la bolsa del agua caliente.” “¿Dónde está?” “Creo que en mi cuarto, sobre mi cama.” Lo dejé con los ojos cerrados y fui hasta su dormitorio, cuya puerta abrí.

La habitación estaba como siempre. Las dos camas, en las que dormían en tiempos Pedro y mi amigo, estaban hechas. Sobre la cama de Pedro había un crucifijo, que doña Josefina había colocado allí a su muerte. Detrás de la puerta siempre ha habido una mesa, en la que ambos hermanos solían hacer sus deberes en los tiempos de la escuela. Seguía allí. Sobre la mesa había un libro abierto. Era un libro en blanco, con las tapas forradas de láminas de corcho. El papel era muy grueso, tostado, y tenía líneas traslúcidas, marcas al agua. Estaba escrito hasta la mitad. En el armario, enfrente justo de la mesa, había mucha ropa vieja, que olía a naftalina horriblemente. Abrí la puerta central. Era el espejo vestidor que yo recordaba de siempre. Contemplé mi figura inquieta.

Tomé la bolsa del agua caliente y fui a la cocina. La vacié y puse un cazo con más agua para rellenarla. Cuando hirvió, la vertí en la bolsa y volví junto a Alberto. “¿Estás escribiendo un diario?” Miró la bolsa del agua caliente, pero no dijo nada. Repetí la pregunta. Afirmó de mala gana. “No es un diario exactamente. Es un libro de memorias. No escribo en él más que tonterías que se me ocurren.” No me desanimé.

“Me gustaría leerlo.” Se encogió de hombros. “Cuando me muera”, añadió. “¿Quién habla de morirse? ¡Deja de decir sandeces! ¡Eres todavía muy joven para diñarla!” “¿Joven? Tengo casi treinta y dos años, lo mismo que tú. Tenemos edad para haber cumplido ya una cadena perpetua, nada más y nada menos.” Sonreí. Su punto de vista era siempre insólito. “Podemos cumplir perfectamente otra pena como ésa y sin reducción por el trabajo”, repliqué. Se rio. “Podríamos habernos cargado a alguien, ¿no? Por el mismo precio.” Me sonreí. “Alberto, explícame ahora por qué te dedicas a andar por ahí con mendigos y recorrer las alcantarillas. ¿Qué se te ha perdido por allí?” Se puso serio otra vez. No le gustaba hablar de ese tema. “He bajado a por mi parte.” “¿A por tu parte? ¿De qué?” “¡De qué va a ser!” “Y, ¿la has encontrado” “¡Todavía no, —se excusó con la mirada— la verdad es que no es fácil, quiero decir que no es culpa mía! Hago lo que puedo, pero ¡hay tantísima mierda!” “¿Por qué no dejas la mierda quieta?” “Cada cosa tiene su mierda y hay que apechugar con ella.” Quedamos en silencio un instante. “¿Te quieres lavar? He puesto agua a calentar.” Denegó con la cabeza. “¿Para qué?”. Se estaba durmiendo de nuevo. “Quédate un rato hasta que me duerma, ¿vale?” “No te preocupes.” Le tomé el pulso. Estaba un poco acelerado, pero era normal. No parecía tener fiebre.

Estaba ya dormido como un tronco. Me levanté. Tenía hambre, puesto que había salido de casa sin desayunar y eran más de las dos de la tarde. Volví a la cocina y rebusqué por los armarios y las estanterías de la cocina, tan infructuosamente como antes. Tan sólo había un par de botes con mermelada ajada y oscura, merodeada de telarañas de moho blanquecino. Había también pasta italiana en abundancia, y un saco de comida para conejos (según rezaba en la etiqueta), que contenía unas extrañas barritas de un dedo de largo. Exhalaban un aroma a gallina, a corral, bastante fuerte. Fui hasta la nevera y la abrí. Mi estupefacción fue mayúscula. Sobre una de las baldas, de las dos que Alberto había dejado en su sitio, descansaba una bolsa de basura, negra, erizada de bultos y desperdicios, cuidadosamente anudada. A pesar de que Alberto me había informado puntualmente de su costumbre de comer basura, la visión real y palpable de aquella bolsa dentro de su frigorífico me produjo una sensación indescriptible de angustia. Tanta que salí de casa y me dirigí a un cajero automático, de donde saqué el límite máximo fijado para la tarjeta. Al volver a atravesar la cancela, caí en la cuenta de que no disponía de llave para poder volver a entrar en la casa. No supe qué hacer. ¿Dejarle dormir o permitirle comer algo más apetecible que aquellos desperdicios? Me decidí por una solución intermedia, que consistió en deslizar los billetes por debajo de la puerta principal e irme a casa.

Con aquel dinero pensé que podría alimentarse por lo menos durante un mes. Y fue precisamente un mes el tiempo que mis asuntos —pues no debe pensar el lector que simultáneamente a estos acontecimientos no se desarrollaban asuntos de gran importancia para mí, a los que debía de prestar toda atención— me absorbieron hasta que la conciencia imperiosa de que el dinero prestado a mi amigo estaría en trance de acabarse y de hacerlo volver a la basura me obligó a interesarme por él, a volver, en definitiva, a la triste realidad de su estado. Pero aquella vez, ponerse en contacto con Alberto fue una tarea ardua, que yo no fui capaz de llevar a cabo, sino que se resolvió por sí misma, como gran parte de las cosas importantes en esta vida. Lo llamé cientos de veces, de día, de noche, de madrugada, de mañana. Pero fue en vano. Me aposté enfrente mismo del caserón y permanecí horas fumando y haciendo cábalas acerca de su estado y paradero.

25

Pero fue también en vano. Decidí, al borde mismo de la intuición negra de la muerte, introducirme en su casa y averiguar lo ocurrido. Escogí para ello, no queriendo ser detenido por escalo ni abatido en pleno asalto por algún vecino amedrentado, la nocturnidad. La puerta trasera, la que comunica la cocina con los tendederos, estaba cerrada, pero la verja de hierro no tenía su correspondiente pasador corrido, por lo que me fue posible apartarla y, rompiendo un vidrio, introducir la mano y abrirla. Lo primero de todo, cuando hube conseguido que mi pulso se calmara un poco, fue ir hasta la puerta principal y averiguar si estaba cerrada por fuera o no. De esta forma sabría si estaba en casa. Recorrí el pasillo, atravesé el hall y llegué a la puerta. Estaba cerrada por fuera, luego no estaba en casa. Al volverme, sentí un crujir bajo mis pies. Miré al suelo. Allí estaban los billetes, esparcidos por la corriente de aire que se filtraba por debajo de la puerta doble. Me agaché, desolado, y los recogí. No faltaba ni uno solo. Decidí ponerlos en su mesilla de noche con una nota. Así lo hice, advirtiéndole de la rotura de la ventana, a fin de que no se alarmara. A pesar de que tenía intención de dar un repaso a la casa, me abstuve de hacerlo. La razón es que me pareció muy feo andar revolviendo en sus cosas en su ausencia, si bien he de reconocer que no estaba muy seguro de lo que podía encontrar en caso de hacerlo (al fin y al cabo, si en la nevera había una bolsa de basura, ¿qué podía no haber en el sótano?), y esta incertidumbre reforzó poderosamente mi respeto por su intimidad.

Pasaron algunos días más, en los que lo telefoneaba esporádicamente, siempre con el mismo infructuoso resultado. Un buen día, dos o tres semanas después de haber forzado la entrada a su casa, recibí una llamada de la policía. Se trataba de un miembro

de la Policía del Subsuelo, cuerpo de cuya existencia no tenía la menor noticia. Preguntó por mí y me hizo saber que había una persona detenida que había dado mi nombre. Alarmado, pregunté de quién se trataba. “Alberto Albaizar Jiménez”, recitó el funcionario. “¿Se encuentra bien?” “No le ha pasado nada, si es lo que quiere saber. Está detenido en esta comisaría y tiene que abonar una multa que se le ha impuesto, pero dice que no tiene dinero.” Pregunté el importe de la multa y dije que iba en cuestión de minutos y que yo la haría efectiva en su lugar.

Cuando me hicieron pasar a una sala, el policía me tomó los datos y me cobró el importe de la sanción. Alberto estaba sentado en una silla de escay, delante de una pared llena de improntas negras de tacones. Cuando entré, no se movió, ni levantó la cabeza, que tenía hundida entre los hombros. Le pregunté al policía el motivo de su detención y el funcionario me dijo lo que yo esperaba oír. “Merodeaba por el alcantarillado. Está prohibido hacer uso de los sistemas subterráneos de saneamiento, por razones de seguridad y de salud pública.” Asentí. “Además, la cuantía de la multa se debe a que es reincidente.” Le dije que desconocía tal hecho. El hombre consultó en la pantalla del ordenador. “Pues sí, señor. Fue detenido y puesto en libertad sin fianza por la agresión a una prostituta en la Red de San Luis, hace unos meses.” No quise insistir más. Me dirigí en dirección a mi amigo y le pregunté si nos podíamos ir. Alzó la cabeza. Sus ojos eran más glaucos, mucho más opacos que la última vez que le vi. Me miró a bulto y bueno, no querría ser irrespetuoso con los que ya no están, pero... me olfateó. Lo hizo delicadamente, meneando la cabeza para llegar a abarcar todos los rincones de mi persona. Al hacerlo, además, movía la punta de la nariz, la arrugaba, la aplastaba muy rápido. La dejó quieta por fin y se levantó. “Andamos” fue todo lo que dijo. Dije adiós y salí a la calle. Le ayudé a subir al coche. Una vez adentro, le pregunté adónde quería ir. “A casa” se apresuró a afirmar. Luego, cuando habíamos hecho la mitad del trayecto, alargó la mano y palpó la parte delantera del salpicadero hasta dar con el cenicero. Lo sacó y, abriendo la ventanilla, lo vació en la calzada. Hecho esto, lo volvió a encajar, siempre con la misma mirada fija y opaca, hacia un infinito situado delante de sí. “¿Por qué no cogiste el dinero que te dejé?” le pregunté. Permaneció en silencio más de un minuto. “No vi ningún dinero. Además, el dinero no me sirve para nada.” “Te hubiera servido para pagar la multa, por ejemplo”, me apresuré a afirmar. “Te la pagaré ahora cuando lleguemos a casa. Te daré una bandeja de plata; vale mucho más que esa multa.” Su tono era neutro, no había ni asomo de despecho en aquel ofrecimiento. “No seas idiota. Ya sabes que lo hago con mucho gusto. Pero no comprendo cómo no lo usas para comprar comida sana y, en cambio, te atiborras

de porquerías.” Repliqué. Esta vez su voz adquirió un tono ligeramente altanero. “La comida de las tiendas no me sienta bien. A mi organismo le va más la basura.” Lo miré de reojo. “Está llegando el buen tiempo. ¿Por qué no te animas a venir este verano conmigo a la playa? Vamos a ir Lucía y yo con unos amigos. Podrás hacer un poco de ejercicio y ponerte moreno. Estás muy blanco.” Rio un poco y acabó por toser. “No, gracias, eres un buen amigo.” Confieso que me sentí algo aliviado por su negativa. No me imaginaba a Alberto olfateándolos uno por uno, sumido en sus silencios de granito, sin un cierto estremecimiento. “Me encuentro bien”, añadió, “sólo que muy cansado, muy cansado, muy cansado.” Lo repitió así, por tres veces. Últimamente, había empezado a hablar como las grajas. “¿Por qué cansado?”, pregunté. “He pensado todo lo que alguien puede pensar y no he llegado a ninguna conclusión digna de mentarse.” Debo de señalar que hacía tiempo que había empezado a emplear palabras un poco raras, como esa de 'mentar'. Lo hacía con frecuencia. “¿En qué estabas pensando ahora?” Estábamos ya en Príncipe de Vergara. “Sigo con lo mismo. Pero me he perdido. Es tan difícil pensar correctamente. Tú no ignoras que ciertamente soy inteligente o, al menos, algo inteligente.” Asentí con una sonrisa. “Y, sin embargo, ¿cuál es la razón de que los inteligentes nos equivoquemos siempre? ¿Eh?” Reflexioné un rato mientras esperábamos un semáforo. “La verdad es que no sé qué quieres decir.” “Claro que lo sabes. Tú crees que estoy metido en un pozo sin fondo, en una sima, a la que me ha llevado mi exceso de elucubración.” Asentí en silencio. “Y, sin embargo, el hombre, ¿es racional o no lo es? Y si lo es, ¿por qué el que es más racional de todos tiene que ser el más erróneo? Es una proposición que no tiene ni pies ni cabeza. Y si no lo es, ¿por qué fundar la convivencia sobre las bases de la razón y no sobre las características animales del ser humano?” “El hombre no es sólo razón. Tiene también algo, mucho de irracional.” Tenía la virtud de arrastrarme en sus disquisiciones. Asintió con la cabeza varias veces. “Entonces, ¿por qué no tratar de delimitar la irracionalidad del ser humano a fin de contar con ella para la elaboración de las normas de conducta?” “No se puede contar con lo irracional”, repliqué, “lo irracional nunca puede ser una norma de conducta para otros. Además, si se delimita, lo irracional deja de serlo, ¿no crees?” Denegó vehementemente. “No, no, no. No es así.” Pero ya no dijo nada más sobre ese asunto. “Otra cosa que me absorbe mucho y que no he podido llegar a comprender. ¿Es el uso desgaste o adaptación al medio? Creo que nadie, ni menos los médicos, ha sabido responder a esta pregunta. ¿Desgaste o adaptación?” Le dije que no entendía la pregunta. Me puso un ejemplo. “El caso más claro es el deporte. El deporte ¿es adaptación al medio o desgaste? El deporte es intensidad. La intensidad es siempre desgaste.” Admití que así era.

“Entonces, ¿por qué los médicos estáis siempre prescribiendo intensidad? ¿No os dais cuenta de que estáis acortando la vida de los pacientes al hacerles gastar una intensidad de la que sólo tienen una cantidad limitada?” Me reí de semejante punto de vista. “No, Alberto, el organismo tiene que activarse, hay que mover la circulación y hacer ejercicio para que no se atrofien los músculos.” “Pero los músculos se atrofian de no usarlos nada, no de usarlos poco.” Admití que así era. “Por lo tanto, si lo usamos a una baja intensidad, tendremos la posibilidad de usarlos durante más tiempo. ¿no es así?” No supe qué decir. “Y, encima, usándolos a una intensidad cada vez menor, seremos más sensibles para determinar cualquier cambio en el organismo, por ejemplo, los cánceres.” Le dije que no sabía adónde quería ir a llegar. “Quiero decir que el deporte es un burdo sistema para disfrazar las dolencias. Si tú tienes un dolor en un punto, desde luego que se te pasa el dolor, pero gastas una intensidad que no vuelves a recuperar, luego no vives más sino, en pura lógica, tu vida se acorta, siempre en términos de tiempo.” Manifesté mis reservas con un silencio. “Es decir — continuó diciendo— que los médicos estáis absolutamente equivocados. Para eliminar pequeñas molestias proponéis intensidad, aplicando parte de la vida restante sobre el presente y acortando por ello la existencia del enfermo.” “Bueno, Alberto, yo, en realidad, soy profesor de instituto”, me apresuré a contraatacar. “Y aquí llegamos a otra de las cuestiones que me preocupan ahora —siguió hablando sin hacerme ni caso—, la profundidad ¿es sinónimo de intensidad o no? Un pensamiento profundo ¿es intenso o es leve?” Me miró con un brillo opaco y extraño en los ojos. Sonreía, pese a su decrepita facha, a sus ojos neutros y fundidos, pese a su aspecto cadavérico. “No entiendo qué tiene que ver eso con las cloacas”, dije. “Allí es donde estas cuestiones se ven con más claridad”, se apresuró a replicar. Si dispusiéramos de sitios adecuados debajo exactamente de las cosas, pensar sería mucho más fácil y gratificante. Un pez tiene una idea de un iceberg que no se parece en nada a la de un cormorán. Pero la más correcta será la de una foca o un pingüino, porque puede ver la masa de hielo desde ambos lados. ¿No es cierto? —se contestó a sí mismo—. Sí lo es. Así también, una rata tiene una idea mucho más exacta del lado sucio de nuestra civilización de la que pueda tener una paloma. Yo intento ser alguien anfibio, capaz de ver desde ambos lados. Es imprescindible para poder pensar.” Aquellas ideas me tranquilizaron un poco. En cierta manera, su actitud entraba dentro de una cierta lógica. “De todas formas — agregué— debes de tener cuidado con ese mundo subterráneo. Espero que no te ofendas, pero te encuentro algo obsesionado. Parece que te identifiques con él, que te encuentres a gusto entre los excrementos y la inmundicia.” Miraba fijamente al

parabrisas. Habíamos llegado hacía rato a su casa y yo esperaba a que se decidiera a bajar o a invitarme a pasar. “Es cierto. ¿Sabes por qué?” murmuró al fin. Denegué con un monosílabo. “Porque no existe nada peor. Porque todo, allí, es susceptible de ser mejor, de convertirse en dicha, en limpieza. Por eso te dije que desde lo peor se puede construir, porque se construye teniendo en cuenta lo peor, las cosas siempre irán mejor. Creo que ésta es la base de cualquier noción correcta de progreso.” Se quedó tal y como estaba. Parecía no haberse dado cuenta de que habíamos llegado a su casa. Se lo hice notar con un carraspeo, a la vez que apagaba el motor y sacaba la llave. “¿Quieres pasar?” dijo al fin, súbitamente. Asentí.

26

La casa estaba más polvorienta, más arqueológica que en mi visita de hacía un par de semanas. La llegada del buen tiempo no parecía haber afectado mucho a mi amigo, produciéndole el suficiente optimismo como para, al menos, sacar las escobas y la fregona. Por si fuera poco, el sol y la luz radiante ponían en evidencia la suciedad, el desaseo de la mansión, el polvo que, por todas partes, lo acolchaba todo. Nuestras pisadas, sobre aquella nieve grisácea, sonaban muy quedas. Pasamos al salón. Encendió la televisión y puso algo de música. Era el Magnificat. Como eran las tres o las cuatro de la tarde, en la televisión había un culebrón venezolano lleno de mujeronas con los labios pintarrajeados. La combinación de música e imagen era sumamente estrafalaria. Alberto desapareció y volvió al cabo de un rato con una bandeja de plata inmensa. “Pero, Alberto, ¿eres imbécil? Te he dicho que no tienes por qué darme nada, parece mentira que seamos amigos”, exclamé. Se rio a carcajadas. “No, hombre, tómala. Lo menos te darán treinta o cuarenta mil pelás por ella. “¿La quieres o no?” La rechacé con un gesto. Miré a la pantalla. Las figuras gesticulaban y se movían ajenas a la escena que se desarrollaba dentro de la casa. Por un momento se me ocurrió que los papeles estaban invertidos, que realmente las jacas pintarrajeadas eran las que miraban la televisión, las que contemplaban con arrobo la inquietante y dolorosa escena que se desarrollaba a este lado de la pantalla, más acá del cristal abombado por cuya superficie reptaban las historias anodinas de cuernos caribeños, el muestrario infinito de las adocenadas variantes de la vulgaridad humana. Nosotros éramos el espectáculo. Levanté la vista hacia Alberto. Estaba alto cuan era, con su metro ochenta alargado por su delgadez demacrada. Parecía un preso de un campo de concentración recién liberado. Su pelambreira grasienta le daba un aire magrebí, extranjero, como de albanés. Sus manos largas, sus ojos glaucos que, en la penumbra de la pieza, parecían recobrar

lentamente su normal irisación, su profundidad braseada; sus gestos simétricos, huidizos, quebrados por la inquietud o la angustia; sus andares apresurados, casi de carrerilla; todo, todo me llenaba de perplejidad.

27

Pasó todo junio y gran parte de julio antes de que nos volviéramos a ver o, para ser exactos, antes de que yo lo viera a él de nuevo. Era un martes. Tenía una reunión de evaluación a primera hora de la mañana. Cuando volví del instituto me puse a tocar un rato, pero me cansé enseguida. En mis idas y venidas por el piso, levanté el auricular y marqué el número de Alberto. Era un gesto que, de unos meses a esa parte, casi se había convertido en un tic, en algo compulsivo o ceremonial. Ya iba a colgar —pues a menudo no concedía a mi amigo la oportunidad de estar a más de cinco o seis pasos del teléfono— cuando contestó. Hablaba muy lento. “Muy bien, muy bien, muy bien”, respondió una vez que me hube interesado por su estado. Había adquirido la manía de repetir las cosas mecánicamente, creo que ya lo he comentado antes. “¿Te importa que vaya por allí? Me apetece verte y eso”, dejé caer. “¿Eso?”, replicó, extrañado. “Verte, vamos.” “Bien. No me muevo de la ventana.” Colgué.

Nada más empujar la cancela, lo divisé. Estaba en el mirador del despacho, frente a la ventana. Se movía. Cuando me acerqué más, descubrí que era porque estaba sentado en una de las mecedoras de rejilla. Me acerqué al ventanal y di unos golpes en el vidrio. Se sobresaltó y se levantó, mirando hacia mí. Tuve la impresión de que no me reconocía. Antes de abrirme la puerta, preguntó quién era a través de la mirilla. Se lo dije. Abrió y me estrechó la mano. La tenía muy fría y flácida. Cuando le acompañé hasta la mecedora de nuevo, observé que caminaba pasito a pasito, como los ancianos. Se sentó —dejó caer— en la mecedora y se balanceó un poco. “Qué rico”, murmuró. “Qué rico ¿el qué?”, inquirí. “El sol, porque hay sol, ¿no?” Levantó la vista hacia el cielo del jardín. “Claro que hay sol, Alberto, ¿no lo ves?” Me chocó que le gustase el sol. Últimamente, parecía detestarlo. Su aspecto era algo distinto. Seguía estando algo greñudo e hiperbóreo y también menesterozo y decrepito. Pero ya no tenía ese aire animal y esquivo de las anteriores veces, esa inquietante aura de roedor. Ahora estaba simplemente viejo. Parecía que la vejez, en los dos meses escasos que habían pasado desde que nos vimos por última vez, se hubiese abalanzado sobre él, a pesar de sus treinta y dos años. Llevaba una camisa de seda con pajarita y sobre ella una chaqueta de lana. Los pantalones parecían también de frac, pues tenían una cinta de fieltro todo lo largo de la costura. Le pregunté por la vista. “La tengo

un poco cansada, es verdad.” No me conformé con eso. “Pero ¿ves o no ves?” “Veo bien por la noche. Además, he visto casi todo lo que tenía que ver. No me hace falta mucho la vista ya.” Seguía a lo suyo. Se volvió a mí. “Veo mal, es cierto. Mejor de noche. Pero me gusta este calorcito del sol. Sí.” Y se mecía mecánicamente. “Te llamé el día de tu cumpleaños, pero no estabas. Felicidades.” “Gracias.” No hizo ademán de explicarme qué había hecho. “¿Qué has hecho todo este tiempo?” dejé caer. Guardó silencio. “Querrás decir qué ha hecho todo este tiempo conmigo.” Callé. “Bueno, como quieras.” “Ya lo ves.” Sacó unos canelones y los royó glotonamente, con gestos de anciano. Luego habló con la boca llena de pasta. “He estado muriéndome.”

Hacía un día espléndido. El jardín estaba incluso apetecible, algo bucólico. Había, además, muchas moscas y moscones pesados y zumbones, que parecían haber revivido de sus rincones sombríos. “¿Ya no bajas a las cloacas?” Denegó rotundamente. “He acabado con las cloacas. Ya sé las cloacas. No volveré a bajar.” Le manifesté mi satisfacción por aquella decisión. “Me alegro de que encuentres la vida superficial más interesante que los inframundos.” “Esa no es la razón de que ya no quiera bajar más. No, es que ya he llegado hasta lo más hondo —hizo un gesto con las manos—: No había más.” Sacó más canelones y royó incansablemente. Lo escruté atentamente antes de hablar. “Vi el otro día a Yolanda.” Dejó de roer y apoyó los pies en el suelo a fin de detener la mecedora. “¿Y?” “Nada. Me dio recuerdos para ti. Me dijo que se va a ir de vacaciones a Asturias, lo mismo que Lucía y yo. Qué casualidad, ¿no?” Asintió en silencio. Su rostro parecía haberse cubierto de una gasa de desaliento. A pesar de ello, volvió a roer más canelones, a la vez que se volvía a dar impulso. “¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros?” Denegó. “No. No me moveré de aquí. Casi seguro.” Me olfateó cuidadosamente. Al mascar el chicle, se le marcaban los músculos y tendones de las mandíbulas. Ponía una expresión de asesino a sueldo, con los ojos de mármol fijos en el cristal de la ventana. “Te dejaré dinero y la tarjeta Servired, que no la voy a usar. ¿Vale?” “No hace falta. Todavía tengo el dinero que me dejaste en la mesilla. Ya casi no empleo dinero.” Me sonreí. Te la dejaré de todas formas.” Saqué la tarjeta y se la metí en el bolsillo de la chaqueta. Le apunté también el número en un papel. No hizo ademán de protestar, sino que me dejó hacer, sin mover las manos de sus enflaquecidos muslos, como si fuera paralítico. “No la emplearé de todas formas.” Su tono rezumaba desdén. Me sentí herido. “¿Por qué eres tan orgulloso?” le reproché, molesto. Esbozó un rictus de amargura. “¿Por qué no? El orgullo es el excipiente del alma, que, por otra parte, no existe.”

Seguía estando sedente, simétrico, de gestos acartonados y

rápidos, pero muy viejo. Mascaba chicle en silencio mientras se dejaba acariciar por el sol que entraba a través de los ventanales del mirador. Los vidrios estaban horriblemente sucios, llenos de huellas digitales, de cabellos, de la grasa de su frente. Él, de vez en cuando, se echaba para adelante y tocaba con su frente en los marquillos del ventanal, a fin de sentir los rayos con más fuerza. Estaba extrañamente tranquilo, y ahora pienso que quizás resignado a su suerte. Parecía estar esperando a alguien o algo. No lo sé. De vez en cuando se frotaba los brazos y levantaba el cuello hasta poner la barbilla en alto. En aquel momento, puesto que no había leído el diario, ni tenía la menor idea de cuáles eran sus andanzas nocturnas por el subsuelo, no podía imaginar que Alberto ya no quería saber nada de las tinieblas, de la inmundicia, de la mierda. Por eso estaba allí, disfrutando del sol de julio como un turista sueco, meciéndose impasible frente al mirador del despacho polvoriento de su padre. Al cabo de un rato, dejó de mecerse y se volvió hacia mí. “¿Sabes? Estoy contento.” Hizo una enorme pompa de chicle y la recogió con gestos felinos, algo cómicos. Le pregunté la razón. Se rio. “¿Tanta lástima te doy que necesito una razón para estar contento?” Lo negué, algo avergonzado. “Estoy contento —continuó— porque he sido lo suficientemente valiente como para no volverme loco.” Repliqué diciendo que la locura no es cuestión de valentía. “¿Tú crees?” Le dije que sí. “Mucha gente prefiere volverse loca con tal de no enfrentarse a la realidad”, afirmó. Le dije que otros se volvían extremadamente inteligentes o eruditos o muy malos, o muy santos, o millonarios. Se rio, pero no intentó refutarlo. “Yo creo que todo es cuestión de valentía. Todo. Nos falta el valor siempre.” Se ensimismó luego en la pequeña muestra de paisaje que se levantaba —cuadrulado por los marquillos del ventanal— delante de nosotros. “Me parece, Alberto, que no consigues zafarte de la melancolía; tienes que hacer un esfuerzo. Échale algo de esa valentía que dices.” Su voz sonó muy bronca cuando habló para replicarme. “Oh no, estás equivocado. De la melancolía no hay que desprenderse. La melancolía es un estado de gracia. Nadie ama más la vida que el melancólico, que no puede asirla porque está a un milímetro de sus dedos.” Me apresuré a replicar. “Si eso es correcto, si tanto amas la vida ¿por qué no sales de esta casa y empiezas a vivir?” Se quedó pensativo, dejó de mecerse y se rascó la frente con ambas manos, como si las tuviera esposadas. Estaba dolorosamente perplejo. “Es cierto, ¿cómo amar la vida? La vida no tiene nada con qué ser comparada. Al decir que amamos la vida sólo expresamos nuestro horror por ese estado mineral de la muerte. Los muertos, ellos sí que podrían decir si aman la vida, si la odian, si les da igual. Nosotros, ¿qué podemos decir? No queremos morir.” Traté de encontrar argumentos para ayudarle a tomar una decisión que le alejase de su desintegración.

“Pues si no quieres morir, ¡levántate de esa mecedora!” Se retiró el pelo de la frente. “Te refieres al caso de que no quiera morir *ahora* ¿no es cierto?” Asentí de mala gana. Reflexionó durante un buen rato. Había acabado con los canelones y, con el chicle envolviendo una yema de su dedo índice, se repasaba los dientes, con la lengua primero, después con la uña, la terrible uña del otro índice. “Estoy pensando.” Dijo al fin. Me exasperé. “Pensando, ¡¿qué?!” Se volvió a mecer. “Si vale la pena empezar otra ondulación o no.” Guardó silencio un rato antes de añadir, a guisa de explicación. “Los ciclos hay que vivirlos completos, lo contrario no me parece aconsejable.” Le pregunté por qué. “Lo importante es la dignidad. No hay nada más.” Estaba empezando a exasperarme de nuevo. “No te veo muy digno, Alberto, ahí sentado esperando no sé qué. Siempre vale la pena vivir, empezar otro ciclo. Vamos, levántate; hay muchas cosas que te están esperando.” Negó con energía. “No es tan sencillo. Ahora estoy más o menos completo. Tú mismo puedes ver lo que me ha costado llegar completo hasta esta edad. ¿En qué lamentable estado podría llegar al final del segundo ciclo? Y no digamos al tercero.” Me dio lástima comprobar que tenía una conciencia exacta de su situación, de su deterioro físico y psíquico. “Eso no se puede pensar. La vida no se piensa”, dije. Movié la cabeza en señal de resulta desaprobación. “Ese aserto no vale para mí. Me tomo el derecho a decidir, una vez completado un ciclo, si debo asumir el riesgo de un siguiente o si el hacerlo va a desembocar en una payasada. Ahora tengo la oportunidad de presentarme completo o, al menos, casi completo.” “Presentarte ¿ante quién?”, pregunté exasperado. Alzó los hombros y los dejó caer otra vez pesadamente. “Alguien habrá allí. En todos sitios hay alguien que manda ¿no?” Su expresión —a pesar de sus ojos velados— era socarrona. “Y, ¿a qué conclusión has llegado? ¿sigues o no sigues?” “Todavía no lo sé. Por eso te dije que estoy pensando. Además, he de encontrar un modo de vivir, algo que me permita vivir en medio de tanta mierda, de tanta porquería, una manera de vadear las cloacas.”

Decidí echar toda la carne en el asador. “Desde que te dejó Yolanda no has hecho otra cosa que pensar. ¿No encuentras alguna relación entre ambos hechos?” Guardó silencio y se acercó más a los vidrios. “¿Pensar es huir?” ¿O es la tarea del hombre? —se tocó la cabeza— ¿Para qué sirve esta víscera? Casi todo el mundo actúa como si la mente fuera algo molesto, el consuelo de los fracasados de la fortuna, el juguete de los inadaptados, el pasatiempo de Narciso. Pero es el miedo el que les obliga a creerlo así. Un pánico cervical a sí mismos y a esa inexplicable víscera a la que han de acompañar a todas partes. ¿Qué hay ahí dentro, en lo más hondo de esta masa grisácea? ¿Qué monstruos se deslizan silenciosamente por las aguas abisales de este conglomerado de células y pequeñas corrientes eléctricas? ¿Quién,

aparte de los hombres de ciencia, es tan ingenuo como para creer que aquí sólo hay circuitos vírgenes que deben ser colmados de datos, como si el misterio de la existencia y el universo pudiese estar en otra parte que en esa misteriosa máquina de plastilina? ¡Ilusos! ¡Y aun se atreven a dividir lo desconocido en porciones, lo mismo que el queso! — hablaba totalmente enfebrecido. Pero todos sabemos que este misterio sólo tendrá explicación una vez que una mano implacable nos empuje hasta lo más profundo de esa extraña víscera. La gran aguadilla. ¿Qué encontraremos allí? Nadie lo sabe.” Se volvió a mecer, con una sonrisa despectiva dibujada en los labios. Luego añadió, tras una reflexión silenciosa: “Es cierto que pienso desde que Yolanda me abandonó. No puedo evitar pensar. Quizás es ella quien me piensa a mí, porque ha quedado, muy a pesar suyo, atrapada dentro de mí y no puede salir, y hay una parte suya que la tengo yo y no la soltaré nunca y me obliga a pensarla para que se me haga insufrible y así la suelte. Algo que no sabemos qué es, ni tiene nombre en ninguna lengua, ni sirve para nada. Algo importante que ha quedado aquí, que me dio y no puede llevarse otra vez. ¿Cómo se puede pretender que el amor no deje rastro, que se disperse en el aire como una bocanada de humo? Si no sabemos qué es, ¿cómo podemos estar seguros de que desaparece sin dejar resto? Tienes razón en reprocharme que no abra la jaula y deje escapar esa parte de ella, pero no quiero. No la pienso abrir. Eso es mío. ¿Quién me dice que irá otra vez con su dueña? Tú piensas que soy cruel conmigo mismo al no dejar que eso se vaya de mí. Yo creo que soy cruel con ella al no dejarla ir, y eso me reconforta.”

Después de esta tremenda parrafada, casi la más larga que saliera de sus labios desde que murieron sus padres, se quedó exhausto, casi sin aliento. Dejó de mecerse y se ensimismó en sus pensamientos. “Creo, Alberto, que si hay alguien que tiene algo de alguien ésa es Yolanda.” Por más que intenté que siguiera hablando, para ver si así encontraba medio de hacerle cambiar de opinión, de que se levantase y me acompañase y empezase a subir por la pendiente de su existencia detenida, ya no fui capaz de sacarlo de su mutismo.

Pasamos mucho tiempo así, sentados, yo mirando por la ventana, él apelmazado entre pensamientos desconocidos, pero seguramente insólitos y luminosos, hasta que el sol fue cayendo tras la tapia de la cancela y los cristales perdieron todas sus manchas de grasa y pestañas, tiñéndose de la limpieza que trae la penumbra. Me levanté por fin. Había quedado con Lucía hacía tarde. “¿Quieres algo? Me voy a ir.” Dio un respingo. Había olvidado mi presencia. “No, ¿qué voy a querer?” “Saldremos pasado mañana para Asturias. ¿Definitivamente no quieres venir?” Denegó con una sonrisa de agradecimiento. Le advertí que no dudase en usar la tarjeta que dejaba. Le hice prometer

también que no comería más basura. Asintió. “Espero que dejes de pensar pronto. No querría encontrarte pensando a mi vuelta.” Asintió también. “Descuida.” Le estreché la mano y me retiré. No hizo amago de acompañarme hasta la puerta. Cuando ya estaba para abandonar la pieza, me llamó. “¿Sí?”, me volví. “Si por casualidad te encontrases con Yolanda por Asturias ...” Pero se detuvo antes de terminar la frase. “¿Le digo algo de tu parte?” Desde la puerta del despacho, tenía un aspecto ligeramente lastimoso, envuelto en la chaqueta gruesa de lana, pálido como un muerto, con el pelo encrespado y acaracolado sobre su cara afilada, pero también muy sereno y noble. Su rostro se destensó en un gesto de aguda desolación. Se volvió a mecer. “Nada. Que os divirtáis.” Permanecí con la mano sobre el pomo de la puerta más de un minuto, reprochándole con mi silencio su incorregible orgullo. “Gracias. Te llamo a mi vuelta”, respondí. Fue la última vez que lo vi con vida.

28

A la vuelta de Asturias, el día quince de agosto, lo primero que hice fue llamarle. Durante todas las vacaciones, no dejaba de pensar en él y en lo que habría decidido finalmente respecto a la manera de ganarse la vida y de encontrar una forma de vivir que no le pareciese humillante. Era como un punto fijo, como una luz en algún rincón de mi cerebro, que no se apagaba ni de día ni de noche. Al décimo timbrazo, alguien respondió. La voz me resultó desconocida, tanto que pensé que me había equivocado de número. Pero, como solemos hacer cuando esto pasa, pregunté por la persona para no mosquear a mi interlocutor colgando sin decir ni pío. “No se puede poner. ¿Usted quién es?” Era una voz áspera, algo aguda, con un deje castizo bastante fuerte. Me identifiqué como amigo del dueño de la casa. “Espere un momento.” Se oyeron unas conversaciones al otro lado del hilo. Empecé a asustarme. Pensé, en primer lugar, en los mendigos, que hubieran tomado su casa; luego, en la misma fracción de segundo, en los de la hipoteca, que se habían hecho con el caserón por fin. La misma voz de antes me dijo que si podía pasarme por la casa ahora mismo. Estaba muy nervioso, pero asentí sin preguntar por qué Alberto no se podía poner. Me presenté en El Viso en un cuarto de hora. Delante de su casa había una ambulancia y un coche zeta de la policía nacional, con un policía fumando dentro. Salí corriendo, tras abandonar el coche en mitad de la calzada, y entré en el jardín. No me fue preciso preguntar nada, ni siquiera entrar. Ante la cristalera del despacho, en el lugar en el que estaba la última vez que lo vi, hacía más de quince días, había ahora una forma blanca. Era la mecedora. Alguien había echado una sábana por encima del bulto

desmadejado que se adivinaba en el asiento, medio caído hacia la izquierda. Me acerqué al vidrio y miré incrédulo aquel bulto sin forma que parecía medio derrumbado sobre uno de los brazos de la mecedora. Luego, mortalmente abatido, con la inmensa losa de la realidad aturdiendo mis reflejos, retrocedí hasta la puerta. Un policía de uniforme vino a abrirme. Llevaba en la mano mi tarjeta de Servired. “¿Es suyo esto?” Afirmé. “Pase.” Entré en el despacho. Había otro policía, un sanitario y un hombre vestido de negro, muy elegante. Fue éste quien me habló. “¿Era usted amigo de —leyó en el carnet que tenía en la mano— Alberto Albaizar Jiménez?” Asentí, aturdido, con un terrible nudo en la garganta. “Díganos si lo reconoce, haga el favor.” Hizo una seña al sanitario, quien levantó un trozo de la sábana. Alberto estaba muy pálido, con los ojos cerrados. La muerte había cubierto su rostro de una expresión serena que no tuviera nunca en vida, borrando de sus facciones todo rastro de su tensión reflexiva. A pesar del calor sofocante de agosto, llevaba puesta la misma chaqueta de lana que llevara la última vez que le vi. Parecía que no hubieran pasado sino algunas horas desde que lo dejé para irme de vacaciones. Tan sólo un olor acre y turbador ponía una nota inquietante a la nueva escena. Miré al juez y le hice una seña con la cabeza. “Es él.” El sanitario lo volvió a tapar. Luego se fue y apareció con el otro, el chófer, que esperaba fuera. Entre los dos traían una bolsa de loneta negra con cremallera. La desplegaron en el suelo y uno de ellos preguntó al hombre de negro si podían proceder. El juez asintió. Salí de la habitación; no quería ver cómo lo metían en aquella bolsa. Sentado en uno de los sillones del salón, esperé a que viniera el juez. Tardó un par de minutos. “¿Cómo se han enterado de su muerte?”, pregunté. “Un vecino llamó a la policía. Uno que vive en una casa que tiene una buhardilla. Desde su dormitorio lo veía. Según dice, llevaba ahí más de dos semanas. No se movía del mirador.” Asentí y expliqué que yo mismo lo había dejado en la mecedora el último día que hablé con él. “Al parecer, murió ayer”, explicó el juez, “pero el forense no ha sabido decir de qué”, añadió. Luego extrajo una carta del bolsillo. “Estaba en su regazo.” La tomé ávidamente. “No se haga ilusiones. No hay ninguna explicación. Tan sólo son instrucciones para su entierro.” Sólo eran dos líneas.

“En Madrid, a diez de agosto de 1989. Deseo que mi cuerpo sea incinerado y mis cenizas entregadas a X (mi nombre) y vertidas en cualquiera de las alcantarillas de Madrid.”

Seguía la firma. La letra era terrible, casi indescifrable. La palabra alcantarilla estaba doblemente subrayada. El juez de instrucción, un hombre de pequeña estatura, mirada fría y pelo escaso, engominado y peinado cuidadosamente hacia atrás, me escrutó. “Esta persona, ¿estaba mentalmente sana?” Afirmé con rotundidad. Pareció

quedarse confundido. “¿No tiene parientes?” Negué. “Es un deseo” — señaló al sobre, que yo todavía sostenía entre mis manos— “un tanto extraño. Y lo que pide es algo inusual”. Pareció reflexionar, perplejo. “Pero bueno, las cenizas son un producto absolutamente aséptico. Se puede hacer con ellas lo que se quiera. Legalmente, no creo que exista ningún tipo de impedimento.” Señaló al sobre. “Puede quedarse con él si lo desea. El cadáver irá al Instituto Anatómico Forense para la autopsia.” Hice un gesto de desagrado. “Es preceptivo. Es una muerte en circunstancias no aclaradas.” Sentí deseos de coger a aquel funcionario ebrio de códigos y sentarlo en la butaca para relatarle con pelos y señales la increíble historia de mi amigo Alberto. Pero no era capaz siquiera de pensar con claridad, tal era el aturdimiento y la impotente desesperación que me atenazaba. “¿Tenía familia?” “Absolutamente a nadie”, respondí, “todos han muerto”. “¿Se hará cargo usted del entierro?” Dije que así lo haría. Añadió luego que haría un informe del caso y me rogó que pasara por los juzgados para firmarlo. Prometí que iría. Luego me advirtió que no podía quedarme en la casa, ya que ésta iba a ser precintada hasta que se averiguase si había dejado testamento o si la hacienda pública se debía de hacer cargo de la propiedad. Le dije que todo estaba hipotecado, excepto los muebles. Miró en derredor. “Hay algunos de gran valor. Además, me han dicho que hay un piano en la buhardilla.” Me acordé del diario y le pedí que me dejase recuperar un libro que le había prestado antes de irme de vacaciones. La idea no pareció agradaarle, pero me hizo una seña autorizándome a ir. Otro funcionario del juzgado estaba preparando unas tiras de papel adhesivo. Llevaba en la mano un sello y un tampón. Fui hasta su dormitorio y rebusqué en la mesilla. No había nada. Luego entré en el cuarto de Alberto y miré encima de la mesa. Tampoco estaba. Sólo había unos recortes de papel estraza marrón, plástico y un poco de liza, pero el diario había desaparecido. Me di por vencido y volví a la puerta principal. El juez inspeccionó el precintado de la casa.

29

Al día siguiente, por la tarde, me presenté en los juzgados y, alegando que debía de recoger la póliza del seguro de enterramiento, pedí que se me permitiera el acceso al caserón. Me dejaron ir acompañado de un miembro de la policía judicial. Tardé toda la mañana en encontrarla. Además, fue inútil. Alberto no había pagado las dos últimas cuotas y la póliza había sido anulada. Me ofrecí a abonar los recibos, pero en la compañía se mostraron amables pero firmes. “Comprenda usted que si todo el mundo satisficiera las primas después de muerto esto no sería negocio”, me explicó el fúnebre

empleado. “Claro que lo entiendo. Pero tengan en cuenta que ha pagado durante treinta años por un entierro de primera, según dice aquí, con doce coches de acompañamiento, tarjetas orladas y catorce coronas de flores. Tan sólo estoy pidiendo que se hagan cargo de una simple incineración.” Pero fue inútil. Tuve que pagarla de mi bolsillo.

Una vez que se hizo la autopsia, pasé por los juzgados para hablar con el forense. No supo explicarme las verdaderas causas de la muerte de mi amigo. Alegó algo de deterioro físico general, pérdida parcial de la visión, insuficiencia cardiorrespiratoria y no sé qué más. Siendo yo médico o, al menos, licenciado en medicina, no me conformé con eso y le apreté las tuercas. “Ha muerto de una parada cardíaca”, se limitó a concluir, algo exasperado. “Eso es tanto como no decir nada”, repliqué. “Usted sabe, puesto que me ha dicho que es médico, que en casos de extrema debilidad y desnutrición pueden tener lugar fallos cardíacos”; estaba ya muy enfadado. “Claro que sí, pero es raro a los treinta y dos años.” “Pues es todo lo que puedo decirle, lo siento. Si no está de acuerdo puede solicitar una revisión de la autopsia, pero no le servirá de nada.” Lo dejé estar, en parte porque sabía que nada sacaría en claro de someter el cuerpo de mi amigo a más destrozos, en parte porque me di cuenta de que, con mi actitud beligerante, estaba intentando retrasar el momento exacto de su muerte, que tendría lugar cuando su cuerpo fuera incinerado y yo me volviese a mi casa y me enfrentase con el hecho irreversible de su ausencia eterna.

30

La incineración se fijó para dos días después. Fui solo. Allí me encontré con otra persona, que también parecía esperar la cremación de Alberto. Era un mendigo desarrapado y silencioso, que permaneció toda la ceremonia —una interminable misa jalonada de ruidos y cacharrazos que salían de la pared de la capilla, en donde debía de estar el horno— con los ojos bajos. Cuando la misa acabó y el cura abandonó el minúsculo altar, esperamos en la calle. Hablé con él. Me dijo que conocía a Alberto. “Un gran compañero”, afirmó. Se llamaba, dijo, Amancio, era bajo de estatura y de rostro redondo como una luna. No conseguí sacarle nada más. No siquiera cómo demonios se habían enterado de su muerte. Pero bueno, supongo que esta gente dispone de canales de información que nosotros ignoramos. A pesar de todo, le expliqué cuáles habían sido los deseos de Alberto con respecto a su última morada. Me miró y escuchó sin pestañear. “Yo no conozco a nadie que pueda ayudarle. Creo que sería más cristiano darle tierra sin más.” Guardé silencio. “Pero si va a seguir sus deseos, yo le acompañaré y le ayudaré en lo que sea menester”, aclaró, después de una corta reflexión. Cuando nos dieron la urna con las

cenizas, dejé que él lo llevara. Yo no sabía qué hacer. Fuimos por fin al Ayuntamiento. Allí hablamos con el director del Servicio de Alcantarillado quien, con la mayor amabilidad nos atendió y comunicó que la bajada a las cloacas estaba vedada a los particulares. Fue imposible hacerle cambiar de postura, máxime cuando le expliqué de qué se trataba. Entonces palideció. “No creo que ninguno de los poceros esté dispuesto a una cosa así”, afirmó; “aparte de que no seré yo quien se lo pida.”

Vistas las dificultades, me llevé la urna a mi casa y la dejé en el despacho, convenientemente oculta dentro de una caja de cartón. Confieso que aquella noche me fue imposible conciliar el sueño. Por un lado, la presencia de los restos de Alberto bajo mi mismo techo, en aquel horrible relicario con vago aspecto de cerámica para turistas; por otro, mi indignación ante las absurdas ordenanzas municipales, que impedían que una persona decidiese hacer uso de las redes de alcantarillado —pagadas con sus impuestos— para algo más que para verter desperdicios y detergentes. Por fin, la muerte de mi amigo. Se estaba deshaciendo en mí la impresión, la estupefacción de la muerte, el anonadamiento de su pérdida, y entraba el dolor, lentamente. Pensé bajar yo mismo y meterme en cualquier alcantarilla, pero tuve miedo de perderme, de ahogarme. Además, el solo hecho de entrar en uno de aquellos conductos llenos de ratas y mierda me daba tanto asco como pánico. Hacia las cinco de la mañana, cansado ya de dar vueltas en la cama, de limpiarme el sudor —vivo en un ático— de suspirar y de hablar en voz alta conmigo mismo y con mi desesperación aturdida, me levanté y encendí la luz. Como suele ser habitual cuando uno no puede dormir, bebí un vaso de agua. Pero también hice pis. Fue entonces, de pie ante la taza, en pijama, cuando vi que la solución al problema del entierro de mi amigo estaba al alcance de mi mano. Tiré varias veces de la cadena.

31

Una vez que los últimos deseos de Alberto se hubieron cumplido, pasé varios días sin salir de casa. Nunca la muerte de nadie me había afectado tanto. Al final, Lucía me convenció —para estas cosas de la parca las mujeres siempre han sido más pragmáticas— de que aprovecháramos por lo menos una semana más de las vacaciones interrumpidas para tratar de digerir aquella pérdida alejándonos un poco de los hechos. Fuimos al Pirineo con la intención de pasar esos días.

Era un pueblecito minúsculo en las proximidades de Bielsa, en el Pirineo aragonés. No bien transcurrieron un par de días me empecé a encontrar muy inquieto. Una tarde, me desperté de la siesta con dos palabras rondando por la cabeza. Por esos misterios de la

mente, esas dos palabras cobraron de repente un importante significado. Eran “liza” y “papel de estraza”. (En ese momento, la tercera palabra —plástico— carecía de importancia para mí.) Recordé inmediatamente la mesa de Alberto, en la que había un trozo de liza y algunos recortes de papel de estraza marrón. También unas tijeras. Deduje con facilidad que había envuelto el diario en aquel papel y hecho un paquete para enviármelo por correo. Estaba tan claro que, ansioso por leerlo, no pude aguantar ni un solo día más en el pueblecito lleno de vacas y montañeros. Para gran disgusto de Lucía —para estas cosas del espíritu y, sobre todo, de la amistad, las mujeres tienen, por el contrario, un exceso de pragmatismo— hice la maleta y dije que me iba a Madrid. Volvimos a la capital. Miré, antes incluso de bajar las maletas del coche, en el buzón. Pero no había nada. No me rendí tan fácilmente. Conociendo la caótica situación del servicio de correos fui, primero a la oficina del barrio, luego al Palacio de Telecomunicaciones, en donde revolví Roma con Santiago a fin de asegurarme de que el paquete de Alberto no se había encallado en alguna estantería, olvidado en alguna saca, traspapelado en cualquier mesa. Fue inútil. No había ni rastro del paquete. Pensé ir a los Juzgados de Plaza de Castilla a fin de sacar otro permiso para revolver la casa, pero vi con claridad que no me lo concederían. Esperé al cartero que tenía asignada la zona de El Viso en la que vivía Alberto, pero no recordó haber visto ningún paquete envuelto en papel de estraza las últimas veces que abrió el buzón. Así que, a los tres o cuatro días, me encontraba en casa, en pleno agosto, obcecado con la idea de encontrar aquel diario, pero sin la menor idea de dónde buscar. Cuanto más pensaba, con más claridad veía que el diario había salido de casa de Alberto, pero ¿cómo?

32

A finales de agosto, cuando ya empezaba a desesperar de la posibilidad de poder leer las experiencias de mi amigo en los inframundos cloacales, el diario apareció.

Desde que volví del Pirineo había notado que en el váter principal había algo de atasco. No le di importancia y lo fui dejando. Siempre he sido bastante perezoso a la hora de introducir operarios en casa. Sin embargo, cada vez era mayor el número de veces que debía tirar de la cadena antes de que el retrete quedase aceptablemente limpio. No tuve más remedio que llamar a un fontanero. Cuando por fin se presentó, precedido de los amagos propios de esos individuos, estudió el caso y emitió un veredicto —por supuesto, en pesetas— que acepté sin rechistar. Metió la mano, unos alambres retorcidos que salían de un tambor en el que estaban enrollados,

líquidos, complejos instrumentos de la cirugía hidráulica. Nada. No hubo manera, estaba bien atascado. Tuvo que desmontar el sifón, después de una mañana terrible, en la que el buen hombre dio un detallado repaso al santoral romano. Allí apareció un rollo de papeles envueltos en plástico y papel de estraza. Una vez que lo hubo limpiado y me hubo preguntado con indignación cómo tenía valor para arrojar cosas así al inodoro y luego llamarle, lo tomé, corté trabajosamente el plástico inmundo, rasgué el papel de estraza, absolutamente anonadado, aterrorizado por aquella aparición, por aquella siniestra y escatológica entrega postal de la que acababa de ser objeto. Era, por supuesto, el diario de Alberto. Le había arrancado las tapas de cartón a fin de poder enrollarlo mejor. Despedí al fontanero, después de pagar e intentar calmarlo sin mucho éxito, y me quedé delante de la taza, tan aturdido como aterrorizado. No voy a intentar describir con palabras lo que sentí cuando me senté en el sofá y contemplé aquel pequeño y hediondo libreto de hojas arrugadas que yacía sobre mis muslos.

El diario, como creo ya haber dicho, es un libro en octava, de los que venden en las tiendas de papel artesano. Tenía, cuando lo vi en casa de Alberto, unas tapas de cartón duro forrado con láminas de corcho. El papel de las hojas es de un verjurado exquisito, tostado. Tiene escritas algo más de cien páginas, es decir, doscientas caras. La letra, al principio muy cuidada, es, al final del texto, casi indescifrable. Afortunadamente, dejó de escribir antes de que su caligrafía fuese algo más que rayajos sin sentido. A lo largo del texto hay, en los márgenes, figurillas geométricas, rayas interminables, líneas en zigzag —para afilar el lápiz—, toda esa serie de cosas que denotan que los lapsus del escribiente, que su incapacidad para expresarse fluidamente y con rapidez, que sus despistes o estados de ausencia, son cada vez mayores. Las páginas finales del texto están algo mordisqueadas, llenas de arañazos, hecho que atribuyo a las uñas de mi amigo, que no tenía costumbre de cortar. Hay muchas migas y pelos, pestañas y trozos de macarrón en el seno de la encuadernación, allí donde están las hebras. Siendo un diario, sería de esperar que los párrafos estuviesen encabezados por algún tipo de indicación que los datase. Nada de eso. No hay ni una sola fecha. Mis propias impresiones y recuerdos de los hechos —que he descrito a lo largo de estas páginas que ahora concluyen— servirán para situarlos aproximadamente. A pesar de ello, hay ciertos acontecimientos descritos en el diario que no me acaban de casar en la memoria, al menos en el orden en que aparecen. Sí están los bloques, en cambio, separados por una cruz, que señala el comienzo de una nueva anotación. He numerado los bloques correlativamente. Como los acontecimientos que Alberto trató de narrar en estas páginas tienen una

fuerte hilazón, al lector no le será difícil seguir el texto, aun prescindiendo de fechas. En realidad, lo que Alberto narró en esas páginas apretadas no es sino un descenso a los infiernos de la miseria y de la mierda. Cuando, como dijo él, llegó a lo más hondo, dejó de escribir. Después de darle muchas vueltas al texto —que he leído más de cinco veces— he llegado a la conclusión de que las últimas páginas corresponden a su último descenso a las cloacas, aquel que tuvo lugar entre mi penúltima y última visita a su casa. Al parecer, escribió mucho más asiduamente los primeros meses de su bajada a los infiernos. Para mi decepción, la crónica de sus experiencias en el mundo del alcantarillado es más bien escueta.

Había —como es natural, siendo yo su único amigo— algunas referencias a mi persona, así como comentarios acerca de mi actitud para con él. Las he suprimido, pues son cosas personales que a nadie interesan.

Unas páginas más allá del fin del texto, en una hoja impar, hay un pequeño fragmento. Creo que Alberto lo separó conscientemente del bloque del diario con la intención de hacerlo colofón del mismo. Por la razón que fuese, el texto no llegó hasta ese fragmento, escrito con anterioridad, por lo que quedó separado por diez o doce hojas. Lo he incluido a manera de colofón o de apéndice. Son unas cuantas líneas extrañas y estremecedoras. Creo que Alberto, cuando lo escribió, creía ser la casa misma. Al menos, es lo que se desprende de su lectura.

Hacer una transcripción del diario ha sido una tarea no muy ajena a la paleografía. He tenido que retocar, en no pocas ocasiones, la sintaxis. Los solecismos, las faltas de concordancia verbal, los errores ortográficos eran, al final del texto, la norma. He respetado, en cambio, aquellas palabras desconocidas, no existentes en castellano, cuyo sentido era deducible fácilmente. Las hay increíblemente expresivas. Otras, en cambio, carecen de sentido para sí, y no me extrañaría que, en caso de seguir con vida, incluso para el mismo Alberto. He encontrado ocioso mantenerlas.

El diario, por fin, tiene, como no podría ser de otra manera atendiendo a su vía de llegada hasta mis manos, un olor característico, inconfundible. Un olor pesado, acre, de aire cerrado, de excremento ajeno. Cada vez que paso por su lado, después de haber estado lejos de sus hojas, a mi memoria viene, invariablemente, la imagen de mi amigo Alberto.

En el papel de estraza que envolvía el libreto, como es fácil imaginar, no había ningún tipo de dirección o seña. No puedo —no quiero— ni llegar a imaginar por qué medios llegó hasta mi casa. Este tema me ha creado una profunda fobia al baño, tanto así que estoy

buscando otro apartamento. La idea de que mi inodoro está conectado, por medio de los tenebrosos colectores, a los baños de otras muchas casas —entre ellas la casa de los difuntos señores de Albaizar— me produce tal neurosis, tal horror pánico, que desde aquel día me he visto obligado a hacer uso de un inodoro químico para mis necesidades. Y debo advertir que mi carácter nunca ha sido muy propicio a las creencias en el más allá ni en la puñeta. Pero este asunto no cabe en ninguno de los apartados que mi razón tiene para explicar los hechos cotidianos. Mejor dicho, ni este asunto del diario ni nada de lo que sucedió a mi amigo.

**DIARIO
DE ALBERTO
ALBAIZAR**

“París, dicen, cuenta con tantas ratas como habitantes. Basta con que cada uno encuentre a la suya, le hable, le diga: 'Rata, en tu vida subterránea, ¿te pareces a mí?’”

(Robert Sabatier, El Estado Principesco)

1

Ha entrado de nuevo, cauto como un ladrón, el invierno, y ya el crepitar del tráfico es diferente por las avenidas rociadas de óxido y azufre en suspensión. Y en mi corazón ha hecho poso una suave tristeza, porque siento el temblor del frío y sospecho que nada ni nadie podrá calentarme este año. Noto cómo la melancolía ha hecho bajar los termómetros de esta ciudad cruel, en la que las horas son pábilos que se consumen chisporroteando ante un altar levantado al hastío, y siento cómo la lluvia baja, baja y baja, monótona y lenta, salpicando de su impasible resquemor a los peatones todos, que se ladean con dolor al recibir el bautismo del hielo: con qué gracia las chimeneas expectoran sus humos de verano y cómo los humos salen a regañadientes de entre los cálidos hollines y remolonean hacia el cielo ataraceado de nubes de plomo. He mirado también a través de los vidrios, llenos de manchas espesas y turbias, y he logrado distinguir suaves dibujos, y mi nariz que se posará sobre ellos y dejará improntas y lagunas de vaho: o los radiadores, que ya bullen por la presión del agua caliente, y purgarlos. El olor del aire que silba de rabia al dejar los tubos, ¿es el olor del invierno que ya pasó? ¿O simplemente el fragor del verano, que se resiste a salir entre tanto frío?

2

Esta tarde, arrastrado por el aburrimiento y el desasosiego del invierno en ciernes, me he gastado más de cincuenta mil pesetas en la máquina tragaperras. Ha sido espeluznante. Ganaba cantidades grandes, casi las más generosas que dan, pero las volvía a meter, como hipnotizado. Yo sólo quería el premio gordo. Pero, no sé porqué ni cómo, el premio gordo no ha salido a lo largo de esas dos mil monedas de cinco duros. Y, hacia la hora de la cena, he hurgado en mi bolsillo y no he encontrado más que una última moneda de veinticinco pesetas. La he echado también. Otra cosa hubiera sido absurda.

Pero aquí viene lo más chocante. El camarero tenía la llave de los dos artilugios, así que, cada vez que yo le solicitaba cambio, alargándole un billete de cinco mil para que me diese monedas, él abría una de las dos máquinas y me lo suministraba del mismo dinero que yo acababa de introducir en ella. Mientras estaba jugando, aquel hecho no me parecía raro, pero cuando me he encontrado con cincuenta mil pesetas de menos, he caído en la cuenta de que, para hacer mover aquellas ruedas cantarinas y destellantes, no había sido preciso sino un puñado de monedas, y que el gasto producido por mi entretenimiento no pasaba de cien o doscientas pesetas de electricidad. Me he retirado a casa muy deprimido, sin ni siquiera poder abonar la consumición, acordándome de los pobres caníbales, a los que los jesuitas y marañones solían engañar con cuentas

de vidrio, que les canjeaban por sus esmeraldas y piedras preciosas. La idea no me ha hecho mucha gracia. He decidido no volver a jugar a las tragaperras. Luego he recordado que no tengo con qué. El grueso fajo de billetes que me dieron en el banco cuando cerré la cuenta está ya muy menguado.

3

Hoy ha aparecido de nuevo ese pesado de la compañía del gas. ¡Cuántas veces le tendré que decir que no tengo dinero para pagar la puñetera factura! ¿Tan difícil es de entender? Y el hombre, claro, mira por alrededor y se debe decir para sus adentros: “¿Con esta casa no tiene usted dinero? ¡Venga ya!” Si supiera que me he gastado todo el importe de la hipoteca... Pero no, él no sabe nada. Me mira fijamente, con sus ojos de pez abisal, y luego rehúye la mirada para decirme, en ese tono neutro y a la defensiva que emplean los esclavos a sueldo del siglo XX: “Mire, si yo lo comprendo muy bien, pero si no lo abona antes de quince días, me verá obligado a proceder al corte.” Y luego hace como que se va, pero no se va porque espera una respuesta y la respuesta que obtiene es mi silencio seco y despectivo. ¿Qué le voy a decir? ¿Me verá obligado a mandarle a usted a tomar por su sacrosanto trasero? No. Pobre. El es un mandado, pero ¡cuidado con decírselo! Entonces me lo corta seguro, el gas y el cuello. Pero es un mandado. Los mandados se caracterizan porque a todas horas dicen eso de me verá obligado. Ya es raro que siempre se vean, pero que encima se vean obligados. Lo han mandado aquí porque las cosas inhumanas se han de hacer por medio de intermediarios. ¿No es inhumano cortar el gas a un huérfano como yo? Este verdugo de traje azul, con su pequeña computadora portátil en la mano que lo eleva a la categoría de verdugo cibernético, es el que le va a dar garrote a mi calefacción y mi cocina grasienta. Al final, hago un esfuerzo por deglutir mi tremendo orgullo —ya se sabe que Dios infla a los miserables de orgullo para que no noten tanto el hambre— y le digo, en el tono de lo más conciliador del que soy capaz: “Trate usted de escamotear ese recibo, tírelo a la papelera o diga que hay avería. Haga algo, se lo suplico. Le juro por el alma de mi padre —Q.E.P.D.— que no tengo dinero casi para comer. Y el invierno está entrando. ¿Usted es capaz de imaginar el frío que hace en esta casa? Yo vivo solo, no conozco a nadie, no puedo pedir dinero prestado.” Parece que se le ablanda el corazón. Piensa un poco bajando su cabeza ligeramente sobre el pecho, pero, al cabo, después de un rascarse indeciso, la levanta de nuevo y dice, decidido: “Mire, yo no puedo ayudarle. Me despedirían si lo supieran. La compañía en esos casos no perdona. ¿Qué haría yo sin trabajo? Tengo que velar por mi mujer y los chicos.” “Está bien —le he replicado, furioso por haberme rebajado para nada— vaya usted a hacer su trabajo. ¿Ha dicho quince días?” Me mira con ojos de cordero degollado: “Quince, ni uno más ni uno menos.” ¡Qué descanso cuando aquel soldado raso de las finanzas ha desaparecido de mi vista! He cerrado la puerta con cierta violencia y me

he sentado, un poco excitado, la verdad, a reflexionar sobre este asunto. Si me cortan el gas estoy perdido. ¿Qué voy a hacer para calentar este caserón? Está la chimenea, pero tampoco tengo dinero para leña. La madera últimamente está carísima. Claro que a saber de dónde la sacan. Podría ir quemando los muebles, pero sería una lástima. ¡Si papá y mamá me vieran! Las mecedoras, la mesa de nogal del comedor, la librería de caoba que le regalaron a papá cuando sacó la plaza, el dormitorio que les compraron a aquellos tontos del pueblo ese cuyo nombre nunca me sale. Pero alguna silla de rejilla sí que puedo quemar. También puedo vender el clave. Pero no. Eso sería la última humillación. El clave ha estado toda la vida aquí y aquí seguirá. Siempre. Si salgo de ésta seguro que, aunque quisiera volver a comprarlo, no me lo venderían. La gente es así. O me pedirían tres veces más. Porque diez millones ya vale. Como poco, diez millones. Un Jacob Kirckman nada menos. Y, además, si lo quiero vender, seguro que me la meten; como se suele decir, me estarán esperando. Hay muchas tiendas en las que están sentados, esperando a gente como yo. La paciencia es la base de muchos negocios, ya lo creo. No, el clave mejor dejarlo donde está. Porque, ahora caigo en que, si lo vendo, sería más que probable que todo el dinero acabase en la máquina tragaperras del bar de enfrente. Aunque parezca que no, un clave entra perfectamente en una máquina tragaperras. Y el órgano de la Colegiata de Covarrubias.

4

Se acerca la navidad. Me he acordado por la nieve, que ha estado cayendo lentamente durante toda la mañana, alfombrando de blanco el jardín y convirtiendo las ventanas de la casa en palcos de primera clase. “Cae la nieve, cae la nieve, y todo se transforma ...” ¿Maiakovski? ¿Pasternak? Qué más da. Me he pasado la mañana delante del cristal manchado de vaho del balcón del despacho, sentado sobre el brazo del sillón, mirando cómo caían los copos y se deshacían al besar el césped del jardín. Es bonito ver nevar. Y triste comprobar que las pocas cosas que valen la pena son las de la madre naturaleza.

Luego le he dado vueltas al problema de la factura del gas y, como ya viene siendo habitual cada vez que le doy vueltas a un problema, la única solución viable a corto plazo me ha parecido distraerme de él por unas horas y dejarlo en manos de Dios. Así que he puesto la Misa en sí menor a toda mecha y me he preparado un buen bistec y un poco de puré. Después, he subido la calefacción al máximo, casi a punto de explotar. Me ha dado un poco de miedo, la verdad. Pero así, si me cortan el gas, por lo menos las paredes tardarán un poco más en soltar el calor que les estoy metiendo. Si me lo cortan para primeros de año, pongamos con un poco de suerte, a lo mejor todo enero se queda la casa un poco templada. No, la verdad es que no creo. Bah. Luego he puesto las noticias y me he ido

quedando dormido poco a poco, hundido en la butaca de papá. Últimamente, se están descuidando un poco en los telediarios. Juraría que las noticias que han echado hoy las tenía bastante recientes.

5

Mis paseos hasta el cajetín del buzón, a la derecha de la cancela, son cada vez más inútiles. Ya no hay cartas. Tan sólo propaganda, irritante propaganda, que me irrita porque sus colores, sus formas de carta engañifa, sus “estimado señor” y tu nombre, como si te conocieran de algo, sus alusiones a una familia que no existe, sus ofertas apetitosas de los supermercados que quieren deshacerse de sus productos podridos, sus sorteos para tontos de capirote, todo ello me hace concebir falsas esperanzas de que alguien, en cualquier rincón del planeta, se ha acordado de mí. Pero poco duran. Al dejar que mi mano repte por el cajoncillo, compruebo al tacto que los papeles son demasiado grandes, o que tienen la textura suave del martelé o el cuché. Ya no hay cartas. Cuando desagüé mi pequeña cuenta corriente, el banco dejó ya de enviar sus listados impersonales de computadora, que me hacían la misma ilusión que la misiva de un hijo que no tengo. Pero el silencio de este banco, lleno de empleadillos hoscos y vestidos según las últimas corrientes del prêt-à-porter oficinista, es un alivio. Siempre me han maravillado la discreción y el tacto de las entidades bancarias. Cuando ya no tienes dinero, dejan de mandarte extractos a fin de que la visión del penoso estado de tu cuenta corriente no se te haga tan cuesta arriba.

Menos mal que el teléfono y la luz, al estar domiciliados en esa cuenta, tendrán que pasar por el banco antes de llegarme a mí y distraerme de mi completa falta de ocupación. En total, si esas facturas tardan un mes en hacer el recorrido, más otro por la demora del corte, pueden ser un par de meses. Mediados de febrero, más o menos. Y, además, se me olvidaba, como la luz tiene el contador aquí, si lo precintan, con quitar el precinto y guardarlo cuidadosamente, solucionado. Por ese lado, no creo que haya problemas. Lo malo es lo del teléfono. Aunque, para ser sinceros, no suena nunca, o casi nunca —salvo las veces que la gente se equivoca y tengo que mandarlos a la mierda—, es un poco angustiioso levantar el auricular y escuchar, en vez del pitido confortante de la línea, un silencio opaco y nada, un no pitido que te hace ver que tu cordón umbilical con el exterior ha sido seccionado definitivamente. (Claro que, peor es que suene y nunca sea para ti, pero esa circunstancia no se da desde hace tiempo, por razones fácilmente adivinables). Sin ir más lejos, me cortaron el teléfono hace un par de años, al poco de morir los papás, y me llevé un susto de muerte. Tuve que ir a la oficina corriendo y no quiero ni recordar la vergüenza que pasé en la cola, cuando la señorita de la ventanilla dijo —en voz bien audible para el resto de la fila— que tenía que abonar un tanto por la reposición del servicio. Es que un teléfono

mudo es como una televisión sin enchufe. No sirve para nada. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que el corte de la línea mata bien muerta la esperanza de que el chisme suene y sea la persona que estás esperando. Que sea, por qué no, ella.

6

Hoy ya no podía más y he tenido que ir a dar un garbeo. Antes de hacerlo, he tratado de calcular la medida de la ansiedad y el agobio de esta alma mía encerrada en casa desde hace días, ya que esta medida es la que me da la distancia —o, lo que es igual, el tiempo— que debe de abarcar mi paseo por la ciudad. La tabla que tengo escrita comprende varios estados posibles, cada uno de ellos con una puntuación a efectos de cuentas. Son: agobio con brío, 5 puntos; agobio *ma non troppo*, 4 puntos; agobio moderato, 3 puntos; desasosiego *cantabile*, 2 puntos, and, *last but not least*, aburrimiento letal, 1 punto. A partir de 3 puntos hay que salir a dar un paseo. Para un agobio moderato, como el que padezco hoy, es aconsejable un paseo de los mismos puntos, es decir, tres, a fin de volver a casa dispuesto a soportar de nuevo tantos días como puntos tiene el agobio antes de tener otro del mismo calibre. No sé si ha quedado claro. Un garbeo de tres puntos —suficiente para calmar un agobio de ese valor— sería, por ejemplo, bajar por toda la calle Serrano a buen paso hasta Colón, allí torcer a la derecha por la plaza hasta desembocar en el paseo de Recoletos —tratando de que esos mariconcetes de los patines no te aplasten los juanetes— hasta la Calle de Alcalá. Subir toda esta calle hasta Sol y allí tomar la calle Arenal y desembocar en la Plaza de Oriente. Tras un respiro, subir hasta Ferraz y coger Marqués de Urquijo para desembocar en El Corte Inglés de Princesa. Luego, sin entrar en este establecimiento —ya que el efecto pernicioso de la turbamulta podría anular las ventajas terapéuticas del garbeo— se toma la calle Alberto Aguilera y se sigue por los bulevares hasta Colón otra vez. Allí, un buen taxi nos puede dejar en casa de nuevo, dispuestos a resistir la llegada del siguiente agobio con cierto sosiego del ánimo.

Si el agobio fuera un punto más alto en la escala, un agobio *ma non troppo*, por ejemplo, existen diferentes combinaciones que pueden dar al garbeo ya citado una puntuación más elevada. Por ejemplo, una vez en Sol, se puede uno desviar hasta Montera y allí someterse a un rápido tratamiento antitoxinas a manos de las amables —y ordinarias, todo hay que decirlo— señoritas que aguantan las esquinas. Si no se quiere uno gastar los cuartos en este servicio, puede a cambio perseguir (con ojos de salido) a alguna vieja —de las que salen de la iglesia de Alcalá, sin ir más lejos— durante cualquiera de los tramos del paseo. Esto proporciona una emoción extra, muy saludable, que redunda en beneficio del garbeo. O andar la distancia de Colón hasta casa en vez de coger el taxi. O, tomando el taxi, protestar airadamente contra la escasez de licencias que concede

el ayuntamiento de la ciudad. En fin, que existen multitud de combinaciones.

Un desasosiego *cantabile*, como su nombre bien indica, puede solucionarse sin salir de casa, rebuznando un poco por el pasillo o dirigiendo —con ayuda de un palitroque— todos los Conciertos de Brandemburgo, por ejemplo.

7

Lo que no podía imaginar es que tendría un incidente en el paseo de hoy. Y todo por hacer una innovación. La cosa sucedió de la siguiente manera: cuando pasaba por la plaza de Colón se me ha ocurrido bajar a ver el Museo de Cera. Nunca había entrado, la verdad, y la idea me ha parecido interesante, no sólo porque el morbo de esas figuras apergaminadas, hieráticas y resudadas siempre ha ejercido una especial atracción sobre mi subconsciente, sino también porque el añadido de esta visita al garbeo de tres puntos podía sumarle uno a su calibre, con lo que me sería dado atrincherarme en casa durante otro día completo más. Así que he pagado mi entrada y me he paseado por las salas del museo observando las figuras. Había muy poco público, media docena de personas todo lo más. Una pareja de novios y gente suelta, entre ellos, yo mismo. Y aquí viene el incidente del que hablé. Estaba mirando la figura de uno de los reyes, no recuerdo cuál (se parecen tanto todos los Borbones), cuando me he fijado en un detalle de la vestimenta que me ha llamado la atención. Me he subido a la tarima entonces y me he inclinado ligeramente para contemplarlo más de cerca. Me encontraba absolutamente enfrascado —en esa postura cuasi cortesana—escudriñando el detalle de la casaca, cuando he oído una voz infantil que decía tras de mí, con la inconfundible entonación de la gente menuda en los museos: “Y éste, quién es, papá?” Me he vuelto al instante y he visto que el niño —un niño rollizo de pelo rizado, que colgaba de la mano de un señor mayor— alargaba su dedo índice hacia mí.

8

Naturalmente, este incidente me ha sumido en una turbación difícil de imaginar. Las baldosas del paseo por las que se deslizan los patinadores parecían crecer y menguar de tamaño, pues al alargar mis pies por ellas, encontraba que el suelo se combaba y sus distancias se hacían arbitrarias. Además, el garbeo se me empezó a hacer larguísimo y veía con estupefacción que, por más que avanzaba hacia el final del paseo, el final del paseo estaba cada vez más lejos, al menos a mis ojos inquietos. Todo ello era producto de la angustia que la confusión de aquel niño había producido en mí, he deducido inmediatamente. No tiene gracia que le confundan a uno con una estatua de cera. Y, como la inmensidad del

paseo se me estaba haciendo cuesta arriba, he decidido cruzar a uno de los márgenes laterales, por aquello de sentirme algo más protegido, aunque fuera sólo por los muros de las casas. En la inmensa luna de un café me he examinado atentamente. Mi rostro no presentaba signos de demacración ni mis facciones estaban amojamadas, como yo barruntaba a resultas de la observación de aquel niño. Un poco cerúleo sí que me he visto, algo encorvado, quizás. Pero nada más. ¿Desaliñado? Procuraba decirme a mí mismo que estaba dando demasiada importancia a un comentario de un ser todavía no dotado de la razón que se supone a los adultos, pero al instante se me aparecía claro que son los niños los que suelen decir las verdades más descarnadas, ya que todavía sus mentes no han sido pasadas por el cedazo de la urbanidad. Luego sentía cierto alivio al reflexionar sobre el hecho de que nadie últimamente había dejado traslucir, por su actitud, la menor sospecha o prevención en mi contra, pero al instante —en ese eterno vaivén que los argumentos sufren en una sola cabeza— caía en la cuenta de que tampoco era cierto. La del pan, sin ir más lejos, siempre me devolvía un duro de menos o gruñía si le compraba un panecillo en vez de la pistola habitual. También he recordado de repente que el carnicero y su mujer solían interrumpir sus bisbiseos al aparecer yo por la tienda. O que el pescadero me metía —con una escamante constancia— un gallo fresco y otro a punto de descomponerse. O que el repartidor de periódicos dejaba invariablemente sobre el felpudo de la puerta de la entrada el primer ejemplar del hatillo, justo el que tiene las marcas de las cuerdas y la primera página medio rota. Pasado el Café Gijón, he empezado a entender que aquel niño tan sólo había dado forma y bautismo a una realidad que hacía tiempo que, lentamente, iba tomando asiento en mi persona. Luego, he tenido la incómoda sensación de que aquella lentitud era exactamente la causa de mi anestesia, la razón de que aquel proceso que se iba haciendo palpable en mí no fuera aparentemente sino una minúscula sucesión de inconvenientes que mi sempiterna incapacidad para tomar decisiones drásticas había ido arrinconando poco a poco, dejando que de ellos creciera una bola de nieve que ahora se manifestaba en la blanca palidez de mis facciones, en la inquietante imagen de mi persona, que recordaba de súbito reflejada en las pupilas de los tenderos, en los modales esquivos de los chapuzas que venían a hacer arreglos, en el paso nervioso de los lectores de contadores, que entraban en mi casa con la misma cautela que emplearía un domador de leones al adentrarse en la jaula de un tigre de Bengala. Con estas reflexiones, para cuando he llegado a Cibeles, toda mi cabeza era una olla en la que las ideas estaban a punto de hervir, y no he encontrado mejor solución para dar rienda suelta a su amenazante presión —careciendo de amigos a los que confiar mis temores o en compañía de los cuales vaciar unas copas que me hicieran ver la cara amable de la realidad— que dejarme caer por Montera y someterme a un tratamiento antitoxinas a manos de las señoritas de las que ya hablé. Creo que no ha sido muy buena idea.

9

Porque, para ir hasta Montera, no se me ha ocurrido otra cosa que andar hasta Gran Vía y allí cruzar por el paso subterráneo de la Telefónica, en vez de caminar —como hubiera sido lo prudente— por la acera y atravesar la calle por la superficie, sorteando los coches. La visión de las docenas de mendigos —embutidos en sus zarrapastrosos harapos— yaciendo por los suelos del paso subterráneo me ha llenado de terror y ha hecho crecer todavía más el malestar que acababa de hacer nido en lo más hondo de mi pecho. Al andar los escasos veinte pasos que mediaban entre las escaleras mecánicas de bajada y las de subida, he sentido cómo los ojos inyectados en vino barato de estos miserables se clavaban en mi figura y me seguían, con una mirada neutra y desprovista de interés que me ha molestado más que si fuera de las cargadas de inquina y odio social. Al fin y al cabo, yo soy un chaval de El Viso y ellos unos miserables. Pero no. Mi figura bien trajeada —a la que, desde que despedí a Conchita, ya no me atrevería a calificar de atildada— no ha producido en estos desheredados ningún rastro de resquemor, ninguna oleada creciente de envidia. Se diría que en sus ojos acuosos, en sus rostros cincelados a golpes por el escoplo de la miseria y en sus manos de negras uñas que sostenían cigarros puros vendados de papel de fumar, había una premonitoria e invitadora camaradería.

10

Al llegar a Montera, me he sumado a la parroquia merodeadora y vacilante que hace guardia por las esquinas de las casas y he ojeado el terreno para seleccionar a mi enfermera. La he divisado inmediatamente. Era una mujer joven, de melena lacia con las puntas dobladas hacia adentro cayéndole sobre los hombros, pecho de mantequilla y una minifalda tan minúscula tapándole sus ancas de caballo percherón que no he podido menos que sentir vergüenza cuando —por la Gran Vía— nos dirigíamos hacia la pensión de Hortaleza. Todo el malestar que sentía al avanzar por el sótano poblado de menesterosos se ha trocado en un desasosiego que ha ido depositando sobre mi nuca un grueso nudo de nervios, el cual a su vez —a lo largo del resto de la tarde— se ha desatado lentamente en forma de jaqueca.

La joven, a la que no había visto antes, ha confesado llamarse Ágata y, aunque no era lo que se dice una belleza, tenía un cierto encanto en la manera de contonearse y de mascar chicle que me he resultado simpático. Tras subir por una escalera empinada, hemos desembocado en el recibidor de una pensión, presidido por una imagen de la Virgen del Rocío. En ella, una vieja de aire triste me ha gruñido 500 pesetas por la habitación. He pagado al contado y nos hemos adentrado en un sitio —un poco sucio, eso sí, pero agradable— en donde Ágata ha elaborado,

serviéndose de mi persona, un visto y no visto aceptable que, sin embargo, no ha conseguido descargar ese nerviosismo que había tomado asiento en mi occipital. Al poco, Ágata se ha levantado, se ha vestido y me ha reclamado las dos mil pesetas. Le he tendido un billete de cinco y la ha tomado preguntándome si tenía cambio. “Pues no”, le he dicho. “Llevaba 500 y se las he dado a la vieja de la entrada. Quizás ella tenga.” Ágata ha denegado con la cabeza repetidas veces y me ha ofrecido una posibilidad. Devolverme el resto del dinero en género, en vez de ir a por cambio y darme las tres mil que faltaban. Naturalmente he dicho que no. Las cuentas —siendo éste un asunto que no se puede dejar a medias— no me casaban. Además, le he preguntado, incorporándome en el mugriento lecho, si se creía que yo era míster cuarenta centímetros o algo por el estilo. La tal Ágata —que no era precisamente una señorita de la Adoración Nocturna— me ha respondido de malas pulgas que ya algo había notado, pero que era una solución. Le he dicho que iría a cambiar yo mismo, pero no se fiaba, así que hemos bajado a la calle juntos, indisolublemente unidos por el billete de cinco mil. Y allí, en plena calle de Hortaleza, ha echado a correr de súbito y, mientras daba zancadas sobre sus tacones de aguja, gritaba: “¡Ese chulo, que me quiere matar, ese chulo, que me mata!” ¡Hay que ver lo bien que lo hacía! Parecía tan real que yo mismo, en un primer instante, he mirado a mi alrededor pensando que se refería a otra persona. Pero tan sólo he topado con las miradas de reproche que algunos pacíficos ciudadanos dirigían hacia mí, a la vez que me decían cosas como “¡Déjala ya!” y “¡Será cara el tío!” Yo, claro está, no podía permitir que esa mujerzuela volase con mis tres mil plumas tan ricamente, así que he echado a correr detrás del billete tan raudo como he podido, y estaba a punto de alcanzarla cuando ha aparecido de no sé dónde un agente de Protección Ciudadana y, tras gritarme no sé qué, me ha sacudido de firme con la porra en medio de la cabeza. He perdido el sentido y me he despertado en un coche de policía, un 132 familiar. Pero no en el asiento trasero, no. Detrás, donde suelen ir los perros y las maletas. Y esposado. Estábamos parados en un semáforo y yo, en tan incómoda postura, veía los rostros de los automovilistas que me miraban con curiosidad mientras se hurgaban la nariz distraídamente. Luego, los policías han aparcado en una plaza y allí, al cabo de media hora de espera, ha ido a sumarse a mi encierro un joven de aspecto árabe, también esposado como yo y con un hilo de sangre cayéndole de la oreja derecha. Luego, el coche se ha puesto en marcha y, tras una detención en una calleja, en la que los agentes del orden han tomado unas cazallas y jugado a la máquina tragaperras por espacio de veinte minutos, hemos ido a parar a una comisaría, en donde nos han hecho apearnos y nos han dejado en una sala de espera, custodiados por un guardia que leía el Marca.

Ahora se comprende por qué digo que el nerviosismo se ha ido trocando en dolor de cabeza. Yo estaba ya al borde de la histeria. Menos mal que el visto y no visto me había dejado algo relajado. No quiero ni pensar si me llega a suceder antes del tratamiento. Para colmo, había olvidado el

gabán en la pensión y la camisa la llevaba salida del pantalón a causa de la forzada postura en la que me habían llevado hasta allí. Tras más de seis horas de espera —hacia las dos de la mañana— me han levantado y hecho pasar hasta un despacho en el que había varias personas en mangas de camisa, fumando y hablando a gritos. Sentados en sillas de escay, estaban también un par de policías nacionales. Allí, un inspector me ha preguntado por mi profesión. No he sabido qué decir. ¿Qué más daba mi profesión? Ha dicho que estaba en el formulario de denuncia y que hiciera el favor de responder a lo que se me preguntaba. “No tengo oficio.” Luego me ha dicho si estaba casado o no, y yo he respondido que no. Domicilio. Fecha de nacimiento. He ido contestando a todo y al final me ha preguntado por lo sucedido. Se lo he explicado con todo lujo de detalles y ha tomado algunas notas en una cartulina. Luego ha llamado a uno de los guardias, al que ha ordenado que me quitara las esposas. Después, me ha dicho que me podía ir. Me he quedado estupefacto. ¿Qué me podía ir? ¿Así, sin más? ¿Sin ninguna explicación? El inspector, un hombre de aspecto ulceroso que no ha sacado el dedo meñique en la boca durante todo el interrogatorio, meneando el culo para recolocarse la pistola, que se le debía de clavar en la espalda, ha levantado la vista de sus fichas y se ha limitado a decir: “¡Ande, desgraciado, váyase antes de que me arrepienta!”

11

A ver qué iba a hacer yo. Me he recogido la camisa dentro del pantalón, he restañado la sangre del porrazo, que ya me llegaba hasta la ceja y, como no tenía ni un clavel, ya que las cinco mil pesetas era lo único que llevaba encima, pues he tenido que volver andando hasta casa. Serían las cuatro de la mañana cuando he llegado. Estaba tan cansado que incluso los nervios se me han pasado un poco. Me he tomado un par de aspirinas y he tapado la herida con una tirita grande. Luego, sentado en la mesilla de mi cuarto me he puesto a escribir un rato en el diario. He tenido que hacer un esfuerzo para escribir, pero estaría bueno que un día como hoy no lo reflejase en el diario, con las tonterías que apunto normalmente.

Me gusta mucho escribir aquí, detrás del recodo de la puerta, medio escondido por la estantería que cuelga de la pared. Es un rincón como una cabaña de pescadores. Se oye el reloj del pasillo, que tiene un tic tac solemne, ya que la caja de resonancia la hizo —ex-profeso para papá— un lutier de la Cava Baja muy bueno. También se escuchan los goteos de los grifos del cuarto de baño, sobre todo los de la bañera, que están todos para cambiarlos de viejos. Con decir que todavía tiene una C y una F pintadas —en rojo y azul respectivamente— sobre la corona, está todo dicho. También se oyen a ratos los desperceces de los muebles, que sueltan chasquidos de repente y me hacen levantar la cabeza del diario. O la tarima del zaguán, que lleva cincuenta años acoplándose.

Pero hoy no me encuentro muy a gusto. Es normal, estoy

descentrado. Menudo día. Me confunden con una estatua de cera, me detiene la policía, me quedo sin tres mil pesetas y me llaman desgraciado. ¿Qué se habrán creído? Sin embargo, no es nada de eso lo que me ha sabido tan mal, lo que me ha dejado este escozor amargo que me arde en el pecho. Es otra cosa. No sé el qué. Al estar la puerta del armario ropero medio abierta, me estoy viendo reflejado en el espejo de cuerpo entero. Hacía mucho tiempo que no me fijaba en mí. Y es gracioso, porque hace más de dos años que no veo asiduamente a otra persona. Me miro y veo a un joven, a un hombre, bueno, a un tío un poco delgado, de ojos algo hundidos, de pecho estrecho, pelo acaracolado y huesos que salen por todos los ángulos del cuerpo. Y, de pronto, me he sentido molesto mirándome. Avergonzado. Quizás sea la ropa. Hace tanto tiempo que no tengo dinero para comprarme algo decente. Pero no, no es la ropa. Es mi cara. Hacía meses que no la veía tal cual es. Hoy he notado que tras ese borrón blanquecino de cuando me afeito hay una cara. Una cara que tiene algo obsceno. No me extraña que la gente me mire raro. Que me llamen desgraciado, que me confundan con esas horribles figuras de cerumen. Yo aquí, encorvado escribiendo sobre un diario, con treinta y un años cumplidos. ¿Cómo puede llevar un diario alguien como yo, al que no le pasa nada en todo el día? ¿Alguien que no trabaja, que no tiene novia ni amores, ni dinero ni amigos, que carece de proyectos?

He intentado alejar mi mente de estas ideas negras que me asaltan esta noche e irme a dormir. Pero no he podido. Es un punto negro que se ha hecho en mi mente, como las patatas cuando les sale una matadura del frío y la vas pelando, la vas pelando y nada, que el punto negro está cada vez más hondo y te estás diciendo que me voy a quedar sin patata, hazle mejor un agujero con la punta del cuchillo y ve profundizando, pero quiá, al final, hay que tirarla, porque ya estás picado. Así estoy yo, lanzado. No puedo apartar de mi imaginación la cara de ese niño, cómo me miraba. Ni la cara de inmenso desprecio del policía, ni el rostro encerado de esa Agata cuando la estaba penetrando. Las estoy viendo. Eran caras escasamente humanas. ¿Y la mía? La miro una y otra vez, casi de reojo, pero no puedo resistir mucho tiempo mis propios ojos. Son también ojos de animal, quizás de animal acorralado. Acorralado por las facturas, por el frío que estará aquí en un mes a lo sumo, por la soledad que tanto me gustaba de joven y que empiezo a aborrecer, por este caserón que se va a caer en pedazos sobre mis huesos, por el empleado del banco que vendrá a reclamar el pago de la hipoteca y se alegrará infinitamente cuando adivine que no tengo el dinero necesario para impedir que su boyante empresa arramble con la casa y la derribe y construya sobre mis huesos un edificio lleno de hombrecillos empresa como él.

Hoy han cortado el gas. Estaba durmiendo cuando han llamado. Ha sido

la maldita esperanza la que me ha perdido. Yo estaba dormido, como ya he dicho, y al oír los timbrazos en la puerta, lo primero que he pensado ha sido que era el cartero, que me traía algún certificado, un giro, o una visita inesperada —de las que marcan el inicio de una subida de los infiernos— o algún amigo de la infancia que ardía en deseos de verme. ¡Iluso! He corrido desde mi cuarto, enfundándome la bata y al abrir la puerta me he encontrado al hombre del gas que ya me visitara la otra vez, acompañado de otro empleado de la compañía. Traemos orden corte, ha dicho el que yo ya conocía. Mi desilusión que tomaba súbita forma, mi pudor —si me vieran en el barrio, cortándome el gas por falta de pago, yo, un Albaizar—, mi vergüenza al ser descubierto en mi pijama sucio, desmelenado y durmiendo a las doce menos cuarto de la mañana, todo ello ha hecho que no opusiera resistencia, antes bien, he simulado una indiferencia distante y les he franqueado el paso, señalándoles el camino de la cocina con un gesto firme. Luego, he permanecido en el baño, sentado en la taza del váter mientras les oía trajinar y hablar en voz baja, como si estuvieran en la casa de un muerto. Al salir, uno de ellos —siempre el que ya conocía— me ha dicho en tono de reproche, que había gastado, desde la fecha del primer aviso, más de 1.300 metros cúbicos de gas, en vez de dejar de hacer gasto para no llamar la atención de la empresa y ayudarme a mí mismo, aunque fuera sólo un poco. Le he respondido que si acaso el gas era suyo y que a él qué más le daba el gas que se pagase y el que se regalase. Ha callado con un gesto de desprecio, como si estuviese hablando con un demente, y se han ido por fin, llevándose el contador y una llave, al parecer imprescindible para el uso del gas.

Durante el día no he notado nada especial, hasta el punto de ir olvidando poco a poco el incidente, pero más tarde, cuando ha caído el sol en el horizonte y las sombras han reptado por el suelo de las habitaciones hasta echar a la luz por las ventanas y los miradores, algo extraño ha empezado a hacerse con la casa, lenta, pero firmemente. Primero, han crujido algunos muebles y la tarima del zaguán se ha ido desperezando, hecho que he atribuido a la pérdida del calor que mantenía la madera de unos y otras dilatada. Más tarde, hacia las nueve de la noche, los sonidos habituales de la casa han cambiado sustancialmente, hasta el punto de reclamar mi atención una y otra vez. El tic tac del reloj era más agudo, más persistente; el goteo de los grifos del baño, más tétrico; los sonidos del sótano, más guturales, más telúricos. Luego, hacia medianoche, mientras me encontraba frente al televisor, he sentido como si una camada de víboras se deslizase por las habitaciones y emponzoñase el aire, el suelo y los muebles de un veneno desconocido, húmedo y helado.

13

La verdad es que no quería escribir hoy, pero, teniendo en cuenta la fecha que es, no he podido por menos que tomar asiento en la mesa de mi

cuarto y abrir el diario por donde lo dejé hará más de una semana. Son las diez de la noche casi. He cenado muy pronto, a las siete y media —un muslo de pavo y unos turrónes— y me he puesto a pasear por toda la casa, muy inquieto. Al zaguán he subido más de cuatro veces. Estoy nervioso, esperando algo a alguien que no llega. Al ser Nochebuena, quizás en mi memoria persisten las cenas de hace años y mi respuesta a este estímulo, como la de los perros de Pavlov, es la excitación y la emoción del acontecimiento familiar que se avecina y el qué habrá hecho mamá para cenar. Por ello mi desilusión, y la ansiedad consiguiente, es doble. Puede ser también que ésta fuese la ocasión para tomar una decisión acerca de mi situación. El trabajo, el dinero, las facturas, etc. La Navidad. Pero Navidad es mañana y la esperanza de que algún imprevisto me ayudaría a salir de esta situación angustiosa en la que estoy metido se ha ido deshaciendo en el aire poco a poco, con el paso monótono de los días. A lo mejor es que hoy ha empezado a barruntar, sin dar muestras aparentes de ello (aun estando solo), que los únicos imprevistos que pueden presentarse son los que me hundirán todavía más en el fango de mi soledad. A saber: alguna factura de la que yo no me acordaba, o que he tratado de arrinconar en la despensa de la memoria, una pérdida imprevista o una catástrofe hogareña que me obligue a tirar de mis menguados ahorros a fin de repararla.

Quizás vaya a Misa de Gallo esta noche. Faltan un par de horas todavía. ¡Qué imbecilidad, una misa nocturna! ¿Cómo se te ocurre, Alberto? Pero no puedo seguir mucho tiempo aquí encerrado. Me falta el aire. Pero la calle me da ... un poco de miedo. No miedo. Una mezcla de incomodidad y nerviosismo que no puedo evitar. Inseguridad, asfixia. ¿Pánico? A lo mejor no es la calle, sino la gente.

Iré a misa de todas formas.

14

Había mucha gente en la iglesia. Gente vaporosa de champán nacional y ahíta de comida que me estrujaba en el banco en el que estaba sentado. Niños correteadores y toda clase de inválidos en sillas de ruedas, o muleteando por entre los bancos. No habíamos llegado a la Consagración cuando he empezado a encontrarme mal, muy mal. Sudor en las palmas, cierta penuria en la respiración, vértigo, palpitaciones y un extraño temblor de piernas. La voz de los curas me llegaba cada vez más distante, como si el altar y todos ellos se fueran alejando y la iglesia se estirase como un chicle. Las canciones —esos horribles cánticos de iglesia que probablemente invalidan cualquier buena intención que pueda haber en la Eucaristía— sonaban más celestiales que nunca. Ha aguantado todo lo que he podido para no llamar la atención. La posibilidad de desmayarme en público, como una vulgar damisela, me aterrorizaba más aun que la idea de haberme indispuerto fatalmente —viviendo solo como vivo— por la

ingestión de algún alimento en malas condiciones. Pero no he sido capaz de mantenerme quieto y sentado en el banco, sino que he salido azorado y ansioso, empujando a la gente con una brusquedad sin duda producto del pánico que sentía. No he empezado a encontrarme algo mejor sino cuando me he visto en la calle y me he dejado sentar sobre el portal, en donde he esperado a que mi respiración y mi pulso retomaran su marcha habitual y el terror que me nublabla la razón se fuera disolviendo en una agria sensación de derrota, de fracaso, de un desamparo tan terrible que he sentido cómo un par de lágrimas bajaban por mis mejillas y me encharcaban el alma de un regusto salado. Entonces, uno de los mendigos que me esperaban la salida de las masas de fieles —frotándose las manos y pateando el suelo helado— se ha acercado hasta mí y me ha dicho, en el tono etílico y bronco que esta gente emplea, que me apartara un poco, que en aquel portal estaban un compadre y él.

15

Tengo la impresión, desde que cortaron el gas y dieron garrote a mi calefacción, de estar viviendo un segundo invierno, propina de una estación con la que ya casi no podía. El frío me impele a salir de casa; la calle y la gente, a atrincherarme en ella. Esas dos fuerzas contrarias desgarran mi resto de voluntad y hacen jirones el precario sosiego que acuno en mi pecho, hasta el punto de que no pocas veces, venciendo en mí la fuerza que me mueve a abandonar esta casa helada, me arrimo decidido a la puerta, descorro los cerrojos y me dispongo a salir. Y en ese justo momento, en la balanza de mi indecisión —siempre en un precario equilibrio— se hunde el platillo sobre el que yace mi miedo al mundo, por lo que vuelvo a correr los cerrojos y retorno a vagar frenético por la casa desangelada. Mis paseos ya no sirven de mucho porque, las más de las ocasiones, me canso súbitamente y sin previo aviso, arrimándome a la calzada, mi desasosiego levanta el brazo por mí, tomo un taxi y vuelvo a casa, único lugar, al parecer, en donde me encuentro seguro, ya que no caliente. Es decir, los garbeos que tanto bien producirían en mi espíritu pocas semanas atrás me causan ahora un efecto contrario, pues el dispendio de la absurda carrera de taxi que da al traste con ellos viene a añadir un nubarrón más al encapotado horizonte de mis esperanzas. Pronto se acabarán los taxis y tendré que volver en autobús.

16

Me he perdido por Madrid esta tarde, cuando ya había oscurecido. Es cosa que viene siendo cada vez más habitual en mis idas y venidas. Me pierdo y ya está. De pronto, me encuentro con que mis pensamientos han jugado conmigo a la gallina ciega y, al caer de ellos y de su prístina realidad, me asusto del bramar del tráfico, del ulular de las sirenas de la policía y las ambulancias, y caigo en la cuenta de que no sé dónde estoy.

Esta tarde ha sido contemplando un edificio. Era un bloque enorme, inmenso como un mausoleo de cristal y cemento. Diáfano por completo, se alzaba en la parte más lejana de Príncipe de Vergara. A través de las inmensas cristaleras —que cubrían toda la fachada— se apreciaban los neones formando larguísimas filas de luz, como luciérnagas eléctricas en la noche absurda de la urbe, bajo las cuales, desde donde yo estaba, se podían distinguir algunas docenas de empleados sentados frente a las computadoras o moviéndose entre las fotocopiadoras y los fax. Parecían hombrecillos mecánicos y sin vida, como los que aparecen en el imperio subterráneo de los malos, en las películas de James Bond, los lacayos yertos de esos seres malvados que quieren conquistar el mundo con ayuda de un par de torpedos nucleares.

Bien, yo miraba y remiraba, admirándome de la mente bastarda que había diseñado un edificio tan impúdico, tan horriblemente pornográfico, sin saber cómo era posible que el espectáculo de aquella casa de muñecas de vidrio y cemento concreto pudiera pasar desapercibido para los peatones que caminaban envueltos en su nube malhumorada o ausente, cuando se ha detenido ante mí un policía municipal y me ha preguntado si pasaba algo. Le he dicho que no, que simplemente estaba mirando aquel edificio que tenía delante de mí. El policía se ha girado y ha contemplado el edificio también, sin sorpresa, sólo buscando alguna cosa que pudiese reflejar en el parte de incidencias, un intento de suicidio, algún conato de fuego, etc. Pero sólo ha visto las cristaleras de veinte pisos y los hombrecillos en mangas de camisa que se movían por su superficie plana e impúdica, por lo que se ha vuelto y me ha mirado de nuevo. “Vaya caja de zapatos, ¿eh? La verdad es que nunca me había fijado.” Y se ha ido, después de saludar, llevándose una mano velluda hasta la visera de la gorra.

Cuando he vuelto a bajar la cabeza hacia la calle, tras tenerla en esa posición más de cinco minutos, me he dado cuenta de que estaba perdido. No sabía si debía de andar hacia arriba o hacia abajo, a la izquierda o a la derecha. He dado algunas vueltas sobre mí mismo y me he sentado en un banco. Estaba muy cansado, la cabeza me dolía un poco por la superficie, muy cerca del cráneo. Había una boca de metro. Cruz del Rayo. He bajado, después de palparme el pantalón y asegurarme de que la chapa seguía allí. Una vez dentro, me he dejado bajar por las cintas transportadoras hasta lo más profundo del subsuelo. Había más de cinco de ellas. El calor iba en aumento y cuando he llegado a la estación, estaba ya un poco sudoroso. No había casi nadie. Se oían ruidos húmedos y extraños, filtraciones. No me ha gustado nada. He pensado en las miles de toneladas de casa que había por encima de mí y me he preguntado por la razón de estar allí donde estaba, sentado en aquella tenebrosa cloaca para seres humanos y no andando por un sendero flanqueado de acacias y pinos piñoneros. Lo he encontrado muy injusto y sorprendente. Yo, como tantos otros miles, era preciso ser transportado con rapidez de una punta a otra de la ciudad. Esa era parte de mi esencia. Ser transportado. Invisiblemente.

¿Por qué no eran los autos los que entraban en las galerías y se perdían por aquel laberinto gemelo de las cloacas? ¿Por qué los edificios diáfanos para gentes diáfanas no se construían hacia abajo, hacia las entrañas de la tierra, como terrarios de industriosos insectos? ¿Por qué el no ser de los individuos tenía que ponerse a tan formidable altura y transparencia? ¿Por qué su ser, ser escaso y excrecente ser, quería sin embargo estar a ras de tierra, en casa con jardín? Aquel edificio que ahora se alzaba sobre mí era diáfano ¿desde dentro o desde fuera? ¿Son las cosas tanto más absurdas cuanto más se alejan del suelo, de la tierra? ¿Estaba en ese momento sentado en el Cardo de una futura ciudad de los obreros? Estas y otras absurdas e inocentes preguntas me hacía, sentado en el banco de piedra de la estación de metro Cruz del Rayo, a cincuenta metros bajo el suelo despistado de Príncipe de Vergara.

17

Durante dos o tres meses —desde que fui por última vez al banco— he ido sacando el dinero de la baldosa de mi cuarto. Era todo el dinero que tenía. No sé cuánto había, porque no quise contarlo. De la misma manera que los hombres no podrían vivir sabiendo el tiempo que les queda por hacerlo, yo no pude soportar conocer la cifra exacta de pesetas que permanecían en el agujero. Por eso, he ido sacando el dinero como los atenienses extraían las bolas blancas y negras en sus juicios: cerrando los ojos al hacerlo. Así, de ese pozo que mi cobardía quería creer sin fondo han ido saliendo billetes lilas, uno tras otro. Y hoy, primero de febrero, al sacar el billete correspondiente a esta semana, mis uñas han rascado en el cemento del fondo de mi escondrijo. El corazón me ha dado tal vuelco que no he podido mantenerme más tiempo acurrucado en el tibio nido de la ignorancia. He mirado con incredulidad y comprobado, de un simple vistazo, que el calcetín estaba vacío. Ya no quedaba nada. Era el último. Así que tengo cinco mil pesetas para vivir siempre. La idea me ha hecho tal gracia que, en un primer momento, he estallado en carcajadas histéricas. Al fin y al cabo, se trataba de una novedad, y uno siempre espera que las novedades le saquen de aprietos. Más tarde, cuando la realidad ha empezado a entrar en mi cerebro sin los lubricantes de la euforia o la indiferencia, me he sentido sobrecogido. ¿Qué haré para seguir comiendo? Yo no sé hacer nada. No tengo profesión ni conozco ningún oficio. No tengo, por no tener, ni siquiera gracia. Y, lo que es mucho peor, no conozco a nadie. De repente, me he sentido tan sumamente aterrado por mi situación exacta en el universo que la agitación me ha hecho subir al zaguán dos o tres veces seguidas hasta que me he calmado un poco. Sin yo quererlo, mi vista se posaba en el clave una y otra vez, mientras en el bolsillo de la bata mantenía aferrado el billete de cinco mil pesetas.

18

He resuelto —a la vista de mis cuartos menguantes— buscar un trabajo. Ha sido una decisión dura para mí, que no he trabajado en mi vida. Para ello me he dirigido —con el estómago bastante ligero— a la oficina de empleo. Sabía que era necesario inscribirse allí en unas listas para que las autoridades se fijen en ti, admitan tu existencia y te den un empleo. Al parecer, hoy en día, para hacer cualquier cosa, hay que formar parte de un colectivo. Soy bastante escéptico, de todas formas, respecto a un posible colectivo formado por tipos como yo. No creo que encuentren muchos para que, todos juntitos, formemos una entidad manejable. Pero bueno, he decidido ir de todas maneras. Mi primera sorpresa es que había que ir a una oficina determinada, no a la que uno quiera. ¿Qué más les dará que, no teniendo nada que hacer, vayamos a una cualquiera, la que nos caiga más simpática o aquella que nos pille de paso? Pues no. Hay que ir a la que te asignan. Y, naturalmente, la que te asignan es siempre la que tiene la cola más larga de todas. Una tierna y bien formada cola de desempleados impacientes por ser útiles a la sociedad.

Tras confirmar la imposibilidad de colarme, me he puesto en la fila que, como es habitual, ha dejado de crecer inmediatamente después de rematarla yo. En las tres horas y media que ha durado la espera, me he preguntado -entre varios ataques de impaciencia- si todos aquellos desempleados que gruñían delante de mí y estiraban el cuello por ver si la cosa avanzaba serían conscientes del importantísimo papel que estaban cumpliendo en la sociedad española del momento. Ser un primordial y apremiante problema de estado no es moco de pavo precisamente. Pero, francamente, no me ha parecido que mis compañeros de cola disfrutasen de su condición. Algunos blasfemaban quedamente. Al fin, cuando me ha tocado el turno y el caballero del mostrador me ha preguntado lo que sabía hacer, otra vez no he sabido qué hacer, así que he respondido, después de una profunda reflexión —que le ha llenado de irritación e impaciencia— que sabía leer el Quijote y escuchar música, especialmente Bach, Mozart y Haendel. Escribalos en ese orden, he añadido después, haciéndole una seña con el dedo. Me ha replicado, de bastantes malos modos, que no me había preguntado por mis hobis, sino por la profesión. Esa respuesta me ha irritado profundamente. ¿Cómo un empleado con cierta responsabilidad puede pensar que escuchar a Bach es un hobi? Total, que nos hemos enredado en una pelotera a la que he dado oportuno colofón mandándolo a tomar por el saco. Al fin y al cabo, lo único interesante de esa horrible oficina de empleo era la posibilidad de adjudicarse —ad libitum— un oficio inverosímil —para cuyo desempeño no te pudieran llamar nunca— y resulta que hasta para no trabajar hay que no trabajar dentro de un orden fijado por esta gentecilla que dispone en el negocio. Me ha parecido una premisa inadmisibile. Pero bueno, hoy en día nadie tiene principios salvo que pueda pagárselos.

Luego, cuando he salido otra vez a la calle, me he sentido profundamente abatido y he vuelto a reprocharme mi carácter difícil. Así

no vas a ninguna parte. Alberto —me he dicho sentándome en un banco—; tú venías a buscar empleo, no a discutir sobre Bach y el Quijote. Además, hay que comprender a esta gente de la oficina. Un puesto en el que estás todo el día tratando con pequeños problemas de estado no es una canonjía precisamente. Encima, he caído en la cuenta de que no podría ir tampoco a otra oficina de empleo. He decidido pues, a la vista de los insalvables y múltiples problemas que suponía mi adscripción a un colectivo, seguir siendo un individuo, a pesar de los catastróficos resultados que esta rara condición me estaba reportando.

Y así me he quedado, sentado en este banco durante toda la tarde, viendo cómo pasaba la gente y a veces me lanzaba miradas esquivas a las que yo respondía con sonrisas provocadoras y lúbricas. No había comido en todo el día. Menos mal que era viernes. Nunca agradeceré bastante a los papás la sólida educación religiosa que me imbuyeron.

El sol, que los nubarrones desleían cada cinco minutos, se ha ocultado lentamente por detrás de las antenas parabólicas y los tejados sembrados de tejas. Los niños y ancianos que hacían corros alrededor de los bancos de la plaza se han ido disolviendo a la hora del telediario. Las palomas han revoloteado hacia sus aleros y algunas gotas furtivas han regado la ausencia de la gente que antes poblaba la plaza. Yo, solo en mi banco, me he levantado por fin y he puesto mi cuerpo abatido en dirección a casa, pasito a pasito, amparándome en las sombras de las callejuelas y la gravedad protectora de los altos edificios de oficinas.

20

¡Qué interminables y qué largas son las veladas de la miseria! A veces, en la cama, ya de noche, terminada mi jornada vacía de hambre y mendicidad, me quedo quieto, aparto el libro de Pessoa y me sumo en un trance tan hipnótico que sólo me sacan de él los primeros rayos de luz entrando por la ventana entreabierta. En qué pienso durante esas largas noches es asunto que no puedo decir. Sé que a veces río a carcajadas y otras lloro, que duermo sueños ligeros, de los que me despierto sin saber siquiera en qué ciudad me encuentro o cuántos años tengo y me extraño al no oír a nadie por la casa, siendo así que mamá ya debía de estar levantada hasta que caigo en la cuenta de que está muerta, que remuevo el libro y busco frases que luego recorto y guardo en el cajón de la mesilla, que me toco el miembro o me masturbo, que la luz, cuando empieza a pintar de grisáceo las formas de los muebles y cuadros —que tan bien estaban de luto— me hiere y duele como si me hubiese convertido en un Nosferatu de guardarropía, que el tic tac del reloj del pasillo pasa —durante la oscuridad— por matices tan diferentes y opuestos que si alguien me dijera que su sonido es monocorde me reiría como un beduino al que se le afirme que el color del desierto es siempre el mismo; que hay cucarachas que me pasean por la tarima de mi dormitorio y

yo me esfuerzo en localizarlas, pero sólo escucho ese sonido tan misterioso que emiten, un cri-cri agudo y esquinero cuya única finalidad es desvelar a durmientes como yo y sumirlos en la confusión; que la noche trae al jardín ruidos y rumores tan diferentes que sólo su escucha me sume en un estado de delicia tan grande como el de una ópera de Mozart; que allí, en el jardín, cuando el silencio de la ciudad cae a ras de los matojos y las hierbas, se levanta el mayor guirigay que jamás contemplaron Estambul o El Cairo y que, si abro la ventana, toda la noche la paso dedicado al examen de mis invitados: las hormigas, que llenan los marcos de la ventana de dibujos punteados y traen de aquí para allá cosas diminutas; una salamandra inmóvil que miro y no miro y ya está allí porque ha entrado y tarda horas en dejar que las moscas se acerquen a ella, y entonces parece mentira que alguien que no se mueve tanto pueda moverse tan rápido; un grillo, que llama y llama y no pica a nadie, salvo yo, que no puedo complacerlo; el sapo que ronda la tubería de la piscina de al lado, y ya está ahí en la oscuridad hecha para sus ojos sólo, enviando a las tinieblas su llamada digital; la culebra, que vi una vez de pequeño, la única vez y ya no se deja ver nunca más, pero la oigo que se acerca para templarse la sangre a la luz de mi flexo, y a ratos se le escapa algún suspiro de placer; la tortuga, que se fugó hace años y sólo mamá la vio para mi primera comunión, pero vive por ahí, porque alguna noche oigo que se arrastra cerca de los muros y de repente le roza la concha con el cemento y se queda quieta, del susto, durante semanas antes de volver a moverse; y las carcomas, que se ceban en el pobre armario empotrado y a veces me hacen enfadar, ¡a callar! y dejan de comer un rato, pero tienen hambre y yo lo comprendo; o las arañas, que se columpian en sus telas mientras trabajan y se descuidan y chocan con el cristal y se quedan un rato balanceándose en su liana de seda o pegadas de su sedosa diana; luego se reponen y siguen a la faena; y no digamos los mosquitos, gordos, de primavera húmeda, que se me posan en los brazos y me prueban y no les gusto, y se van indignados y se corre la voz y no viene ninguno ya en todo el verano; o los moscones, que entran de golpe, chocando con todos los vidrios, y parecen gilipollas, pues tardan tanto en atinar con la salida que resulta increíble que hayan llegado a tan mayores y tan gordos; o las orugas, verdes como ellas solas, que andan por ahí inspeccionándolo todo como si estuvieran deprimidas, porque después se vuelven a su hoja y se les oye rascar de nuevo, rutinariamente; y qué decir los ratones, que hacen ruiditos dentro de los muebles y cruzan la habitación con su chepa y su correría mecánica, hasta que se zambullen en sitios de inverosímil pequeñez. Entonces me quedo quieto en la cama, apago la luz y me concentro placenteramente en todos esos ruidos, reflexionando sobre el hecho increíble de que la miseria me haya obligado a caer en ese pequeño universo que bulle a la altura de mis pies, un mundo desconocido que yo exploro con los cinco sentidos, sintiéndome el más dichoso de los seres y lamentando mi excesivo y erróneo volumen, que me impide pasar la noche sentado bajo un tallo de hierbabuena, fumando. Algunas

noches, a mitad de mi sueño, el viento portea alguna ventana, se escucha un trueno esmirriado, urbano, y las gotas vienen una, dos, tres, varias, infinitas, hasta que el chaparrón las manda callar y toda mi colonia de seres mínimos se bate en retirada cansina hacia sus cuarteles. Entonces, el tamborileo de la lluvia me adormece, si bien al alba me vuelve a despabilar el suave roce de los caracoles.

Es en esas noches cuando me doy inmensa cuenta de que la carencia —con la inmovilidad que trae consigo y la resignación que por fuerza ha de acompañarla— arrastra a los hombres hacia mundos más ricos y mejor poblados, en los que los diminutos seres que los habitan están en el perfecto y desordenado orden de la vida animal.

21

No he tenido más remedio, a la vista de mis tristes circunstancias, que comer basura algunas noches. Por la noche, no sé por qué, tengo más hambre que de costumbre. Y es cuando resulta más difícil comer. Bueno, puedo comer si me avengo a la vez a pasar la noche en un albergue municipal; pero yo tengo mi casa y mis cosas aquí, ¿para qué quiero dormir en un hangar lleno de camas, en un cuartel de mendigos rasos? La basura da un asco tremendo, pero todo es empezar. La primera vez, quiero decir, es la peor. Pero la materia no es mala. La de algunos restaurantes no es peor que la comida que en ciertos barrios de Madrid se saca a la mesa, sin duda. Además, cuando la pruebas te das cuenta de que su mal olor no es a veces sino una falsa impresión producto de la conjunción de tantos olores diferentes. Hay porquerías, desde luego, pero vuelvo a repetir que ha sido una auténtica sorpresa descubrir las posibilidades de la basura. Recuerdo que siempre de pequeños bromeábamos, en el colegio, con la idea de que trajeran niños indios y les dejaran hojar en nuestra basura. Ahora, después de haberme convertido yo en ese niño indio, me doy cuenta de que es verdad (tal y como celebrábamos) que se pondrían lustrosos. ¡La de cubos de basura que hay en Madrid! ¡Y la comida que hay en ellos! Algunos rebosan restos de comistrajitos exquisitos. Se me ocurrió el otro día, mientras rebuscaba en el cubo de un restaurante, que yo, si fuera basurero, estaría como una mesa camilla, de picar aquí y allí. Me eché a reír. Era una idea graciosa, la verdad.

Madrid es un emporio de basura. Cada noche, las tinieblas son agasajadas con miles de toneladas de comida en estado de inminente putrefacción. ¡Platos enteros, succulentos y calientes! ¡Asados, tortillas, cáscaras de las más variadas, pastelería y bollería fina, pastas, salsas, criadillas, legumbres, casquería, peladuras, de todo! Lo peor es el olor. Un olor a mierda, a podrido tan denso, que es difícil comer en esas condiciones. Las primeras veces que comí de la basura acabé por devolverlo todo. Para solucionar el problema del olor nauseabundo, me hice con unas pinzas de ropa; conseguí pasar algo bastantes noches.

Alguna bolsa aquí, otra allí, pan de las papeleras. Con la basura del Ritz y la del Palace me di algunos banquetes memorables. El Príncipe de Viana tampoco les va a la zaga, desde luego. En Zalacaín, en cambio, la presencia de las prostitutas (o travestis, que cualquiera sabe qué son) me impidió en más de una ocasión ponerme a gusto. Entonces me preguntaba si esas fulanas están así de lustrosas, así de restallantes, por la presencia de esa basura, de primerísima calidad. Es obvio que entonces no estaba al tanto de los precios de mercado de carne vial. Esto -y otros muchos- son restaurantes que yo conocía por ser sitios a los que solíamos ir cuando papá y mamá vivían. Cuando comía allí, las veces que papá tenía algo que celebrar o que hacerse perdonar, (o cuando Yolanda y yo hacíamos alguna locura, que no era raro), encontrándolo todo tan exquisito, pensaba que las sobras se las debían de comer los camareros, pero no debe de ser así. Cuando la fortuna me ha llevado a comer en esos establecimientos, pero a este lado de la puerta, he comprobado que no es cierto. Los cubos de basura que sacan estaban a menudo salpicados de los platos más exquisitos de la gastronomía española. Siempre me chocaba esa manía tan hortera de dejarse los platos a mitad, de considerar una ordinariéz comerse algo que te gusta y que te cobran al precio de oro. Es una costumbre bien fácilmente observable en los restaurantes de cierto nivel. Ahora, sin embargo, doy gracias al cielo por la estulticia de esa gente. Encontrarse, cuidadosamente caído entre algunas botellas o peladuras de frutas, una buena media ración de cocochas es una alegría difícil de imaginar para un profano.

Sin embargo, a raíz de una intoxicación que tuve el mes pasado, he dejado de ir a la basura. Me acuerdo muy bien de aquel día. Fue en el cubo del Jaún. Nada más levantar la tapa, allí estaba. Era una foie de pato, riquísimo, acompañado de una salsa de ciruelas pasas. Lástima de Sauternes. No sé, creo que la salsa estaba engrosada con maicena, en vez de roux, que hubiera sido lo correcto. Dios me libre de asegurarlo, de todas formas. Es tan sólo una impresión. Me explico que se lo dejaran. Bueno, me intoxicqué de lo lindo. El foie es muy delicado, todo el mundo lo sabe. Por eso he dejado de comer basura. En alguna ocasión todavía pico, pero poco. Además, una vez, después de hojar en un cubo, me olvidé de la pinza puesta en la nariz y me volví a casa con ella puesta. Algunos noctámbulos me miraban por la calle con una cara de sorna tremenda y yo sin saber el motivo.

Desde entonces me las arreglo de la siguiente manera. Por el día voy a los comedores de beneficencia. Por la noche como cualquier cosa, pan, pasta, o busco algo en los cubos del barrio, que no tienen las exquisiteces de los restaurantes, pero que lo que tienen es de fiar. Los comedores son lo que se conocía antiguamente por la sopa boba. Hay varios en Madrid, la Hermandad, las hijas de la caridad, San Francisco, el de la madre Teresa, el de Arganzuela, etc., algunos de ellos de curas, otros de la concejalía de asuntos sociales (lo que viene a ser lo mismo), casi

todos de una calidad similar. El de Martínez Campos es sólo correcto. En cambio, el de centro, que está al lado del Cine Ideal, es mucho mejor. Se nota que el cocinero tiene una sólida formación en salsas y no es sólo un restaurador típico de casa regional o de hotel, un defecto éste muy frecuente entre los cocineros españoles. La carta de vinos es breve, pero muy elegida. El menú, también escueto, es excelente, aunque quizás demasiado recargado de hidratos de carbono para mi gusto. En conjunto, la presentación es impecable, si bien a veces la clientela, un punto ordinaria para lo que acostumbro, protesta a grito pelado y aguardentoso. Y eso que no pagan nada. No sé que harían si les pusieran dolorosas rebosantes de IVA tras los postres y los eructos.

Sin embargo, como bien se dice que no hay mal que por bien no venga, he venido a conocer a mucha gente de gran interés, gente con la que jamás me hubiera topado de haber seguido alimentándome exclusivamente de basura. He hecho un par de amigos. Amigos de verdad, de los que le prestarían a uno lo diez dures de los curas de Medinaceli en caso de apuro. El mejor de ellos se llama Eustaquio Menéndez y, en tiempos, fue albañil, de los que ponían el terrazo y los mármoles con el mango deshilachado de la maceta, cuando el terrazo era el último grito. Eustaquio es aragonés. Bajito, no medirá más allá de metro y medio, pero es muy membrudo, con unos antebrazos llenos de músculos y las piernas algo dobladas hacia adentro, como los jockeys. Tendrá alrededor de cincuenta años. Fuma colillas que recoge y mete en una bolsa de fieltro y tose como un condenado. Tuvo la tuberculosis y estuvo dos años en la sierra, recluido. De ella le han quedado un oído, como dice él, de violinista y unos dolores de cabeza que le traen a matar. Tiene gran éxito entre las mujeres, principalmente debido a sus ojos y la manera de mirar que gasta cuando se encuentra delante de una. Parece que va a saltar sobre ella. pero no es una mirada de rija, no. Es de sorna. Eso las desconcierta y caen sin remisión. Tiene un gran corazón, al menos conmigo. Desde que me vio en los comedores, perdido, con mi ridículo traje de gales algo raído, sin saber dónde sentarme, me apadrinó y me protegió de algunos portugueses que me querían sacudir. Me ha enseñado nuevos sitios y algunos trucos de la profesión —ser un mendigo es una profesión dura y sin compensaciones— como, por ejemplo, el registro de papeleras en busca de pedreas que la gente no cobra por vergüenza o porque no tienen niños que enviar a la lotería. O la recolección de periódicos a la puerta de los pisos para revenderlos luego en los quioscos, o la venta de sangre en los laboratorios, para salvar vidas humanas y muchas cosas.

Eustaquio me invitó a su casa el otro día. Es un mendigo con amplios conocimientos de Artes Plásticas. Vive en el Museo de Escultura al Aire Libre, en Castellana con Juan Bravo. Con ayuda de unos cartones, que esconde debajo de la peana de una obra, se confecciona un cubículo en el que apenas cabe él mismo tumbado. Allí tomamos una copa de chinchón, escuchando el clan-clan de los coches al pasar por encima de

nosotros. Hay un olor a orines tan grande que he de reconocer que las veces que he ido he echado de menos la pinza de la nariz. Pero no le puedo hacer un feo. No la llevaré si me invita otra vez.

Estuvo trabajando de albañil en Teruel y le salió un contrato en Madrid, a donde vino en 1968. Aquí se casó y tuvo dos hijos. Los dos viven en Suiza. Hace años que no los ve. Tuvo otro más, pero nació muerto. Su mujer murió atropellada por un turismo al bajar del autobús. El, cuando ella murió, cogió la pena negra, dejó el trabajo y estuvo más de un año en el paro. Cuando intentó volver, ya no encontró dónde. Ahora dice que no quiere trabajar más. Le he preguntado cómo no se va a Barcelona o a Sevilla, que dicen que hacen falta muchos albañiles por allí y que pagan muy bien. Pero me ha repetido que él ya no quiere ser albañil, que a él la sopa boba le sienta de maravilla y que, además, ahora se siente alguien importante. Le he preguntado por qué. No me imaginaba la respuesta. “Cuando era albañil y me ganaba el jornal honradamente y en la Cruz todas las putas sabían que era solvente y dejaba buenas propinas, nadie me miraba por la calle. Ahora, en cambio, que no tengo dónde caerme muerto, me sienta en la Gran Vía con mi caja de vino y todo dios me mira. De reojo, pero me miran. Y he salido hasta en los papeles. Y, ¿saber por qué? —me ha preguntado, mirándome ladinamente con su ojo nublado, desportillado por una esquirla de terrazo—. “No” —le he contestado—. “Porque somos el demonio, hijo, el mismísimo demonio”, ha remachado antes de dar un lengüetazo sobre la colilla que acababa de liar entre sus dedos negros, rematados por uñas de gavilán.

22

Hoy me he encontrado con Yolanda. Ha sido toda una experiencia, algo casi demasiado fuerte para mi debilitado organismo. La verdad es que estoy todavía muy confuso y no sé cómo he logrado resistirlo y llegar a casa sano y salvo. Si se hubiera tratado de una cita acordada de antemano, no habría sido capaz, sin duda.

Estaba sentado en la calle Preciados —a donde a veces me lleva Eustaquio para pedir, mientras nos entretenemos con los espectáculos callejeros que hay por allí— y teníamos el pañuelo extendido a nuestros pies, con algunas monedas encima, que ponemos de reclamo para que la gente no crea que es la primera, ni sobre todo la única, en aflojar la mosca. Echábamos unos tragos de tetrabrik cuando la he visto. A poco se me para el corazón de la agitación. Venía muy tiesa, con ese andar suyo tan increíble que tiene. Estaba más delgada que nunca, y a través de una blusa color pimienta se le resaltaba, firme, el pecho, hipnótico y maravilloso. Me he apresurado a retirar el pañuelo con el dinero —a pesar de las protestas de Eustaquio— y me he quedado rígido, rogando a Dios que no se fijase en mí, que no me reconociera, y mirando en dirección opuesta a su marcha (hacia Sol, pues ella venía de Callao), a la vez que intentaba improvisar atropelladamente una conversación ficticia con Eustaquio. Menos mal que él se ha dado cuenta de que algo pasaba y me ha seguido la corriente,

con un deje de sorna interrogadora en el mirar. Yo, con la cabeza vuelta, seguía esperando que pasase de largo. Pero no pasaba. He visto que mi compañero miraba por encima de mi cabeza y que sus ojos permanecían quietos en un punto. En ese mismo momento, he escuchado una voz que decía: “¡Alberto! ¿Qué haces tú aquí?” Me he girado, simulando sorpresa —pues el susto no me era preciso recrearlo— y la he visto. Me he puesto en pie. Las piernas me temblaban bárbaramente, como si me fuera a caer. Estaba guapísima. Como entonces. Y esa sola constatación ha bastado para hacerme sentir un pinchazo en lo más hondo del pecho. En los años transcurridos desde nuestra ruptura —tres— su expresión y su piel parecían haber adquirido un toque terso y nacarado, y su ligero ceño una determinación aún mayor, cosas ambas que la hacían aún más atractiva que entonces. Hemos intercambiado unos besos mejilleros y yo, sin saber qué hacer, le he presentado a Eustaquio quien, al saludarla le ha dado un repaso visual de arriba abajo —con esa cara de hijo de puta que pone cuando tiene delante una mujer guapa— que me ha sumido en el más hondo de los bochornos. Me ha preguntado a que me dedicaba y le he dicho —armándome de valor y comprendiendo que la única manera de salir airoso era no cortándome un pelo— que ahora reventaba alcantarillas y andaba a lo que saltase. “Muy propio de ti” ha afirmado, incrédula, con una sonrisa entre maternal y cariñosa. Me ha dicho que acababa de comprarse un piso allí cerca, que por qué no iba a verlo con ella. A pesar de que lo había dicho con la boca pequeña, le he dicho que sí. Estaba algo más tranquilo. Tras despedirme de Eustaquio, la he acompañado. El piso estaba —me ha explicado— cerca de la Plaza de Oriente.

—¿Cómo tú andando? —he dicho, para descargar un poco el hielo. Ella es una automujer de los pies a la cabeza.

—Estoy ahora supersana. No sabes lo que ando.

—Pues anda que yo, no te quiero contar —he replicado con sorna.

—¿No te compras coche todavía?

—No.

—¿Sigues en tus trece, eh? —me ha dado un empelloncito en el hombro. Mi nerviosismo iba cediendo sordo paso al desconcierto.

—No. Es que no tengo dinero. Aunque quisiera, que no quiero, no podría.

—¡Anda ya! Si te lo han dejado todo.

—¿Qué todo? Ya me lo he gastado. En las tragaperras.

Se ha reído, creyendo que le estaba tomando el pelo. Pero la sombra de la duda ha aparecido por primera vez en su rostro. He visto entonces que ella estaba también algo nerviosa. ¿Por qué me llevaría a su casa? La idea no descartable de un posible polvete ha empezado a revolotear por mi mente, poniéndome un aleteo de gorriones en la boca del estómago.

—Si necesitas pelas, yo te puedo dejar algo —era sincera, siempre ha sido muy generosa.

—A la orden. Esperaré a ver el piso antes de fijar la cantidad.

Ha esbozado el comienzo de una carcajada, pero no se ha reído, sino que el gesto ha degenerado en una mueca picarona, algo falsa. He notado que se me empezaba a poner dura y crecía notablemente de tamaño.

—¿Has despabilado, eh?

Yo procuraba no adelantarme mucho ni sepárame de ella demasiado, porque sabía que si lo hacía corría el peligro de darle ángulo para que me inspeccionase atentamente, pero tampoco quería que le llegaran mis efluvios. Hemos pasado por Ópera y le he preguntado, intempestivamente, como si nos acabáramos de encontrar:

—Y bueno, ¿qué tal te va?

—¡Superbién! La verdad es que no me puedo quejar —ha asentido varias veces, como tratando de convencerse a ella misma también—. Ahora trabajo mucho. Me he vuelto una curranta.

—¿Es que conmigo no currabas?

—No, hombre, no es eso. Lo que pasa es que no me dejabas respirar —ha hecho un mohín pícaro que me ha excitado enormemente. Me la he tenido que recolocar disimuladamente.

En mi pecho había algo, inexplicable, que se había encendido de pronto. Algo que me había levantado del suelo un par de centímetros. Pero ¿tendría ya algún novio? Seguro que sí —me decía—. Lo mismo se ha casado y todo. No llevaba anillo, he comprobado con alivio.

—¿Sigues con las antiguallas? Ha afirmado con la cabeza varias veces. “Sí. Ahora he puesto una tienda.”

Hemos llegado. Era un edificio enfrente del Teatro Real. El portal era señorial, imponente. Después de ascender por una escalera de mármol, en la que las lámparas eran estatuas negras de bronce modernistas que —en pelota picada— sostenían las tulipas, nos hemos enfrentado a un portón enorme, de dos hojas, una de las cuales Yolanda ha abierto con ayuda de dos llaves de extraña forma, y pasado a un piso amplio, amueblado con piezas de anticuario y alfombras orientales, bajo la luz cegadora de los halógenos. Todo estaba nuevo y resplandeciente, como si los instaladores hubiesen tenido el tiempo justo para no tropezarse con nosotros. Me ha enseñado los salones y los baños —había tres— y una inmensa cocina llena de campanas, electrodomésticos acerados y presidida por una isleta de cocinar provista de una encimera de granito negro.

—Parece que te va bien con el arte— observé. No sabía qué decir. La metafísica de interiores siempre me ha puesto algo nervioso.

El cuarto de baño de su dormitorio estaba immaculado. Parecía una cocina.

—¿No te da pena cagar ahí? —nos hemos reído, un poco algo cansinamente, como pasa con los chistes escatológicos.

Ya no la tenía dura.

—¿Vendes mucho?

—Regular —me pareció que decía la verdad—. Hay mucha competencia.

—Ya.

Ha seguido un silencio tenso, que Yolanda ha roto por fin.

—El jefe, que es mucho jefe —hizo un gesto admirativo, enarcando las cejas.

—Sí, ya veo. Vaya genio, qué rumboso —he reído— ¿La ha palmado?

—¡Nooo! ¡Qué vaaaaa! Se levantó un día hasta los mismísimos y vendió la fábrica. Estaba martirizado a impuestos, y luego lo de ETA. No ganaba para gastos. Ha repartido una parte.

—¿Qué fábrica? ¿La de tarimas y muebles?

Yolanda afirmó con la cabeza.

—¿Te acuerdas de que estuvimos juntos viéndola?

—Claro. Luego he conocido a un tío que trabajaba allí. Se quedó en el paro. Los nuevos dueños la cerraron para hacer una urbanización.

—Sí, algo me dijo mi padre. Y ese que conocías, ¿no sería alguno de los diseñadores?

—No —he guardado silencio un instante—. Un peón. A veces comemos juntos, es un sibarita —me he sonreído misteriosamente.

Yolanda ha traído unas bebidas en una bandeja llena de chismes y vasos por estrenar, algunos con etiquetas todavía pegadas al culo. Luego, ya con un vaso entre las manos, recostada en el sofá, me ha preguntado:

—Y tus piezas para clave, ¿las has publicado?

Denegué con la cabeza.

Iba a decirme algo, pero se lo ha pensado mejor. Yo no sabía qué hacer. Quería cambiarme de asiento, para ponerme más cerca de ella, pero tenía miedo a que mi hedor la asustara.

—Qué raro. La verdad es que podrías ser un gran músico si quisieras.

—Cada uno es lo que es —me limité a afirmar—. Qué le vamos a hacer.

—Ya, hombre, ya me entiendes —ha hecho un gesto con la mano.

He recordado que el calzoncillo lo tenía sucísimo. Y los calcetines hedían, pero me he acercado y le he tomado la mano, de tal forma que a poco se derrama el contenido de su vaso.

—Estás en los huesos, Alberto, ¿te pasa algo? —ha puesto cara de intensa preocupación. Su interés por mí era meramente clínico, maternal.

Su mano estaba anormalmente fría y quieta dentro de la mía, inerte como un hámster que llevase días muerto.

—He pensado mucho en ti— dije. Era una frase imbécil, lo reconozco, pero no era mentira tampoco.

—No empieces, Alberto— su deje era de consternación. Todo su cuerpo se retraía como el de una tortuga asustada—. No has cambiado.

He reído, confuso. Mientras bebía la cerveza, he comprendido que sólo me había traído hasta allí porque estaba contenta de verme, como quien se encuentra con un primo lejano, y quería enseñar el piso, sin importar a quién. Además, la visión de su cuerpo me ha llenado de perplejidad. Un par de veces que se ha inclinado para coger el vaso o coger unos panchitos, no he podido evitar sondearle el escote, abierto hasta el canalillo entretetil. Ella, entonces, se ponía la mano sobre el ojal provocador, tapándose disimuladamente el precioso nacimiento de las tetas. Me parecía increíble que aquel cuerpo hubiera estado tantas horas junto al mío, que tantos cientos de veces hubiéramos mezclado nuestros sudores. La sola idea de que ahora, con toda la naturalidad se prohibiese el paso incluso a mi mirada inofensiva y mendicante me producía un dolor tan intenso en no sé qué parte del pecho que sentía que las cosas no podían permanecer en el mismo sitio en que estaban, que el reloj no podía seguir tictaqueando cansinamente, que mi corazón no estaba autorizado a batir como si se creyese un metrónomo, que debía ponerse a galopar y cocear como un caballo ciego, que la rutina debía romperse en mil pedazos y la gente tenía que correr por las calles como si hubiese un bombardeo aéreo, que los metros debían inundarse y los túneles escupir cadáveres aferrados a sus portafolios, que, en definitiva, solo una inmensa y universal desgracia colectiva podía mitigar el megalítico escozor de aquella llaga purulenta en la que Yolanda, con su solo gesto instintivo, había exprimido el limón de su cortesía distante y cariñosa.

En ese instante, la puerta del piso se ha abierto y se ha oído un portazo. Al momento ha aparecido un tipo joven que, al entrar en el salón, ha dejado —tirado— su cartera de cuero sobre uno de los sofás y ha besado a Yolanda en los morros. Aquello me ha terminado de indignar, y me he sentido como alguien que es retado en duelo y a quien sólo queda el consuelo de elegir el arma. Era un ser humano como yo, pero al revés. Con el pelo algo acaracolado, cara ancha y recia, vestido a la manera de los chicos de mi barrio, es decir, con chaqueta cruzada, camisa a rayas finas verticales y algunas marcas adheridas por diferentes esquinas de la ropa. Yolanda se ha incorporado un poco para presentarnos.

—¿Así que tú eres el famoso Alberto? —ha dicho al tiempo que rasgaba el sobre de una carta que traía en una mano.

No he sabido qué decir de pura sorpresa. Yolanda ha mediado.

—Tacho es auditor.

He asentido.

—Auditor —he repetido con voz ronca—. Y ¿qué se dice por ahí?

El tío ha reído sin muchas ganas y ha dicho.

—¿Tú de qué vas, de gracioso o qué?

He mirado a Yolanda.

—Supongo que este será el novio.

—Supones muy bien —ha respondido secamente.

—Y ¿vivís juntos ya aquí? Sí que está moderno el jefe.

—Sólo él vive aquí de momento. Yo sigo en casa.

—Ajá —asentí varias veces—. No interrumpo nada, supongo.

Tacho estaba serio. Se veía que no sabía cómo sacarme de la casa.

—Y la habitación del jefe ¿dónde la habéis puesto?

Yolanda me ha mirado con tal furia que me ha animado todavía más. Me he vuelto hacia Tacho.

—Porque ya sabes cómo es el jefe. Él también requiere sus cuidados de vez en cuando —he hecho unos gestos obscenos y copulativos con los brazos al tiempo que le guiñaba un ojo—. El que paga es el que paga, ya sabrás eso, tú que eres auditor.

Tacho se ha levantado, lívido, y ha desaparecido dando un portazo, afirmando que no me daba una hostia porque era amigo de Yolanda.

—Vete —me ha dicho ella en cuanto nos hemos quedado solos. No le he hecho ni caso. He hecho un gesto con las manos abarcando el piso y los muebles.

—¿Con que era esto? —lo he acompañado de un gesto teatral, casi demasiado, patético sin duda. Todavía me maldigo, horas después, de semejante bobería infantil.

No decía nada. Su rostro estaba sumido en una sombra que daba miedo. Se ha soplado hacia arriba para apartarse el pelo del flequillo, en un gesto que tan bien recordaba y que solía ser el desencadenante de una pelea. Qué hermosa estaba.

—Vete, por favor —ha repetido. Su voz era queda y helada.

—De esto iba todo —he afirmado, como si por fin hubiera llegado a una conclusión irrefutable, lapidaria, consoladora.

Caminando como un sonámbulo por la calle Bailén, he sentido que me apetecía llorar, pero ni por un momento he pensado que me lo podía permitir. ¿Por qué iba a llorar yo? Me he detenido en el pretil del paso elevado y he irrumpido en sollozos. No era solo la amargura de comprobar que Yolanda era feliz sin mí. Era más bien el darme cuenta de que todo el gran castillo de naipes que yo había edificado en su ausencia —sobre las verdaderas causas de su

espantada— se derrumbaba estrepitosamente, y yo volvía a enfrentarme a la realidad inaceptable de mi condición de ente olvidado y preterido, masa de huesos y vísceras tan dolorosamente indiferentes para ella como la de cualquier otro, a la idea insoportable de su carne mórbida y sagrada, ya para siempre terreno vallado y prohibido para mí, siendo manoseada y ultrajada por aquel auditor impresentable de camisa a rayas y modales de macho de gimnasio. Me he dado cuenta, por si fuera poco, de que aquella pataleta mía y la escena consiguiente constituían la prueba más fehaciente de que mi amor por ella y la añoranza punzante de su cuerpo —ahora convertida en una ascua ardiente sobre la que aquel encuentro había sido como un viento que con su soplo la hubiera despojado de la engañosa capa de ceniza fría que la cubría— habían crecido desorbitadamente en mí, pese a todas las aseveraciones y excusas vanas de la razón. Ahora sí que se ha acabado todo, me decía entre amagos de sollozo, acodado en el pretil de hierro. Ya soy un hombre solo. Dentro y fuera de mí. Solo y solo.

23

Hacia ya días que me ocurría algo extraño. Vagaba por la casa y acababa subiendo al zaguán y deteniéndome delante del clavicordio. Sin saber por qué, lo destapaba y me quedaba un instante allí parado, delante de las teclas de marfil, pensando en otra cosa, o preguntándome por la razón de que aquel instrumento fuera la meca implacable de mis peregrinaciones hogareñas. Hoy he descubierto el porqué. Había decidido venderlo. Mientras permanecía sentado en la banqueta trabajada en policromía, me he dado inmensa cuenta de que ya lo había vendido hacía tiempo, sólo que mi cabezonería e indecisión me habían impedido consumir el acto, consistente en ir hasta la tienda y aceptar el menguado cheque que sin duda me alargarán apresuradamente cuando se enteren de que custodio en mi jaula amueblada un Jacobus Kirckman del XVIII. He empezado a tocar unos aires del álbum de Ana Magdalena y, aunque las teclas sonaban, las que sonaban, formando una melodía plana y de una monocordia exasperante, mi imaginación ponía la tensión que las cuerdas habían ido perdiendo con el tiempo y no bien acababa con la última de las notas cuando volvía —sin el menor respiro— a interpretar la misma melodía, que es así más o menos: tan-tan-trtrtrtr-ti tan, ta-ta tan, ta-tan ... y que no es sino un fragmento que sirvió para que Bach, variándolo con maestría y a placer, demostrase que todos estos músicos de hoy son un atajo de maricas y que la música ha muerto de muerte natural porque no hay arte que sobreviva a un Bach o a un Haendel, y punto. Bueno, esas variaciones, que nunca conseguí interpretar correctamente del todo, son las variaciones Goldberg.

Así, tocando la misma impenitente pieza, que caía sobre el aire denso del zaguán como el estilete de un encefalograma plano sobre el papel pautado, ha ido pasando la mañana y, hacia la hora de comer, he vuelto a arrojar la

colcha sobre las teclas y he salido caminando hacia una gran tienda de música que hay en el centro, muy cerca del comedor para pobres a mucha honra en el que iba a regalarme. Hacía calor hoy. Me sentía extrañamente avergonzado de mí mismo por el hecho de vender una pieza que a papá le costó grandes esfuerzos y a la que tenía gran cariño, pero no podía hacer otra cosa. Tenía que conseguir dinero de alguna manera. ¿Cuánto podría sacar por el clave? Al menos cinco millones, esperaba. Hacía un buen calor hoy, me sudaban los sobacos y estaba nervioso, ya que no me encontraba muy seguro de mí mismo. Estoy tanto tiempo solo —o, lo que es lo mismo, conmigo— que me cuesta un dolor relacionarme. Además, una cosa es ir a comprar un clavicordio y otra ir a venderlo. Vender cosas es siempre despreciable. Los que venden cosas propias, en según qué círculos, son los pecadores de la nueva religión. Vender el clave. La idea se me hacía inadmisiblemente, insufrible. Pero seguía caminando, como un robot, en dirección a la tienda de música. Y qué ganas de follar tenía, por dios. Pasaban unas titis que daba gloria verlas, con sus faldellines de cuero marcando la parte más bonita de los muslos, los piececillos dentro de esos zapatitos de caramelo, el pelo limpio y sedoso, todas pavisoseando, chicleteando en manadillas de tres o cuatro. Al fin y al cabo, estamos en esa época del año, ese breve período de transición en el que todas las marías tienen el chirri hecho un bebedero de patos. Vaya, ¡qué grosería acabo de escribir! Bueno, estaba ya llegando a la tienda de música y carraspeaba para sacar saliva del nerviosismo y comportarme como un auténtico chamarilero del rastro. Quizás debiera de haber contado con los servicios de alguno de ellos. Al fin y al cabo, si consiguen vender una silla de rejilla por el precio de un confidencias del XIX, bien podrían encajar mi clave por el precio de un órgano barroco. Pero mejor que no. Lo mismo me cambian el teclado y me le ponen manubrio, como a los organillos. No, mejor. Y la sintaxis, mientras avanzaba en contra de mi voluntad hacia la véndida de mi clave, se me estaba moviendo un poco. Es bien extraño esto de la sintaxis. Se me tambalea a veces, cuando estoy nervioso o tengo un compromiso social. ¿Me estaré volviendo insociable? Nunca lo he sido en demasía, ni falta que me ha hecho. Bueno, tranquilidad, me decía, a fin de cuentas, el clave es tuyo todavía. He llegado al escaparate y me he repasado en la luna antes de entrar. Estaba medianamente pasable. He chafado mi pelo un poco y he ensayado algunas de las frases iniciales con las que encaminar mi transacción. Hum, hum, hum, hum, carraspeaba. Después de empujar la puerta, han sonado las campanillas celestiales en el fondo de la tienda. Al encontrarme solo sobre la moqueta reluciente, me he dado cuenta de que me tenía que haber duchado. Es un dilema esto de ducharme, porque, si me lavo, lo notan enseguida en los comedores de caridad y no les gusta servirme en esas condiciones. Piensan que he pasado la noche en el albergue municipal y que me avengo a ducharme, lo que es señal de poca dignidad y mal precedente. O que voy allí para meter las narices en la miseria del prójimo. El comedor, además, es un comedor para pobres mugrientos, no para mendigos que aparezcan apestando a brando o a Floyd y a colonias del día del padre, que son las últimas que quedan en casa. Al fin y al cabo, yo me debo a mi gente. Pero es cierto que tampoco puedo

hacer lo que he hecho hoy, y es presentarme en una tienda distinguida y enmoquetada, en la que suena de fondo la suave música del English Concert (con instrumentos originales) y plantarme allí —entre pianos de cola brillantados— apestando a vino de tetrabrik y envuelto en una nube de gases tóxicos formados por cuatro moléculas de garbanzuelio y tres de oreja, y proclamar que quiero vender un clavicordio inglés de diez millones de pesetas. Ha sido en el intervalo entre el sonido de la campanilla y la aparición de la empleada —cadereando sobre la moqueta— cuando me he dado cuenta de que era una locura lo que estaba haciendo. Y entonces, el pánico ha dado con mi sintaxis por los suelos. Esta ha caído como un decorado para Cecil B. de Mille. Terrible. La tienda se ha desvaído un poco a mis ojos. No era capaz de articular correctamente la frase que llevaba preparada y ésta era, ahora la reconstruyo: “Tengo un clave que desearía vender.” Bien fácil. Pues su articulación ha sido imposible de todo punto. A cambio, he pensado que la empleada tenía una virtuosísima variación a cuatro manos, he tosido varias veces, he hecho señas agónicas en dirección a un clave que había en un rincón, me he rascado profusamente y la tienda entera ha girado alrededor mío, como un tiovivo. Pero, en vez de decir que tenía un clavicordio del XVIII, de Jacobus Kirckman, para vender, le he dicho que me enseñara dieciocho clavicordios y, luego, no sabiendo mi maquinaria sintáctica qué hacer con el artesano, pues he enunciado su nombre, en un tono entre operístico y pregonero: ¡¡¡Jacobus Kirckman!!! La señora ha dado un brinco sobre sus zapatos de cocodrilo y se ha llevado una mano al cuello, mientras la escasa clientela, un par de hombre entrados por los años con ceño de melómanos, se ha vuelto y me ha mirado furibundamente, como pidiendo explicaciones o aquel horrisono berrido en sus oídos operísticos. La empleada, a su vez, desengarfándose el cuello, se ha echado esa mano a la bajoteta opuesta y ha retrocedido un par de pasos hasta culodarse con la banqueta de un Steinway & Sons. En su mirada había tal espanto que he pensado por un momento que creía que yo era el mismísimo míster Kirckman, que me había levantado de la tumba para pedirle la comisión por todos los claves que había vendido desde mediados del Settecento. Yo, por mi parte, tenía una sensación rara, como de hundirme cada vez más en la moqueta, como si los gnomos me estuvieran aserrando los fémures por dentro de mis piernas y mi esqueleto se hincase en las tinieblas del sótano de la tienda de música. Pero no me he movido, a pesar de todas las sensaciones que acompañaban a un temblor de piernas exagerado. La buena mujer ha ido hasta la caja registradora y, después de darle un par de vueltas al manubrio, haciendo así sonar la campanilla del parné, ha sacado una chapa de veinte duros, ha taconeado otra vez hasta mí y me la ha puesto en la palma, empujándome hasta la salida y diciendo no sé qué de Dios.

Luego, ya en la calle, me he recuperado de mi angustia y he conseguido lanzar algunas paletadas de argamasa sobre mi sintaxis destartalada. He echado a andar a casa, abatido por aquel nuevo fracaso crematístico que ponía más peliaguda mi situación económica y alimenticia. Al cabo de un rato, me he preguntado por la razón de aquel lapsus lingüístico

y he llegado a la conclusión de que el habla funcional estaba empezando a ser una característica muy secundaria de mi capacidad de comunicarme. Quizás de tanto escribir cosas tan etéreas como las que normalmente reflejo en mi diario estaba empezando a perder la capacidad de decir cosas simples como: ¿Me podría decir qué hora es? o ¿Sería tan amable de indicarme dónde está la calle tal? Eran frases que, en inglés, en francés, me preparaba concienzudamente antes de abordar a alguien. ¿Estaba socavando las raíces de mi castellano? He tenido que reconocer que se trataba de una idea extremadamente inquietante. Quizás la sintaxis era, efectivamente, un castillo de naipes, y yo, con mi continua labor de zapa y pluma, había retirado —sin advertirlo— uno fundamental, bajero, insustituible.

24

Después de vagabundear todo el día por el centro, me senté ayer a pedir un rato en la esquina de Alcalá con la calle Cedaceros, pero nadie me dio nada. Por fin, cuando ya empezaba a estar entumecido, apareció Eustaquio y fuimos, en compañía de un amigo suyo que iba con él, a tomar unas cazallas a Carretas. Allí me lo presentó. Se llamaba Ignacio y aparentaba alrededor de treinta años. Eustaquio, poniéndole la mano en el hombro, comentó que era nuevo y que todavía estaba un poco verde en algunas materias. “Aquí donde lo ves, Alberto, este hombre lo ha sido todo en la vida, y con sólo treinta años.” El aludido esbozó una sonrisa algo lela, pues el tal Ignacio era bajito, con cabeza de pera y pelos afilados hacia arriba, barba rala de dos días y un andar cansino y achaparrado que ponía difícil la aseveración de mi amigo el albañil. Además, sus ojos —de un azul tan intenso que producían cierta desconfianza— giraban constantemente a fin de no entrechocarse con los de su interlocutor de turno, lo que no era propio de una persona que lo ha tenido todo. Sin embargo, yo permanecía a la escucha, pues el hombre, de puro tímido, se vio —ante semejante afirmación y no mediando en su favor el hecho de que anduviéramos por la tercera copa de chinchón seco— en la obligación de justificarse. “Todo lo he tenido y todo lo perdí.” Su voz era algo aflautada y se relamía los labios de los restos de saliva seca, jironcillos y piltrafas de piel descamada que la fonación le dejaba por la boca, y hacía curiosas muecas después de callar. “¿Y eso? El hombre miró hacia el suelo y acabó por musitar. “Me casé.” Miré a Eustaquio y éste se limitó a asentir cachazudamente mientras removía la copa de chinchón. Yo insistí, tratando de mostrarme igualmente ladino. “Por casarse no pierde todo uno. Al contrario, dicen que todo se gana.” Me miró tan torvamente que creí que me hacía partícipe de la culpa de su desgracia. Pero su mirada —a lo que yo podía ver— se aplacó una miaja y luego empezó a hablar: “Yo, que soy de Albacete, estudié corte y confección. Vamos, que soy sastre. Allí en Albacete, conocí a un hombre —uno de mis clientes— que se interesó por mí y dijo que tenía una tienda de ropa en Madrid y que necesitaba un patronista. Me dijo que deseaba hacerme

unas pruebas y que si le convencía, el puesto era mío. Vine a Madrid en un viaje relámpago, hice las pruebas, corté algunos patrones, e hice unos modelos, hasta que el hombre se convenció y me contrató. Me vine, pues, con todas mis cosas a hacerme una nueva vida en la capital. La verdad es que las cosas no iban medianamente bien allí y no perdí mucho con dejarlo.” Se detuvo un instante y apuró un trago de su copa mediada. Yo le animé a seguir con un gesto de impaciencia. “Al principio, todo fue bien. Trabajaba como un descosido y todo el mundo estaba contento. El jefe venía de vez en cuando —poco— y se daba una vuelta por la tienda, pero no hacía mucho caso de nosotros y el negocio —que no era pequeño— lo llevábamos entre el gerente y yo. Él se encargaba de la tienda y yo del taller. A los dos o tres meses de estar aquí conocí a una chica, que trabajaba en el almacén de telas que nos surtía. Pronto empezamos a salir juntos y nos hicimos novios. Al año o así, decidimos casarnos.” El hombre calló, tomó su copa de chinchón y la apuró. Quedó después absorto en una nube de acendrado mutismo. Yo estaba perplejo. ¿Sería capaz de dejarme así, en suspenso? “¿Y bien?” le animé a seguir con la historia, impaciente. Me miró —por primera vez— a los ojos. “Y bien ¿qué?” “¿Cómo acaba tu historia?” Se enfureció. “¿Pues no lo estás viendo, recristo?” Eustaquio le pidió otra copa de chinchón y le puso la mano en el hombro para calmarle. Lo zarandó amistosamente. Hizo en mi dirección una seña de inteligencia para que no insistiera. Yo me quedé perplejo, acodado a la barra, negándome a admitir que una historia que empezaba tan cervantínamente tuviera colofón tan súbito.

Quando el sastre se hubo ido a vagar por el Paseo del Prado, mi camarada me contó el resto de la historia. Al parecer, el jefe del negocio —pese a ser hombre casado y con parentela— tenía un vicio secreto, ya que gustaba de disfrazarse de mujer y andar por el Madrid nocturno haciendo de las suyas. Y claro, se servía de Ignacio para que le confeccionara trajes de fantasía con los que se contoneaba por María de Molina y enganchaba a su clientela, pues, al parecer, llegó a tenerla. Entre tanto, Ignacio, que se había casado, pidió un préstamo a treinta años para comprarse un piso en Moratalaz, otro, a cinco, para amueblarlo y un tercero, a tres, para el coche. Todo iba como sobre ruedas. Ignacio trabajando como una mula, la mujer, en la tienda de telas, y ya iban a encargar un rapaz cuando el jefe empezó a llamarlo por las noches. Quería que le acompañara en algunas correrías y, claro está, él no se podía negar por miedo a perder el empleo, pero tampoco se lo decía a su mujer, por temor a que se creyera que se los estaba poniendo. Así que, entre las noches que se pasaba medio en blanco para acompañar al jefe en sus picos pardos y las que debía de ir al taller para adelantar la faena que la francachela iba arrinconando, empezó a pasar por el lecho conyugal menos de lo que debía, y la mujer pilló la mosca. Hasta que un día, a las cuatro y media de la mañana, el jefe llama y, todo azorado, le ordena que vaya para María de Molina, que está en una cabina, que se le ha soltado el cierre del faldín de cuero y que no se le tenía y había un caballero esperándole,

que viniera con aguja e hilo, que no podía ni moverse por miedo a quedar en pelota picada. “Ignacio, pobre, qué iba a hacer, lógico” —Eustaquio asentía al hablar— “el jefe es el jefe. Va para allá en el coche, lo encuentra apostado en un portal, saca el hilo, le hace el pespunte para que se aguantara por lo menos hasta la mañana y justo estaba arrodillado allí e iba a cortar el hilo con los dientes, como hacen los costureros, cuando aparece la pasma en el portal. El madero que lo ve allí con los dientes arrimaos a la bragueta y al jefe vestido de lagarterana, pues para qué quiso ver más, estando como estaban en María de Molina.” Eustaquio estalló en una enorme carcajada. Los ojos se le achinaron y la frente se le pobló de arrugas. “Se me está mal el reírme, — se secó las lágrimas— pero es que tiene cojones la historia.” Mi amigo acercó los dientes al hilo imaginario y empezó a morderlo. Volvió a reír. “Detenidos por mamarla en la vía pública. Y espera lo mejor, Alberto. El caso es que el Ignacio aún se quería defender. “Mire, agente, que no es lo que se piensa, que yo he venido aquí a hacerle un hilvanado a este señor, que es mi jefe.” Y el madero, que debía de ser un tío de salero, le echa las esposas, lo mira de través y le dice: “¿Un hilvanao? Pues veniros tú y la loca ésta, que en el calabozo vais a hacer vainica doble.” Eustaquio estalló de nuevo en carcajadas encima del chinchón. “Y ahí acaba su historia, Alberto. Salieron con la provisional, lo despidieron del curro, el banco se quedó con el piso, el coche y los muebles, la mujer pidió el divorcio, se le acabó el paro y ya lo ves, ahí anda, a lo que salga.”

No he dejado de darle vueltas a esta increíble historia en todo el día. ¡Qué pasmosa la horrisona maldad con la que el destino teje el desastre de las gentes de buena voluntad!

25

Hoy hemos ido Eustaquio y yo a presenciar una ejecución. Eustaquio lo había leído en el periódico y, puesto que ninguno de los dos habíamos asistido a una ejecución en directo, nos hemos animado a ir. Era en las proximidades de la M-30. La policía municipal había acordonado la zona por medio de unas cintas de plastiquete en las que ponía “no pasar”. Estábamos todos algo agitados, nerviosos, excitados como niños. La ejecución estaba prevista para las once de la mañana. Con unas vecinas del barrio hemos comentado que se trataba de una hora algo retrasada para un ajusticiamiento ya que, normalmente, estas cosas se hacen al amanecer, para que el pánico y la irrealidad de la noche resten algo de horror al acto administrativo y despiadado de la muerte. “Pero la justicia ha de ser ejemplar”, ha mediado uno de los guardias del cordón policial. “Por eso se hace a esta hora.” Hemos asentido. Luego, contemplando al reo, que se erguía indiferente y ciclópeo, se nos ha pasado el rato. A las once menos cuarto, había ya una gruesa multitud alrededor de la plaza, que murmuraba en forma de vocerío y se espesaba detrás de los cordones, a más de doscientos metros de la víctima.

Cuando ya sólo faltaba un minuto para la hora prevista, ha habido algunas carreras de gentes de aquí para allá, silbatos estridentes, un silencio espectral, una voz imperiosa que decía algo ininteligible a través de un megáfono, otra vez un silencio tenso. Después, una enorme traca —en la que no había ni sombra de jarana— ha atronado en nuestros oídos a lo largo y alto de la plaza. A la vez que esta fenomenal estampida, a los pies del reo han nacido tantos globos de polvo como explosiones, y un soplido poderoso los han inflado haciéndolos rodar hasta nosotros, que hemos reculado en masa hacia las orillas de la autopista. Una milésima de segundo después de que la traca amartillara el aire limpio de Febrero, la tierra se ha abierto y el enorme bloque de dieciséis plantas, con los tendones rotos, ha sido engullido por la desafortunada tempestad de polvo. Eustaquio y yo hemos permanecido largo rato delante del ajusticiado, observando asombrados el nuevo orden de cosas que su obligatoria genuflexión había hecho posible en el paisaje destartado de aquel suburbio.

26

Ha venido hoy un subinspector de hacienda, joven, que ha preguntado por el cabeza de familia. Le he dicho que el cabeza de familia había muerto y que yo era ahora el cabecilla. No le ha hecho gracia la broma. Le he hecho pasar y me ha explicado, una vez arrellanado en el sillón, que papá no había hecho la declaración del patrimonio desde el año 1982 y que teníamos una deuda pendiente de catorce millones de pesetas, lo que, sumado a los apremios sucesivos —todas esas cartas de hacienda que yo tiraba a la basura sin abrir, en previsión de que, como así efectivamente era, contuvieran malas noticias— elevaban esa cifra hasta los veintidós millones de pesetas. Cuando ha llegado a ese punto, ya no ha seguido hablando. Yo asentía en silencio, como si me estuviera relatando la desgracia acaecida a un amigo común. Luego me he dado cuenta de que esperaba mi reacción, por lo que he tenido que improvisar con rapidez una cualquiera y he silbado estridentemente. “Es mucho dinero”, he afirmado. Ha hecho una mueca como diciendo y a mí qué. He tenido que repetir que era mucho dinero y que no tenía con qué pagar. Para corroborar esta afirmación, me he levantado y he vuelto del revés los forros de los bolsillos del pantalón de Gales. Ha sido bastante divertido, desde luego. Entonces, el subinspector me ha mirado de través, así según estaba en la butaca, y me ha dicho que no era asunto suyo, que su tarea se limitaba a gestionar el cobro de la deuda. “Hipoteque la casa”, ha añadido al fin. “Me he gastado ya la hipoteca.” “Algo tendrá que hacer, pida un préstamo.” Estaba algo inquieto, se veía. Debía pensar “a ver si este mochales me va a pegar una puñalada aquí en este caserón y no se entera nadie.” Se ha levantado y me ha tendido la mano con cierto nerviosismo. “Bueno, señor Albaizar, ya tendrá noticias nuestras. Le sugiero que pida asesoramiento fiscal cuanto antes. Una deuda con el fisco de veintidós millones no es asunto como para tomárselo a risa.” He asentido gravemente y he contestado, sin saber qué otra cosa decir, que pediría consejo a los curas. “¿A los curas?, estaba sorprendido. “Sí”, he explicado, “es que como en un

comedor que llevan los curas. Ellos saben cómo sacarle a uno de estos aprietos.” “Claro, claro”, ha musitado, mientras retrocedía hacia la puerta, francamente alarmado.

Veintidós millones, qué barbaridad, me he dicho. Doy fe de que papá era un pillastre, me dije con una carcajada. Pero la cuestión no tiene gracia, tal como ha dicho el subcomisario. Nunca podré reunir tanto dinero. Es probable que cuando comprueben que no hay nada con que arramblar, me metan en la cárcel sin más. Allí te sodomizan salvajemente. No es cosa de risa, desde luego. Claro que, después de pasar algunos años en la cárcel, ya puedes ser cualquier cosa en la vida. Estás hecho a todo.

27

Por no encontrarme con Eustaquio —ni con Ignacio— no me he acercado hasta la sopa boba ni a los curas. Así que desde ayer no había comido nada en absoluto. Y notaba que no era el mismo lleno que vacío; me sentía tan etéreo que me parecía imposible tener que comer para vivir. Al cabo de un rato de tratar de olvidarme del hambre, cuando ya casi lo había conseguido y empezaba a sentir en la base del estómago un sentimiento difuso de anestesia, el hambre ha vuelto en sí, ha irrumpido súbitamente en mis entrañas y escalado a lo largo de los intestinos hasta mi esófago, como una tenia enfurecida. Primero, regüeldos sin fin ni medida. Luego, aire y calambres, contracciones en el intestino. Después, a la hora de la cena, nerviosismo en la nuca, pastosidad en la lengua y una difusa sensación de vértigo. Me he tumbado un poco en el sofá y he puesto la tele, pero en ese mismo momento había -en el canal francés, que veo a menudo- un programa de cocina, en el que un par de monos hablaban a toda velocidad mientras arrojaban las cosas más apetitosas en una cocota reluciente. Mi sufrimiento ha ido en aumento.

He quitado la tele y me he dado cuenta con espanto de que había sido un farrute, dejando que el hambre me debilitase los nervios y el cuerpo lo bastante como para no ser capaz de servirme de mí mismo para buscar la manera de aliviarlo. He ido —entre vahídos— hasta la cocina y he revuelto la despensa, en la que ya había hurgado cientos de veces. Pero no había nada. Miento. Quedaba un tarro de confite lleno de moho blanquecino que siempre —en anteriores pesquisas— había desechado. Pero esta vez ha sido distinto. Lo he tomado. Lo he mirado, primero con sorpresa, luego con duda. Después, decidido, lo he abierto. El moho había formado unas telas de araña blancas que subían concéntricamente hasta el mismísimo tape. Lo he vuelto a cerrar asqueado. Pero no lo soltaba, antes parecía que estuviese adherido a mi mano y que me fuese la vida en volverlo a dejar en el estante. Me he dado cuenta de que mi situación había empeorado, pues si antes en mis entrañas tan sólo se revolvía el hambre, ahora había hecho su aparición el asco, y uno y otro libraban una sorda batalla que me mantenía inmóvil en la despensa, oyendo el tictac del reloj

y sosteniendo el tarro de mermelada enmohecida en mi mano rígida. Pero el asco ha ganado la batalla una vez más y he vuelto a dejar el tarro en el estante, con la certeza de que no debía de tirarlo, ya que presentía que iba a darse —en breve— la ocasión de que la repugnancia fuera más débil que el hambre y yo acabase por engullir aquella confitura enmohecida.

He vuelto a la tele, pero ya no podía estarme quieto. Ya no era la sensación física del hambre, sino que sobre ella se superponían otras sensaciones complementarias, difíciles de clasificar; una irritación creciente, un sordo cabreo, un dolor difuso y una ansiedad galopante, como un globo que alguien estuviera inflando en mi interior poco a poco. He decidido salir de casa, aun a sabiendas de que no era muy buena idea, pero había ya sobrepasado esa fase en la que uno discurre excusas que sean creíbles incluso para uno mismo. Además, mi debilidad había cedido ante el agobio. Quería comer. Iba a comer. La calle estaba ya desierta, pues era bastante tarde. He visto un cubo de basura y me he dirigido hacia él con ánimo resuelto. Pero estaba vacío. He andado agitado hasta el paseo, pero todos los cubos estaban vacíos ya. Por primera vez en la vida, me he desesperado por el hecho más absurdo e irrisorio que imaginar pueda nadie: la basura ha pasado ya. Los cubos sólo guardaban esas piltrafas secas que se pudren en el fondo, aplastadas por el hedor y el peso de las bolsas de basura: hojas de lechuga o acelga, tomates negros, líquidos. No había ni siquiera basura para saciar el hambre. He visto un mendigo sentado en un portal, y me he dirigido a él. Algo tendría. Pero no lo conocía. Y farfullaba, borracho. Entonces me he empezado a sentir muy mal. Era la una de la madrugada. Hasta dentro de doce horas no podría comer nada (es la hora en que abren el comedor). Doce horas. El hambre era —no ya en mi estómago, sino también en mi cabeza— brutal. ¡Comer! Me he sentado en un banco y he reflexionado —todo lo que se puede reflexionar en una situación así— sobre las posibilidades que se abrían ante mí. La debilidad y la ansiedad me hacían temblar como un poseoso, loco por pillar algo, sin un clavel, con los ojos algo abiertos, temblando de frío y retorciéndose las palmas de las manos como un azogado. He recordado que yo, con toda la inocencia de mi ignorancia, había intentado convencerle de que lo mejor era que se fuese a dormir. ¡A dormir! ¡Ah! ¡Dormir! Ja, ja. Aquel recuerdo me ha estremecido sobremanera. “¿Por qué no te vas a dormir ahora, eh, Alberto?” me he dicho, sujetándome el estómago. He comprendido, por primera vez en varios años, lo que sentía Pedro aquella noche helada de febrero en el que permanecí con él más de dos horas, hasta que consiguió hablar por la cabina y salió diciéndome que me fuera a casa. Justo como yo ahora, él no deseaba, en aquel instante, nada más en el mundo.

He echado a andar hacia el centro y he rebuscado en las papeleras. Había, en el suelo, un helado caído contra las baldosas. Me he comido el barquillo, que estaba todavía practicable, y he seguido bajando por Príncipe de Vergara, cada vez más excitado. La basura ya había pasado por toda aquella zona. En un bar de la plaza de la República Argentina me he comido las rodajas de limón y naranja de los cubalibres abandonados

por las mesas hasta que me han ahuyentado. Luego, ya en Velázquez, he entrado en el Vips y he robado algunas golosinas ante las mismas narices del atildado cajero. Pero mi hambre iba en aumento, como si mi estómago dirigiese todas aquellas fruslerías a la misma velocidad con que las engullía. Entonces, al salir a la calle, he visto un camión de basura que se disponía a cargar con los últimos cubos de la manzana. Arrancaba. He echado a correr tras él, lo he pasado y, abalanzándome sobre un cubo, he cogido una bolsa y he salido disparado. Al alejarme he oído cómo los basureros se reían, los muy cabrones. En un portal me he refugiado con el botín. Rasgada la bolsa, ha caído de ella una masa suave y blanda de pelo. Cabello de todos los colores, canoso, rubio, castaño, rizado, lacio, pelirrojo. La desesperación me daba unas inexplicables ganas de reír y de empezar a dar patadas sobre la puerta en la que estaba acucillado. Era una peluquería, huelga decirlo. Y ha sido la desesperación la que ha dado forma súbita a una idea arriesgada. Entraría en un bar cualquiera, pediría un bocadillo y luego haría ver mi indignancia y que fuera lo que Dios quisiera.

Acodado en la barra de un barucho, me he pedido un bacón con queso y una caña bien grande. ¿Qué podrían hacerme? ¿Pegarme una paliza? Entraría en calor. ¿Llevarme a la policía? Comería. ¿Matarme? Bueno, no creo que me abran en canal por un bocadillo y una cerveza. Cuando ha aparecido el humeante bocadillo, lo he engullido sin detenerme a separar la raspa del bacon siquiera, devorándolo con tanta precipitación que incluso yo mismo me he avergonzado de la rapidez con la que en el plato no han quedado más que migas. Luego, después de apurar la caña, con la sensación de hambre aplacada, he empezado a sentirme aterrorizado. Veía al camarero acabar de limpiar la plancha, repasar los fogones, hacer ruidos descomunales con las sartenes, restregar los trozos de barra con una bayeta y he empezado a encontrarme muy mal. He calculado la distancia hasta la puerta, pero era demasiado, y la llave colgaba de la cerraja. El tío parecía ágil, desde luego. Llevaba un tatuaje en el brazo en el que me ha parecido distinguir una leyenda cuya significación no desconocía: amor de madre. A veces, me miraba, y yo me veía obligado a desviar la vista para no llamar su atención excesivamente. En la televisión, que estaba encendida, había fútbol. Pero, al cabo de un rato, el partido ha acabado y yo he mirado con desesperación la bandera que se agitaba al viento, el rey y su familia, hasta que el camarero, desde la barra, los ha apagado a todos. Entonces se ha vuelto y me ha dicho que iba a cerrar. Le he mirado a la cara y, armándome de valor, le he susurrado que no tenía dinero. El hombre, tras un segundo de sorpresa en el que me ha mirado estupefacto, ha sonreído y, acercándose al surtidor de cerveza, me ha puesto otra caña y me ha acercado un pincho de tortilla. Luego ha dicho algo así como: “¡Dale, hombre, que da gusto ver a un tío con jay de verdad!” Yo he comido en silencio, la cabeza gacha, sintiendo un nudo en la garganta y lágrimas que caían por mis mejillas y mojaban —salándolo aún más— el trozo de tortilla de patata tumefacto.

Me ha sucedido hoy algo inquietante, algo que me ha sumido en una honda preocupación, en una desazón tal que no tengo más remedio que escribirlo. Trataré de reflejarlo con exactitud.

Me encontraba paseando por una de las calles céntricas, en las proximidades de la Glorieta de Bilbao, cuando he pasado por delante de un urinario público. Se trataba de un recinto como una boca de metro liliputiense, rodeado de altos barrotes de bronce. Una escalera —también similar a la entrada del metro, pero más modesta— se internaba en las profundidades de la acera, guarnecida por la mencionada baranda. En la cabecera de la escalera, a la altura aproximada de la frente según se bajaba por ella, colgaba un letrero antiguo de porcelana esmaltada en el que se leía CABALLEROS. Los peldaños estaban algo húmedos, como recién fregados y exhalaban un cierto aroma a Vim o a lejía fuerte. A unos doce o catorce escalones por debajo del nivel de la calle se abría una puerta pintada de color verde, con cristales encuadrados en marquillos relucientes de vaho. He permanecido delante de la entrada, a los pasos que la prudencia me dictaba, no deseando ser confundido con un merodeador o un pajillero. Pero algo me atraía de aquel urinario público. Algo irresistible, primitivo, telúrico. Me he dejado atraer hasta la escalera, he descendido y entornado la puerta pintada de color verde.

Era un urinario como tantos otros. Enfrente de mí se erguían tres mingitorios paralelos, sobre cuya loza se deslizaba suavemente una cortinilla de agua. Un ruido de cisternas —en las que las boyas renqueaban y gemían— ponía música de fondo a aquellos extraños muebles blanquecinos merodeados de pisadas grises. A un lado, a mi derecha, los váteres de pago, para necesidades mayores, estaban cerrados a cal y canto. En el lado opuesto, a mi izquierda, la garita de la urinaria. Dentro de ella, un señora muy mayor —vestida de negro— hacía punto, parapetada tras unas gafas de culo de vaso. Llevaba una estola de lana por encima de los hombros. En la estancia, iluminada gracias a dos ventanucos cerrados por una tela metálica, a través de cuya malla se adivinaban los pies apresurados de los viandantes, había un olor intenso a amoníaco, a orines algo fuertes. He carraspeado, pero la mujer no se ha movido. He pensado que era una gran desgracia ser sorda trabajando en un sitio en el que hay tan mal olor y me he reído para mis adentros. No me apetecía orinar ni hacer nada, pero no podía moverme de allí. El agua fluía mansamente por la superficie algo oxidada de los sanitarios. Se escuchaban escapes intermitentes y el flujo de la cortinilla se hacía algo más espeso hasta que todo volvía a la calma.

La señora tenía un gato, que ha salido de la cabina al sentirme y se me ha restregado contra la pernera del pantalón un par de veces antes de acercarse a la loza y lamer la cortinilla de agua. Luego la mujer ha entornado

la puerta de su garita y me ha tendido la llave. La he tomado, dejándome llevar por no sé qué impulso, y he abierto una de las puertas. Era un váter de taza turca. La boca que distribuía el agua de la cadena estaba orinada y marrón. He cerrado la puerta tras de mí, dejando caer el pestillo, y no he sabido qué hacer. De pronto, a través del orificio de la taza turca, me ha llegado ¡una claridad! He adelantado el torso para ver mejor y he confirmado que, efectivamente, había una luz allá abajo. Parecía imposible, pero era cierto. Una luz como de un carburo a una antorcha de destello intenso, que se movía de un lado para otro. He sentido un pánico atroz. Al ver la luz trasladarse de un lado a otro, he visto con claridad que la taza turca estaba instalada sobre la misma dovela del techo de una inmensa bóveda y los excrementos iban a caer a lo más hondo de aquel aljibe por la que se movía el portador de la antorcha. Era una idea difícil de digerir. Como último recurso, he tirado de la cadena. El agua ha caído por el agujero y he escuchado, al cabo de un par de segundos, cómo chascaba contra las losas lejanas del fondo de aquella cripta. Aterrorizado, he abierto la puerta y he salido corriendo de allí. La vieja ha gritado algo y la he tenido que apartar de un golpe para dar algunas zancadas por la escalera y salir a la calle de nuevo.

En la calle había una luz brillante y cegadora, que me ha dolido en las pupilas. Los viandantes pasaban indiferentes y ensimismados. Parecía mentira que aquella calle soleada se asentara sobre semejante abismo, sobre la bóveda cuyas arcadas ciclópeas acababa de vislumbrar vagamente a través del orificio de la taza turca. Parecía absolutamente imposible e irrisorio, pero era cierto.

29

Aquella visión me ha tenido varios días inquieto. No lo puedo remediar. La luz moviéndose por las tinieblas. La arcada de piedra. El agua sucia chascando contra las lajas del fondo. Era un pensamiento obsesivo.

Cuando ya casi empezaba a hacérseme, como todas las ideas obsesivas, un pensamiento machacón, vago e indiferente, una pequeña conversación con mi amigo Eustaquio ha venido a dar brillo a este recuerdo.

Estábamos en su casa, bebiendo algo de chinchón, cuando se me ha ocurrido preguntarle de dónde sacaba el dinero para comprar tanto anís. “De lo que saco de las cloacas”, me ha dicho. Me he quedado helado. Tratando de que no se apercibiese de mi turbación ni de llamar su atención con mi sorpresa, he puesto de nuevo el mismo tono de indiferencia de antes y he añadido: “¿De las cloacas?” ¿Y eso?” Eustaquio se ha sonado a un lado. “Claro, señorito, de las cloacas. Allí se pueden hacer buenos negocios.” Le he dicho que lo ignoraba. Luego, tras unos instantes en los que he luchado con mi recuerdo obsesivo del subsuelo de aquel urinario público, he dicho, resueltamente: “¿Me llevas un día, Eustaquio?” Se ha encogido de hombros. “Claro, hijo, cuando quieras.

La semana que viene me toca. Te lo digo.” Luego se ha reído y ha tosido fuera de los cartones. “Prepárate para ver mierda en cantidad.”

Desde esa conversación, no he hecho otra cosa que pensar en el viaje a las cloacas. Tengo algo de miedo, es cierto, pero, al mismo tiempo, estoy muy excitado e ilusionado. No había sentido esta ilusión, esta ansiedad infantil, desde los lejanos tiempos en que papá y mamá bisbiseaban las vísperas de Reyes, trajinando con paquetes enormes.

30

Ayer, por fin, fue el día. Acompañé a Eustaquio a dar un paseo nocturno por sus dominios subterráneos. Me contó —mientras íbamos de camino hacia San Bernardo, tras una succulenta cena en el albergue del Parque del Oeste— que toda la ciudad tiene también sus zonas subterráneas asignadas a diferentes dueños, que la recorren mientras Madrid duerme, sacándole un rendimiento a veces doble del que era posible en la superficie. Yo, ingenuo como siempre, le pregunté cómo semejante cosa podía ser, pero él se limitó a callar, al tiempo que me dirigía una mirada de través y se sonreía con beatitud muy mal simulada, pero luego se arrepintió —al observar mi mirada perpleja— y afirmó que las ciudades son más ricas por debajo que por encima, “sobre todo últimamente”. Sin querer insistir más en ello, le seguí por las callejuelas hasta un pequeño chaflán entre dos calles con nombres de santos inverosímiles. Allí sacó —de una bolsa del Corte Inglés que traía en ristre— un casco de obrero —resto de sus años productivos— sobre el que había acoplado burdamente un mechero de gas como los que gastan los mineros, de carburo. Se lo encasquetó, al tiempo que me alargaba una linterna de petaca que, al encenderla, dejó caer una luz mortecina sobre la tapa de alcantarilla que teníamos justo a nuestros pies. Vi cómo se inclinaba sobre el círculo oscuro de hierro y, al enderezarse de nuevo, ya había una boca negra sobre el suelo del chaflán.

Al agacharse para encender el mechero de carburo, vi que el pozo era muy profundo y que el cemento crudo de la pared estaba erizado de peldaños groseros de hierro de armar, encastrados en el cemento, que sobresalían medio palmo de la pared del pozo. Mi primer reflejo fue, naturalmente, de pánico y de negarme al descenso, musitando para lo cual razones sobre el vértigo y otras patrañas, de las que mi anfitrión no hizo, por supuesto, el menor caso. Se limitó a decirme que asiera bien la tapa para cerrarla a mi paso y que tuviera cuidado de no pillarme algún dedo con ella. “¿Cómo? ¿La he de cerrar detrás de mí? Y para salir ¿qué haremos?”. “No saldremos por aquí” replicó. Sus dos últimas palabras —puesto que se encontraba ya en pleno descenso— resonaron con un eco lúgubre y pestilente que me animaron a emprender la bajada antes de poner más distancia entre ambos, en aquella escalerilla de hierro cuya profundidad desconocía con exactitud.

Naturalmente, era mucho más profunda de lo que hubiera podido

imaginar, tanto, que llegué a pensar si las tuberías aliviaban las aguas menores de aquellas casas, conformando a la manera de extrañas raíces bajo el pavimento de asfalto, superaban en profundidad la altura de los edificios, como sucede con algunas especies saharianas de árboles. Maravillándome de cómo todas las cosas tienen —a la manera de los icebergs— una parte oculta y subterránea que las explica y pone en ridículo la nimiedad de su zona vistosa, seguí aferrándome con fuerza a los peldaños húmedos, escuchando los jadeos de Eustaquio —va ya por las cien colillas— mientras sostenía la linterna de petaca entre los dientes. La luz mortecina que parecía salir de mi boca iluminaba —a golpes— pequeñas zonas de la pared por la que circulaban insectos que se alejaban rápidamente del haz, como despertados de una siesta milenaria, faraónica y tenebrosa. Sentí además que el aire era cada vez más pesado, más sudoroso, impregnado de un aroma plúmbeo y adherente que me molestaba y me hacía soplar por la nariz cada vez más frecuentemente. Al cabo de más de cinco minutos de bajada, pusimos nuestros pies sobre una habitación también de cemento crudo -con las improntas de las tablas matrices sobre las paredes- y dejamos que el temblor de piernas cediera un poco. Entonces fue cuando escuché el ruido sordo del agua corriendo en la proximidad más inmediata. Eustaquio se inclinó de nuevo sobre la bolsa y extrajo de ella un cazamariposas —tal vez una red de pescar— con la que me hizo un signo, animándome a seguirle.

Tras sacudirme las suelas de los zapatos de algunas pellas de barro que se me habían adherido, anduvimos por diferentes túneles —en medio de los cuales un canal de metro y medio de ancho dejaba fluir un agua espesa, de la misma textura que el café con leche o la pintura al temple— hasta desembocar en uno que parecía principal. Eustaquio, mientras jadeaba bajo la luz del carburo, se inclinaba sobre el agua y hurgaba en ella con el cazamariposas. Vi que sus facciones, al hacerlo, asumían un gesto profesional y concentrado, como si tratase de encontrar en el agua pestilente la respuesta a una pregunta que yo desconocía. Las ratas, mientras tanto, habían aparecido. Pero permanecían siempre en la línea de sombra de nuestras lámparas, como si rebotaran en las fronteras del haz de luz. Elevaban entonces sus hocicos, venteaban el aire pesado y se alejaban con carreras negras, pegadas a los muros. Empecé a encontrarme inquieto. Las ratas nunca me han hecho mucha gracia. A veces, se cruzaban con nosotros, veloces, y sus chillidos se confundían con el batir del agua cenagosa. En un momento del recorrido, Eustaquio me señaló la placa de una calle —pues las diferentes alcantarillas estaban señalizadas con las mismas chapas que jalonan las esquinas de las casas al aire libre— y afirmó: “Estamos entrando en barrios de dinero.” Y me guiñó el ojo nublado mientras se mesaba —con la mano libre— el miembro. Y añadió: “Yo, sólo con mirar el agua, ya lo sé.” Hice un gesto de sorpresa —justo el que él estaba esperando— y le pregunté que cómo así. Me tomó la linterna entonces y enfocó el agua que corría muy cerca de nuestros pies. “¿Ves?” me preguntó, “el agua es más clara ahora, menos

turbia. Casi no hay zorongos” —metió la red en el agua y la levantó varias veces, como si tratase de calibrar la consistencia de un gazpacho— “y ... ¿sabes por qué?” “No.” “La gente de posibles jiña más suelto, menos apelmazado, se cuidan más, beben más líquido. Los zurullos se deshacen sólo con la fuerza del agua. Además, las cisternas de sus váteres son potentes y, lo que es más importante” —volvió a girar hacia mí su ojo desportillado, dejando que la nube centellease bajo la luz del carburo— “tiran siempre de la cadena después de mear.” Yo alabé su sagacidad con una sonrisa y seguimos adelante.

A la altura de la plaza del Marqués de Salamanca se detuvo al ver una luz que avanzaba por el extremo del túnel. Apareció un hombre viejo que balanceaba una linterna en la mano. Eustaquio y él se saludaron como dos viejos camaradas e intercambiaron cigarrillos. “Un amigo, de la sopa” —me señaló con un gesto. El recién llegado —un hombre mayor con un mono de color azul por cuyas perneras trepaba una costra de barro— hizo un gesto de saludo en mi dirección y se rascó los nudillos sobre la barba hirsuta. “¿Hay moros en la costa, Chiqui?” El hombre negó con un gesto mientras alargaba la cara y el cigarro hacia la lumbre que le tendía mi amigo. “Anda con tiento en el sifón de Padilla, que está atascado. Se ha montado el raterío, como siempre.” Al oír esto, eché a temblar. Eustaquio señaló hacia mí con el pulgar. “En yendo dos, no nos será problema pasar.” Me empecé a arrepentir de haber ido. Seguimos adelante y vi que nos dirigíamos precisamente hacia la calle citada. Allí Eustaquio manipuló en uno de los canales, tras dar algunos puntapiés para ahuyentar a los inmensos roedores, y extrajo —jadeando a través del pitillo que todavía llevaba encendido entre los labios y levantando nubes de humo y aliento sobre el aire helado del túnel— una de sus trampas. Se trataba de una caja de fruta anclada por un par de pesas y forrada en su fondo de una tela metálica de malla holgada. Estaba enteramente llena de mierda y pesaba lo suyo, al parecer. Yo, por razones fáciles de colegir, no me animaba a ayudarlo, pero me acerqué un poco a medida que la curiosidad se me hacía más fuerte que el asco. Allí, en el interior de la caja, Eustaquio removía la mano y sacaba puñados de excrementos y fango, mezclados con tampones, compresas, papeles podridos, rollos de algodón de desmaquillaje, tubos de pasta de dientes y otras inmundicias por el estilo. La visión del antebrazo de mi compañero rebuscando entre toda aquella mierda se me empezó a hacer tan insufrible que me aparté a un lado y, apoyando la palma de la mano sobre el áspero muro de hormigón, vomité algunas bascas de bilis y restos de pan antes de quedar un poco más tranquilo. Eustaquio me miraba con sorna, con su rostro como un óvalo colgando de la oscuridad bajo la luz del carburo. “¡A ver! ¡Naturaca!” Luego vi que vaciaba la caja a puñados sobre el agua y que extraía largas telas sobre las que dejaba deslizar con fuerza el puño cerrado para escurrirles la mierda y el lodo y asegurarse de que no guardaban nada de valor. Cuando hubo vaciado la caja —y ya las bascas volvían a olear en la base de mi estómago vacío— le oí que lanzaba una exclamación de júbilo. Me acerqué. Bajo nuestras lámparas

hubo un brillo amarillento. Eustaquio alargó la mano y extrajo un objeto brillante sobre el que escupió para despojarlo de su sudario de mierda. Era una muela de oro. Tan grande que daba miedo, con cuatro raíces careadas que le conferían un aspecto asqueroso, tanto que volví a sentir que la sintaxis se me meneaba y aquel mundo subterráneo, húmedo y nauseabundo daba vueltas en mi cabeza. Traté de recomponer mis tripas, aferrado al muro, concentrado en repeler el inmenso asco que se estaba apoderando de mí. Sentía ganas de gritar para alejarlo. La visión de la muela forrada de oro a la luz del carburo era tan fascinante que su impresión seguía marcada en mi retina con sólo dirigir mis ojos hacia las zonas de oscuridad no barridas por nuestras luces. Seguimos andando y yo sólo veía la muela, temblando ante la posibilidad de que nuevas pesquisas en el agua cenagosa dieran en manos de Eustaquio con objetos más repugnantes todavía que aquella pieza dental que había echado al bolsillo de su chaqueta raída. Una muela grande como una taba, careada y recubierta, paradójicamente, del más precioso de los metales. A veces, miraba hacia el agua y me parecía ver dentaduras que la corriente arrastraba hacia adelante de nosotros, pero al enfocar con la linterna, sólo descubría tampones, corchos, filtros de cigarros —a miles— maquinillas de afeitar, cabezas de rata nadando ansiosamente contra la corriente y un sinfín de objetos de forma no menos sospechosa que repugnante. Eustaquio recogió algunas de sus trampas sin encontrar nada más de valor, por lo que fuimos retirándonos paulatinamente hacia barrios más acaudalados —lo que me explicó a partir de las características del agua que nos acompañaba a un palmo de nuestro calzado— y llegamos hasta una estancia abovedada y grande, en la que confluían varios colectores.

Estábamos cerca de la superficie, ya que se oía el rugir del metro y en una pared no lejana se escuchaba una música discotequera, algo distante, pero audible y machacona. Mi amigo me invitó a sentarme mientras él recogía la última de sus trampas. “¡Los yonquis de los cojones!” aulló, mientras extraía la mano del cajón cenagoso. Una jeringuilla le colgaba de la mano, clavada del dedo medio. Lanzó una monumental blasfemia al tiempo que la sacaba y la arrojaba lejos de sí. Luego vi que se acercaba al agua y se lavaba las manos. Se las secó luego en las perneras del pantalón y las puso —con las palmas hacia abajo— bajo el carburo para examinarlas mejor. Las uñas habían quedado algo negras. “Menos mal que ya no me las muerdo, ¿eh?” Se echó a reír y vi que estaba contento aquella noche. Traté de no representarme el motivo, pero la enorme muela careada que reposaba en uno de sus bolsillos se me volvió a aparecer con toda su fuerza, inundando su persona de todo el asco que contenía. “Este es el culo de Madrid.” Encendió otro cigarro y exhaló el humo por la nariz. Vi que ponía cuidado en que sus dedos no rozasen los labios. “Madrid es como una persona —explicó a continuación—. El agua va por encima, por las tuberías, por las lavadoras, por las cocinas, los lavabos, los friegaplatos, y luego viene aquí con toda la mierda. Imagínate, hijo, que se invirtiera la dirección, que se bombeara el agua desde aquí hacia arriba.

¡Los leones de la Cibeles echando mierda por las fauces!” Echó a reír a carcajada y acabó tosiendo y escupiendo en un rincón. “Hace veinte años, que ya entonces bajaba a las cloacas y sacaba parte del jornal, no puedes imaginarte lo diferente que era esto” —señaló hacia las tinieblas con un gesto rápido—. “Muchos túneles estaban secos. No había ni la cuarta parte de mierda que ahora. Y las cloacas son las mismas que entonces. La mierda nos comerá un día.”

Fumó en silencio, con el velo de la risa todavía pegado a las facciones. “Y menos mal que han puesto la programación nocturna de televisión, que antes era la recaraba.” Me interesé por la razón. Se rio con fuerza. “Pues cuando acababa la película, más vale que no te pillase en algún colector estrecho. Te podías ahogar tranquilamente.” Seguí sin entender la relación que pudiera haber entre la película y el aumento de nivel de las aguas fecales. “¡Naturaca!”, exclamó, “cuando acaba la programación, la gente se va a dormir y, antes de dormir, mean, eso los que no jiñan. Después, tiran de la cadena.” Caí en la cuenta. La idea me hizo una inmensa gracia. “Y, ¿tanto se nota?” “Más de un pocero se ha ahogado al pillarle en medio.” Miré hacia las tinieblas, imaginándome la riada postelevisiva. Después de aquella noticia, se me haría difícil volver a creer en el libre albedrío. “¿Hay mucha gente que baje por aquí?” “Ya lo creo. Cada vez más. Hace años no andaban más que los poceros. Pero ahora, ahora hay hasta pandillas. Es menester tomar sus precauciones.” “Y... ¿vale la pena?” Puso gesto profesional de nuevo. “Los mil duros cada vez que bajo ya caerán.” Y, para mi horror, extrajo, de las profundidades del bolsillo de su chaqueta, la enorme muela y la volteó en el aire como si se tratase de una moneda de oro. Luego la levantó hasta la luz del carburo y la miró concienzudamente. Yo sentí cómo otra oleada de repugnancia subía por mis entrañas. Afortunadamente, la llegada de un grupo de cuatro hombres vestido de monos uniformes apartó —de mi mente y de las manos de Eustaquio— la muela definitivamente.

Eran poceros del Ayuntamiento. Llevaban largas varas y utensilios de inescrutable forma, irreconocibles por la espesa capa de barro que los cubría. Uno de ellos se encaró a nosotros. Era fornido y de gran barba, con cicatrices de granos sobre la parte de mejilla que permanecía rasurada. Sacó un paquete de cigarrillos y extrajo uno, que encendió con el carburo de Eustaquio, agarrándole la cabeza con la mano y acercándola bruscamente hasta sí. “¿Ya estás por aquí, perillán?” Eustaquio asintió con un gesto confuso y pareció como si perdiera de súbito toda la costra de exultación y dominio que mantenía en mi presencia. “Ya ves.” “Algún día te voy a meter una mano de hostias que no vas a bajar por aquí en mucho tiempo.” Fumó en silencio, mirándole a la cara. La escena, vista desde donde yo me encontraba, tenía un aire sobrenatural, ya que el vapor que salía de las bocas de los poceros se deshacía bajo la luz de la linterna que, desde lo alto de sus frentes, apenas lograba iluminarles el rostro, sino que acentuaba la macabra desproporción de sus facciones, llenando

de sombras las partes cóncavas de sus caras embarradas. Observé, al mirar más atentamente y una vez que me cercioré de que las amenazas del pocero más gordo no iban a materializarse por aquella vez, que aquellos señores de la mierda tenían, bajo las luces tamizadas de los carburos, un aire mixto de oficinistas y grandes roedores. Sus gestos eran esquivos y rápidos, sus andares apresurados y —exactamente como hacen los ratones— salvaban las distancias entre dos puntos con la mayor de las celeridades posibles, permaneciendo en las metas intermedias el tiempo necesario como para asegurarse el siguiente rápido trayecto. Parecía que las tinieblas fuesen siempre más espesas a sus espaldas. Además, en su gesticular nervioso, vi que no era extraño que olfateasen en distintas direcciones, especialmente cuando el batir de los colectores les avisaba de cambios en la composición del agua fecal o el monto de la corriente. También lo hacían si se cruzaban con alguna boca de túnel que les traía —desde la más absoluta negrura— alguna vaharada de composición desconocida o inquietante. Evitaban, por fin, darse la cara unos a otros, y el grupo que componían —cuya forma era, a primera vista, azarosa— siempre tenía —si se vigilaba con la debida atención— una cohesión anormal; nunca se alejaban unos de otros más de tres pasos, como si algún invisible lazo los uniese físicamente por algún punto de su inconsciente. Comprendí al instante que su dominio de las tinieblas y, sobre todo, de la mierda, era tan inconsistente —con relación a Eustaquio— como el que éste había demostrado con relación a mí, pero sin embargo no supe imaginar cuál era el individuo o la cosa —humana o no— capaz de producir en ellos la misma turbación que yo veía reflejada en el rostro de mi anfitrión. Sin embargo, no tuve la menor duda de que ese algo, ese ente etéreo, habitante de aquellas inconmensurables tinieblas pobladas de excrementos, existía. Mi mirada se dirigió entonces hacia el nudo de colectores que partían desde aquella estancia inmensa y agucé el oído para retener en mi memoria los ruidos familiares a ese gran señor de las alcantarillas. El goteo intermitente de las filtraciones, los ruidos húmedos, emparentados sutilmente con esos otros sonidos —vivos en nuestra memoria inconsciente— de las épocas del claustro materno, el bramar inaudible de los ejércitos de ratas royéndolo todo mientras transitaban las inmensas avenidas de la oscuridad, los ruidos metálicos provenientes del metro, como el rozar de larguísimos cables, el gemir de las catenarias o el rascar de los troles. Había algo allí, bajo la gran ciudad. Algo cada vez más grande, cada vez más poderoso. Un ente que crecía desorbitadamente, cebado por aquellas riadas de mierda que corrían desesperadamente en todas las direcciones. Caí en la cuenta —por primera vez— de que fueron los romanos, los inventores del derecho, quienes diseñaron también las cloacas, y no pude por menos que reírme, allá en la oscuridad, de aquella coincidencia escatológica, advirtiendo que el primer problema de la civilización occidental no es la guerra, ni el desempleo, ni siquiera la droga o el terrorismo. No. Es la mierda. Se me ocurrió en aquel instante —no digo que no fuese impelido por las circunstancias— que la

historia del progreso no es sino una sorda y sucia batalla por convertir cosas y más cosas en excrementos y que la cultura es el arte de simular —eufemizándolo— aquel proceso imparabile. Pero allí abajo, a veinticinco metros del suelo tan sólo, se veía la mierda que crecía y se hacía fuerte, y yo notaba que los poceros traían en el rostro la cara de abatimiento de quien considera ya perdidas las esperanzas por completo, de quien, en una catástrofe, ya sólo cuida de que su desaliento no se traduzca en inactividad o cruce de brazos. Aquellos hombres embarrados, vestidos de colores ridículamente chillones, eran los avanzados de un ejército derrotado que todavía se prueba los uniformes impolutos delante del espejo. Porque había, en aquel mundo que yo contemplaba silencioso y espantado, una calma chicha como la que precede a los grandes tifones y quizás todo aquel laberinto relleno de mierda no era más que un volcán que ha bullido durante cientos de años antes de explotar y arrasarlo todo con su ígnea fuerza. Pero aquella lava todavía no estaba hecha. Y nosotros éramos los sismólogos que observan —con la garganta seca, a cien pies bajo tierra— el rascar silencioso de los estiletes.

Los poceros desaparecieron, tras algunas chanzas y amenazas. Eustaquio me guio hasta otro pozo, ascendimos por él, anduvimos hasta un bar y bebimos sendos sol y sombra para asentar las tripas. Tras la despedida, anduve interminablemente hasta casa por las calles vacías y, al llegar, me refugié, instintivamente, en el baño. Allí, como un autómatas, tomé asiento en la taza y traté de hacer de vientre. Pero fue inútil. Hacía ya semanas que lo parco de mi alimentación no me permitía hacer tal cosa a voluntad. Intuí vagamente que mi incapacidad para poner mi granito en aquel océano de mierda que hervía bajo la ciudad era el más preocupante síntoma de mi falta de adaptación al medio y a la comunidad. Al contrario que las fieras, que marcan el trozo de sabana del que se hacen dueños con los excrementos y lo defienden con las uñas y los dientes, los dueños de aquella ciudad que ya casi flotaba sobre la mierda defendían sus parcelas mediante un método ingenioso, colectivo y evolucionado: privando de excrementos a sus adversarios más amenazantes. Me sentí —mientras me levantaba de la taza y me abotonaba los pantalones— inmensamente triste y, a la vez, indignado, como cualquiera proscrito de la civilización y del progreso.

31

Hoy he estado en casa toda la mañana, como una fiera en su jaula, sintiendo en mis entrañas el roer del hambre y advirtiendo cómo éste —en la eterna balanza que lo contrapesa al orgullo— iba haciéndose cada vez más y más pesado. Al ir y venir por la casa, he recordado, como por ensalmo, que por algún lado andaban varias libretas antiguas en las que quedaban esos fondos de dinero que nadie retira por vergüenza, pereza o falta de necesidad, y que ese dinero podría muy bien solventar mi apetito por

unos días. He rebuscado afanosamente por el despacho y he dado con dos al cabo de largas pesquisas y revolver de cajones. Una del Banco Hispanoamericano y la otra de la Caja de Ahorros. Esta última estaba ya clausurada, lo que se veía por unos enormes agujeros que la anulaban a todas luces. En la del Banco, por contra, quedaban algunos miles de pesetas, algo más de 16.000, para ser exactos. Después de un momento de júbilo, al consultar la fecha de la última operación —aquella que arrojaba ese saldo positivo— advertí con angustia que se trataba de una operación de 1968. Mediaban pues veinte años. Al instante, surgió en mi mente una cuestión inevitable: ¿Eran aquellas 16.000 pesetas dinero de 1968, es decir, mucho más que ahora o, por el contrario, esa cifra no era sino un número huero, minado por un sinfín de comisiones, devengos, derechos y otras gaitas que, habiendo sido deducidas de facto en aquellos veinte años, no se hallaban reflejadas en aquel documento? Algo me decía que la última posibilidad era la más probable. A fin de cuentas, siempre, desde que tengo relación con las entidades bancarias, me he asombrado de lo que el dinero encoge en las libretas agonizantes. Después he comprendido que encoge en todas igual, sean agonizantes o boyantes. Es un fenómeno parecido a la puesta de sol. El astro rey parece circular más rápidamente cuanto más cerca está de su desaparición. Así el saldo de las libretas de ahorro, cuando más cerca está del cero, más velozmente y con más alegría corre hacia él, lo que demuestra una vez más que la economía no sólo tiene con la matemática una relación similar a la que el cuplé guarda con la ópera, sino que además necesita de un Einstein que haga ver ciertas flexibilidades latentes en el férreo andamiaje de sus números.

Pero la euforia, que me impedía ver la realidad con toda su crudeza, la euforia, digo, de verme con dieciséis boniatos en mis bolsillos no me ha dejado sino levantarme, escoscarme —es decir, ponerme algo de colonia sobre las greñas— y salir disparado hacia el banco. La oficina estaba en la calle de Alcalá. El pistolero que guardaba la puerta me ha dicho que la libreta era un documento antiguo, pero que preguntase en ventanilla a ver si podía sacar el dinero. He hecho cola hasta llegar al cristal.

El hombre ha mirado la libreta como si se tratara de una pieza arqueológica y me la ha vuelto a deslizar por debajo de los cristales blindados, afirmando que no valía, que yo no entraba en la máquina. “Vaya a aquel señor de la corbata roja.” Allí he ido. Este la ha cogido y ha dicho que aquella libreta había que ponerla al día. “Querrá decir usted al año”, he replicado. Se ha reído. Le he explicado que se trataba de una libreta que me abrieron los padrinos cuando hice la primera comunión. “Ajá”, ha sido su único comentario. Luego me ha rogado que esperase. Así lo he hecho, dedicándome, a falta de cosa mejor que hacer y sintiendo cómo mis huesos se iban clavando en la cómoda butaca, a observarlo. La cabeza era ancha y sobre la frente había una única gota de sudor —como una perla— que hacía amago de querer saltar desde una de las arrugas superiores —en la que estaba encallada— hasta la inmediatamente inferior. Pero los

movimientos de la cabeza portadora de aquella gota de sudor nunca eran lo bastantes bruscos como para conseguir semejante cosa. Después de considerar seriamente la posibilidad de hacer algo para ayudar a la gota a decidirse, lo deseché, en primer lugar porque esta gente de la banca es algo quisquillosa —al fin y al cabo, nos lo merecemos, ya que primero les damos nuestro dinero y luego les hablamos con la mayor de las deferencias— y bien pudiera ser que, en caso de dejar caer el pisapapeles o soltar un estornudo salvaje que le hiciera mover la cabeza y, por tanto, la gota, se indispusiese conmigo y decidiera, por cualquiera de las docenas de métodos que los burócratas tienen para autobloquearse, interfiriendo el tortuoso trazado de sus operaciones, se decidiera, digo, a no darme ni una peseta, alegando alguna razón peregrina y, en segundo, por advertir que las arrugas que surcaban su frente eran nada menos que seis lo que, añadido a la ceja —poblada y con un pelo largo e hirsuto que apuntaba directamente hacia mí— hacía fatigosa la tarea de dejar resbalar la enorme y saladísima gota de sudor hasta su ojo, único sitio en el que podía producir un movimiento de todo aquel cuerpo que yo —finalmente— me decidí a examinar. La nariz era carnosa y ancha. Los labios, que musitaban mientras tecleaba en la calculadora, gruesos y bordeados de pequeñas postillas, restos de algún herpes recientemente curado. Era un hombre gordo (de unos treinta y cinco o cuarenta años), pero su obesidad era bien claramente producto de la profesión. Enfermedad laboral, para ser exactos. Después de observar su esqueleto, comprobé que la grasa y los michelines no crecían rectos —con esa erección que tiene la grasa alegre, elaborada en momentos gozosos y de buen vivir— sino que parecían caer desde los sitios en donde era producida. Era evidente que se trataba de una persona trabajadora. Dedicaba a las acciones más nimias e insignificantes —cuales eran las de poner grapas, lo que hacía con un tacto exquisito, o dejar rodar los sellos de caucho entintados sobre los impresos— una atención a todas luces digna de mejor acometido. Al rellenar los formularios, hacía coincidir las líneas de los impresos con las del carro de la máquina, acercando a ella su voluminoso cuerpo para que sus ojos pudiesen calcular las distancias con precisión. Luego, tecleaba con rapidez y soltura, rellenando las líneas de puntos y girándose en su silla móvil en todas las direcciones —pues nunca hacía una sola cosa a la vez, sino que su atención estaba dividida entre varios asuntos— interrumpiendo para ello las frases que tecleaba, las cuentas que metía en la computadora, los sellos que ponía en las cartas, y haciendo un poco de cada cosa cada vez, como si aquella mesa, la máquina de escribir y la enorme computadora se estuvieran divirtiendo a su costa, lanzándole silbidos a los que él no podía sustraerse de ninguna manera. Asemejaba un pulpo ganado para la banca o el secretariado.

Pero mi curiosidad fue en aumento. Al principio de mi silenciosa observación, me había sentido ofendido por el hecho de que su atención se viese más solicitada por aquellos papeles de colores que por mi —si bien modesta— humanidad. Luego, a medida que mi espera se iba

alargando e iba encontrando la comodidad necesaria para proseguir con mi observación sin ser molestado, empecé a temer que su actividad acabase y se girase para atenderme, con lo que daría fin a mi examen. Pero no era así. Su actividad era frenética, pero su frenesí era un frenesí pausado, un frenesí de sólo ocho horas. Su mirada, las veces que conseguía atraparla, tenía algo de enajenación que me llamó la atención, que me asustó ligeramente. Era la mirada de un hombre que llega tarde al trabajo, no de un hombre que está en el trabajo. Quizás —me dije— era un hombre que arrastra un retraso del que no se recupera nunca ya que, cuanto más corre hacia el punto en que debe de estar, más le cuesta que las cosas no se insubordinen a sus espaldas. Su manera de cambiar los papeles de un sitio a otro, sometiéndolos a un continuo y sin sentido ir y venir por la superficie de caoba, su preocupación por que cada cosa estuviera en su lugar —incluido yo, esperando enfrente de él—, la delicadeza con que deslizaba el títex sobre sus errores cada vez más frecuentes, las caladas nerviosas que propinaba a los cigarrillos que se consumían lentamente, ajenos a él y a su actividad, la increíble y pasmosa velocidad con que sus dedos se deslizaban sobre el teclado sobado del ordenador, produciendo perezosas reacciones de la enorme máquina —paradojas de la tecnología—, y el tono general de desasosiego que toda su persona emanaba me empezaron a inquietar seriamente. Era innegable que se trataba de una persona, pero ¿lo era siempre, todo el rato? ¿Ahora? Imaginé que toda aquella escena que se desarrollaba delante de mí se les presentaba a los pigmeos australianos de la era de piedra que no saben qué cosa pueda ser un banco. Se reirían los salvajes. Pero la cosa no era asunto de broma. En aquel empleado de banca —seguramente un amoroso padre de familia— había algo inhumano. Era su trabajo quizás, su manera eficiente de no ser él, de erigirse, de ocho a tres, en una pieza eficaz, parte de una inmensa maquinaria destinada a cambiar cosas -entre ellas dinero- de sitio o dueño. Pero lo que más me turbaba era el pensar que su manera afinada y profesional de no ser él, sus ojos algo abiertos por la prisa y el atolondramiento consecuencia de un trabajo inútil, su habilidad, en suma, para no ser humano, era lo que le permitía vivir. Constituía, llanamente hablando, su fuente de ingresos.

Empecé a sentir cómo una ligera angustia crecía lentamente en mi pecho, al asumir el hecho patente y clamoroso que tenía ante mis ojos, hecho que, al parecer, tan sólo para mí había permanecido oculto; lo que se remuneraba, en este caso como en muchos, no era el trabajo sino la enajenación, la capacidad —y, lo que era más importante, la voluntad— de ser otro, un otro moldeable, indiferente, alegre, asumible, fácil, monótono y, sobre todo, entusiasta. Aquel empleado que tenía delante de mí, perseguido por la conciencia de su inmediato superior —que se erguía a su vera, invisible pero amenazadora— cambiando constantemente cosas de sitio durante largos años, por añadidura dichoso de ser útil, ambicioso ante la posibilidad de ascender a una escala superior en la que cambiar cosas de sitio más grandes —a más numerosas— reproduciéndose para

poder —por medio de los hijos— cambiar más y más cosas de sitio, era el núcleo básico e ideal de una sociedad bien organizada, de una sociedad que funciona. Comprendí entonces con cierta claridad que mis terribles esfuerzos por ganarme la vida, por ser alguien de una vez, por desempeñar un papel digno en la sociedad, están abocados a un fracaso rotundo. Es ya muy tarde para empezar a aprender a ser otro. Ya no puedo dejar de ser yo ni siquiera una hora seguida. ¿Cómo haré para ganarme la vida?

32

Ya en la calle, al ir a guardar aquella pequeña fortuna, comprobé que tenía un bonobús naufragado en uno de los bolsillos de la cazadora. Decidí ir hasta el Retiro a fin de meditar un poco sobre el destino de aquel capital.

Sólidamente agarrado a la barra que separa al conductor de los viajeros, he empezado a bambolearme a causa de los frenazos y bruscas arrancadas del inmenso diplodocus de hojalata en cuyos intestinos de plástico me transportaba. La imagen del empleado de banca, que tan nítidamente conservaba en mi retina, empezó a desdibujarse a medida que iba centrando mi atención en el domador de aquella fiera prehistórica. Era un hombre de cuarenta a cincuenta años, de brazos membrudos, con la camisa arremangada hasta los bíceps, el que manejaba aquella inmensa rueda de baquelita con habilidad. Tenía una calva, blanca y redonda como una tonsura, en el centro de aquella cabeza que a veces salía por la ventanilla para blasfemar y pelear con los conductores que mascullaban sus pequeñas e inaudibles injurias. La palanca de cambios, una pequeña bola de plástico dentro de su manaza, hacía pequeños pero exactos movimientos, impelida por las bofetadas que recibía de aquélla. Los pies saltaban nerviosamente sobre los pedales, como los de un organista en un pasaje virtuoso de una fuga. Toda su figura se movía tan diestramente sobre los diferentes mandos que parecía imposible que pudiera hacerlo sin la ayuda de todos aquellos engranajes y palancas que estaban dispuestos a su alrededor. Me recordó a uno de los autómatas que había visto en una ocasión en el Museo del Tibidabo. Pero aquél tenía cuerda. Y no blasfemaba. De pronto, se me ocurrió algo turbador. Pensé, así aferrado a la barra del autobús, en los caracoles. Explicaré por qué pensé en ellos y, sobre todo, por qué la idea me pareció tan turbadora.

Se me ocurrió, en primer lugar, que había algo sospechoso en aquel autobús, y era la forma tan perfecta en que se adaptaba al hombre. No es que el conductor estuviera a gusto allí. Eso se veía a las claras. Sin embargo, nadie lo obligaba. Estaba allí voluntariamente. Y la pregunta era: ¿era el autobús —y, generalizando, el vehículo— el que estaba hecho a medida del hombre o, por el contrario, eran los hombres los que se ajustaban a él? ¿Y si, en algún lugar del planeta, en Tanzania, por ejemplo, apareciesen —en unas

excavaciones arqueológicas— enormes fragmentos de autobuses jurásicos, que demostrasen fehacientemente que la larga andadura del hombre desde el australopitecos hasta las últimas manifestaciones del ejecutivo Wasp no era sino un trabajoso camino de adaptación a una especie que llevaba muchos años de andadura y que, por razones que desconocíamos, pasaba por fases de aparente extinción, de las que se recuperaban milagrosamente, la última hace cincuenta o sesenta años? En ese caso no se podría hablar de evolución sino —con más propiedad— de acoplamiento. La evolución, vista desde esta nueva y terrible perspectiva, tenía una ilación lógica que se me escapaba. Por un lado, los vehículos, evolucionando en la sombra, cobijados aparentemente en la causatividad de la mano del hombre, en realidad independientes a él, salvando ansiosamente el escollo de la última glaciación. Por otro, el hombre, habilitando manos, pies y cerebro para poder realizar un acoplamiento correcto a ese animal antediluviano y desprovisto, en principio, de voluntad propia. Pero ¿cuán lejos nos encontrábamos del punto exacto en que ese acoplamiento sería irreversible? Entonces el hombre no sólo ya no podría deshacerse de su carga de chatarra, sino que vería cómo todos sus esfuerzos por encaminar ese instrumento tan útil de transporte se veían abocados al fracaso, no teniendo más remedio que adaptarse, de grado o por fuerza, a la voluntad y a los dictados de la mecánica. La máquina se detendría donde le viniera en gana —por ejemplo, en los cementerios de autos, para poner unas flores antes algún modelo desguzado hacía años, o en las gasolineras, hasta altas horas de la noche, para nuestra desesperación— actuando a placer, como un amo hace con su esclavo. Recordé que, tal como los indios de la Nueva España recién conquistada para la corona española pensaron —no tan erróneamente como parece— que hombres y caballos formaban una misma unidad, así los futuros invasores del planeta creerían que hombres y máquinas también formaban un tándem indivisible. Comprendí, así aferrado a la barra del autobús, que el inmenso recorrido del hombre desde su primitiva posición a cuatro patas, que el inconmensurable esfuerzo de abstracción hecho por su cerebro para la laterización y la abstracción, por adquirir más y más volumen de masa encefálica —aun a costa de pagar el inevitable tributo en inacción que la inteligencia lleva aparejada— que todo ello, digo, no le habría de situar —en la tabla zoológica del mundo animal— en una posición más ventajosa que la que ocupan, por ejemplo, los caracoles, quienes, a semejanza de este próximo autohombre, han quedado indisolublemente unidos a su concha, de tal guisa que sólo pueden separarse de ella al ser comidos en salsa bearnesa. Al instante, en esa lógica pendiente por la que mis reflexiones me arrastraban, sospeché que entraba dentro de lo probable que los caracoles, en épocas antediluvianas, hubiesen gobernado el planeta —hecho que los científicos del Instituto Tecnológico de Massachussets ocultaban celosamente por orden expresa del Pentágono, que consideraba más marcial y conveniente a los intereses estratégico de los EEUU incentivar el estudio de los diplodocus y los megaterios— y que el punto de inflexión de la decadencia de su dominio se encontraba exactamente, como en el caso de los autohombres, en el instante en que su evolución le había hecho coincidir y acoplarse a la evolución

—propia e independiente— de las conchas. Probablemente, los caracoles también empezaron pensando que aquello de llevar la casa a cuestras era un invento que había revolucionado los diseños de la caracolidad. No contaron, sin embargo, con el agua, la sal y los franceses.

Pero, a partir del acoplamiento, que empezaba a ser felizmente efectivo, ¿quién de los dos primaria en el control de la evolución futura? ¿Tendría que adaptarse el vehículo a las necesidades y la forma exterior del hombre o sería al revés? Me aterroricé al pensar en la caída del imperio de los caracoles y el poco rastro que había quedado de él. Luego pensé que en un futuro próximo, una raza de invasores enormes —tan grandes como nosotros lo somos respecto a estos gastrópodos— se haría con el dominio de la tierra y que, entre sus aficiones gastronómicas, se hallaría un plato delicioso: autohombres en salsa de chilindrón, cuyo auténtico secreto está en la salsa que despiden conductor y máquina al ser cocidos durante horas, ya que el aceite del carburador, el líquido de los frenos y el agua del radiador serían encontrados insuperables por esta raza dominadora. Al imaginarme a uno de estos gigantes extrayendo, con ayuda del mondadientes, al conductor para engullirlo golosamente y luego sorber el automóvil —el maletero, el motor, las ruedas— me entró un vértigo tan grande que empecé a notar cómo un sudor frío me inundaba las sienes y la espalda se me llenaba de miles de alfilerazos. Pero seguía agarrado a la barra del autobús, turbado ante la idea maligna que acababa de hacerse diáfana en mi mente hambrienta. El auto se estaba tramando desde hacía años. Los troncos que se rodaban para llevar pesos, allá en las pirámides, la rueda, el carro, la carreta, la carroza, el coche. Había una línea de crecimiento que le era propia y no provocada por la mano del hombre ni por su famosa inteligencia.

El automóvil, en resumidas cuentas, había cobrado vida y, lo que era infinitamente más importante, voluntad. Mi mirada se posó en los cientos de vehículos que se amontonaban alrededor del diplodocus que nos transportaba y no se me pasó por alto que muy pocos de aquellos hombres que permanecían al volante de sus autos eran los que efectivamente los conducían, ya que, aun deseando ir a algún sitio por determinada ruta, no lo conseguían sino en ocasiones escasas, debiendo conformarse en las restantes con dejar que el vehículo —sueñas las riendas— merodease por las cercanías y los llevase —con el anzuelo de un buen aparcamiento, una gasolinera próxima o una carretera en la que todos los caballos del motor podían ser puestos a prueba— a otros lugares a los que el conductor, en caso de ser preguntado antes de montar en el vehículo, se hubiese negado tajantemente a ir. Noté una extraña y ronroneante voluntad que llevaba y traía a aquellos hombres que creían —ilusos— ser los dueños y señores de aquellas máquinas, cuya sola compra ya les obligaba a ir —todos los días y a horas muy tempranas— a sitios a los que en principio tampoco querían ir. El abismo que llevaba aparejada esta visión se hizo más y más grande, especialmente cuando me daba cuenta de que un invento —al recibir tan

desproporcionada importancia— estaba, lenta pero firmemente, cobrando vida; pero lo más grave, lo que más me aterrorizó, no fue aquello sólo, sino la circunstancia aparejada de que ese hecho —en principio como otro cualquiera de los miles de hechos inquietantes que se suceden en el mundo— no era advertido por casi nadie, sino que, alegremente, se fomentaba —socialmente y desde las instancias públicas— el abuso del auto, lo que llevaba a una situación de desvalimiento por parte del conductor cada vez más preocupante, así como a un alarmante empequeñecimiento de la superficie útil del planeta, pues era cada vez mayor —paradójicamente a la evolución del auto como máquina— el número de sitios a los que los coches se negaban a ir, contentándose tan sólo con lugares a los que se pudiese llegar a buena velocidad y sobre vía de doble carril y con peralte. Y todavía falta mucho para que el mundo entero esté asfaltado.

Los autos, pues, habían ganado una gran batalla a sus amos los conductores. En vez de poder ir a más sitios, habían conseguido ir a menos, pero más rápido. Y así como todas las cosas tienen su punto máximo de inflexión, a partir del cual decrecen —exactamente en la misma manera que un filósofo, gran hablador, se labra su desprestigio a base de hablar demasiado y convertirse en un bocazas— así también los hombres, habiéndose creído demasiado listos, se encontraban de bajada en esa curva mentada. Se veía claramente en el autobús. Si los conductores de turismos ya se las veían y deseaban para obligar a sus díscolas máquinas a ir a donde ellos querían, el pobre hombre que manejaba el autobús casi no era capaz de ello, a causa del gran tamaño —y por lo tanto gran voluntad— de éste y de la obligación de hacer paradas prefijadas en determinados puntos de las calles. Las máquinas, pues, no sólo se estaban haciendo con la voluntad de sus amos, ocupándoles una parte importante del cerebro con su existencia chatarrera, sino que además empezaban a moldear la forma de la ciudad, de la misma manera que el exceso de alimentación o cerveza abomba las tripas y constriñe la circulación. Los coches circulaban por el centro, nosotros los humanos por los bordillos. Los coches ocupaban la superficie; nosotros, los inteligentes, bajábamos por los pasos subterráneos a aspirar el delicado aroma de los orines. Los coches estaban asegurados; nosotros, no todos. Los coches podían moverse por toda la geografía del país; nosotros sólo podíamos hacerlo dentro de ellos y por sus rutas. Era evidente que aquella voluntad que los autos habían ido reservando y atesorando —al ser recibida gratuitamente— no les sería suficiente y habrían de reclamar más y más y hasta los mismos chóferes —cada uno aisladamente y sin confesarlo a nadie jamás— sentirían cómo su capacidad de autotransportarse era cada vez más frágil e inconsistente, por lo que se verían obligados a adoptar actitudes deportivas, especialmente los fines de semana. Por ejemplo, conducir en chándal o jugar a la pelota en el primer prado que encontrase antes de poder enfrentarse con fuerzas a la máquina. Y además, los autos habían empezado a matar. Más de seis mil el pasado año. No era una tontería. Porque de esos seis mil, más de la mitad eran suicidios de

coches. ¿Cómo evitar que un coche se suicide? Es posible que también existan coches sensibles. Fallo humano. Ja, ja. Las autoridades de tráfico son infelices, vaya si lo son. Mal estado de la vía. Adelantamiento indebido. Fallo mecánico. Ellos no saben que existen incompatibilidades entre los autos, que algunos no pueden ver a otros. Si pensaran un poco más, no les darían la posibilidad de encontrarse de frente y a cien por hora en un mismo carril. Eso sí que es una imprudencia. Los coches, es lógico, tienen sus cosas, como todo el mundo.

33

Tenía dieciséis mil pesetas en el bolsillo y no sabía qué hacer. Los billetes me escocían en la pernera como si estuvieran rebozados en sosa cáustica. He calibrado, sentado en un banco del Retiro, las diferentes posibilidades. Una, irme a hacer un tratamiento a Montera. Tenía, con aquellos dieciséis boniatos, para cuatro tratamientos súper, u ocho de los de visto y no visto. Aquello me atraía mucho, en efecto. Llevaba ya algunos meses sin menear la cresta, a televisión, y he pensado que un poco Todd-AO me haría mucho bien. Pero, por otro lado, al computar y pasar revista al ingente número de necesidades que se amontonaban en el platillo más apremiante de mi balanza de impagos, he sacado la triste conclusión de que debía, en bien de mi economía unifamiliar, dejar la cresta quieta y atender aquellas necesidades que no admiten alivio a mediatinta. Una de ellas era la comida. No tenía sentido, en efecto, seguir alimentándome en un comedor de pobres con tantísimo dinero en el bolsillo. Otra de las necesidades eran las facturas. Pero bien rápido he visto que no podía permitirme el lujo de pagar ninguna, sobre todo por no hacer creer a las compañías de servicios —con esa actitud disolvente y a la defensiva— que estaba en buena disposición y medios de abonar el resto de mis deudas, lo que podía dejarme, paradójicamente, en una posición más difícil de lo que lo estaba en este momento.

Se me ha ocurrido que una buena idea, para no devanarme el cerebro con aquel problema que la excesiva riqueza me había traído a remolque, era meterme en Galerías y gastar el dinero en cualquier sandez, para así zambullirme de nuevo en las cálidas aguas de la miseria. Sin embargo, no he tenido valor. Una jornada en unos grandes almacenes es más de lo que mi sistema nervioso está dispuesto a tolerar. A más que sería probable que el deseo de comprar algo útil me llevase a poner patas arriba la planta correspondiente para acabar saliendo tan de balde como había entrado, y con un roncho en la zona de la piel en contacto con los billetes. La cosa urgía por momentos. Me empezaba a encontrar francamente ansioso. ¡Dieciséis mil pesetas! me decía con júbilo. Y hasta sonreía amistoso hacia los futinistas, que pasaban bañados en sudor, dejando un reguero de livianos por delante de mi banco. Me he levantado y enfilado la calle Alcalá.

En un vetusto café, me he pedido uno con leche de desayuno, que he sondeado con ayuda de una docena de churros exquisitos. Luego, he rematado la faena con un chinchón seco y me he despedido en el sofá de cuero, no sin un cierto tabletear de rótulas y meniscos. Se siente uno muy diferente con varios verdes en el bolsillo, no cesaba de decirme. Y era dolorosamente cierto. El camarero, por ejemplo, que me estaba escudriñando con desconfianza, creciéndose de la duda de si cobraría o no, no me producía ningún respeto. Le podía aguantar la mirada con toda tranquilidad, y lo he hecho con tal aplicación que ha terminado por amurármese, con esos andares de picador que tienen los celadores de los rancieros cafés de Madrid. Moviendo sillas con la violencia precisa para despejar las dudas sobre su autoridad, ha preguntado si deseaba algo más el señor. Resistiendo firme, me he pizcado los suburbios de la bragueta con una bien medida desgana y le he respondido que el señor, cuando desease algo más, no vacilaría en chistarle. Cómo ha empalidecido. El descoloramiento de aquel varilarguero de contertulios ha valido por las dieciséis mil pesetas. Se ha batido en retirada, aplacado el cimbrear de intestinos, y ha repasado con un paño parte de la barra, mirándome de reojo y digiriendo a duras penas la rueda de molino de su animosidad desconcertada. Estaba reagrupándose, no había duda. Pero como yo no deseaba más pelea que la que me pusiese en el buen camino de pegar fuego a los dineros que traía en ristre, me he levantado, le he tendido un billete de mil y se ha cobrado. Le he dejado cuarenta duros de propina sobre el platillo. Entonces se me ha ocurrido ir en busca de mis colegas los mendigos e invitarlos a comer. ¿Qué mejor manera de gastar el dinero que agasajando a los pocos amigos que me quedan? Si hay algo que vale la pena en el mundo son los amigos, aunque sea una conclusión a la que uno llega a menudo demasiado tarde.

Eustaquio estaba sentado con un par de compañeros, libando de tetrabrik y chanceando en la cola del comedor de la plaza Benavente. Como estaba de buen humor, y los churros habían cesado de darme pataditas en el estómago, los he invitado a todos a comer, en un arranque de generosidad residuo de mi inconsciencia. Los dos hombres que acompañaban a Eustaquio se han hecho, era de prever, grandes amigos míos nada más anunciar la invitación. Uno de ellos era alto y enjuto, con la cabeza encasquetada en un gorro de lana a colores, que le llegaba a tapar las orejas, y el cuerpo embutido en una casaca militar descolorida, renegrida por las bocamangas y los quicios de los bolsillos. Llevaba en ristre, amén de tres o cuatro fardos deformes, una lata de pintura vieja, de cinco kilos, rellena con los más extraños cachivaches. Gastaba un bigotillo fino, recortado a tijera sobre los labios carnosos y, al hablar, dejaba ver una dentadura poderosa, con los piños como clavos de una herradura remachados sobre el hierro de las encías. Se llamaba Adolfo y había sido, según me dijo Eustaquio, empresario. Me aclaró que Adolfo —que con las mujeres siempre había tenido mucha mano izquierda— regentaba, hacía tan sólo un par de años, un puticlub de carretera cerca de Guadalajara, pero que, al hacerse una variante de circunvalación, su carretera había quedado aislada y el negocio se había ido al carajo por falta de

parroquia. El tal Adolfo, que escuchaba pese a caminar emparejado con el otro mendigo un par de metros a la zaga nuestra remachó: “Y todo con mi dinero.” Eustaquio me explicó que él quería decir que, gracias a los impuestos que, como todo el mundo, pagaba, habían construido la variante que había llevado a la ruina a su negocio. “Tié cojones, ¿eh?” repetía mi amigo albañil. He asentido y me he interesado por el otro compañero. Se llamaba Amancio y tenía aspecto de chupatintas reseco o de pasante de notaría. Iba pobremente vestido —es decir, mejor que ninguno de ellos— aunque se notaba que se trataba de su mejor indumentaria, a pesar de traerla raída y rozada por las mangas y el cuello de la americana, prenda ésta que llevaba por encima de un jersey de lana cruda, de un color impreciso. Era bajito y rechoncho, de cabeza aperada, los carrillos repletos y los ojos, bajo cada uno de los cuales habían hecho nido las angustias, estaban algo atrincherados detrás de las cejas pobladas. El pelo, cosa chocante, le crecía por la coronilla con más fuerza que en el resto del cráneo, lo que tendrá debida explicación. Se trataba, puede ver en el corto trayecto que nos llevó desde la plaza Benavente hasta la calle del Príncipe —en donde pensábamos echar el aperitivo—, de una persona silenciosa. Pero no siéndolo en absoluto Eustaquio, enseguida le hizo de lengua y explicó, con cierta sorna, que se trataba de un cura rebotado. Me quedé sorprendido de que un sacerdote mendigara por las calles y le pedí a mi amigo que se explayara un poco más. Me refirió que Amancio, durante doce años, —el hombre no aparentaba menos de cuarenta— había sido monje en un monasterio del norte. “Ahí donde lo ves” —se reía Eustaquio— “todo un siervo de Dios.” Pero lo que pasó fue que le empezaron a dar depresiones, que le tenían días en la celda, sin moverse ni hablar ni rezar ni nada de nada, hasta que el abad tomó cartas en el asunto y le llamó a capítulo, haciéndole venir a Madrid a consulta de un psiquiatra. “Así lo hizo el Amancio —siguió explayándose mi amigo— pero se llevó la sorpresa de que, una vez en la consulta del médico, el loquero —que parece ser que andaba conchabado con los monjes, pues se surtía de vino en el monasterio— lo convenció para que hiciese una cura en un sanatorio que hay en las afueras. Total, que lo que ingresaron. Cinco meses lo tuvieron allí. Cuando enfiló para el monasterio de nuevo, se encontró con sus cosas en portería y al abad que le salió a recibir y le dijo, con mucha zalamería y restregarse de manos, que había hablado con el médico y que lo mejor era que abandonase la orden, pues ni él podía servir a la comunidad ni ésta podía cuidarse de él.”

“Total,” —ha continuado explicando mi amigo— “que le metieron veinte mil duros en la sotana, si te he visto no me acuerdo y allí todo días se llamó Andana. Así que ahora anda con nosotros. Cuando le da la depresión, lo enganchamos para el manicomio y allí lo guardan mientras le dura. Le dan unas pastillas que son mano de santo, oyes. No te digo más que hay veces que sale silbando el tío ... Y no es que sea la alegría de la huerta el Amancio. Pero ... —Eustaquio me ha levantado un dedo índice retorcido por la artrosis— ¡ojo! al curilla que no me lo toquen.

Para mí es como un hermano pequeño. Antes los benjamines se tenían que echar de curas porque no les quedaban más cojones. Y los pobres sufrían, pero mucho, por el no poder satisfacerse. Pero ya está otra vez mal. Yo ya sé cómo anda sólo con verle para dónde echa la cabeza. Si la agacha, malo. Como los corderos cuando hay cielo emplomado. Si achantan la cabeza, están listos, ya ni mugan ni remugan.”

He mirado hacia atrás de mí. El hermano Amancio tenía, en ese momento, un aire de reconcentrada ausencia, pues, aunque Adolfo le iba largando un discurso disparatado, ayudándose de un gran gesticular de manazas, no parecía prestar atención sino a las voces de su alma. Se veía que era hombre nacido para la reflexión y el silencio. He sentido por él, al verlo vagar con nosotros por las calles sin rumbo, una lástima y una piedad tan grandes que he pensado que se me iba a atascar la comilona.

Hemos dilucidado un instante antes de elegir el sitio. No es fácil encontrar una casa de comidas en la que admitan a cuatro mendigos tirando a zarrapastreros. Me he recordado que en una de las bocacalles de Fernando VI había un restaurante en el que no pondrían pegas a nuestra comensalía. Le he explicado a Eustaquio a dónde íbamos y si le parecía bien.

—Ya sé ande dices. Está al lado de un *vidrio* club cerca del Kwai. Ahí se come mediano y no caro. Vamos p'allá pues.

El establecimiento estaba bastante lleno. Todo el mundo se ha vuelto y nos ha mirado con cierta indiferencia burlona. El camarero nos ha advertido que no quería chirigotas y ha preguntado si llevábamos dinero. Le he enseñado, de tapadillo, los quince billetes y nos ha llevado a una mesa en el fondo del comedor, en el que regía la tele, en su pedestal de formica, sobre una nube de emanaciones de cocido y japuta frita con patatas flácidas. Antes de que llegase el mozo a apuntarnos, con su chaqueta fusilada de grasa y lamparones, ya habíamos acabado con el pan. Hemos hecho comanda y nos han servido con rapidez, por ver si despejábamos cuanto antes y no ahuyentábamos clientela. El silencio era espeso, no sólo por encontrarnos, por primera vez en varios meses, en un sitio de pago, en el que había que guardar las formas, sino también porque ahí podíamos olerlos y sentir a la vez todo el peso de nuestra inadaptación. Para romper el hielo, he contado un par de chistes de negros y nos hemos reído un poco, mientras le dábamos al tinto con casera. Eustaquio estaba, antes de llegar a los segundos platos, un poco pispado. Se ha tirado un regüeldo mandibulero que hemos celebrado con risas. Adolfo, que ha resultado ser un cachondo, dotado de un desparpajo inigualable, ha referido algunas anécdotas de su local, chascarrillos de putas y otras historias, la mayoría de ellas de repertorio, con tanta gracia que hasta el hermano Amancio no ha tenido más remedio que reír un poco, aunque fuera con desgana. Luego la conversación, a medida que abríamos nuevas botellas de un vino turbio y negro como el petróleo, ha ido degenerando poco a poco hacia la morriña y la desesperanza, hasta el punto de que Adolfo se ha levantado y ha echado a cantar, provocando la sorda indignación de los

camareros y el murmullo de la parroquia. Era una saeta trágica, con un fraseo complicado que me ha impedido entender lo que decía. Adolfo estaba un poco ebrio y se balanceaba delante de su silla como un marinero, pero eso no ha sido obstáculo para que todo el comedor haya guardado silencio mientras cantaba. Cuando ha cesado, se ha sentado y el camarero se ha apresurado a pedirnos que no volviésemos a cantar. Pero Eustaquio estaba esperando la ocasión y no le ha hecho el menor caso. Siendo un pueblo minúsculo de Teruel, no podía arrancarse más que con una jota. Era una canción algo picante, creo que decía algo así: “Recuérdate Pilara... del día que nos casemos... que se cachufló la cama... y a poco nos esnuquemos.” Cuando estábamos ya todos algo tocados, incluido el hermano Amancio, hemos salido a la calle y Adolfo me ha preguntado cuánta guita me quedaba. Al decirle que todavía había algo más de la mitad, me ha pasado la mano por el hombro y ha dicho que invitaba a putas en el Barco. Eustaquio lo ha apoyado con vehemencia. Estaba más rojo que un tomate, he creído que le iba a dar algo de la congestión.

—Maestro, maestro, qué grande eres, —repetía sin cesar Adolfo. Y me zarandeaba un poco la comida. Yo empezaba a estar algo mareado. Afortunadamente, el paseo me ha reanimado un poco y, para cuando hemos llegado a Desengaño, estaba bastantes despabilado. Eran las seis y había ya algunas putas jóvenes por las esquinas y en la puerta trasera del SEPU. Al vernos, ninguna de ellas ha hecho amago de provocarnos o de ofrecerse. He deducido que nos consideraban una clientela poco rentable. Eustaquio se las quedaba mirando un rato a cada una, haciéndoles una inspección de arriba a abajo tan concienzuda que se veía bien claro que no deseaba dejar pasar una ocasión tan única de limpiar el sable minuciosamente, gratis et amore. “Y tú ¿cuánto me llevas, chata?”, le ha dicho a una muy jovencita que estaba de pie en un portal, con las piernas ceñidas en una malla negra y una pechera muy blanca pugnando por saltar por encima de los botones del corsé de cuero. La prostituta, que fumaba un cigarro rubio con el filtro pringado de carmín, le ha mirado despectivamente: “Lo siento, abuelo, American Express no lo cojo.” Eustaquio se ha dado una palmada en una pierna y, después de lanzar una risa nerviosa, me ha llamado: “¡Alberto, mira ésta qué torera! ¡Dice que American Express no lo trabaja!” Me he tambaleado hasta su vera. La chica me ha sonreído. Esto me ha animado un poco. En ese momento ha aparecido otra golfá, algo más vieja. La he reconocido al instante. Era Ágata. Me ha mirado, sin caer en la cuenta. Agitado, he cogido a Eustaquio aparte y le he contado someramente el asunto de las tres mil pelás que me había estafado aquella zorra. Se le ha iluminado la cara y hemos ido tras ella.

—¿Qué tal, Agata?— le he dicho, con la mejor de mis sonrisas.

La mujer me ha mirado sin saber a qué venía aquello. Luego me ha debido de reconocer, porque se ha echado a reír.

—¿Qué pasa, *salao*? ¿Todavía te dura el mosqueo o qué? —seguía

mascando chicle. ¿Sería el mismo? —. Tómalo a risa, hombre. Si te hubieras visto la cara de pasmao que pusiste cuando me eché a correr con el lila. —Este detalle del chicle me ha vuelto a enternecer otra vez.

—Si el chico no está enfadao —ha mediado Eustaquio, cachazudo— sólo que viene a lo que viene, a por el polvo y medio que te dejaste en ese tintero tan rico que tienes aquí.

—¡Ay va de ahí!— ha mascullado la Ágata, apartándole la mano.

Tras una larga y tediosa discusión, he mediado la jovencita, que se llamaba Conchi, y se ha ofrecido a redondear —con la tal Ágata— los dos servicios en tres mil pesetas y así saldar la deuda. Hemos subido a una pensión que había allí cerca. La escalera estaba horrible. ¡Dios mío, qué antro! Los peldaños y el enlucido de la pared estaban rematados de filigranas de sangre, sembrados de pañuelos de papel embalsamados en semen. En una esquina en penumbra del primer descansillo había un chaval de veinte años o así, con los dientes aferrados a una correa, calentando una cucharilla con un mechero. Las dos mujeres le han dicho que se apartase, leñe, que por qué no se picaba en los váteres como todos. El chaval, soltando la correa y lanzando un japo furioso a los pies de las prostitutas, ha dicho, con una voz ronca, que me ha helado la sangre en las venas por la decrepitud de la que era indicio, que “porque no me passa por los güevos y ya esssstááá”. Pero no ha levantado la cabeza. “Si tuvieras güevos, salao —le ha dicho Ágata— ya te habrías metido la sobredosis. ¡Ojalá os corten esa mierda los negros y os quedéis más tiesos todos que la cecina!”. Eustaquio se reía el muy cabrón mientras le tocaba el culo a la Conchi. “¡Para ahí, abuelo, que corre el contador!” A mi amigo el albañil todavía le duraba el tablón. “¡Que esto es solo la bajada de bandera, mujer!”. “¡Bajada bandera ni qué niño muerto! ¡Tú mira de subirla que bajarla ya la bajaré yo!” replicaba la Conchi, toda castiza. Al llegar arriba, hemos pagado la pensión y la Ágata, con la que he vuelto a emparejarme, bien en contra de mis deseos, me ha obligado a lavarme bien, para lo que he ido a un baño al fondo del corredor, pues el lavabo de la habitación tenía el grifo condenado por un esparto grasiento que rezumaba agua por los cuatro costados.

El baño era una habitación difícil de describir sin caer en el horror. Mi primera reacción ha sido de retroceder y buscar refugio en la habitación, pero he reprimido este impulso y me he adentrado en la pieza. Estaba sumida en una semioscuridad sólo quebrada por unos rayos marrones de luz vieja que se colaban por un tragaluz, tamizados por el cristal, cuya superficie cubría una película de roña de más de un dedo de espesor. Había una bañera larga, de patas de forja, con una cortina de trapo echada de tal modo que no se pudiera ver el interior. A su lado se erguía a duras penas un lavabo con chorretones de orín todo lo largo del pie, bajo un espejo en el que ya sólo quedaban restos sucios del azogue, en los que algunas partes asqueadas de mí se han reflejado. El suelo, un sintasol adhesivo levantado y mugriento, estaba semianegado de agua. Y un olor ácido y fuerte se filtraba de no sé dónde, un hedor picante y

dulzón que se me ha atragantado al instante, dejándome paralizado en medio de la habitación. El váter parecía embozado y lleno de papel higiénico. Al dar un paso adelante, mi olfato me ha indicado que el olor venía de la bañera oculta tras el trapo que hacía las veces de cortina. Lo he apartado, después de una larga y repugnada duda. Lo que han visto mis ojos no tiene comparación con nada en el mundo.

Era un joven, imagino que era joven, pero sólo es una impresión, muerto. Había una jeringuilla estilizada en las proximidades de su brazo cárdeno. Los ojos estaban abiertos y la sangre, agolpada en ellos, había formado un arco alrededor de las pupilas. El grifo de la bañera goteaba lentamente sobre su hombro escuálido. Pero lo más paralizante, lo más terrible de aquella figura de formas desmadejadas y amartilladas por la grisácea sombra de la muerte, era su color. Era un cadáver, de acuerdo, pero era un cadáver pardo, casi marrón, sucio, embarrado hasta las costuras de la ropa. La carne, la piel, los labios amoratados, las manos largas y suaves, las pupilas achicadas, en las que se había agolpado toda la congestión de un último horror, todo era de un color oscuro, terroso, del color inconfundible del limo. He sentido ganas de chillar como una mujer al ver aquello, y una angustia ácida que subía a presión a lo largo de mi esófago, como si alguien hubiera destapado una olla llena de horror que, sin saberlo yo, hervía en mi interior, me ha bañado en sudor helado y nervioso. He salido corriendo de aquel baño y he apartado a Ágata de un empujón, precipitándome escaleras abajo como un poseso. Sólo la calle y su mediana tranquilidad de sobremesa han conseguido calmar mi agitación y ralentizar mi pulso y mi respiración. ¡Dios!, no cesaba de decirme, ¡Dios!, ¿será posible tanto horror y tanta miseria, tanta degradación? No sabía si llamar a la policía o a un médico, pero bien pronto he comprendido que aquél no era asunto mío y que lo más probable era que, si me inmiscuía en él, me acabase arrepintiéndome, pues unos como otros siempre encuentran las causas de las cosas donde les viene más a mano. Luego me he sentado en un café ruinoso y mugriento y he sorbido un coñac, sintiendo una gran tristeza en lo más hondo de mi corazón destartalado. Una pregunta me rondaba obsesivamente la cabeza. ¿Quién, qué estaba rondándome tan silenciosa como pestilentemente? ¿Por qué yo? Aquel olor tan penetrante no me resultaba desconocido, desde luego.

He estado dándole vueltas a esta idea toda la noche, pero no llego a ninguna conclusión. Sé que algunos de los acontecimientos que me están sucediendo tienen una hilazón entre sí, pero no logro averiguar cuál. Los urinarios, esa luz que alguien paseaba por las tinieblas de las cloacas, los poceros, Eustaquio mismo, el cadáver de la pensión, embalsamado en su olor pútrido y hediondo. Hay algo que parece arrastrarme hacia sí. Una serie de sucesos, en apariencia banales, que balizan un angosto camino por el que debo de echar a andar, quiéralo o no. ¿Es quizás la senda de los excrementos, de las cloacas? Estoy ahora mismo en mi mesa y tengo algo de miedo. Hay un silencio tan compacto en esta casa, un olor a polvo, a suciedad, a miseria tan grande. Y son tantos los ruidos, los ruiditos que

un edificio de este tamaño emite a lo largo de la noche. Querría entrar en casa y dejar los sentidos colgados del perchero. Si por lo menos quedase Conchita. No hablaba más que su jerga, pero sería un alivio oír trajinar a alguien. He pensado que si de verdad la Mierda está sometiéndome a una prueba, estoy a salvo mientras no salga de casa. Luego he caído en la cuenta de que no es así. Las cloacas tienen una conveniente comunicación con todo el mundo. Es en casa donde menos seguro estoy. Esta última idea me ha dejado, por unos segundos, algo perplejo. He adivinado que el abismo del terror se había abierto tras mis espaldas, solamente con ese pensamiento de la comunicación cloacal. No debo dejarme llevar por las ideas negras. Si lo hago, estoy perdido.

34

Anteayer murió Eustaquio. Hacía un frío espantoso. De la sierra soplaba un aire helado que fue haciéndose más y más gélido a medida que las sombras se abalanzaban sobre la ciudad y los coches se retiraban, dejando de calentar el asfalto con los neumáticos deshilachados y sus tubos de escape sulfurosos. Al ver que el tiempo empeoraba, yo, que había cenado en compañía de mis amigos menesterosos en el albergue del Parque del Oeste, decidí dejarlos allí e irme cuanto antes a casa. Cuando estaba para salir, abrigándome como podía con ayuda de mi chaqueta y un par de ejemplares atrasados del ABC, vino Eustaquio y afirmó que me acompañaba. El nunca dormía en los albergues. Yo pensaba que por ser la noche tan fría en esa ocasión sí lo haría, pero el genio le podía —la mayoría de las veces— más que la molicie, y no se permitía a sí mismo algunas cosas, una de ellas que le dijeran cómo tenía que ser un miserable.

Estaba esa noche más que mohíno. Era, me da la impresión, algo metereópata, pues los cambios bruscos del tiempo lo sumían en —como decía él— la pena negra, de la que se deshacía tras unas horas de melancolía profunda en la que parecía una cáscara de hombre vacía. Al pasar por Ferraz todavía no había hablado. El aire fue amainando poco a poco y cayó un frío algo húmedo que nos fue calando las entrañas. Como no teníamos dinero ninguno de los dos, no pudimos pararnos a tomar algo fuerte para entrar en calor. Al subir por Gran Vía, con la intención de andar hasta Sol y allí tomar el metro para ir a casa —pues, por primera vez, le había invitado a dormir—, de repente, a la altura de San Bernardo, el aire quedó quieto, muy quieto, y el frío descansó un poco. Y empezó a nevar. Suavemente. Nos detuvimos ambos en la acera y levantamos los ojos arrasados en lágrimas congeladas hacia el trozo de cielo aprisionado entre los aleros de las casas. Sobre el fondo gris de la no-ciudad, los copos de nieve asemejaban huevos que las golondrinas dejasen caer a cámara lenta sobre la calzada. Y era ya abril. ¿Qué estaba pasando en el cielo? Sólo el otro día el sol caía a plomo sobre la ciudad y los domingueros habían empezado a sacudir las ropas de verano y ahora, en cambio, nevaba mansamente. La calle estaba desierta y sola. Al llegar a

Callao, la nieve ya empezaba a cuajar en los setos, en las jardineras, en los capós de los coches, abandonados a su noche. Tomamos Preciados y anduvimos por los soportales de Galerías hasta Sol.

Una vez en el metro, nos dimos cuenta de que no podríamos colarnos, pues había una pareja de seguratas al lado de la taquilla, gesticulando chulescamente, y no parecían tener prisa. Acechamos más de media hora, pero acabaron por fijarse en nosotros y tuvimos que remolonear de nuevo hacia la salida.

Eustaquio no decía ni palabra. La nieve había venido a ensimismarlo más de lo que ya estaba. Los copos se unían al suelo con un beso silencioso y al instante la mugre teñía de gris su ígnea blancura. Decidimos sentarnos en un escalón de la boca de metro y allí miramos escalera arriba, con la esperanza de que dejase de nevar y pudiéramos salir a andar hasta otra estación y colarnos. Pero cada vez los copos eran más y más compactos, y ya los primeros peldaños de la escalera en la que estábamos sentados se empezaban a cubrir de una sucia alfombrilla blanquecina. Luego, hacía medianoche, empezaron a llegar mendigos, algunos portugueses, otros de Madrid, otros de Barcelona. Al parecer, se había corrido la voz de que esa noche se dejarían abiertas algunas bocas, para que durmiéramos allí. La idea me desagradó. Yo sólo quería llegar a casa y meterme en mi cama. Aquí hace también un frío del demonio, pero es un frío conocido y de mi propiedad, no un frío comunal y menesteroso. La propiedad del frío es un factor muy importante de cara a calibrar sus efectos en las personas. Es más fácil, claro está, dominar un frío de tu propiedad. Pero no tenía forma de ir. Andar era insensato. Para colmo, varios de los mendigos que empezaban a sentarse a nuestro lado, arrebujaos en sus frazadas, con el rostro medio oculto entre los gorros de lana y las barbas enmarañadas, eran conocidos de Eustaquio y, al verlo en ese estado de embriaguez melancólica, uno de ellos se compadeció de él y le pasó una botella de vino para que la abriera. Mi amigo bebió un largo trago y luego dejó la botella cerca de sí. El otro, un hombre delgado y completamente calvo, dotado de una expresión brutal que su gesto desmentía con rotundidad, miró la botella con inmenso arrepentimiento, pero la dejó allí y se arrebujaó en su capote, disponiéndose a conciliar el sueño sobre sus cartones de embalar tabaco. Flotaba un olor espantoso, agrio, que casi podía mascarse. Eustaquio bebía de la botella una y otra vez y su expresión de pesadumbre destilada perdía brillo poco a poco, como si el alma, a cada largo buche, se le escapase por el gollete de la botella. Hacia la una de la mañana, las venas de su rostro habían adquirido un tinte violáceo. El frío entraba por la boca de la escalera y nos hería cada segundo, como si hubiera caído sobre nosotros un ejército calado de bayonetas de hielo y escarcha y se estuviera ensañando con nuestros cuerpos maltrechos. Del interior del metro llegaba el fragor de los trenes esporádicos y las oleadas de calor que los convoyes sacaban a topetazos de lo más negro y húmedo de los túneles. De vez en cuando, por entre nuestras formas arrebujaos saltaba un viajero rezagado a algo tocado por el alcohol, y el chapoteo de sus pisadas húmedas se perdía en lo ancho de la plaza

acompañado de un eco fangoso. Luego, un guardia se asomó y dijo que podíamos entrar. Yo, no sabiendo qué hacer, y no queriendo dejar a Eustaquio allí, adivinando que moriría si se quedaba en aquel peldaño y el frío caía sobre él y le congelaba en las venas el litro de vino que había bebido, lo enganché por los sobacos y lo arrastré hacia adentro. Protestaba difusamente, y la baba le caía sobre el chamarro nevado. Lo tendí en el andén de la línea uno y lo arrojé como pude. Una docena de menesterosos se dejaron tumbar cerca de nosotros. A los diez minutos, la mayor parte de ellos roncaban. Yo no podía dormir y me concentré en el techo. No hacía tanto frío como fuera, pero no conciliaba el sueño a causa del olor y de la corriente que, a rachas, llegaba de lo más profundo del túnel. Me levanté hasta la misma boca del túnel y escudriñé la oscuridad atravesada por las catenarias y los gruesos cordones que se perdían en lo negro, prendidos a las paredes del túnel. De tanto en tanto, llegaban chirridos estridentes y lejanos, como de muebles que alguien moviese ruidosamente en alguna parte de aquel laberinto de rieles y goteras o gemidos de algún monstruo arrollado por un convoy fantasma. Tan concentrado estaba en mi observación del silencio y la negrura de aquel túnel que no me di cuenta de que, por la boca opuesta, llegaba un sonido más y más nítido. Segundos después, el rumor se hizo un ruido y éste un fragor, que fue el que me sacó de mi ensimismamiento. Era un convoy que venía con las luces y los faros apagados, a toda velocidad, oscilando a causa del traqueteo. Volví la cabeza, justo en el momento en que hacía entrada en la estación. En la cabina, a los mandos, había una forma extraña y poco humana, que me recordó vagamente a un espantapájaros confeccionado a base de desperdicios, de telas raídas y deshilvanadas. Su rostro, o el lugar que debía ocupar su rostro, estaba formado por un óvalo grisáceo, desprovisto de cualquier expresión y orificios. Al pasar, el convoy, compuesto al menos por tres unidades, dejó un rastro inconfundible de heces y excrementos por el suelo del andén; a través de las ventanillas de los vagones se apreciaba que éstos iban repletos de una sustancia parecida al lodo, espesa y pestilente, que oleaba a la altura de las barras de sujeción de los viajeros. Por las juntas de las puertas se escapaba ese reguero hediondo. No puede describir con exactitud el chasquido que ese líquido producía al caer sobre el andén. Vi desaparecer la unidad, aterido de terror, en lo hondo del túnel y, por un instante, la quietud de antes reinó de nuevo sobre el andén de la estación desierta. Tan sólo quedó flotando un hedor insoportable y pegajoso, que se posó en forma de nube finísima sobre las baldosas del andén.

Me encaré de nuevo a los mendigos. Eustaquio se había incorporado y miraba con su ojo vidrioso hacia mí. “Alberto, Alberto”, gritó ronco. Fui hasta él. “¿Qué pasa, Eustaquio?” “¿Has visto?” me señalaba con su mano temblorosa hacia la boca del túnel por el que acababa de desaparecer el tren fantasma. “Sí que lo he visto”, respondí. Lo observé entonces. ¡Dios Santo, qué viejo estaba! Algo se había arrugado dentro de él. Su rostro estaba distendido y flácido, la nube de su ojo derecho parecía haberse esponjado un poco, un hilo de saliva le colgaba hasta el pecho, y el pelo daba la impresión de haber sido esquilado, como si su cuero cabelludo se estuviera tensando.

Se agarró a mí. Ya no era el Eustaquio que yo conocía. La cara le temblaba toda y estaba muy frío. “¿Has visto, Alberto, al que conducía el tren?” Asentí. En su único ojo dotado de expresión había un terror desatado. “¿Lo has visto, hijo?” “Claro que lo he visto, Eustaquio”. Se levantó y se acercó hasta el borde del andén, arrastrando tras de sí el abrigo con una mano y empuñando la botella vacía en la otra. Gritó con todas sus fuerzas delante del túnel oscuro. Fue un grito lúgubre y ebrio de terror, que terminó en un gallo hiriente. Algunos de los bultos que roncaban se movieron y se oyeron protestas ininteligibles. Eustaquio siguió gritando. “¡Chivatoooooo! ¡Chivato de mierdaaaaaa! ¡No te tengo miedooooo!” Pero sólo un eco lejano y metálico respondió a sus bravatas. Luego, lanzó la botella hacia la oscuridad y se oyeron los añicos estrellarse por las paredes esponjadas. Quedó un instante de pie delante de la boca del túnel y, súbitamente, como si alguien hubiese gritado ¡fuego!, se derrumbó, primero sobre el andén, rodando luego hasta la vía con un golvazo seco y violento. Me abalancé sobre el foso y lo icé de nuevo al andén. Estaba muy pálido. Su ojo sano lo tenía cerrado y me miraba por la nube del otro, que se iba algodónando más y más, como si la corriente de aire que venía del túnel se le hubiera metido dentro del ojo, dispersando los jirones de aquella niebla azulada. Cuando lo incorporé un poco sobre mi rodilla, la nube estaba ya completamente deshecha y tamizaba la pupila entera. Azorado, lo levanté como pude y lo cargué a mi hombro. Su peso era el de un fardo sin vida.

No sé cómo fui capaz de subirlo hasta la superficie y de introducirlo en un taxi, pero lo hice. El vehículo iba haciendo sonar el claxon por las avenidas sucias de nieve. En la entrada a Velázquez estuvimos a punto de estamparnos contra la fachada de una casa, ya que la nieve se había helado en la calzada. Una vez en el hospital, el taxista me ayudó a ponerlo en la camilla. Cuando le dije que no tenía dinero, resopló y se limitó a asentir bondadosamente. Era un hombre joven. Eustaquio desapareció sobre la camilla con ruedas tras unas puertas batientes blancas y yo me quedé en la sala de espera, rodeado de familiares y personas que fumaban y suspiraban de impaciencia y resignación. Hacia las tres de la mañana, apareció un médico en la sala de espera y preguntó: “¡A ver! ¿La persona que ha traído al mendigo?” Me levanté y le seguí hasta un despacho. Era muy joven —mucho más que yo— y llevaba el aparato de auscultar colgando del cuello. Taconeaba sobre unos zuecos verdes que lo levantaban del suelo algunos centímetros. Prendió un pitillo y me preguntó si yo era amigo del mendigo o lo había encontrado por ahí. “Amigo”, me limité a contestar. “¿Cómo se encuentra?” “Pues mal, acaba de fallecer.” Introdujo el mechero en el bolsillo y expulsó el humo por la nariz. “Un derrame cerebral, tiene la cabeza inundada.” Asentí. Las piernas me temblaban de rabia y desesperación. Pedí verlo. El médico miró el reloj y me dijo que tardaría una media hora todavía en estar listo. Volví a asentir y regresé a la sala de espera. Al cabo de un interminable cuarto de hora, una enfermera entró luego y me preguntó si el difunto tenía cartilla de la seguridad social. “No”, le dije. “¿Se haría usted cargo de los gastos de enterramiento o lo pasamos al Ayuntamiento?” “Me haré cargo”, afirmé, sin saber cómo pagaría. Luego,

pasada una hora más, la enfermera me guio hasta una sala en la que Eustaquio estaba amortajado y limpio. Parecía otra persona de nuevo, y era ya su última transformación por aquella noche y para siempre. Le habían rasurado y peinado cuidadosamente su cabello, en onda hacia atrás. Parecía que se fuera a incorporar para ir a los toros. El ojo nublado, sin embargo, no habían podido cerrarlo del todo. En su rostro, cepillado ya el terror de las horas pasadas, había ahora una expresión serena, de contribuyente o cabeza de familia. De albañil. Una expresión serena y fatigada, que una sábana azul ceñiría para siempre.

Pregunté a la enfermera si dejarían la sábana en el féretro. “No sé”, replicó, como diciendo, vaya pregunta más absurda. Recé un Padrenuestro y salí otra vez hacia la noche helada. Anduve hasta casa, sin notar el frío que cortaba la carne y, al llegar, puse algo de música. Mi cabeza estaba turbia como si hubiera bebido. Sentía una rabia tan inmensa que creí que los dientes iban a ceder, triturándose unos contra otros. Juro que se hubiera tenido entre mis manos una palanca que accionase el minado de todo Madrid, la hubiera empujado hacia abajo con un grito de alegría. Al final, la rabia y la desesperación se fueron disolviendo y de su marcha tan sólo se rezagó un regusto extraño en la boca, a pasta de dientes vieja, y unas extrañas cosquillas en los temporales.

Cuando amaneció vi que la nieve tan sólo había cuajado sobre el acebo. Al ir a frotarme los ojos doloridos, noté un olor extraño en las manos. Las olfateé unos segundos. Era un aroma agrio y penetrante, que no había olido antes. Me las lavé una y otra vez, pero el olor no se iba, antes bien, seguía allí, como si tan sólo mis brazos se hubiesen alargado lo suficiente como para que el olor fuese algo más lejano, pero nítido. No sabía qué hacer con las manos. No me atrevía a tocar nada. Las metí debajo de la almohada y me quedé dormido.

¡Qué horrible sueño tuve! Soñé conmigo y con Madrid, y yo paseaba por la ciudad y la ciudad entera estaba poblada exclusivamente por mancos, que agitaban sus muñones mal cicatrizados delante de mí y me exigían limosna, señalando mis manos y mis dedos. Y yo, en mi pesadilla, era el único que no parecía necesitar de la limosna de nadie, y casi no podía andar de tantos mendigos como había. Y me miraba las manos y deseaba ser manco y que alguien me las cercenara. Pero las manos, lejos de caérseme como un fruto maduro o dos hojas secas de otoño, crecían de peso más y más, hasta que tenía que arrastrarlas por el suelo y tirar de mis brazos como si fueran las lanzas de un carro hincado en el barro. Pedía a gritos que alguien me cortara las manos, pero nadie podía hacerlo porque la ciudad, en la pesadilla, ya lo he dicho, estaba poblada exclusivamente por mancos.

sobre Madrid todo el bufido cristalino de sus pulmones nevados y las calles se limpian de la contaminación, de esas mañanas en que los paseantes, en las esquinas norteñas, luchan a brazo partido con sus gabardinas y los paraguas que se abren de estampida, y el ruido de las hojas que arrastra el aire por los bordillos se mezcla con el gemido de los árboles al bracear en los bulevares. El entierro de Eustaquio estaba fijado a las doce del mediodía.

Me he acicalado todo lo que he podido y he salido de casa bien trajeado —con un traje de *tweed* de papá, algo grande— y una gabardina vieja ciñéndome las tripas desconsoladas. El aire era límpido y transparente como pocos días lo había sido aquel invierno que quedaba atrás. He tomado un metro hasta Cibeles y allí he cogido el 34. Nunca había ido a un entierro en autobús. Ha sido una sensación extraña. A nuestro lado, entre el tráfico abotagado, se ha colocado un coche color vino de los servicios fúnebres. He pensado si sería el que llevaba a Eustaquio, pero me he dicho que su entierro no había de ser el único en esta ciudad inmensa. Aun así, lo he seguido con la vista hasta que ha encallado en un arrecife de autos.

Una vez en Carabanchel, he andado —escorado hacia adelante a causa del viento— hasta el cementerio, al que he llegado después de preguntar a varios ancianos, que parecían puestos en las plazas por sus familiares. El aire me escocía en las orejas y la punta de la nariz me ardía. En portería me han indicado que el entierro se haría cuando hubiese un hueco. Como no pude reunir el dinero suficiente para darle un enterramiento de pago, a pesar de que intenté vender algunas bandejas de plata sin éxito, pues lo han hecho a cargo del Ayuntamiento, y había que esperar a que entierren a los que pueden pagárselo. Me he sentado en una salita de espera enfrente de la puerta y me he dedicado a observar el trasegar de difuntos. El aire hacía restallar las faldas y las americanas de los cortejos, casi todos de negro riguroso, con las gafas de sol de rigor. De tanto en tanto, algunos calcetines blancos resaltaban bajo las perneras de los pantalones oscuros. Cuando aparecía un coche fúnebre, con su cajón de madera brillante, su cura y sus tres o cuatro llorosos, todos andaban, después de algunos momentos de confusión, una resaca de murmullos y cigarrillos calados a hurtadillas, detrás del furgón, perdiéndose enseguida por el portón principal de entrada. Pero no tardaba en aparecer otro coche y la escena se reproducía con matemática exactitud. Así fueron pasando los minutos y los cuartos de hora sin que hubiera rastro de Eustaquio, ni muerto ni vivo, por ninguna parte. Yo me he empezado a impacientar. Iba a levantarme del banco corrido para pedirle explicaciones al portero, cuando se ha detenido otro coche fúnebre delante de la puerta. El chófer se ha bajado y se ha tirado de los pantalones hacia arriba, como si se le estuvieran cayendo a causa de la abultada tripa. Pensando que tendría que esperar de nuevo a que el cortejo se formase y el conjunto desapareciese camino del nicho, me he vuelto a dejar caer sobre el banco y me he cruzado de brazos. Entonces lo he visto.

Por una esquina del portón trasero del coche fúnebre caía una gotera de un líquido oscuro y espeso, que salpicaba sobre el asfalto rítmicamente. Al cabo de unos segundos, había ya un pequeño charco cerca de la rueda trasera del vehículo. Me he levantado y he andado hasta el furgón. He mirado por la ventanilla. Había una corona de flores sobre el ataúd. Era de debajo de éste de donde fluía aquel pequeño reguero que salpicaba bajo el coche. Me he agachado, movido por mis recuerdos de la antevíspera, y lo he examinado de cerca. Sólo arrodillado, ya se notaba el olor, el mismo olor. El conductor me ha venido a sacar de mi examen. “¿Qué pasa? ¿No me joda que he pinchado?” “No”, me he incorporado y he vuelto a negar, todo nervioso. Debía de estar muy pálido, porque me ha preguntado si me encontraba bien. He respondido que sí. Le he preguntado que quién era el muerto. Se ha sacado unos papeles de la guantera y ha leído el nombre. Purificación no sé qué. He asentido y me he retirado otra vez hacia el banco de la sala de espera. No he vuelto a ver más coches que goteasen de aquella manera. Hacia las once y cuarto, el portero me ha hecho una seña y me ha dicho que le siguiera. Me ha dejado cerca de un furgón enorme, también de color vino. Le he dado varios rodeos para matar el nerviosismo. Al cabo, ha aparecido un empleado del cementerio y me ha preguntado si sólo estaba yo. He asentido. “Suba conmigo”, me ha dicho.

Ha conducido hasta un descampado, dentro del recinto, aunque alejado de las urbanizaciones mortuorias, en el que había una enorme fosa, cerca de la cual un par de hombres fumaban y escupían a lo lejos, con las manos sobre los mangos sobados de sus aperos. Se ha incorporado y abierto el furgón por detrás. Me he llevado una sorpresa. Había tres féretros y no sólo uno. Más que féretros, cajones barnizados, escasamente antropomorfos, con asas de ferretería que no parecían capaces de resistir el peso de un cuerpo humano. Sobre la tapa de cada uno de ellos estaba escrito con rotulador —en letras progresivamente decrecientes, como si al escribiente le faltara espacio— el nombre de los ya no eran. Hemos esperado una media hora, hasta que un Renault 5 ha aparcado delante de la fosa. De ella ha bajado un sacerdote quien, no sabiendo qué hacer conmigo, me ha dado la mano. Luego ha echado una carrerilla por el talud hasta frenarse con las justas delante de las fosas. Se ha puesto una estola —después de besarla— y ha bendecido los cajones. La tierra esponjosa y húmeda ha caído sobre sus estuches bastos con un ruido bronco, como un pedrisco ocre. Yo me sentía contagiado de la indiferencia de aquel acto, de los bisbiseos apresurados del cura y sus gestos de brujo, del airucho que me escocía en las mejillas y la cara, del cielo límpido que desmentía lo triste y macabro de aquella ceremonia, dándole un ligero aire de práctica de jardinería. Además, en mi cabeza daba vueltas el asunto del tren, de la gotera hedionda que acababa de examinar en el coche fúnebre. ¿Qué podía ser? La imagen del chófer grisáceo a los mandos de aquel convoy colmado de mierda no dejaba de rondarme la imaginación. Lo que más me inquietaba era la idea de haberlo visto también con mis propios ojos. Quizás eso constituía una suerte de maleficio, un mal de ojo del culo que me

arrastraría a la más sucia de las perdiciones. Aquella idea, la de que el trasero pudiese lanzar males de ojo, me ha hecho gracia. He intentado contener la risa, pero no he sido capaz. Me ha explotado en la cara y la metralla de mi saliva les ha herido de muerte. Los tres hombres han mirado hacia arriba, hacia donde yo estaba. Por su rostro se han paseado la sorpresa y la indignación, a las que ha seguido una consternación grave y silenciosa, definitiva.

36

A raíz de la muerte de mi amigo Eustaquio he pasado días muy malos. Lo peor fue a la mañana siguiente de su entierro. Me acosté muy cansado, anhelando esa nada inofensiva y por entregas que es el sueño. Sabía, en lo más profundo de mi mente, que las cosas no podrían seguir siendo las mismas después de aquella pérdida. Y, efectivamente, al despertar, me noté muy extraño. Nada más dejar el lecho, me vino una rara intuición: me había despertado ínfimo, minúsculo. Y así era, por desgracia.

Caí de la cama y me refugié en las zapatillas, recorriendo la casa a pasos lentos, tirando de las enormes babuchas, que me llegaban a la altura del pecho, mientras sentía la gravitación del terror de las cosas gigantescas que me rodeaban; los muebles altísimos, llenos de troneras desde las que me parecía que las moscas me vigilaban; las sillas, que desde donde yo estaba parecían estatuas sedentes de algún faraón egipcio, el frontis de un templo romano; las baldosas, en realidad tan separadas que tenía que tener cuidado para no caer en las junturas. Pero lo peor fueron las motas de borra o de polvo; me pillaron en el pasillo como enormes trinitarias del oeste y tuve que pelear con ellas a brazo partido antes de reducirlas al tamaño que me permitió enviarlas a la basura. Además, vi un par de cucarachas. “¡Ay de mí” —pensé— “si un día vuelvo a levantarme ínfimo y unas cuantas me rodean! No me libra ni San Pedro.” Si los hombres vieran las cucarachas como yo las vi al día siguiente de la muerte de Eustaquio, no les pondrían el pie encima con tanta despreocupación.

Aquel estado duró todo el día. No es que tuviera menos estatura de lo habitual, sino que todo me parecía mucho más grande y, por lo tanto, yo me sentía tremendamente ínfimo. Era, por decirlo de algún modo, un microalberto. Bajar los escalones hasta el jardín me costó la mañana entera. Luego, una vez en el bosque de césped, apoyándome en los troncos de los tallos de hierba, caminé hasta la cancela, a la que llegué hacia la hora de la merienda. Al salir a la calle no supe qué hacer. Tardé un par de horas en ir hasta Serrano. Allí me asusté mucho. La gente que caminaba, tan enorme, por las aceras, derechos hacia mí como si fueran a darme un empujón, a pisarme, me llenó de inquietud. Sus zapatos, temibles zapatos de punteras amenazadoras, sus ceños, los coches, el horrisono bramar de las sirenas, los ruidos de las obras, los socavones en los que trabajaban los monos llenos de obrero, todo, todo

me llenó de pánico. Retrocedí y me refugié en casa, tras una carrera de más de una hora. Me preguntaba, con el corazón latiéndome en la garganta, si alguien había subido el volumen de la ciudad o si me habían empequeñecido de alguna manera. Además, me dio la impresión de que a aquel barrio le habían quitado los calcetines. Olía todo muy mal, muy fuerte.

Una vez en casa, me medí. Yo tengo ciento ochenta y cinco centímetros de largo. Estaban todos, uno encima de otro. Decidí que sería una impresión consecuencia del dolor por la muerte de Eustaquio, o quizás del frío de la otra noche. Dejé transcurrir el día.

Después de cenar algo y lanzar un último suspiro, fui al salón y trepé hasta la butaca. Allí me encaramé al mando a distancia y salté sobre la tecla de un canal hasta que se encendió. Luego me acurruqué al fondo del cojín, sobrecogido por la inmensidad de las figuras que parloteaban en la pantalla gigante. Por fin, me fui a dormir y, sepultado entre las sábanas —enormes y recias como cangrejas—, paladeé, bajo la almohada, la esperanza de despertarme con mis tres dimensiones ajustadas al mundo que me rodea.

37

Al pasar por Quevedo, he visto que han desmantelado el urinario. La entrada está cegada con cemento y tablones. Un poco más allá, silencioso, se alza uno prefabricado, de monedas. Nadie parece haber advertido nada. Tan sólo yo me he detenido, atónito. ¿Qué se ha hecho de la vieja, del gato, de los urinarios de loza, de la arcada, de la antorcha fantasmagórica? He estado inquieto todo el día. A veces, me da por pensar que existen brigadillas de actores que llevan a cabo minúsculas representaciones destinadas solamente a un pobre e inofensivo viandante como yo. ¿Estaba ese urinario allí el día anterior de mi bajada a él? No puede recordar haberlo visto antes. Mi imaginación me ha representado vívidamente la escena del desmantelamiento de aquella farsa: la salida de la vieja —de sorda nada—, la repesca del gato, el cerrojazo a los servicios, el corrillo final en el que se comenta el resultado final y se reparten los cheques.

38

Cuando he vuelto a casa era de noche. Tras perder 50 pesetas en la máquina de frutas, me he deslizado entre el polvo como un ladrón y he entrado en la cocina para prepararme alguna cosa de cena. En la nevera quedaba un cascarón de pollo y, aunque tenía apetito, su aspecto mortecino y puntiagudo, amarronado por la sequedad, me ha impedido caer en la tentación de comerlo. Había pan, así que he comido pan —media barra— masticando lentamente, con el trasero apoyado en el fregadero y oyendo el paso eléctrico del reloj de la cocina. Cuando he empezado a

notar que el estómago estaba a rebosar, he bebido un par de vasos de agua a fin de que la comida se hinchase un poco. He subido al zaguán y he tratado de encontrar algún pingo con el que matar un poco el rato, pero todos los que había ya me los sabía de memoria. He pensado también en hacer cacería pero, la verdad, no me apetecía mucho. Sentado en la mesa del despecho de papá, he sacado uno de los álbumes y he mirado las fotos de cuando éramos una familia. Y, como siempre que miro el álbum, he llorado un poco, lo que me ha hecho mucho bien. Me he acordado de Pedro y he pasado algunas planchas hasta verlo allí, en la fotografía en que está recién llegado de la mili, que es cuando empezó a picarse. A pesar de haber muerto tan joven, vivió más que mucha gente que va pisando fuerte por la calle. Estoy seguro de que, si me ve por la que estoy pasando, se alegrará de aquel día en que tuvieron que tirar la puerta de un retrete para sacarlo.

Una velada que empezaba de manera tan melancólica no podía acabar de otra forma que en mi cuarto, escribiendo en la mesa del rincón. Pero aquí es donde viene lo más gordo, algo increíble. Tanto que, mientras escribo estas líneas en mi diario, empiezo a dudar de si mañana lo veré como una cosa real o no. Pero no tengo la sensación de haberme quedado dormido. En lo más mínimo.

Me encontraba —hacia las once de la noche— sentado en la mesa, con el diario abierto, dándole vueltas en la imaginación a la frase con la que comenzaría a hablar de mi hermano, cuyo triste recuerdo había hecho presa de mí aquella noche, cuando he vuelto a sentirme muy inquieto. Se ha agudizado mi oído —que es de tísico— enormemente y se me ha llenado la cabeza de los ruidos de la casa, impidiéndome centrarme en la frase inicial, que se resistía a salir. El tic tac del reloj parecía tan creciente que he pensado seriamente en la posibilidad de que el enorme reloj de péndulo se estuviera aproximando lentamente por el pasillo hacia mí, por lo que he salido y comprobado que no, que seguía en su sitio, en la esquina del hall, y que el péndulo oscilaba gravemente. Entonces, he tratado de volver otra vez a la primera frase de este diario, pero, para mi desesperación, he escuchado nítidamente cómo en el zaguán, el clave ha empezado a soltar notas cristalinas, iguales, planas, primero muy bajito, luego —poco a poco— cada vez más altas. Yo, por supuesto, estaba paralizado. No era exactamente terror, sino más bien una sensación de extrañeza de lo más singular, como diciéndome ¡este clave! ¡ahora se le ocurre ponerse a tocar! sin darme cuenta de que el clave no podía estar sonando solo, ya que arriba no había nadie. ¿Y si lo había? se me ha ocurrido de repente. He echado a temblar. Con lo mal que estoy comiendo últimamente, no tengo ni media bofetada, es lo primero que he pensado. Pero, de todas formas, me he armado de valor y he empuñado con fuerza un bate de béisbol de mi hermano, resto de cuando estaba en Cristo Rey. Luego, he subido lentamente las escaleras de hierro hasta empujar la puerta del zaguán. Se oía claramente. El sonido no era muy fuerte, aunque sí

monocorde. He gritado varias veces ¡quién hay allí! con el tono más amenazador del que he sido capaz. Sólo ha contestado el clave.

Con el corazón latiéndome con fuerza en el cuello, he deslizado mi mano por la pared y he encendido la luz de un golpe. ¡Pero no había nadie! Y el clave seguía sonando. ¡Dios mío, qué miedo he pasado! Era espantoso. Allí, el clave, tapado por la colcha, sonando solo, como si hubiera cobrado vida propia: clin ... clin ... clan ... clin ... ¿Qué podía hacer yo? ¿Salir corriendo? No, porque la idea de escuchar toda la noche (por ponerme un poco optimista) el clave mientras permanecía abajo, muerto de miedo, era una idea mucho peor que la de acercarme hasta donde estaba y destaparlo. La imagen de dos manos, cercenadas de ambos brazos, tocando el clave bajo la colcha ha revoloteado en mi cabeza, poniéndome un nudo en la garganta, pero aun así, he dado los pasos necesarios para ponerme a la vera del instrumento y, asiendo el extremo de la colcha con la mano a la vez que empuñaba el bate con la otra, la he levantado de un tirón. Era un minúsculo ratón que se paseaba sobre las teclas de marfil, olisqueando las plaquetas y dando saltitos sobre las negras, que eran las que producían el inquietante sonido que yo escuchaba. Estaba a punto de soltar un garrotazo sobre el animalillo cuando lo he pensado mejor y, sobre todo por no estropear el clave, lo he empujado con la punta del bate al suelo y allí le he dado una buena patada mientras estallaba en carcajadas histéricas a consecuencia del miedo que se disolvía en mí.

Luego, he vuelto a bajar al cuarto y me he sentado de nuevo en la mesa, sabiendo perfectamente que si me dejaba llevar por los nervios no podría conciliar el sueño ni escribir nada en toda la noche y al día siguiente estaría hecho fosfatina. Simular tranquilidad es, en ocasiones, lo mismo que tenerla. Con el trasero bien aposentado en la silla de escay y la pipa entre los dientes, me he inclinado hacia el diario y he afilado el lápiz con una rayitas. Justo entonces, el armario, que tengo delante de mí mientras escribo, ha crujido y la puerta del cuerpo central —la que tiene, en su parte interior un espejo de vestidor— se ha abierto lentamente, acompañándose de un gemido minúsculo. Por fin, se ha detenido ante mi mirada atónita, formando el ángulo exacto que me permitía verme reflejado de frente en el espejo.

Al principio no le he dado importancia, sorprendiéndome tan sólo de que a la puerta esta le diese por abrirse hoy, cuando nunca lo había hecho anteriormente. He pensado incluso en levantarme a cerrarla, pero me ha molestado la idea de que pudiera volver a abrirse de nuevo haciéndome ir y venir de la mesa al armario una y otra vez. Así que he vuelto a mi diario sin más, escribiendo en él algunas frases de corrido hasta que se me ha quebrado el hilo de los recuerdos. He mirado al espejo y me he contemplado otra vez, tratando de averiguar si ya empezaban a aflorar en la superficie de mi cuerpo la constante angustia y desolación que habían hecho presa de mí hacía meses. Iba a retirar mis ojos de la

superficie del espejo con una expresión de escepticismo dibujada en el rostro cuando me he dado cuenta de que la figura que yo tenía delante de mí estaba sonriendo. Pero yo no sonreía. Al contrario, notaba que mis facciones estaban contraídas en la mueca de escepticismo que ya he comentado. Sin embargo, me he palpado la cara para asegurarme de ello. Entonces, la habitación ha dado vueltas a mis ojos agarrotados de horror. La figura que el espejo reflejaba no se ha movido, sino que sus manos han permanecido quietas encima de la mesa sobre la que yo creía estar escribiendo. A partir de ahí, todo ha sido muy rápido. He intentado levantarme, pero estaba tan paralizado de horror que lo único que he podido hacer es patear un poco por debajo de la mesa y hacer girar la silla unos centímetros. Pero la figura seguía quieta. Entonces es cuando ha hablado. Su voz era clara, firme y algo cantarina. “¡Hola, Alberto!” —he visto como los labios de esa desobediente imagen mía se separaban para pronunciar estas dos palabras. “Hola” —he respondido con voz enronquecida por el terror. Luego, hemos permanecido varios minutos mirándonos en silencio, él sonriendo beatíficamente y yo paralizado por un miedo cervical que me había electrizado el cuero cabelludo. Mi cabeza pensaba rápidamente tratando de dar una explicación lógica a aquel terrorífico asunto. ¿Habrían quitado el azogue del espejo? ¿Sería una broma? ¿Estaría alucinando a causa del hambre? ¿Sería la primera y preocupante manifestación de una psicopatía que se estaba desarrollando en mi mente enferma? Trataba de poner calma en mi ánimo mientras sentía cómo el sudor se deslizaba por las palmas de mis manos y mojaba el papel del diario. Era idéntico a mí. ¿Era yo? He tomado fuerzas y, después de carraspear un poco para reunir algo de saliva en mi garganta reseca por el pánico, he logrado decir, en un tono de bien simulada indiferencia:

—Y tú, ¿quién eres?

El hombre del espejo ha hecho entonces más pronunciada su sonrisa, se ha acariciado el cabello con la palma de una mano —no sabría decir cuál— y ha respondido con la misma firmeza de antes:

—Soy Toralbe.

39

Así permanecemos durante toda la noche, mirándonos a los ojos, él desde el espejo vestidor, yo desde la mesa, las manos sobre el diario mojado por el sudor que se deslizaba de mis palmas. Cuando empezó a clarear y ya se veían los primeros rayos de luz filtrándose por los intersticios de las persianas, su imagen empezó a hacerse cada vez más borrosa y noté que mi cabeza se tornaba, a su vez, más y más pesada, hasta que no pude mantenerla derecha sobre los hombros y la dejé descansar sobre el diario, quedándome al instante dormido o quizás inconsciente. Cuando volví en mí, miré inmediatamente al armario. La puerta central, sobre la que estaba atornillado el espejo, estaba cerrada a cal y canto. Todos mis recuerdos de

la víspera eran vaporosos y etéreos, como los de una noche de borrachera. Abrí la puerta del armario y miré el espejo. Nada en especial. Sin embargo, yo recordaba vívidamente un solo momento: aquel en el que mi imagen desobediente, sobre la superficie del azogue, había abierto la boca y movido los labios para decir aquello de “Soy Toralbe”. La nitidez de este recuerdo invalidaba en mi conciencia desesperada cualquier duda y me remitía a la terrible realidad de mi enajenación galopante.

40

A primera vista, el psiquiatra parecía una mala persona. Luego, cuando la conversación se ha prolongado un poco —todo lo que una conversación se puede alargar en la consulta de un seguro médico— me he ido haciendo a la idea de que no era tan mala persona. Se trataba simplemente de un pobre hombre. Haciéndome cruces de cómo un ser de tan escaso conocimiento del género humano y los intersticios del alma pudiera tener la responsabilidad de aletargar esta última, espabilarla o aniquilarla para siempre, me he ido relajando un poco sobre el sillón que me había ofrecido para sentarme. Al principio me ha inquirido —sin mirarme siquiera— por mi nombre, estado, edad, enfermedades, etc. Después ha levantado la vista de sus fichas para escrutar me desde lo más profundo de sus ojos, enmarcados en sendas medias lunas de negrura, rastro sin duda de su diario contacto con las más variadas desviaciones del género humano. Luego ha movido los labios para decirme que qué me sucedía, en tono falsamente distendido y como diciendo vamos hombre, que aquí no nos comemos a nadie. Yo le ha explicado detalladamente el asunto del espejo y mi vivencia del día anterior, sin omitir el episodio del clave ni mis impresiones anteriores a la visión. Me ha escuchado atentamente y ha empezado a preguntarme por aquellos síntomas que pudieran haber producido semejante experiencia. “¿Qué tal duerme?” “Muy bien.” “Apetito.” “De ogro.” “¿Palpitaciones?” “Pues no.” “Vida sexual.” “Se va tirando.” “Alcohol.” “No bebo.” “¿Fuma?” “Tampoco.” El hombre ya estaba un poco frito, la verdad. “¿A qué atribuye esa alucinación que tuvo ayer? ¿Quizás el exceso de trabajo?” Le he mirado con sorpresa. “Imposible. Yo no trabajo.” El médico ha enarcado sus cejas grises. Con la mano derecha sostenía la pluma, con la cual golpeaba mecánicamente el talonario de recetas. “¿No trabaja? Y ¿a qué se dedica?” Me he alzado de hombros. ¡Qué pesadez con la dedicación! “Escucho música. Juego a las tragaperras. Leo a veces. Paseo. Bueno, ahora ya no mucho.” “¿Cree que tiene alguna significación esa alucinación? ¿La relaciona con algo en especial?” “No era una alucinación.” “Ya sé que usted cree que era real. Si no, no estaría aquí.” “No es cuestión de fe ni de que yo lo crea. Era real.” “De acuerdo. Lo era. Pero responda a mi pregunta.” “No la relaciono con nada especial. A excepción de mí mismo, claro.” “Explíqueme eso.” “Me saludó por mi nombre. Es evidente que me conoce.” El psiquiatra asintió varias veces. “¿Se siente triste?” “A veces sí, a veces no. Lo normal.”

“¿Piensa en la muerte?” “Claro. ¿Usted no?”

El médico sonrió y luego fue escribiendo cosas en una cartulina tan gris como su pelo. La verdad, me empezó a poner algo nervioso. ¿Qué demonios estaría escribiendo? Me recordaba constantemente al poli de la comisaría. A ver si me iba a llamar desgraciado también. “¿Se siente desgraciado?” He sentido unas enormes ganas de reír. “A veces.” “¿De qué se ríe?” —se estaba amoscando. “Nada, no es nada”. Me venía a la memoria la escena del policía y no podía aguantarme la risa. El médico, era para verlo. No sabía si enfadarme o dejarme por imposible. Por un lado, pensaba yo, se supone que los psiquiatras deben de aguantarlo todo, ya que tratan con gente un poco mal de la azotea; pero, por otra, también deberán de hacerse respetar, digo yo. “Disculpe”, he conseguido ponerme serio, “Prosiga.” “Está usted pasando una depresión. Será una cosa pasajera. Le voy a dar una medicación que le ayudará a salir de ese estado.”

Ha escrito en la receta y, arrancándola, me la ha tendido. Tres pastillas de cada. Desayuno, comida y cena. La segunda de las dos, antes de meterse en la cama. Antes de salir, me he vuelto y le he preguntado: “Doctor, ¿cómo es una persona?” Estaba ya sentado en su mesa estilo imperio. “¿Perdón?” “Le decía que cómo es una persona.” “No le entiendo.” “Se puede decir que usted estudia las desviaciones de la norma, los casos que se salen de lo normal.” “Más o menos.” “Pues bien. ¿Cuál es el modelo, el patrón que les han dado?” “¿Que nos han dado? Nadie nos ha dado nada. No existe un modelo. Todos sabemos cómo es una persona normal.” “Corriente.” “Normal o corriente viene a ser lo mismo.” “Bien, pues explíquemelo.” “Así, de pronto, pues no sé.” “Pues si no sabe cómo es el modelo, no entiendo cómo es capaz de distinguir lo que no es el modelo.”

El buen hombre ha hecho un esfuerzo visible por contenerse y me ha mirado con una mezcla de conmiseración clínica y falsa simpatía. “Usted tómese la medicación y ya verá como lo entiende todo.”

La enfermera —una vieja gruñona, quizás una paciente entrada en razones— me ha acompañado hasta la puerta y me ha despedido con una especie de tos. Yo he salido, la verdad, un poco escamado. Todavía no sé si el médico era un atontado o se trataba de un tipo excesivamente listo. En mi mano sostenía todavía la receta, en la que había un par de garabatos ininteligibles, unos rayajos temblorosos que asemejaban el electroencefalograma del mismísimo Frankenstein. He entrado en la primera farmacia que he encontrado y, alargando la receta, me han dado un par de cajas con pastillas minúsculas, lo que me ha reconfortado un poco. Yo me esperaba unos pastillones grandes como ruedas de molino, de esos que hay que comer un poco de miga para que se despeguen del esófago. Pero no. Eran diminutas, como bolitas de sacarina. Al llegar a casa, tan resuelto que estaba a tomármelas, quíá, me he dado cuenta de que no podía ser. No había nada que cenar. ¿Con basura sería lo mismo? Estaba sumido en un mar de dudas.

Debería tener un prospecto de la basura para ver las contraindicaciones. ¡Claro! ¡El prospecto! Allí seguro que decía algo. Lo he sacado y desenrollado. Era enorme. Parecía el manual de instrucciones de un video japonés. A medida que iba leyendo, notaba cómo un sudor frío me bajaba por la columna vertebral. Ya estaba pálido cuando he llegado a la posología. Cuando he entrado en los efectos secundarios, he tenido que dejar de leer y ponerme a escudriñar las pastillas, como si en su forma minúscula y colores brillantes fuera a encontrar la solución para la aprensión que se estaba haciendo dueña de mí. Además, no ponía nada de si se podían administrar en ayunas, o disimuladas en una cena tan hedionda como la que yo me disponía a despachar.

41

Estaba tan cansado...He apoyado la cabeza sobre el diario y me he quedado profundamente dormido. Claro, he tenido un sueño, otro sueño. O una pesadilla.

¿Cómo vamos a distinguir lo que son sueños de lo que son pesadillas sin saber si estamos en el cielo o en el infierno? El sueño tenía, como no, relación con todo lo anotado. Quizás, al estar mi frente tan próxima al diario, las letras se han abierto paso hasta mi cerebro y han juguetado con mi imaginación. No lo sé. El caso es que soñé con que iba a la sección de ropa de unos grandes almacenes y allí entraba en los probadores a ver qué tal me estaban un pantalón y una chaqueta y cuando me los había puesto, notaba una extraña parálisis que me impedía moverme. Era una mezcla de asfixia y terror y me veía reflejado en el espejo de la pared y me decía, Alberto, qué te pasa, reacciona, hombre, que van a cerrar los almacenes y te vas a quedar aquí en el probador toda la noche y mañana es puente en Madrid y hasta el miércoles no te sacan, pero no podía moverme. Entonces entraban silboteando dos empleados bien trajeados y se he echaban al hombro, así vestido con el pantalón y la chaqueta y me llevaban —todo rígido— por varios pasillos llenos de ropa y maniqués y al final me sacaban a un escaparate que daba a la calle de Princesa y me dejaban en medio de unas telas, a la vista de los transeúntes. Y he aquí lo más extraño. Empezaban a desfilarse todos los curas del colegio, uno por uno, y cada uno que pasaba me reconocía y apoyaba la nariz en el cristal, riéndose a carcajada batiente, con las manos metidas en los bolsillos de la sotana grasienta. Al final, cuando toda la congregación había desfilado —algunos de ellos ya con el sudario deshilachado colgando de sus formas parciales— la calle ha permanecido desierta y tan sólo los basureros que regaban las aceras circulaban por delante de mis ojos. Cuando ya me estaba hartando de estar en la vitrina, tieso como una estatua, ha aparecido una mujer joven, se ha plantado delante del escaparate y ha repasado distraídamente las telas y los conjuntos pret-à porter uno a uno. Era Yolanda. No me ha reconocido. Su rostro mostraba una indiferencia total, serena, distendida, hermosa.

¡Qué estrépito! Venía del baño, al principio violento, después progresivamente relajado, acabado en un goteo agónico en alguna parte alta del lavadero anexo al baño. Me ha tomado unos segundos deshacerme del pánico y reconocer la diminuta cascada de la cadena del váter. En el lavadero es donde están las cisternas. Después, he quedado quieto e inquieto, dando vertiginosas vueltas en mi cerebro al hecho de que era matemáticamente imposible que la cadena se hubiera soltado sola, extremo que ha venido a confirmar el hecho de que un olor que ya empezaba a conocer demasiado bien se ha enseñoreado del pasillo y, entrando sin llamar hasta lo más hondo de mi dormitorio, me ha envuelto en su acre solicitud. Era el plúmbeo aroma de las cloacas. Me he levantado de un salto y, desnudo como estaba, he ido al cuarto de baño. La taza emitía unos estertores guturales, como si algún desmesurado antílope estuviera abrevando —por el otro lado, el de más allá de las cañerías— del contenido del sifón, alguien dotado de una sed desaforada: el bramar de la tubería era espeluznante. Broaoac, broaoac, broaoac. Asomado a la mayor distancia que me permitía mi curiosidad, he ido viendo cómo el nivel del agua del sifón decrecía paulatinamente y, por fin, los estertores y regüeldos cloacales han cesado y el sifón se ha desaguado del todo. He tirado de la cadena un par de veces, pero era como si el agua cayese a un pozo sin fondo, porque desaparecía de mi vista sin siquiera estancarse y formar esos graciosos torbellinos que amenizan el cincharse de los aliviados. Caía como si sólo fuera a detenerse llegando a las antípodas. Tras casi una hora de estar de pie delante de la porcelana, cuando ya empezaba a morderme un frío paralizante, se han oído ruidos extraños, metálicos, que trepaban por esa nueva comunicación que alguien había abierto conmigo desde el mundo infra urbano. He aguzado el oído, arrimando la oreja al inodoro, y me ha parecido escuchar un murmullo creciente, luego la radio, más tarde toses domiciliarias muy lejanas, al fin nada. He sentido algo de miedo. ¿Por qué habían retirado el agua de mi inodoro? Era mi agua de mi sifón.

Casi ya no puedo pensar con claridad. Sólo contesto a mis preguntas con más preguntas, como si los interrogatorios formasen largas cadenas que se hundiesen en la noche de los muertos, allá donde los orígenes de las cosas tienen su cuna. Además, han ido apoderándose de mí, a medida que dejo de creer que pueda seguir viviendo bajo el peso de tanta incertidumbre, ideas sumamente religiosas. Dios, los santos, las escenas del Evangelio, el Juicio Final, la presencia física de los muertos, investidos por la pátina digna de los siglos, las miríadas de millones de hombres justos, de mujeres justas, las inabarcables legiones de niños famélicos empujando los vagones de alimentos que no ingieren en toda su corta vida, todos y cada uno de los espíritus que han vagado por las cloacas del universo. He de resistirme

a estas ideas. No son más que el licor que el alambique del miedo deja gotear sobre la razón. Pero me resulta muy difícil seguir sin creer en el origen, una vez que compruebo que todas las preguntas han de remitirse a otras, mayores o más modestas. Ya casi no siento el cuerpo como tal. ¿La comida, la bebida, las necesidades fisiológicas? ¿Qué era eso? Todo me da bastante asco. Tan sólo roer me alivia un poco. Roer es el ritmo de alimentación deseable en el ser humano. Y la quietud, la agradable quietud. Silencio en la casa, y en el jardín pianísimo de las hojas que crecen, de la fuente que murmura agua de verdín oscuro, andante de las golondrinas que parecen volar nubes mudas en honor de mis pensamientos desdichados, adagio de mi alma, y sobre ella la escarcha de la incertidumbre, pizzicato ansioso de las horas, de los cuartos, de los minutos y segundos, guijarros monótonos que alfombran el inmenso pedregal de mi desesperación. Y el gran Bach, imponiendo su grave e inexorable ley sobre los minúsculos objetos, sobre el polvo, sobre las cómodas y sus sudarios grisáceos, sobre los bargueños, sobre la plata, sobre los electrodomésticos ateridos. Como si su música hubiera estado aguardando —desde que el sonido existe— en esa profunda cripta en la que todos los hombres son iguales, pero sólo él osó bajar a ella y palearla sudoroso en los sacos de la melancolía. El gran Bach. Sé que él también sentía, cuando dejaba sollozar las primeras notas de este *ricercare*, un grande y pasmoso dolor por todas las cosas que se ausentaban de sí mismas y nadie lo notaba sino él, que veía, y su congoja es mi congoja y me siento más cerca de él —pese al aullido de los siglos y las lenguas— que de cualquiera de esos bultos que pasan enfundados en sus trajes de hoja de lata por las avenidas, desenrolladas como alfombras de asfalto y alquitrán para un cortejo de sonámbulos de acero. La melancolía, la cara rugosa del óbolo de las pasiones, el andante excremento de la auténtica dicha, aquella que arrinconaron los dioses para sí mismos.

44

En una de mis idas y venidas por las cloacas en busca de alguna pista que me pusiese en el buen camino de mi meca pestilente, he aparecido en una cripta llena de huesos y enterramientos. Parecía estar comunicada por medio de un pasaje que venía de alguna iglesia y, tras unos recovecos llenos de calaveras sardónicas, subía hacia las entrañas de algún sótano. Como hacía rato que había perdido la orientación, la oscuridad hedionda del colector no me ha permitido situarme correctamente. Dónde he estado, no lo sé. Era la zona centro, desde luego. El núcleo de la cripta estaba formado por una capilla minúscula, en cuyo centro se alzaba un altar de mármol. A su alrededor, una serie de nichos, en hilera hasta el mismo techo de la gruta, alicataban gran parte de las burdas paredes. Sobre el altar había una leyenda escrita en letras negras de hollín: QUIEN VIVE EN MÍ NO MORIRÁ PARA SIEMPRE. He dirigido mi luz agonizante hacia los nombres, desalentado por lo triste de aquel cementerio subterráneo. Eran restos que fueron personas hacia el siglo XVII. ¡Había tantos huesos por

todas partes! Cruces podridas, miembros de angelotes de piedra, madera semifósil, losas enormes, todavía vírgenes de suelas, como el día en que fueron dejadas caer sobre sus dueños fríos, excrementos de murciélago que colmaban el recinto de su aroma milenario y faraónico, en el que los siglos eran más espesos que nunca. Y un sudor extraño que fluía de las paredes —sobre las que se apreciaban todavía los arañazos vívidos de los formones barrocos— un rezumar lento y húmedo que regaba con arroyuelos de cal sudada los nichos y las coronas de piedra, labradas con la tosquedad propia de los utensilios inútiles de los muertos y su mundo paralizado.

Me he sentado sobre un sarcófago que descansaba sobre dos morillos de piedra y he apagado la luz. Se escuchaba el ruido del colector cercano, al que se podía acceder gracias al derrumbe de un muro de ladrillos blandos como el adobe. Había —efectos de mi intranquila resignación, quizás— un cierto brillo en los restos óseos que se esparcían a mi alrededor, un minúsculo fuego fatuo que mataba la oscuridad de aquella cripta. Pero no sentía miedo, la verdad. ¿Miedo de qué? me decía. Sólo me invadía una cierta congoja al pensar en la enormidad del tiempo que se cernía sobre aquella cripta, sobre mí, sobre Madrid y sus habitantes ajetreados por una desazón sin freno. Allí se mascaba el silencio absoluto del tiempo, los siglos sin fin ni medida hundiéndose en su propio seno. En aquella cripta hundida en el asfalto tan sólo veinticinco metros, el vértigo de la quietud eterna imponía su sorna sobre aquellos nichos destrozados que vomitaban huesos y harapos, sobre mi insignificante angustia existencial, sobre el escenario de batalla que hervía arriba, en el erial poblado de empresas que dirimían sus igualdades, que hacía costar sus mezquinas ambiciones, que hollaban galopadas de huida sobre la misma piel de los aturridos habitantes.

Ha sido una tarde larga y pensativa. Ha caído en la cuenta —lo que no tiene nada de extraño estando inmerso en un paisaje tan escatológico— de que el progreso no es sino el arte de transformar las cosas, la naturaleza, la vida, en ventajas, arrinconando los inconvenientes y dando por sentado que las ventajas son el único derecho del hombre sobre la tierra. Cuando los objetos, indiferentes, muestran por medio de su ausencia, que viene a quebrar un orden inapreciable por preexistente, su irremplazable necesidad, entonces, ¿quién suple esas cosas? ¿quién saca ventajas de los inconvenientes?, me he preguntado. He pensado también que, así como las estrellas, cuanto más brillantemente resaltan en el firmamento, por menos tiempo pueden hacerlo, también las cosas, al comprimir sus cualidades, al ser desprovistas de su lado oscuro, dejándose resaltar su cara brillante, guardan su oscuridad en sitios desconocidos —allí donde estaba sentado, por ejemplo— y la reservan para generaciones venideras, condenadas a vivir bajo un cielo negro y espeso como la boca del lobo. ¿Qué será de los hombres, de los hijos del hombre? ¿Quién será capaz de detener la locura, la destrucción, de enderezar el trabajo útil, el trabajo

que dignifica al hombre?

Luego, cuando ya la noche empezaba a caer sobre aquella cripta, indiferente como la muerte cuando bordea los camposantos, me he preguntado si no sería que la civilización se estaba comprimiendo cada vez más, si no se restringía hacia islas de calma chicha y bienestar azotadas por una galerna de pobreza, muerte y desolación, hambre y dolor. Si es así, si algo se estaba hundiendo, la causa de la vorágine, la razón de aquel movimiento rotatorio y progresivamente acelerado que se advierte en las ciudades es fácilmente comprensible. Los hombres corren hacia las partes más altas de la ciudad como los pasajeros de un barco a pique se amontonan y golpean para ganar la amura más alta, provocando el vuelco del navío. Si es así —me he dicho—, si no me estoy dejando llevar por mi soledad ni se ha oxidado la bitácora de mis pensamientos, ¿a qué se debe la huida? ¿Y si es la propia huida la que provoca el naufragio, de la misma manera que el terror es en ocasiones el que da origen a la persecución? Es una idea terrible, desde luego. Pero plausible, puesto que la huida, entre unidades que ya no pueden permanecer estables, que son incapaces de ir a la misma velocidad que las sociedades a quienes sirven, se ha convertido en la velocidad de crucero. ¿De qué huimos, de quién? ¿En qué punto fatídico se ha quebrado el progreso en bien de la sinrazón y la huida? Son preguntas que no soy capaz de contestarme; tan sólo el esfuerzo gastado en formularlas, en tratar de entreverlas fugazmente me está agotando. Si por lo menos hubiera alguien con quien poder hablar, con quien poder asegurarme de que no es cierto, de que todo funciona, de que el mejor de los mundos es casi nuestro. Pero desde lo más profundo de mi mente no deja de llegar una voz que me avisa de que todos mis temores son fundados. ¿Cómo, si no, los más insolidarios contribuyen tan dócilmente al sostenimiento de una caridad imprescindible para apuntalar el escenario de su depredación? ¿Por qué los núcleos vacíos de tantas unidades tienden inevitablemente a la expansión? Un conjunto formado por unidades de núcleo vacío en expansión debe, en buena lógica, degenerar en una implosión. La implosión ¿recibe el nombre de depresión? Las expansiones, en el mejor de los casos, deben de producir colisiones, al ser la masa experimental de población limitada. ¿Son estas colisiones invisibles de unidades en expansión las que dan lugar a ese efecto devastador que se aprecia en la fisonomía de las áreas urbanizadas? Porque, si no es así, ¿quién absorbe el efecto multiplicador de estas ciclópeas tensiones? ¿El hombre mismo? Pues si se regula la contención del efecto devastador de las expansiones en las cosas, ¿cómo podrá protegerse al hombre? Y, si se protege al hombre, ¿cómo podrá seguir la expansión? Además, ¿cuál será el momento en el cual la expansión —ya dotada de un preocupante carácter intercontinental— rebote, en razón de su inercia, en los límites que le sean propios e inicie su retroceso a velocidad y fuerza geoméricamente crecientes? Eran, son, preguntas terriblemente turbadoras. Hay otra más temible aún: ¿me estoy volviendo loco? Y, si no es así y, desgraciadamente, no lo creo, ¿es cierto que todo tiende, más

que nunca, a ser Uno? ¿Existe un vaivén en la multiplicidad y la unidad, de tal forma que cada uno de estos conceptos sólo germina en su contrario? Y más aún, ¿hay también un vaivén entre acción y pensamiento? ¿Una atonía provocada por un régimen laboral insalubre? Y más aún ¿existen períodos neutros en el proceso de tránsito del no-ser al ser que son especialmente aptos para la siembra de ideas nocivas, subliminales, atrofiantes de la personalidad? Y más aún, y más aún, y más aún. Me he quedado muy abatido, terriblemente descompuesto. La cabeza me dolía tanto. ¿Cómo voy a contestar a tantas preguntas? ¿Cómo?

He salido luego al colector y he escuchado con atención los ruidos del agua, las carreras débiles de las ratas, el murmullo de la ciudad, lejano y ronroneante, que se dejaba caer por las bocas de las alcantarillas y rodaba hasta mí multiplicado por los amplificadores húmedos del colector. ¡Qué mezcla tan rica y sorprendente de olores! ¡Qué aromas tan salvajes, tan horriblemente primitivos y excitantes! ¡Qué de colonias bárbaras podrían elaborarse a partir de aquellas aguas terrosas, de aquellos rápidos de mierda que chapoteaban a mis pies! Me he acordado de Eustaquio y he chillado varias veces:

—“CHIVATOOOOOOO! ¡CHIVATOOOOOOOOOOO!”

Parecía tan sólo que alguien, en lo más hondo de la cloaca, corriese los muebles metálicos de las oficinas del eco.

—¡SOY ALBERTOOOOOOO, ALBERTOOOOOOO! —he insistido. Se escuchaba un repicar de martillo neumático en algún sitio por encima de mi cabeza. Me he sentado sobre el muro de adobes desmoronados y he tirado algunos trozos de ladrillo sucio sobre la superficie del agua, con la intención de que rebotasen, pero se hundían sin remedio. Me he dado cuenta de que había apagado la linterna hacía rato y, sin embargo, veía perfectamente. Al repasar por dónde entraba la luz para que tal cosa pudiera ser, no he encontrado ninguna explicación racional al hecho, salvo que mis ojos se estuvieran haciendo a la oscuridad a marchas forzadas. Luego he recordado a los poceros que había visto en compañía de Eustaquio, la primera vez que bajé a las cloacas. ¿Me estaba empezando a parecer a ellos? Es cierto que he adquirido un olfato especial. Huelo las ratas silenciosas antes de que estén a veinte pasos de distancia, noto cuándo el agua baja más espesa, más sucia, y cuando descansa de tanta inmundicia. Y no se me pasa por alto ese olor tan especial. Si pudiera olerlo por un solo segundo cuando estoy allá abajo, ¡por un solo segundo!, estaría en la pista en un abrir y cerrar de ojos. Pero el olor sólo es nítido aquí, en esta casa, y no sé por dónde seguirlo, pues su rastro es tembloroso y juega conmigo a la gallina ciega. ¿Por el espejo, tal vez? ¿Por la cloaca, por el propio aliviadero de mis aguas sucias? Mi desesperación va en aumento a medida que pasan los días. No temo el horror, sino tan sólo la espera, la desesperación. Quiero afrontar lo que sea cuanto antes. ¿Qué sucio hilo me conducirá hasta el abismo? ¿Desde qué zahurda han

desmadejado el gran ovillo de los excrementos? ¡Tan sólo una pista, Espíritu de las Cloacas, una sola pista!

45

Al levantar el auricular del teléfono, ya noté que algo raro estaba pasando. Se oía un chisporroteo agudo acompañado de pequeños gritos que me herían el oído por su estridencia. Pasé el día yendo hasta el teléfono o los supletorios y levantando los auriculares con la esperanza de que aquel ruido desapareciera y diera paso al zumbido monótono de la línea. Pero no fue así. Los chasquidos eran más y más estridentes, el chisporroteo más agudo, los grititos más compactos, más alborozados. A última hora de la noche, el chisporroteo había desaparecido, pero en su lugar se oía nítidamente un goteo intermitente, provisto de un eco húmedo. En un principio, me resistía a la idea de pensar que la línea había sido interrumpida en un sitio en el que todos esos sonidos se dan conjuntamente, pero hoy, poco a poco, a medida que mis idas y venidas menudeaban hasta los auriculares, ha ido cayendo sobre mí el sordo peso de la certeza. El teléfono había sido cortado y el cable se balanceaba suavemente en algún sótano o alcantarilla cercana, siendo de allí de donde me llegaban todos esos sonidos subterráneos.

Tras unos momentos de duda, he tomado el cable y lo he seguido con los dedos. Salía por el balcón del mirador y se perdía por la pared de la casa hasta las inmediaciones de la cancela, en donde atravesaba el muro y reptaba luego a lo largo de la calle, enfundado en una manguera de color chillón, hasta perderse en el subsuelo. Debía de tratarse de una cabina de distribución de la red telefónica. La tapa era distinta a la del alcantarillado. Sobre ella estaba grabado el emblema de la Compañía Telefónica.

Retrocediendo hacia la casa, he resuelto esperar hasta la noche antes de internarme en aquella estancia subterránea y averiguar qué es lo que estaba pasando con mi teléfono. Para poder orientarme por debajo de la calle, he calculado la distancia en pasos hasta la casa y he anotado cuidadosamente las cifras. Una vez a refugio, he bajado al sótano, y me he provisto de una buena lámpara. Las pilas no estaban muy gastadas, a pesar de los dos años que debían de llevar dentro de la linterna. Luego me he sentado al clave y he tocado algunos fragmentos de las Barricadas Misteriosas, con el fin de ambientarme un poco.

Cuando ha caído la noche, he merodeado hasta la tapa. Estaba sólidamente encajada. Más de un cuarto de hora y una uña me ha costado levantarla y dejarla a un lado. He pensado en Eustaquio y en lo cálida que sería su compañía en un momento como éste, pero no era tiempo de andarse con melancolías. Al iluminar la zona que quedaba por debajo de la tapa, me ha llegado una fuerte vaharada a moho y a humedad. Eran doce los escalones de hierro que bajaban hasta un cubículo pequeño, lleno de

conexiones y cajas de teléfonos, hecho de bloques ásperos de cemento. Se trataba, con toda probabilidad, de una subestación de conexión. Los hilos eran finos y los había de todos los colores posibles, algunos de ellos formando marañas asombrosas. Era imposible saber cuál era el mío. No he tenido más remedio que salir y tomar el cable que salía de mi casa, siguiéndolo con los dedos hasta el panel central de conexiones. Todo parecía correcto.

Sin saber qué hacer, he localizado el cable más grueso, aquel que salía del panel supuestamente hacia la central de teléfonos, y lo he seguido con la linterna. Se perdía por un burdo boquete practicado en la pared de cemento. Al dejar caer el haz de luz del boquete, he advertido la presencia de una pequeña puerta en uno de los rincones de la estancia. Más que una puerta, una escotilla de hierro, cerrada por medio de un pasador de metal. Estaba tan emocionado que ya no tenía miedo. Me he agazapado y he girado el pasador una y otra vez hasta descorrerlo. De una barrida de la linterna, he inspeccionado la zona en la que acababa de caer. Era un túnel no muy amplio, de sección oval, provisto de una minúscula acera por la que se podía acompañar al canalillo de agua sucia que ocupaba el centro del túnel o, más bien, de la enorme tubería, pues no era otra cosa aquel conducto.

Tenía que mantenerme encorvado, pues la altura de la cloaca no daba para estar erguido. He caminado hacia el subsuelo de mi casa, mientras el agua fecal corría alegremente a mis pies. Cada dos o tres pasos me volvía y enfocaba hacia las tinieblas que se cerraban detrás de mí. Los sonidos que me llegaban eran más metálicos, más hertzianos que nunca, tubulares y lejanos. Parecían rodar sobre aquella agua fecal, corredora e indiferente, como los brezos sobre un páramo desolado. Se me ocurría de pronto que por aquella tubería podía abalanzarse sobre mí una enorme tromba de agua fecal y arrastrarme durante kilómetros de colectores, convirtiéndome en una mierda de respetables dimensiones. La sola idea me paralizó varias veces durante mi trayecto.

No había contado más de sesenta pasos cuando el túnel se transformó en una amplia estancia —de tres metros por tres o así— en la que confluían varios colectores más. Hacía mucho frío. Me ha llamado la atención poderosamente el hecho de que el lugar al que acababa de llegar era casi tan alto como la profundidad a la que había bajado para entrar en la subestación telefónica, pero luego he decidido que debía de haber descendido —sin darme cuenta de ello— al andar por el túnel. He visto algo sumamente extraño al levantar la vista y la lámpara. Se trataba de una especie de chimenea de metal de unos cincuenta centímetros de diámetro y un metro y medio de altura. Estaba como a unos tres o cuatro metros por encima de mi cabeza y sobresalía del nivel de la calle. Tan absorto estaba contemplándola y haciendo cábalas sobre su utilidad que no me he dado cuenta de que, justamente por debajo de aquella extraña chimenea cerrada o poste de aireación se había formado un amasijo de ratas de mediano tamaño. Parecían esperar algo. Se levantaban

sobre los cuartos traseros y emitían chirridos estridentes mientras olfateaban el aire moviendo los hocicos con agilidad y nerviosismo. He contemplado la escena durante un rato sin saber con exactitud a qué atenerme, pero todo el asunto ha venido a resolverse por sí mismo con extrema rapidez. Se han oído pasos en la superficie; la estancia subterránea ha vibrado un poco y del exterior de la supuesta chimenea hueca ha venido una pequeña claridad, filtrada a través de una pestaña que el dueño de los pasos ha levantado con fuerza. Por el hueco así abierto ha caído un papel rectangular que ha dado algunas vueltas en el aire antes de precipitarse en medio del cerco de ratas. Los roedores se han abalanzado sobre el papel y lo han desgarrado y engullido en algunos segundos. Entonces lo he comprendido todo, mientras los pasos del iluso remitente se alejaban de nuevo hacia lo más lejano de la plazoleta. Aquella columna hueca de metal no era sino un simple buzón y el papel rectangular una carta que algún inocente había echado para festín de aquellos roedores. Fascinado por aquella extraña ceremonia que acababa de contemplar, he observado cómo las ratas se dispersaban. Tras una breve reflexión, he llegado a la conclusión de que aquellos animalillos debían de ser puestos en guardia por algún instinto inexplicable y ajeno al humano sentido común, que les avisaba de cuándo se aproximaba un peatón provisto de una carta. ¿Será posible que un hombre con una carta camine de una manera especial, de una forma detectable para las ratas? Luego he caído en la cuenta de que aquel buzón no debía de ser otro que el de la plaza cercana a casa. He deducido que, efectivamente, los peatones debían de pisar de una manera especial según fuesen a un sitio o a otro, según fueran portadores de noticias o no, por lo que el finísimo oído de las ratas —sumado a su sexto sentido— les avisaba de si podían esperar su aperitivo de succulento papel, haciéndolas congregarse en aquel tumultuoso simposio que acababa de contemplar con mis propios ojos. Aquello era tan misterioso como sucio y sórdido, pero explicaba en cierta manera que gran parte de mis cartas de socorro a amigos y familiares lejanos hubieran quedado sin respuesta. Esta última idea me ha confortado un poco. Hay que confiar en la gente un poco más de lo que yo lo hago.

46

Andaba, hacia la madrugada, por el colector de la calle de Conde de Peñalver cuando he visto una luz que se acercaba fantasmagóricamente hacia mí. Entre que me escondía y no me escondía, ha llegado a iluminarme de lleno a la altura de Ramón de la Cruz. Era un hombre que no conocía. Llevaba un mono azul y botas de goma altas. Encajado en el cinto tenía un revólver, de cachas brillantes por nuevas. Nos hemos quedado frente a frente, de pie al lado de las paredes de ladrillos algonados por la humedad. El hombre aquel no me ha producido en principio mucha confianza. Era más bien bajo y gastaba un bigote raso que no le favorecía mucho. Parecía, además, estar drogado, porque trastabillaba un poco, como si acabara de beberse un litro de vino, con el paso de los boxeadores

cuando están a punto de caer al suelo, noqueados por un buen golpe. Se ha apoyado en la pared de ladrillos y ha dirigido sus ojos glaseados hacia mí. Luego se ha quitado el gorro de lana de colores chillones, como si tuviese mucho calor, y se ha repasado el sudor de la frente arrugada, de la nariz enorme, rematada por un par de lóbulos carnosos, con forma de melocotón pequeño.

Antes de hablar, ha dirigido su linterna hacia mí, deslumbrándome, “¿Tú quién eres? ¿Eres de los de Marchena?” He denegado, agitando enérgicamente la cabeza. “Seguro que te manda Marchena.” —ha añadido. Y me ha asido del brazo con una mano como un garfío, haciéndome daño. Pero la misma fuerza con que me aferraba le ha hecho tambalearse y ha terminado por caer sentado en el piso del colector, en donde se ha llevado la mano al cinto y la ha dejado sobre las cachas del revólver. Le he preguntado quién era ese Marchena y entonces es cuando me ha mirado con unos ojos más humanos, algo menos zombis. Ha habido en su mirada un brillo de alivio. “Siéntate, chaval.” El hombre no andaría lejos de la sesentena. “Quédate y toma ese pitillo.” Ha tendido dos cigarros en mi dirección. He tomado uno. Al sacar la lumbré, se ha bajado un poco la cremallera del mono y es entonces cuando he visto que tenía la pechera llena de sangre. El mismo mechero con el que me ha encendido el pitillo tenía una pátina marrón. Me he sentado a su lado en un poyo de ladrillos oscuros.

El hombre tenía la espalda apoyada en la pared y fumaba, con auténtica ansia, como un reo que no está seguro de poder terminar su último cigarrillo. Me he dado cuenta de que estaba llorando. “¿Qué le pasa, está herido? ¿De dónde viene esa sangre?” No sabía qué tono emplear. Se ha subido la cremallera al oír lo de la sangre, como si tapando la herida consiguiera restañarla un poco. Luego ha dejada la mano sobre el pecho y ha escupido, tras carraspear con rabia, un enorme cuajarón escarlata. “¿Quién te manda?” “Nadie me manda.”

En ese mismo momento, por el umbral del cerco de luz ha aparecido un perro vagabundo, sucio a más no poder. Muchos perros se pierden por las cloacas y vagan el resto de su existencia aullando por los colectores, mordiendo en su desesperación cualquier ser viviente que se cruce en su camino, encegándose a causa de la oscuridad, ateridos por la humedad y el silencio sobrecogedor de las galerías por donde corre la Mierda. El hombre, cuando ha visto el perro, se lo ha quedado mirando fijamente. El chucho, lleno de mataduras y raspones supurantes, ha mirado también al hombre herido y al instante ha dejado ver sus dientes, más blancos que nunca en la oscuridad del colector. Entre ambos se ha producido una sintonía de odio que me ha hecho estremecer de pies a cabeza. Los gruñidos crispados han ido convirtiéndose en ladridos de odio. El hombre no ha vacilado un solo segundo. Ha tirado del revólver y ha disparado dos veces, descuidadamente, casi con indolencia. Los dos pistoletazos han sonado como el crujido de dos ramas secas bajo la bóveda de ladrillería marrón. El chucho, achantada la

cabeza por los balazos, ha ido hasta la pared como si las patas se le hubiesen vuelto de mantequilla y luego ha bailado un poco hasta el canal —volteando la cabeza como un péndulo de carrillón—, en donde no ha podido evitar zambullirse. La corriente se lo ha llevado hasta la caída del siguiente desnivel, y allí se ha perdido de vista. “Tú sí que no me ladras, hijo de perra”, ha mascullado el hombre, tras dejar de nuevo la mano en la pechera.

“Está herido, tiene que salir afuera”, he dicho. El hombre me ha mirado con agradecimiento y ha chascado los dedos un par de veces. “Yo estoy ya listo.” Luego ha enfocado la linterna hacia mi rostro una vez más: “¿Tú no andabas con el Eustaquio?” Lo he reconocido entonces. Era el Chiqui, uno de los amigos del albañil. He asentido. “¿Dónde para ese zascandil?” He tragado saliva. “Murió hará un par de meses. De la cabeza.” El hombre ha reído algunas carcajadas ensordecidas por la flema sanguinolenta. Parece que la noticia le ha hecho gracia. Me he sentido irritado. “Se diría que se alegra.” Se ha reclinado un poco hacia el suelo. “Claro que me alegro. Peor que aquí no ha de estar, chaval.” Luego ha cerrado los ojos. Estaba ya prácticamente tumbado sobre los ladrillos húmedos del piso.

Cuando los ha abierto otra vez me estaba mirando. “Me hablaron de ti el otro día. Ya te puedes cuidar, zagal.” Me he puesto algo nervioso. “¿Quién?” “Gente de Jara”, ha respondido. He guardado silencio un buen rato. No sabía quién era ese Jara, pero no me atrevía a preguntar, por si mi ignorancia constituía un despropósito. “Te tienen enfilado. Tú sabrás qué has hecho.” Yo pensaba rápidamente. “¿Cómo puedo llegar a él?” El hombre ha reído un poco. Se apretaba con fuerza el pecho. “Prefieres dar la cara, ¿eh? Me parece bien.” He asentido con una mueca de inteligencia. El hombre ha vuelto a escupir algo de sangre. Tenía que darme prisa. Al fin, ha hablado, incorporándose un poco sobre el codo derecho. “¿Sabes el colector de Princesa?” He dicho que lo conocía. “Cerca de Alberto Aguilera está el túnel del metro, y por debajo anda el colector nuevo que va muy profundo, desde Moncloa hasta Plaza España. Pues hay gente suya que se reúne los lunes de madrugada allí, donde ese colector se junta con el que baja para Marqués de Urquijo.” He asentido. “Si hablas con cualquiera de ellos y lo convences, podrá llevarte hasta él.” Se ha vuelto a recostar. Sólo se oía el ruido de la corriente y alguna gotera, allá donde se espesaban las tinieblas.

Quería irme, pero no sabía qué hacer con aquel hombre moribundo. “Voy a avisar a la policía. Le llevarán a un hospital.” El tal Chiqui ha denegado con energía varias veces. “Que no, chaval, que te equivocas. Vengo de hacerme una joyería con otro. No ha habido suerte, nos hemos cargado al jurado. Y ya ves, yo tampoco he salido de balde”, se señaló el pecho. Hablaba con una pesadumbre resignada y algo sardónica, de película. “Policía para qué. Yo no tengo a nadie. Me llevarán al Provincial y cuando casque, a Medicina. Y a este cura no le hacen perrerías, ni después de muerto. Mejor me quedo aquí, para las ratas.” Ha escupido la colilla lejos de sí y ha añadido,

como en un susurro: “Nunca hay suerte.” Casi no se le entendía, de encharcada que tenía la boca. Se ha girado para ponerse boca arriba. Su mirada angustiada se ha posado en los ladrillos de la bóveda. “Véte y échale cojones, chaval. Al final es lo mismo con cojones que sin ellos, pero te quedas con la honrilla, que no es moco de pavo.” Me he incorporado. Le hubiera quitado la pistola, pero la tenía bien agarrada. Me he alejado por las galerías temiendo la aparición de cualquier brigadilla que me volviese a detener. Si fuera así, no tendría cómo pagar la multa.

Ya en casa, he consultado el calendario. Hoy es viernes. ¡Tan sólo dos días y sabré a qué atenerme! ¡Qué nervios! He sentido como un ciempiés se me pasease por la base del estómago.

47

Es lunes y muy tarde, no sé cuánto tarde y si debo usar este u otro tiempo verbal, pero es lunes y esta madrugada a las cuatro de la mañana me encontraba en el colector de Marqués de Urquijo con Alberto Aguilera, a veinte pies por debajo de la línea de metro. El agua de las cloacas era allí más que liviana, por tener tanta universidad detrás quizás, no lo sé. Estaba erguido sobre mis plantas cuando examinaba el paisaje de cloacas que se hundía a mi alrededor. Eran tres secciones de cloacas ovales y grandes con un charco de mierdecilla móvil cada una y un cloacón grande que atravesaba la primera de ellas que, dotado de una gran pendiente, bajaba hasta las atarazanas de puterío del Paseo de Camoens en el parque del Oeste. Al ser falsamente paralelos los tres cloacones, parecía que iban parejamente pero no era así, porque un caballón separábalas una de otra con cuidado y allí, sobre el acaballamiento de ladrillos que ponía orden entre sus desperdicios y sus ratas de diferente extracción estaba yo, Alberto Albaizar Jiménez, esperando la llegada de las gentes de Jara, que me iban a colocar un enorme marrón, y nunca la expresión fue usada con más propiedad. Tenía un miedo bastante notable porque pensaba que nadie quiere que la gente se inmiscuya en los asuntos propios. Y menos Jara. Escuchaba con interés los sonidos que venían de los colectores. Ha pasado una hora y otra después de ésta. Hacia las seis, por el más pequeño de los tres colectores de sección ovoide, se ha entrevisto una luz, lejana y muy potente, como un reflector, que se acercaba rápidamente desde la boca de la tubería. La velocidad de acercamiento era tan grande que no estaba seguro de que pudiera portarla un hombre, al menos un hombre corriente. Se ha acercado acercado acercado hacia mí peligrosamente y hete aquí que era un aparato muy raro de metal provisto de una lente. Parecía un objeto lunar, algo para la exploración de las tareas submarinas o los fondos de las cuevas. El objeto se ha aproximado, precedido de su ronroneo mecánico, y ha pasado a mi vera, al son de su correría de liebre de carreras y mucho motor en sus entrañas de metal. La lente se abría y se cerraba como un ojo de pez abisal en las tinieblas de la sima de las Azores, mientras la antorcha que portaba dejaba caer sobre mí su luz cegadora. He rogado que no hubiera nadie delante del

monitor en ese momento. Luego me he quedado quieto, con el corazón algo descompuesto, esperando que las tinieblas volviesen a cerrarse sobre su silencio y recuperasen los crujidos y los goteos y el gemir de los cables y el fragor de los metros traqueteando sobre mi cabeza. Así ha sido al cabo de varios minutos de aguda desazón. Me he ido calmando un poco, a pesar de que mi cerebro era una computadora en la que un cortocircuito hubiera producido un estallido de ideas alocadas. En mí se agitaba el temor de que ese episodio fuese el final frustrante de mi investigación cloacal, de que no consiguiese nunca ver al gran Jara y tuviese que volver al tedio, a la desolación diaria, al seguir hozando ya cansinamente en heces de segunda categoría, en las más absurdas y anodinas cloacas humanas. Conocer o morir, me decía, y quería ver y conocer, pero no permanecer así sin saber a qué atenerme, eterno jumento de Buridán, la voluntad escindida entre la hez y la nata. Porque lo más terrible, lo más desesperanzador para mí era permanecer en las aguas pantanosas del tedio, en los barrizales de la inacción, en las dunas siempre cambiantes de la inteligencia y la elucubración perpetua, en la exasperante y deleznable quimera de la vida pensada, malabareando las piruetas del lenguaje sobre el vacío de la experiencia, abriantando los zapatos del ser con la crema pastosa de la autocomplacencia, exprimiendo la papaya de mi cerebro hasta no poder evitar las acibaradas gotas de la pena negra. Claro que también podía perderme para siempre por las angostas galerías del alcohol, y así emplear las soleadas mañanas en acarrear la súbita armadura de la euforia nocturna, las tardes de café telediarario y periódicos en jalear las saetas inmensas de la ansiedad, las noches de calles desiertas, camiones de basura y taxistas que no te entienden, por más que farfullas, en hacer boca a boca a las ilusiones yertas, a la dignidad perdida, a la desmembrada corpulencia del fracaso.

En semejantes pensamientos estaba yo sumido esta madrugada, mientras los minutos pasaban con una lentitud pasmosa, con la misma conciencia con que los relojes de la angustia destilan los segundos, y me parecía que aquella cloaca era el crisol de toda la angustia e incertidumbre que se mastica en el mundo diariamente. Hacía cada vez más frío, un frío muy húmedo y muy helado que se deshacía de gusto en contacto con mi piel aterida. Luego he pensado que el frío se enardece en contacto con el miedo y ambos dan lugar a esa extraña sequedad en la boca que deseca la lengua en aquellos momentos en que más falta tenemos de ella. Hacia las seis y media de la mañana, el monto de la corriente ha empezado a crecer. La ciudad amanecía ya. He imaginado con desesperación las primeras camas calientes siendo abandonadas y los altares de porcelana en los que los trabajadores dejaban su primera ofrenda cloacal. A partir de entonces ha andado con tiento. Lo peor son las ocho de la mañana, desde las ocho hasta las diez. La corriente sube mucho a esas horas. Es lógico, ¿quién no emplea el servicio al levantarse? ¿Quién no comienza y termina su jornada ante ese negro agujero a cuya otra boca me encontraba yo en ese momento? He pensado que era muy gracioso estar al otro lado de todo aquel entramado de tuberías. Todo el mundo puede imaginar lo que hay aquí, pero imaginar no tiene nada que ver

con presenciar. Y menos con oler. La mezcla de olores era ahora tan fuerte que no he sabido muy bien a qué atenerme. Cada vez mis ojos van peor, pero cada vez mi olfato es más agudo, más penetrante. He olido cómo se acercaba algún animal desconocido. No era una rata ni ningún perro. Era algo diferente. Un olor a almizcle muy fuerte, y a la vez a colonia, quizás a lavanda, a lo que fuera, pero muy agradable. ¡Hay tantos animales que vagan por las cloacas después de haber sido arrojados a ellas por sus pequeños dueños desencantados! He dudado un instante entre ocultarme, pensando en la posibilidad de que se tratase de algún cerdo, pues también hay cerdos que llegan hasta las cloacas, después de haber caído —huyendo del cuchillo de algún matarife dubitativo— desde cualquier matadero cercano, o quedarme donde estaba. Tan larga ha sido la duda que he terminado, antes de poder, no ya tomar una decisión, sino tan siquiera moverme, por quedarme dormido.

He soñado con un hombre gordo, que me guiaba hasta un inmenso estercolero, repleto de basura y desperdicios, en el que había doce cerdos blancos y doce cerdos negros. Los doce cerdos blancos estaban apiñados en el centro de las colinas de basura. Los doce cerdos negros los rodeaban, furiosos, chillando como si fuera el día de San Martín. Al acercarme más, he visto que las colinas de basura no eran sino almiarés de manos cercenadas, cuyas falanges se retorcían agónicamente. “¿Por qué sólo hay manos izquierdas?”, preguntaba el hombre gordo. “Los cerdos blancos sólo comen manos izquierdas.” “¿Y los negros?” “Los cerdos negros comen cerdos blancos.” Hemos dejado atrás el estercolero, en donde ya los cerdos empezaban a despedazarse, y hemos andado hasta un palacio en ruinas. Era un alcázar lleno de leprosos. Uno de ellos era mi padre. Era un poco extraño, no era el mismo que cuando vivía; estaba muy blando, flojo. Se resbalaba de sí, y se tenía que ayudar con las manos para mantener el cuerpo a la altura del esqueleto, aunque lo hacía mecánicamente, como si fuera ya una costumbre. Al verme, creo que me ha reconocido, porque ha intentado decirme algo. Ha dicho (en un tono de voz horrible, lleno de ecos metálicos): “Hijolaya”, “escandabel”, “quinquenorvia”, “mioserías”, y otras palabras tan raras como éstas, que no he podido entender. Lo he tenido que apartar, porque me estaba poniendo nervioso. Por los ajedrezados de las pechinas se arrastraban pausadas tarántulas negras. En una de las capillas de la iglesia del palacio, barroca y adornada con pinturas murales en las que aparecían retratados santos decapitados, hemos tomado una escalera lóbrega, por la que el hombre gordo apenas podía coger, y hemos subido hasta el coro. El tablamento de madera gemía bajo el peso de mi anfitrión. Cuando mi retina se ha hecho a la escasa luz que se filtraba por el rosetón de vidrio policromado, he mirado. A la sombra del resplandor mediano de una palmatoria de cuatro brazos, brillaba el teclado de un órgano. En la banqueta había un hombre vestido de smoking. Se frotaba las manos. Luego tiraba de algunos registros. Pero, al empezar a tocar, se le hundían las manos entre las teclas, que eran de gomaespuma, mientras de las bocas de los tubos empezaban a salir cientos de alacranes, al parecer desalojados de sus nidos de plomo por aquella música inaudible. El hombre gordo le ponía la mano encima del hombre. “¿Es él?”, preguntaba yo,

sobrecogido. “No. Qué va. Él está dentro.” “¿Dentro? ¿Dónde?” “En el secreto, al fuelle.” Entonces yo entraba en el secreto del órgano, y allí estaba. Era una gran emoción la que sentía al verlo. Tenía un aspecto muy cansado y empujaba pausadamente la palanca del fuelle, como un preso al remo de una galera, rodeado de tubos y correderas, apartándose de vez en cuando las guedejas espolvoreadas de arroz de su peluca tersa. Había mucho polvo, desde luego. Y yo no sabía qué decir. “Hace calor, ¿eh?” Me ha mirado, sorprendido. El sudor le corría por la cara empolvada. “No lo crea.” Yo guardaba silencio un minuto o así. “¿Qué pasó con Dios por fin?” ¡Qué sonrisa tan triste! Ha dejado de empujar el fuelle y se ha secado el sudor de la cara con un pañuelo de encaje. “Bueno, al final parece que Dios estaba a medio hacer.” “Ya”, he asentido. Me ha dirigido una sonrisa algo cohibida. “En el fondo, era lógico. Nos tiene a nosotros.” He asentido. “Podría haber sido mucho peor”, he añadido. “Por supuesto.” Parecía que quería excusarse: “Si no fuera por la próstata, yo podría seguir ayudando.” “Lo que tiene que hacer usted es descansar y cuidarse.” Entonces se ha apoyado en el secreto de madera y me ha lanzado una mirada terriblemente angustiada: “Descansar, descansar, ¿cómo se puede descansar con Dios a medio hacer?”

Desperté algo sudado, pero tranquilo. Me levanté y vi que no había rastro de Jara ni de su gente. Eché a andar en dirección a casa. Cuando me encontraba ya muy cerca, a poco más de veinte pasos de casa, me detuve a escuchar. No se oía nada. Seguí andando hasta encontrarme debajo justo del baño. Inspeccioné los alrededores. Había un colector que desagaba justo delante de mí. Lo iluminé con el haz. Estaba completamente seco, lo que me hizo sospechar que era el mío, pues no se apreciaban restos de heces en las proximidades, al contrario que en los desagües cercanos. Examiné detenidamente el muro húmedo. Cuando la luz besó el cemento del suelo del colector, vi un orificio que me llamó la atención. Lo iluminé. Sentí que había llegado al final de mis pesquisas. ¡Dios mío, no sé cómo describirlo, era tan horroroso! Una madriguera era, roída en el cemento mismo del colector, a la altura del suelo. Al dejar caer la luz dentro de aquel cubículo, he entrevisto algunos animales dentro. No algunos, muchos. ¿Quince, dieciséis? Quizás más. Ratas. Pero aquellas no eran ratas comunes, corrientes y molientes. Eran ratas de alcantarilla, pero estaban unidas por la cola, formando un círculo móvil, una rueda de carro en la que los rabos eran los radios y las cabezas la llanta, confrontadas al muro, dándose el trasero unas a otras, sucias, enredadas, pestilentes hasta la náusea. Además, el corro que conformaban tan misteriosamente era móvil, como una atracción de feria diminuta, y se desplazaba algunos centímetros en todas las direcciones, ansioso y azorado. ¿Qué era aquello? Estaba paralizado de terror, nunca había imaginado nada tan horrible, tan turbador. Aquella masa de animales enredados por su cola, aprisionados en aquel agujero, mirando indiferentes hacia el haz de luz que apuntalaba mi figura arrodillada y temblorosa de espanto. ¡Qué extraña criatura la formada por todos aquellos roedores encadenados por la cola! ¡Nadie que haya visto alguna vez un espectáculo semejante podrá olvidarlo nunca, por muchos años que viva! Sin dejar de enfocar el agujero, en el que

se movían inquietas aquellas alimañas minúsculas, he continuado mirando minuto tras minuto, hora tras hora, fascinado por el horror, horrorosamente fascinado, sin poder separarme de aquella escena, hasta que las pilas se han agotado, y la linterna no era más que un filamento apenas visible, que temblaba sobre la indiferencia de aquellos roedores semovientes, de aquel repulsivo Rey de Ratas que presidía, desde un trono de Mierda, su imperio de lo desconocido, de lo innombrable, de lo inefable, de la tiniebla más absoluta.

A mí también me duele la calle desierta y las aceras ausentes de niños podridos, las caravanas de desángeles y sombras que al anochecer vagan hasta mi cancela y me suplican que les deje pasar, que ahí en la noche hace mucha escarcha y que los barrios dormitorio están tristes y en los pisos ya no pueden estar porque se asfixian y se les agrieta el alma, pero qué le voy a hacer. A mí también me rezuman las entrañas de tanta miseria como ven mis miradores día a día y de contemplar cómo requiebra el pie de la casa de las chimeneas y la excavadora la remata a golpes de fragor y humo y las apisonadoras apuntillan los últimos rescoldos del hogar y la cocina económica y los cascotes se amontonan, en una nube quejumbrosa y polvorienta, sobre los volquetes que los hurtan hacia los campos de exterminio para casas; y sólo queda un solar vacío e inmundo de olor a patata vieja, en el que pronto empiezan a moverse los monos azules, cavando simas y zanjas para poner en erección estructuras engreídas en las que los inquilinos tratan de instalarse y no lo consiguen nunca, porque el cemento es más fuerte que ellos. A mí también me gime la tromba inmóvil de mis arterias de plomo, y se me alborotan las tejas, y las guedejas de alambre me tiemblan y flojea la albañilería de mis músculos y se me escama la piel de argamasa o los peldaños de boj me tosen a veces o siento que sobre el hollín cuarteado de mi tráquea negra se arañan cien ratones. Y qué. Aquí también se han atascado los inviernos en mis pulmones de ceniza y ya sólo se me revuelve en ellos una miasma bronca que me encana el fuelle y me chisporrotean los nervios o tiritita la baranda de hierro del zaguán. Y qué. Estoy cansada, tan extenuada. Me encojo a noches sobre mis vigas y, mientras las nubes fusilan el smog en el tejado y su sangre negra serpentea por las canaleras y rebosa los sumideros, me aplasto sobre las escuadras y saco el polvo de donde no quiere salir o crujo de sueño tantas tardes sin nadie vacía de todos o mudo el clave para siempre y ni siquiera las crispantes idas y venidas de este cachorro, que ya me ha dejado a mi suerte y qué. A mí también me duele la agonía de mis planos cuidados, los balanceos contados del péndulo, la sombra tamizada del porche, la hedionda podredumbre de las legañas de mi último otoño sobre el césped seco, el quicio roído de mis puertas dobles, la caña escayolada de mis falsos huesos, el trazado angosto del sótano y la íntima corriente alterna que, por el seno horadado de mis

¹ Encontrado escrito en un papel sobre el cadáver de Alberto Albaizar.

tapias, me mantendrá despierta hasta que suene la hora de la guadaña mecánica. Y qué.

(Madrid-Falset, marzo de 1989-julio de 1990)